
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras
División de Posgrado



**Luis Castillo Ledón (1879-1944). De *savio* a historiógrafo ateneísta,
1906-1911.**

Tesis que presenta
para optar por el grado de Maestro en Historia

Julieta Ávila Hernández

Director de tesis: Doctor Fernando Curiel Defossé





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Fotografía de portada:
Gustavo F. Silva (posiblemente)
y Luis Castillo Ledón, con dos lugareños,
durante la *Ruta o Itinerario de Hidalgo*,
entre 1909 y 1910.

A los jóvenes que, pese a los notorios obstáculos actuales,
siguen con gusto y decisión los dictados de su propias vocaciones.

A mi familia toda.
A María Luisa y Santiago†, por su imperecedero legado de
vida plena.

Índice	Página
Introducción.	4
Capítulo I. El tepiqueño Luis Castillo. Encuentro con un joven letrado.	12
Capítulo II. <i>Savia Moderna</i> , Revista de arte: un asomo, a más de cien años de su edición.	24
II.1. <i>Savia Moderna</i> , bajo la perspectiva de Luis Castillo: un proyecto nacido en tierra tapatía.	24
II.2. Conformación de <i>Savia Moderna</i> : viejos y nuevos pareceres.	28
II.3. De cara al desarrollo de la revista: la prosa se impone.	37
II.4. Vínculo estrecho entre los artistas del directorio de <i>Savia Moderna</i> , y profesores y alumnos de la antigua Escuela Nacional de Bellas Artes.	97
II.5. Una percepción distinta de <i>Savia Moderna</i> .	102
II.6. <i>Lo que miro y lo que siento</i> , segundo y último libro de versos.	109
Capítulo III. <i>La Protesta Literaria</i> .	112
III.1. <i>La Protesta Literaria</i> bajo el impulso de Luis Castillo.	112
III.2. Redefinición del interés de los <i>ex-savios</i> : de la prosa al ensayo. Las sociedades de conferencias y el direccionamiento de Luis Castillo hacia la historia, como su campo literario preferido.	118
Capítulo IV. Luis Castillo Ledón, historiógrafo y ateneísta.	127
IV.1. Hacia los “trabajos de mayor seriedad y empuje”. Su ingreso a una institución científica: el Museo Nacional.	127
IV.2. La Historia, un campo literario propicio para el trabajo intelectual.	133
IV.3. Precisión de los objetivos del Museo Nacional. Impulso de los cursos de Historia. Castillo Ledón, alumno.	142
IV.4. Caminos individuales e ideales colectivos: <i>Itinerario de Hidalgo</i> y Ateneo de la Juventud.	188
IV.5. Entre el entusiasmo por la historia, las festividades del Centenario de la Independencia y el rechazo al gobierno del orden y el progreso. El historiógrafo y su participación en estos festejos.	206
V. Conclusiones.	215
VI. Bibliografía.	224

Introducción

Una inquietud especial por los jóvenes menos conocidos y reconocidos en su participación en la historia cultural mexicana, reunidos en torno al Ateneo de la Juventud —fundado en 1909— me llevó a buscar conocer más de cerca a Luis Castillo Ledón, para explicarme cómo este *savio* había llegado a ser director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía (MNAHE), antecesor del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

Una primera investigación bibliográfica, arrojó algunas menciones aisladas acerca de este joven *savio*, en tanto que sus notas biográficas y semblanzas me permitieron identificar diversas limitaciones y contradicciones para la comprensión cabal de su vida, pues ni siquiera su fecha y lugar de nacimiento quedaban del todo claras. Su misma pertenencia al Ateneo de la Juventud no siempre aparecía mencionada. Su nombre solía asociarse, más bien, con la revista *Savia Moderna* (1906), cuya dirección había compartido con Alfonso Cravioto. Esta revista, de duración curiosamente efímera, es considerada en el ambiente intelectual de nuestros días como el precedente más importante del Ateneo de la Juventud, asociación cultural cuya destacada existencia ha sido plenamente reconocida, gracias a las figuras consagradas que en él participaron: Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, y algunos pocos más. Si bien la presencia de Luis Castillo en *Savia Moderna* es anunciada en la portada de la revista, se le recordaba más bien como el menor de sus dos codirectores, y se aludía a Cravioto como su fundador y mecenas.

De la historiografía particular sobre el Ateneo, destacan dos puntos. Por un lado, el historiador Álvaro Matute ha confirmado la pertenencia plena de Castillo Ledón al Ateneo de la Juventud y ha otorgado, además, a esta asociación cultural un fuerte impacto en la vida intelectual mexicana del siglo XX, al considerarla como su “capítulo inicial en materia

filosófica y literaria”¹. Por otro lado está el señalamiento de Ernesto de la Torre, el historiador que más se ha ocupado del *ex-savio* en los últimos años, acerca de que su biografía, titulada *Hidalgo, la vida del héroe*, constituye una “bella obra literaria”².

Además, relacioné lo anterior con lo mencionado en algunas notas biográficas que describen a Castillo Ledón como poeta, periodista e historiador. En realidad, su actividad en este último rubro había venido cuestionándose desde finales del siglo XX, precisamente por el mismo historiador que reconocía importancia al Ateneo de la Juventud: Álvaro Matute, para quien los ateneístas no cultivaron la Historia, pues ésta fue la gran ausente de esa asociación cultural³.

La información obtenida a través de libros, revistas y documentos diversos me permitió, sin duda, ubicar a Castillo Ledón como uno más de los impulsores de la cultura mexicana desde el Ateneo, aun cuando su trabajo quedaba prácticamente circunscrito a dos ámbitos: el de edición en *Savia Moderna* y el de literato. Dadas estas circunstancias, no disponía yo de mayores datos ni sobre la relevancia de la labor cultural de Luis Castillo Ledón, ni sobre las razones que pudiesen explicarla: sus reseñas biográficas resultaban muy escuetas. Mis dudas me remitían a la necesidad de una biografía sobre el director menos mencionado de *Savia Moderna*.

Al tiempo, algunos indicios me llevaron a suponer que bien podían haber existido algunos lazos del *savio* de la revista de 1906 con el MNAHE; de su presencia como funcionario en tal museo, el Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología (AHMNA) guarda numerosos documentos. Aunque en sus semblanzas se menciona su desempeño como director de este Museo, la información sobre el tema era igualmente

¹ Matute, Álvaro, “El Ateneo de la Juventud: Grupo, asociación civil, generación”, en *La Revolución Mexicana, actores, escenarios y acciones*, México, INEHRM, 1993. p. 53.

² Castillo Ledón, Luis, *Narraciones históricas*. México, Seminario de Cultura Mexicana, 1994. Prólogo de Ernesto de la Torre. p. 14.

³ Matute Aguirre, Álvaro, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*. México, UNAM-FCE, 1999, p. 25.

reducida y no se mencionaba ningún vínculo del Ateneo con el Museo, ni, mucho menos, con la Historia.

Sin embargo, como estudiante de la Maestría en Historia, me atraía en sumo grado la factura historiográfica de los textos que de Castillo Ledón había reproducido de la Torre, y la coincidencia de su campo de estudio con el mío propio no hacían sino aumentar mi sed de conocer mejor al presunto historiador. Prácticamente, todo ese trabajo —de existir— era posterior al Ateneo, según lo manifestado por el propio Matute. Fue, sin embargo, necesario inquirir acerca del panorama cultural habido justo en los años cercanos al Ateneo.

De esta manera, consideré pertinente, como miembro de la comunidad de investigadores del INAH, prestar mayor atención a la vida de un hombre cuyo activismo en *Savia Moderna* ocultaba quizá alguna relación con el MNAHE, y, ¿por qué no?, posiblemente con la Historia, en los años cercanos al Ateneo de la Juventud.

Un vivo interés por Castillo Ledón me hizo adentrarme con más profundidad en su vida y su actividad cultural⁴, sobre todo gracias a la oportunidad de tener acceso a información inédita: la recomendación del historiador nayarita Eugenio Noriega Robles† ante la doctora Beatriz Castillo Ledón, hija del intelectual ateneísta, me permitió visitar, una vez a la semana durante tres años, la documentación conservada por la familia, que cito en lo sucesivo como archivo Luis Castillo Ledón, o, simplemente ALCL. El trabajo realizado estaba sujeto, en su totalidad, a la disponibilidad familiar. Fruto importante de él fue la decisión de la doctora Castillo Ledón de donar al Archivo General de la Nación una

⁴ Los primeros acercamientos se hicieron de manera compartida con María Hernández Ramírez; sin embargo, la riqueza manifestada por este intelectual propició la elección de temas para la elaboración de dos tesis independientes, relacionadas con la participación del ateneísta en terrenos específicos, aunque vinculados entre sí: su vida y su trabajo como historiador mexicano, cuya parte inicial se aborda aquí, y el papel desempeñado al frente del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, tema que ocupa a mi colega.

† Quien falleció en diciembre de 2008, durante la elaboración del presente trabajo, y a cuya memoria dedico, en buena parte, estas líneas.

parte considerable de los materiales por ella conservados; esta entrega se llevó a cabo el 13 de junio del 2001⁵. Los materiales donados constituyen hoy el Archivo Luis Castillo Ledón, a resguardo del General de la Nación, en su galería siete, donde, en principio, podrían ser consultados.

La tesis aquí presentada constituye mi acercamiento en la búsqueda biográfica de Luis Castillo Ledón y se circunscribe con esta ocasión a un lustro de su trayectoria: entre 1906, año en que se edita *Savia Moderna*, y 1911, cuando la vida política de México ofrece un derrotero distinto con la Revolución; en esta fecha, consideré oportuno también cerrar un primer ciclo desconocido en la vida de este *savio*: el de historiógrafo, primero en el Museo Nacional, y luego en el MNAHE.

Mi trabajo busca desarrollar un ejercicio historiográfico, mediante el cual pueda definir, explicar y comprender el trayecto seguido por Luis Castillo Ledón en la creación de *Savia Moderna*, y ahí su desempeño como literato, al cual siguió uno más específico: el de historiógrafo en el antiguo Museo Nacional. Esta versión representa la parte final del proceso historiográfico seguido y queda expuesta en cuatro capítulos.

El primero, únicamente pretende dar muestra de una visión más acorde con el ambiente vivido por el tepiqueño, el cual corresponde a una época que resultó más alejada de nosotros de lo que había yo pensado y por lo mismo, motivó en mí una mayor reflexión al respecto. Sus relaciones con las corrientes culturales y literarias se hace más entendible, por lo que no se le ubica, sin más, en el positivismo o en el modernismo, como pudiera sugerirse en la actualidad para un personaje del Ateneo de la Juventud.

En el capítulo segundo, titulado *Savia Moderna*, Revista de arte: a más de cien años de su edición, muestro una nueva perspectiva tanto de Castillo Ledón como de la misma revista a lo largo de cinco incisos; en el primero la ubico como producto de una gestación

⁵ Ávila Hernández, Julieta “Presencia y Testimonios. Donación del Archivo Luis Castillo Ledón”, en *Boletín I del Registro Nacional de Archivos*, vol. 1, año 1, enero-junio, México, AGN, 2002. pp. 33-38.

dada fuera de la ciudad de México, donde hasta hoy se había concebido: se trata de un surgimiento iniciado en Guadalajara, cuyo ambiente se rescata para entender esa parte de la trayectoria de Luis Castillo, como antecedente de su proyecto de edición y de formación de un criterio, respecto al periodismo.

En el siguiente inciso, reviso tanto las opiniones tradicionales como los nuevos datos y, de esta manera, hago un repaso de las distintas partes que han llamado hasta hoy la atención en esta revista. Ello me permite hacer, luego, una reinterpretación, un tanto novedosa, pues presento de un modo distinto su creación, su desarrollo y su ocaso; asimismo imprimo una visión diferente a la participación de Castillo Ledón como el codirector menos explicado hasta hoy. Procuré, además, un recuento con *Savia Moderna*: quise acercarme directamente a lo escrito por los *savios*, para indagar las características de su trabajo y los pensamientos a los se acogían; un conteo específico de los textos entregados arrojó también datos más confiables sobre sus preferencias.

En el cuarto inciso trato de cómo uno de los sectores participantes, el de los artistas, resultaba el menos conocido, y a consecuencia de ello he hurgado en el Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Bellas Artes (AHENBA) para acercarme a la vida de quienes me aparecían como totalmente desconocidos y, de esa manera, ofrezco el resultado con un panorama más amplio de estos *savios*: su preparación y las relaciones que les permitieron ser parte de la revista.

Por último, en el quinto inciso veo en su conjunto toda esta revisión, la cual ofrece una percepción distinta no sólo de *Savia Moderna*, sino de su codirector tepiqueño, pues bajo su actuación, en particular, he buscado obtener una nueva mirada de esa publicación. Antes de terminar este capítulo, y para conocer mejor la trayectoria de Castillo Ledón, me he acercado a otra de sus producciones: su libro de versos *Lo que miro y lo que siento*, publicado en Madrid. Al igual que la revista, su libro es presentado desde la nueva

posibilidad de observación explorada: su archivo personal, con lo cual los resultados también son novedosos y guardan más concordancia con la trayectoria del tepiqueño.

En el capítulo tercero, titulado *La Protesta Literaria*, este documento es considerado como un producto escrito por el codirector tepiqueño de *Savia Moderna*, para reencontrarme, de nuevo mediante el archivo ALCL, con uno de los ejemplares de la *Protesta*, con datos del propio Castillo Ledón. Presento el evento como resultado de su trayectoria en el periodismo tapatío, donde Manuel Caballero tuvo una carrera más bien cuestionada por los *savios* jaliscienses. A los señalamientos hechos hasta hoy, añado otras observaciones, de manera que la *Protesta* es vista con una mirada un tanto diferente.

En su camino, aquellos participantes de *Savia Moderna*, convertidos en *ex-savios* dada la suspensión de su revista, y una vez finiquitada la de Manuel Caballero, vuelven a sus intenciones culturales y discurren una nueva actividad, presentada esta vez como resultado de la trayectoria ya perfilada en la revista. Siguiendo la tendencia literaria ya trazada, los *ex-savios* y sus nuevos simpatizantes tenderán a cultivar algún tema cultural, y, después de reflexionar sobre él, prepararán sus exposiciones, en forma hablada o escrita. Bajo este objetivo explico cómo Luis Castillo Ledón se dirige, en pos de la Historia, al Museo Nacional, mientras otros participan en la Sociedad de Conferencias.

Por último, el capítulo cuarto sigue la tendencia mencionada hasta aquí en la vida de los *ex-savios*, y particularmente de Luis Castillo Ledón, para explicar su entrada al Museo Nacional, institución científica, donde se desempeñará a partir de 1907. Concibo al Museo inserto en un proceso de reorganización de sus funciones; Castillo Ledón pudo observar todavía la presencia conjunta de la historia natural y otras disciplinas, más enfocadas al estudio del hombre. Presenció también cómo la redefinición de sus campos era producto de la modernidad del momento, de modo que advirtió claramente que serían las ciencias históricas las que darían sentido al funcionamiento del reorganizado Museo.

La literatura se muestra como una de las posibilidades para dedicarse al cultivo de la Historia, y por ello Luis Castillo Ledón, con el reconocimiento logrado, puede integrarse a trabajar con éxito; se inscribe, además, como alumno de la clase de Historia en los novedosos cursos impartidos en el Museo Nacional. A la vez, como alumno y empleado, da cumplimiento a una serie de tareas y, más tarde, es elegido para realizar un proyecto denominado el *Itinerario de Hidalgo*, entre 1909 y 1910, llevado a cabo en el marco de las fiestas del primer Centenario de la Independencia, el cual es rescatado del olvido.

A punto de salir a los viajes ordenados por la Secretaría de Instrucción Pública, se crea el Ateneo de la Juventud. Presento entonces a Castillo Ledón en su doble desempeño de historiógrafo y ateneísta; no será la única tarea emprendida por aquel historiógrafo antes de 1911, de manera que abundo en esas otras actividades, ya que muestran su innegable desempeño en las labores históricas. Pese a que el ambiente político, era ya abiertamente agitado, a su regreso del *Itinerario*, después de siete meses y medio, Castillo Ledón prosigue con sus actividades históricas. Se desata entonces una incontenible efervescencia política, preludio de la Revolución.

La vida parecía favorecerle por completo: Castillo Ledón fue nombrado Secretario del Museo, mas el tiempo ya no era del todo propicio ni para el trabajo intelectual ni para su desarrollo en el Museo; al día siguiente, Porfirio Díaz, ante la sorpresa de sus allegados, presenta su renuncia. Para entonces el *ex-savio* estaba totalmente inclinado, de acuerdo con su espíritu siempre renovador y optimista, hacia el maderismo, esperanzado en mejores condiciones de vida para su país.

En resumen, los años de la vida de Luis Castillo Ledón aquí estudiados han de permitir, de manera muy sucinta, apreciar su quehacer a favor de la cultura mexicana.

Capítulo I. El tepiqueño Luis Castillo. Encuentro con un joven letrado.

Uno de los aspectos más oscuros en la vida de este *savio*, era el de sus orígenes, y hoy puedo asegurar, sin lugar a dudas, que nació el 17 de enero de 1879, en la villa de Santiago Ixcuintla¹, perteneciente al distrito militar de Tepic², hoy estado de Nayarit. Fue por ello tepiqueño, no nayarita. Esta simple precisión condujo a la necesidad de conceder mayor importancia al tiempo en el que nació Luis Castillo: llegó al mundo cuando su tierra había dejado de ser Cantón de Jalisco en 1867, mas no era aún territorio de Tepic, ni menos estado de Nayarit. Aunque los dos nombres habría de llevar, todo habría de suceder poco a poco; Tepic apenas iniciaba por entonces el camino en la búsqueda de su reconocimiento y su independencia local. Esto llamó la atención del propio historiador de Nayarit, Eugenio Noriega, quien, al ver aquellas observaciones, se interesó en el caso de su ilustre paisano.

Aquella tierra en la que se desarrolló ese joven tepiqueño apareció a mis ojos como una zona de gran riqueza tropical y belleza costera, parte de la exótica geografía noroccidental de nuestro país. El río Santiago es el final de lo que hoy se conoce como la principal cuenca hidrológica de México: Lerma-Chapala-Santiago-, y convierte al lugar en un sitio agrícola pródigo, y, a la vez, lo torna un tanto cuanto recóndito. Las dificultades de comunicación que advertí al aproximarme a Santiago Ixcuintla tardaron en superarse, pues debió avanzar mucho el siglo XX, hasta el año de 1927, para que la ciudad de Tepic quedara unida con Guadalajara, mediante el ferrocarril³. Era el río, en efecto, el que definía la comunicación de aquella apartada villa.

Los recuerdos volvieron a fluir: Beatriz Castillo Ledón y Eugenio Noriega Robles, ilustraron entusiasmados aquel ambiente donde Luis Castillo se desarrolló. No era fácil ni entrar ni salir de ahí, en todo tiempo del año: de ahí que los lugareños no sólo recurrieran a

¹ Archivo ALCL. Correspondencia General. Vol. I, h. 5.

² Noriega Robles, Eugenio. "Nayarit", en *Enciclopedia de México*. México. Enciclopedia de México, 1977, t. 9, pp. 699-710.

³ "Nayarit", en *Guía turística, histórica y geográfica de México*. México, PROMEXA, 1984, p. 19.

las antiguas carretas tiradas por animales, sino a una especie de lanchones llamados "batangas" para librar el cauce del río: se necesitaba un día para llegar a Tepic. Las imágenes obtenidas eran apasionantes y también pertenecían a un tiempo y a un ambiente muy distintos a los que hoy se viven. Todo ello exigía conocer mejor aquella vida de quien *savio* y ateneísta más tarde, había nacido en el último cuarto del siglo XIX; nuestro propio cambio de siglo, me hacía a ver aquello ya no como el ayer, sino como el antier de nuestra historia.

Algunas imágenes de aquel niño empezaron a aparecer, gracias a su documentación descubrí que uno de sus entretenimientos de infancia era *celebrar* misa en *latín*, ante una entusiasta feligresía, según rememoraba muchos años después un amigo⁴; hoy, esta actividad infantil parece acorde con la imagen seria y solemne, que conservó a lo largo de su vida el ateneísta. Beatriz Castillo Ledón, por su parte, recuerda a su padre cuando le platicaba sobre su afición infantil por la poesía: entre esos recuerdos pude advertir cómo, a pesar de costarle varias veces regaños y castigos de maestros y familiares por no emplear su tiempo en *labores de mayor utilidad*, él persistió en su empeño por dedicarse a escribir. Aquel niño se revelaba poseedor de un carácter firme, y respondía a la imagen que proyectaba en ocasiones, por ejemplo, la de haber sido gobernador de su tierra.

Otro acontecimiento, sucedido al parecer todavía en su infancia, revela un sufrimiento que también marcó para siempre su vida: la muerte de su padre, aparejada con la decisión de la madre de educar a los hijos con gran rigor. Este hecho, a su vez, parecía explicar otro signo característico de la vida del joven Castillo: una cierta debilidad, una propensión a enfermarse y a deprimirse, la cual, según se desprende de su correspondencia, parece haberle acompañado durante muchos años de su vida y obligado en más de una ocasión, a apartarse de sus actividades normales. Uno de los primeros datos del

⁴Archivo ALCL. Sección de Correspondencia General. Vol. IV, h. 340.

adolescente, es que a los catorce años “postrado en el lecho del dolor”, era saludado desde el diario *El Tepiqueño*, de Tepic⁵. Esto habría de ser una constante en su vida.

Como el patrimonio del padre de Luis Castillo era una botica, el niño debía cumplir con algunas labores totalmente opuestas a sus gustos e intereses. Para evitar estas encomiendas, buscaba siempre la manera de refugiarse en los versos o en la música de la iglesia. Era tan puntual y asiduo en los oficios religiosos, que su madre y uno de sus tíos llegaron a creer que tenía vocación para el sacerdocio; sin embargo, el mozuelo, quien años después estudiaría la ópera mexicana y revelaría amplios conocimientos musicales, aclaró que acudía a la iglesia porque era el único lugar donde podía escuchar música.

Beatriz Castillo Ledón recuerda cómo su padre le platicaba que apenas llegó al cuarto grado de primaria; no había más. Él mismo, siendo gobernador de Nayarit, muchos años más tarde, modificaría la estructura educativa, para ofrecer mejores condiciones a la juventud de aquella zona del país. Muy pronto, en cambio, enfiló sus pasos hacia la práctica de la asociación; lo mismo con otros jóvenes como él, que con maestros, que alentaban sus gustos y quehaceres. Afecto a las buenas lecturas, refiere entre ellas, en uno de sus artículos, escrito a los 16 años, a Milton, Lamartine y Chateaubriand⁶, y, según expresó, en ese quehacer halló la redención a sus desánimos y tristezas, cuyo motivo principal era la añoranza de su padre. A partir de entonces su refugio en actividades de letras, habría de brindarle enormes satisfacciones.

De manera que, habiendo tenido la oportunidad de revisar sus periódicos en el domicilio de Beatriz Castillo Ledón, hallé dos, creados en compañía de algunos amigos: *El Reporter* y *Pierrot*⁷. Del primero, se conservan dos números: el ocho y el diez, correspondientes al 20 de diciembre de 1896 y al primero de enero de 1897; del segundo, se conservaron ocho ejemplares, del uno al nueve, con excepción del ocho: estos últimos

⁵ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1898-1918.

⁶ *Pierrot*, núm. 6, agosto de 1896.

⁷ Archivo ALCL, Sección de Impresos.

están fechados entre julio 10 y septiembre 4 de 1898. En *El Reporter* leemos textualmente: "Directores Francisco R. Sandoval LUIS CASTILLO".

Se han citado otros dos periódicos en su haber juvenil, más bien, todavía adolescente: *Casi un juguete* y *El Chiquitín*⁸. Observé que el primer nombre alude a una existencia dudosa, mientras que el segundo sí existió. En el número tres de *Pierrot*, correspondiente a julio 24 de 1898, se halla la siguiente referencia: "EL CHIQUITIN. El día 18 del presente, hizo un año que dimos a la luz "El Chiquitín", el cual murió en mayo próximo pasado". Es de suponerse entonces que *El Chiquitín* se editó durante casi once meses, de julio de 1897 a mayo 1898 si bien no pude encontrar ningún ejemplar de este periódico entre sus documentos. Respecto al primero, la confusión parece haberse derivado de una lectura inapropiada ante lo expresado en vida de Luis Castillo. Me explico: Un *Boletín Semanal* de la Biblioteca Nacional, del año 1920,⁹ en su primera página, reproduce una entrevista con algunos comentarios hechos por el ateneísta en relación con aquellos periódicos, en donde se lee: "Desde la edad de diecisiete años -la bella edad- sintió inclinaciones por el periodismo, y publicó periodiquitos "casi de juguete", como él me aseguró una vez, como "El Reporter", "El Chiquitín" y "Pierrot", con lo que demostró desde entonces una manifestación definida de su alma". El entrecomillado parece haber motivado la confusión en algún lector presuroso. Prueba de ello es que en sus documentos Luis Castillo nunca se refiere a "Casi de juguete" y sí a los otros tres periódicos mencionados.

En el contenido de los ejemplares hallados, encontré noticias locales, nacionales e internacionales, numerosos avisos de diversas actividades culturales como teatro, zarzuela, música, veladas literarias, sin que faltaran, desde luego, las diversiones como circos, bailes, e, inclusive, un concurso de belleza (impulsado, como se acostumbraba en Guadalajara, por dos diarios). Se incluyeron, además, poesías, cuentos de corta extensión, notas breves,

⁸ Castillo Ledón, Luis, *Narraciones históricas*, México, Seminario de Cultura, 1994. Ver prólogo de Ernesto de la Torre, p. 11.

⁹ *Boletín Semanal* de la Biblioteca Nacional, t. 11, número 59, del 28 de febrero de 1920.

chistes y anuncios comerciales de la localidad. No sólo este tipo de generalidades hubo ahí, sino que los textos de Luis Castillo albergaban, entre líneas, desde entonces a algunos de sus principios, que lo muestran como joven emprendedor de ideales.

La revisión detallada de estos periódicos locales, me permitió entrever los ideales del joven Castillo en sus actividades y tareas, para descubrir que desde aquella temprana etapa plasmó su gusto por el estudio, enmarcado en un sentido más amplio dentro de un contexto de ayuda social. Esto leímos, por ejemplo, en *Pierrot*: “Persiguiendo como siempre nuestro ideal: el estudio y prestarle de alguna manera nuestro contingente a la sociedad en que vivimos”. Las dificultades en sus actividades, comunes por aquel tiempo los hacían advertir la inseguridad de su edición en el futuro; pese a ello, los directores, Bruno González y Luis Castillo, manifestaron el deseo de ver su semanario constituido en un “libro del pueblo”.

Llevaba sus periódicos a imprimir a Tepic, y, para ello, cruzaba el caudaloso Santiago, un día empleaba en ello; su labor le era, por sobre todo, importante, de manera que aprendió a sortear cuanto obstáculo hallaba a su paso. Mediante diversos trabajos y tareas compartió sus conocimientos, de manera que, poco a poco, la esfera de influencia de sus textos se fue extendiendo hasta rebasar las fronteras de su territorio; se hizo presente en diversos estados del país e, incluso, llegó hasta tierras lejanas como Texas. Su labor periodística ofrece constancia de la vida y las actividades cotidianas, de modo tal que se acostumbró a transparentar en sus escritos la realidad en la que iba transcurriendo su propio devenir. Todo ello me explicaba ampliamente por qué pudo desempeñarse, más tarde, como importante hombre de letras en la capital: su espíritu estuvo siempre ávido de cultura y luchó por adentrarse en un ambiente letrado y ser parte de él.

En su temprana adolescencia se me presentó entonces, sorprendentemente como un adolescente precoz, con grandes ansias de saber, gustoso del trabajo colectivo, de la lectura

y de la escritura. Preparó en su tierra *De Crisálidas*, un primer álbum de poesías, factura que no sólo confirmé mediante la publicación de varios poemas en sus periódicos, sino gracias a los comentarios posteriores de alguno de sus remitentes¹⁰. Y no sólo eso, sino que se me reveló como una personalidad ya desde el periodismo local, cuya producción es digna de figurar en la historia de Nayarit. Así, hoy lo presento como uno de los *savios* y ateneístas de mayor experiencia en las lides periodísticas.

A sus diecinueve años, sintió la necesidad de buscar nuevos horizontes y entonces, contra lo escrito sobre él hasta hoy, su deseo lo llevó, en primer término, hasta la capital del país, tras cinco días de camino en las antiguas carretas y del paso del río. Llegado a la ciudad de México, debió reprimir sus ansias, pues se convenció de no dedicarse a trabajos ajenos a sus gustos, aunque fuesen mejor remunerados. Por ello mismo, debió constatar que sus recursos materiales resultaban insuficientes para enfrentar aquel abrupto cambio: su bagaje cultural aún no podía cubrir sus aspiraciones en esa metrópoli. Sin embargo, su decisión, contundente, fue el no alejarse ya nunca de ella por completo.

Sin regresar a su tierra, fue a radicar a Guadalajara. De su correspondencia se desprende que llegó ahí alrededor de julio de 1899¹¹; todo indica que en esta ciudad sí le fueron productivas las relaciones establecidas a través de sus periódicos santiagueños y sus experiencias le fueron, por demás, útiles. No obstante, su documentación deja ver que Luis Castillo debió realizar actividades paralelas a las de su interés para garantizar su subsistencia; así lo indica uno de los documentos, donde se da constancia de que cumplió con "labores de escritorio" en la Testamentaría H. Barriére¹². Ante su orfandad de padre, no podía prescindir de trabajar.

Al parecer, menos de cinco años le fueron suficientes a aquel joven de provincia, tanto para conseguir un trabajo a su gusto, como para destacar en prácticamente todas las

¹⁰ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h. 248.

¹¹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h. 340.

¹² Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h. 25.

revistas y periódicos del lugar. Los materiales hallados me invitaron a mejorar y precisar los datos aportados por de la Torre¹³: Luis Castillo no hizo en Guadalajara sus pinitos; esto ya lo había llevado a cabo en su tierra; tampoco trabajó en *La Gaceta*¹⁴, sino en *La Gaceta de Guadalajara* y, según el archivo ALCL, estableció relaciones con las siguientes ediciones: *La Libertad*, *Juan Panadero*, *La Suegra*, *El Bien Público*, *Revista Blanca*, *Buena Sombra*, *Negro y Rojo*. Sí sería dueño y director de *El Monitor de Occidente*, pero lo hizo, no como supone de la Torre, en 1899, sino hasta 1903, cuando se inició su edición, y lo dirigió junto con Manuel Carpio¹⁵. En cambio sí colaboró, como menciona de la Torre, con *El Sol*.

Logró no sólo trabajar, sino gozar de cierta aceptación: su poema *Oh, las bocas*, fue bien recibido, obtuvo un triunfo con su cuento *Llanto Eterno*¹⁶. Consiguió, además, estudiar en el Liceo de Varones, en Guadalajara mismo, donde cultivó relaciones que después habrían de reflejarse en la ciudad de México y en su propio gusto literario. Uno de sus maestros más cercanos fue Victoriano Salado Álvarez, quien debió ser su ejemplo, pues el tepiqueño parece haber seguido sus pasos: se interesó en escribir sobre temas históricos y en la búsqueda de documentos de archivo. Más tarde, ambos se hicieron de una gran amistad, de acuerdo a la memoria de Beatriz Castillo Ledón.

Incorporado por completo al medio periodístico, obtuvo también un reconocimiento pleno en el mundo tapatío de las letras; en paralelo, algunos de los nuevos *hermanos* también marcharían más tarde a la capital, al tiempo que otros quedarían, de nuevo, rezagados. Había ahora más entusiasmo, y también mejores condiciones. No estaba solo; le acompañaba su paisano José María Sierra: ambos lograron un sitio especial entre los

¹³ Castillo Ledón, Luis, *Narraciones históricas...*, prólogo de Ernesto de la Torre, p. 8

¹⁴ Existió una edición con ese nombre en 1899, redactada en español e inglés, dirigida por Luis Manuel Rojas y William Harrison, aunque la sociedad se disolvió.

¹⁵ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico de 1898 a 1912.

¹⁶ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico de 1898 a 1918. *El Sol*, s/f, Guadalajara, Jal.

tapatíos. Los demás nombres son conocidos en el medio jalisciense: Juan B. Villaseñor, David F. Gómez, Pedro Gómez Ruesga, José Luis Velasco, Javier Santource, Solón Argüello, Jorge Enciso, Salvador Escudero, Ángel Zárraga, Roberto Montenegro, Juan y Rafael Ponce de León, Francisco Zubieta, Gerardo Murillo, Juan B. Delgado, Luis y Juan Quevedo, Carlos Figueroa, Francisco Izábal, la familia Farías, Carlos F. Kégel, Fernando Galván, Xavier Sorondo, Manuel Cambre, Nieto y un tal Paris.

Luis Castillo y José María Sierra consolidaron, sin duda, su posición dentro del mundo de las letras y el arte en Guadalajara. Tanto Castillo como Sierra, además de Benjamín Padilla y Manuel Carpio se habían convertido en importantes líderes del grupo jalisciense. Desde 1901, todos ellos figuraron en la mesa directiva de la sociedad literaria denominada “Manuel Gutiérrez Nájera”, según el diario *La Libertad* del 1º de septiembre¹⁷. Ese mismo año, el 30 de agosto, Luis Castillo vería su nombre por vez primera en *El Imparcial* de la capital, precisamente como parte de las festividades patrias de Jalisco¹⁸. El grupo de jaliscienses logró una mayor consolidación, en virtud de que contaba con el empeño de sus mayores. Luis Castillo volvió a encontrarse con Sixto Ozuna, y también convivió con Tomás V. Gómez, José Alberto Zuloaga, Marcelino Dávalos, Ignacio Padilla, Antonio Pérez Verdía, Jorge Delorme y Campos, Francisco Escudero, José López Portillo y Rojas, Manuel Caballero, Alberto Santoscoy, Manuel Puga y Acal, José Gómez Ugarte, entre otros.

La experiencia había germinado, indudablemente, con mayor relevancia en Guadalajara: los nuevos compañeros de letras tenían miras más definidas y eran elementos más preparados; por ello mismo sus intenciones eran más ambiciosas. Así, para 1903, Luis Castillo había destacado en Guadalajara, en compañía de Sierra y de algunos jaliscienses, entre quienes, se encontraba Villaseñor, tan cercano al tepiqueño, quien

¹⁷ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico de 1898 a 1918.

¹⁸ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico de 1898 a 1918

desafortunadamente se alejó y murió en plena juventud. El trabajo en equipo siguió siendo un rasgo característico en la vida de Luis Castillo, y una prueba de este avance colectivo lo constituye una cita, que me permitió advertir cómo el proyecto mismo de *Savia Moderna*, considerado hasta hoy netamente citadino y capitalino, surgió no en 1906, como yo misma lo había creído, sino en la propia Guadalajara, en el seno de este grupo de amigos, practicantes de las distintas artes y no únicamente de las bellas letras.

Pude hallar indicios del interés por su fundación, desde 1903. Precisamente, gracias a la correspondencia de José María Sierra, autor, al igual que Tablada, de una *Misa Negra*, quien escribió a Luis Castillo, con la siguiente fecha: “Jul 28 1903,” donde le comentaba que pronto fundarían una publicación con la idea de reunir fondos para después poder editar, ni más ni menos, *Savia Moderna*. Veamos la cita: “El sábado próximo aparecerá Pist!!... periódico que vamos a fundar entre Carpio, Luis Quevedo y yo. Se ocupará sólo de guasas y de teatros. Esperamos sacar dinero de él para después fundar nuestra tan soñada “Savia Moderna”¹⁹.

Conoció de nuevo las mieles de la asociación con *hermanos*, más que amigos; sus distintos documentos revelan que siempre hallaría ahí cálida recepción: supo de triunfos, mas también de diferencias y de sinsabores. Las relaciones conquistadas fueron ahora sí de mayor importancia, de manera que de nuevo volvió en pos del viejo anhelo: la capital del país. Unido para siempre al mundo tapatío de las letras y el periodismo, había de salir más tarde hacia la ciudad de México, en busca de mejores alternativas.

El archivo ALCL permite saber que llegó a la capital a mediados de 1903, y no en 1904, como se pensaba²⁰. De acuerdo con lo narrado por Beatriz Castillo Ledón, lo hizo por consejo e invitación del poeta Amado Nervo, a quien Luis Castillo había conocido en Santiago Ixcuintla algunos años antes, al parecer cuando ya se interesaba no sólo en el

¹⁹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. I, h. 234.

²⁰ Castillo Ledón, Luis, *Narraciones...*, prólogo de Ernesto de la Torre, p. 8, y *Enciclopedia de México*, t. 2, p. 418.

periodismo, sino en los versos. Ambos nayaritas, afirma Beatriz Castillo Ledón, estarían unidos por fuertes lazos de amistad, después de reencontrarse como partícipes de gustos e intereses semejantes en la ciudad tapatía.

En uno de los impresos conservados en el archivo ALCL, Luis Castillo dejó constancia de que Amado Nervo lo relacionó con los intelectuales de *Revista Moderna*: por igual con los mayores (Jesús Valenzuela, Luis G. Urbina, Juan José Tablada), que con los jóvenes (Roberto Argüelles Bringas)²¹. Se acercó por entonces de manera directa, a la poesía y a la prosa modernista, pero el ambiente rebasaba con mucho una sola forma de pensar; tuvo ahí una ventana al mundo universal de la cultura y conoció autores y corrientes que influyeron en su formación. Era la capital, como lo entreveían los ansiosos amigos: el lugar ideal para desarrollarse.

De acuerdo con los recuerdos familiares, fue a su regreso cuando Nervo le ayudó a obtener un puesto en la Biblioteca Nacional. Trabajó ahí primero como vigilante en 1904, e inició así relación de trabajo con la administración pública; es probable que sus biógrafos hayan considerado esta fecha como la de su arribo a la capital.

Tenía ya poco más de un año de vivir en la ciudad de México, cuando Luis Castillo participó y triunfó en un popular y todavía prestigioso concurso literario: los Juegos Florales. El archivo ALCL guarda un documento: *Minerva*, el número único del *Órgano de la juventud estudiosa*, en el que se da cuenta de las cuatro composiciones premiadas en los juegos potosinos de septiembre de 1904²². Los reconocimientos, todos ofrecidos a autores residentes en la ciudad de México, se dividieron en dos premios: el primero, al que se le otorgó la Flor natural, con derecho a elegir Reina de la fiesta, y el segundo, "cedido espontáneamente por la Colonia Española"; éste último fue el otorgado al tepiqueño.

Su contenido ha permitido precisar varios datos en relación con este certamen: se

²¹ Archivo ALCL. Sección de Impresos. Serie Periódicos Diversos. Artículo de Luis Castillo Ledón referido a la muerte de Roberto Argüelles Bringas.

²² Archivo ALCL. Sección de Impresos. Serie Periódicos Diversos.

llevó a cabo en San Luis Potosí, el 17 de septiembre de 1904, cuando Luis Castillo contaba con 25 años, no con 17 como se creía²³. Los poemas se presentaban bajo un lema, el de Luis Castillo fue *Esto miro y esto siento*, el cual prácticamente habría de dar nombre a su libro de poemas más conocido: *Lo que miro y lo que siento*, publicado en 1916. El poema *Los Caballos* fue recitado por Manuel José Othón²⁴. Se ignoraba, por ejemplo, que este poema compartió créditos con tres más, elegidos entre ochenta y cuatro composiciones. Otro *Accésit* fue concedido a *Hiemal*, poema correspondiente nada menos que al otro futuro ateneísta y cofundador, dos años más tarde, de *Savia Moderna*: Alfonso Cravioto, quien era estudiante de Jurisprudencia. Luis Castillo y Rafael Zayas Enríquez, otro de los premiados, no tenían esa categoría; el segundo no sólo había dejado atrás los estudios, sino también la juventud: tenía nada menos que 56 años, lo que lleva a advertir el tipo de comunidad interesada y participante en estos concursos, la cual no era forzosamente joven ni estudiante, sino, sencillamente, cultivadora de las letras.

Para 1903, en la capital, Luis Castillo pudo colocarse en aquel mundo suyo que tanto placer literario le proporcionaba, pero obtuvo, además, una “dieta” en la Biblioteca Nacional. Además de colaborar en la *Revista Moderna de México*, escribió para *El Imparcial* y para *El Mundo*, ambos del oaxaqueño Rafael Reyes Espíndola, así como para periódicos y revistas de los estados²⁵. José María Vigil apreció los empeños de aquel subalterno que gustaba de llegar antes de todos y permanecer hasta que cerraran, para aprovechar el rico material de la Biblioteca, según cuenta Beatriz Castillo Ledón. Pronto, Vigil lo nombró su Secretario, con lo que el tepiqueño se inició como funcionario público. Sus gustos estaban ya plenamente dirigidos. Mientras se desarrollaba en el periodismo, tarea de la que nunca se alejó por completo, no sólo se fue inclinando hacia la prosa, sino

²³ *Enciclopedia de México*, p. 418. También se consigna que el certamen se celebró en Guadalajara.

²⁴ Castillo Ledón, Luis. *Lo que miro y lo que siento*. Tipografía Artística Cervantes. Madrid, 1916, p.119.

²⁵ Archivo ALCL. Sección de Correspondencia General. Curriculum de Luis Castillo Ledón, vol. I, h. 72.

interesándose por temas que terminarían por configurar su vocación. A la par que trabajaba en la Biblioteca, y haciendo acopio de todas sus relaciones, echó a andar aquel proyecto evocado en la carta de julio de 1903 de José María Sierra antes citada, llamado *Savia Moderna*: tendría una trayectoria accidentada y sinuosa, que, todavía en la actualidad, resulta interesante. De ahí, había de llegar, un poco más tarde, al Museo Nacional, donde de nuevo contra lo planteado hasta hoy, descubro que se desempeñó como historiógrafo. De esta parte de la trayectoria de Luis Castillo Ledón me ocuparé en las siguientes páginas.

Capítulo II. *Savia Moderna*, Revista de arte: un asomo, a más de cien años de su edición.

II. 1. *Savia Moderna*, bajo la perspectiva de Luis Castillo: un proyecto nacido en tierra tapatía.

Una noticia, hoy novedosa, me acerca a los inicios de la revista *Savia Moderna*, pues comúnmente al tratar de ella uno se remitía a la fecha formal manejada en el primer número: marzo. Los primeros días de enero de 1906, el diario *El Presente* dio noticia de una nueva actividad, tanto en la trayectoria personal de Luis Castillo, como, en general, en la vida literaria y artística metropolitana. Veamos parte de la reseña: “*Savia Moderna* es el título de una revista semanaria ilustrada que aparecerá en esta capital el 30 de Enero y será dirigida por los conocidos poetas Alfonso Cravioto, Luis Castillo y José María Sierra”¹.

Otros datos hallados permiten asomarnos no sólo a su preparación, sino también al proceso general de edición de *Savia*, revista consagrada ya por un contenido, en exclusiva, al arte. No sólo *El Presente* ofreció testimonio del temprano inicio de los organizadores de *Savia Moderna*. Una carta del 29 de enero del mismo año, firmada por José B. Velasco, hoy reconocido como periodista y escritor tapatío², nos muestra su respuesta, en calidad de partícipe de la revista. El entonces joven de 21 años, antes de finalizar el mes, envió a Luis Castillo versos y prosas para que les diera “el alojamiento que a su juicio les correspondiera”, y ofreció enviar, en unos días, “una crónica que he escrito para ‘*Savia Moderna*’”³. Ambas fuentes coinciden en señalar que, desde el primer mes del año de 1906, los directivos de *Savia* ya se ocupaban de ella: a la vez que la promocionaban, iniciaron la recepción de materiales para su edición.

La carta de Velasco, tiene, además, la virtud de confirmarme aquellas palabras plasmadas por José María Sierra tres años atrás y que sonaban entonces aparentemente

¹ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

² “Velasco, José B.”, en *Diccionario Porrúa, Historia, Biografía y Geografía de México*, México, Porrúa, 1986, t. P-Z, p. 3093.

³ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol II, h. 592-593.

inconexas, referidas a crear una edición para apoyar el proyecto de *Savia Moderna*. Estas frases me corroboran el hecho de que esta revista existía ya, como proyecto, desde la estancia de Sierra y Castillo en la comunidad jalisciense. La carta citada de Velasco confirma esta idea, cuando expresa lo siguiente: “Fue una gran alegría saber que el proyecto acariciado por Ud. tanto tiempo, va al fin a realizarse”⁴.

Aún más. Consigno el sentir de Velasco como significativo, pues, al continuar la carta, escribía en plural y deja al lector la sensación de haber sido él parte del proyecto también, ya que consideraba como algo natural su participación en él y, sobre todo, su testimonio reafirma, una vez más, que, en Guadalajara, los compañeros de intereses literarios ya tenían conocimiento de la intención de editar *Savia Moderna*. Velasco escribió: “Pero yo, como el personaje aquel de una comedia de los Quintero⁵, no le digo a Ud. nada —como nada le diría a un hermano sobre un asunto familiar que conoce tanto como yo—. Y nosotros somos de casa en este caso. Si tuviera tiempo sobrado, sería esta una magnífica oportunidad para decir tres o cuatro hermosas cosas rebosantes de lirismo...”.

Esos *hermanos* más que amigos, además de mostrar su familiaridad con la vida cultural de aquellos años, estaban acostumbrados a colaborar entre sí, a trabajar en el mundo de las letras, a hacer publicaciones; por tanto, sus ocupaciones giraban en torno a un mismo quehacer. Velasco aclaró que hacía ocho días que había comenzado a escribir la carta y “hasta ahora la he terminado. Tienen la culpa “La Gaceta” y “La Revista”. Se les perdona?” Pidió, eso sí, que le aclarara cuándo saldría el primer número de aquel “periódico”, y su petición iba de acuerdo con las fechas proporcionadas por *El Presente*, aunque no con la periodicidad indicada por el diario, pues de sus palabras se desprende que la consideraba mensual y no semanal. Veamos: “Yo no sé si será oportuno todavía porque

⁴ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol II, h. 592-593.

⁵ Poetas sevillanos de identificación común entre los *savios*. A ellos que hizo referencia también Pedro Henríquez Ureña en su colaboración posterior con la revista, en el núm. 4, sección Teatros.

ignoro si el primer número del periódico verá la luz a principios o al fin del mes. Muy bueno sería que a vuelta de correo me dijera Ud. siquiera en tres palabras lo que haya sobre el particular...”. No fue posible localizar dicha precisión en la correspondencia del archivo ALCL.

Entre los novedosos documentos destacan algunas cartas firmadas por Cravioto y enviadas a Luis Castillo, las cuales permiten precisar algunos puntos. Entre ellos, los relacionados con el propio Cravioto, a quien Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña no sólo le adjudicaron la fundación y el patrocinio de la revista, sino la responsabilidad de su muerte por haberse marchado a Europa⁶. Por otra parte, dichas cartas permiten aclarar otro punto que ya venía yo sospechando: las fechas formales de la revista y el transcurrir de 1906 no compaginaban; este destiempo modifica algunas percepciones que hasta hoy se habían aceptado.

A la nueva información sumo la tradicional, proporcionada por los literatos Henríquez Ureña y Reyes, cuyos nombres ocupan un lugar importante en la cultura del siglo XX, y sus datos se habían vuelto clásicos para contextualizar *Savia Moderna*, pues constituían los únicos referentes directos de esta revista. La confrontación de todos estos materiales me hizo posible el realizar ahora una revisión de *Savia Moderna*.

Si bien es cierto que tanto Reyes como Henríquez Ureña, fueron dos de sus redactores, también lo es que ellos se incorporaron cuando la revista ya estaba iniciada, puesto que lo hicieron hasta el tercer número. Una vez que revisé los textos legados a la posteridad, ahora desde la perspectiva del codirector menos conocido, puede obtener una visión distinta a la acostumbrada hasta hoy. En general, esta nueva perspectiva me permitió hacer un nuevo planteamiento de los distintos tópicos de esta publicación de comienzos del siglo XX: lugar donde se gestó la idea de crear la revista, temprana organización y tardío

⁶ Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989, p. 54, y *Revista Nosotros*, México, FCE, 1980, p. 621.

inicio, patrocinio, sus directores separados por el océano⁷, participantes, vida azarosa, abrupto final, valor y significado del intento, aspectos todos que, en conjunto, permitirán conocer mejor la revista *Savia Moderna*, y, particularmente, a su codirector tepiqueño.

Tuve, además, la suerte de hallar en el domicilio de Beatriz Castillo Ledón no sólo una edición original de *Savia Moderna*, sino, junto con ella, un díptico publicitario⁸, editado, de igual modo, por los jóvenes impulsores de la revista y realizado por la tipografía de I. Escalante, misma a la que también habían recurrido los de la *Revista Moderna*. Del díptico ya he hecho algunas apreciaciones⁹. No obstante, el contenido del folletín me permite ahora realizar algunas comparaciones en relación con lo anunciado por *El Presente* y con el contenido del primer número formal. Si bien el díptico carece de fecha, su edición constituye, indudablemente, una muestra de su impulso en la capital y el preámbulo del tiraje de *Savia Moderna*.

Como en 1905 no se halló en la ciudad de México ninguna alusión expresa a la revista, el folleto promocional, los datos de *El Presente* y la carta de Velasco, me permiten reconocer que, al menos, para enero de 1906 ya se había comenzado a organizar la edición de *Savia Moderna*; el directorio estaba, todavía, en proceso. En el promocional se identificó a los tres dirigentes ya conocidos de *Savia* y los dos tipos de participantes anunciados por *El Presente*: redactores y artistas, y se añadió desde entonces a los fotógrafos y al administrador.

En cuanto a la dirigencia de *Savia Moderna*, puede observarse que, desde enero, *El Presente* se refirió a Luis Castillo como parte de ella. Los datos hallados, me permiten asegurar que, para entonces, ya se había iniciado como funcionario en la Biblioteca

⁷ Ávila Hernández, Julieta, "Carta de Alfonso Cravioto a Luis Castillo Ledón. *Savia Moderna*. Los directores separados por el Atlántico", en *Mensual de Humanidades y ciencias sociales*, México, Coordinación de Humanidades de la UNAM, 2007, año III, núm. 19, p. 7-8.

⁸ Díptico publicitario encuadernado con la revista *Savia Moderna*, localizado en el domicilio de Beatriz Castillo Ledón.

⁹ Ávila Hernández, Julieta, "Savia Moderna. Frontera entre siglos", en *La República de las Letras, Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, México, UNAM, 2005, pp. 265-277.

Nacional, donde era Secretario de José María Vigil, su director. Radicado en la capital, su documentación muestra también que Luis Castillo era el orgullo de Santiago Ixcuintla, de Tepic y de otros sitios aledaños; sentimiento compartido por otro lugar, menos alejado de la capital: la propia Guadalajara. Comenzaba a ser reconocido, indistintamente, como el hombre de letras tepiqueño o jalisciense; ambas comunidades, hermanadas históricamente, lo aceptaron como suyo. Es comprensible entonces el que deseara impulsar un proyecto periodístico, más ambicioso que los anteriores, aprovechando sus nuevas circunstancias en la capital.

II.2. Conformación de *Savia Moderna*: viejos y nuevos pareceres.

Indudablemente el grupo en torno al nuevo proyecto periodístico y artístico de Luis Castillo, quien todavía no usaba el Ledón, había aumentado el número de sus miembros en la ciudad de México. Parte importante de este crecimiento fue, sin duda, la llegada de Cravioto, quien ocupó el rango de director, al lado de Luis. Sólo que es importante, por el momento, reflexionar en que Cravioto, aún en su papel de mecenas, sólo se sumó al proyecto, situación que refuerza la idea de que tanto Castillo como Sierra ya tenían por sí mismos una cierta jerarquía: la obtenida en Guadalajara. Junto con Cravioto, aquella directiva echó a andar la revista.

De acuerdo con los datos del díptico y de la portada del primer número, Cravioto y Castillo figuraron como directores únicamente; no hubo, como en otras revistas, aclaraciones explícitas de que alguno fuera dueño o fundador además de director: ambos tuvieron la misma categoría. Precisamente una de las ideas inexactas, asociadas con los recuerdos de Pedro Henríquez Ureña, y que se ha venido repitiendo, consiste en reconocer a Cravioto como el fundador de la revista, por haber financiado el proyecto.

Al menos en dos ocasiones hallamos, en las memorias del dominicano esa referencia. En la primera, señala simple y llanamente que “fue fundada por Alfonso Cravioto”¹⁰. La segunda, está en un párrafo de una carta enviada por Henríquez Ureña a un primo suyo el 25 de agosto de 1907, donde deja testimonio del papel de Cravioto como patrocinador de *Savia Moderna*, y también permite entrever que concede al hidalguense todo el peso del quehacer fundacional de la revista y de impulsor del grupo hallado por él en la ciudad de México. El escritor dominicano manifestó: “El primer esfuerzo de unión lo realizó, hace poco más de un año, con la fundación de la revista *Savia Moderna*, Alfonso Cravioto (hijo de un militar distinguido que gobernó el Estado de Hidalgo) la patrocinó con su fortuna”¹¹.

Este comentario de Henríquez Ureña, acerca del patrocinio de Cravioto, se ha retomado una y otra vez, tornándose lugar común el que algunos autores contemporáneos aprecien y señalen a Cravioto con mayor deferencia, citándolo no sólo como patrocinador, sino incluso como único fundador o director, y por tanto prescindiendo del nombre de Luis Castillo. Hallamos, además, otra idea asociada al patrocinio: la suntuosidad de las oficinas y del ambiente asociados con la revista, a diferencia de otras publicaciones anteriores. Muestra de ello es el párrafo que reproduzco enseguida, donde no sólo se alude a Cravioto como fundador de la revista, sino al “lujo deslumbrante” que, se piensa, tuvo. Seguramente Cravioto participó en la preparación de las oficinas de la revista, las cuales según la propia *Savia Moderna*, estaban ubicadas en la “4ª Avenida del 5 de Mayo, núm. 88. Despacho 32”¹². Veamos el siguiente texto escrito con motivo de los cien años de la revista:

La revista fundada por Cravioto se instala con un lujo deslumbrante del que no existen precedentes en periódicos y revistas “de pocilgas, covachas y ratoneras”. La redacción está en el último piso de La Palestina, uno de los primeros edificios de seis pisos que existen en la capital, con vista exquisita hacia el nuevo *boulevard* 5 de Mayo. De un lado se ve la Catedral del otro, los

¹⁰ Roggiano, *op. cit.*, p 34.

¹¹ *Íbidem.*, p. 54.

¹² Revista *Savia Moderna*, cuarta de forros.

crepúsculos de la Alameda. El piso del edificio es de mármol. Abajo corren cafés, bares, tiendas, librerías¹³.

Lo anterior parece, en un primer momento, corresponder a la personalidad de Cravioto, hijo de un ex-gobernador porfirista y benefactor de la publicación; sin duda, así lo consideraron también los tepiqueños, pues es posible que, por deferencia, se le anotaba en primer término. Sin embargo, caben otras observaciones distintas en torno a ello: la propia revista reproduce el edificio ocupado por La Palestina, el cual tiene, de acuerdo con el grabado, cinco pisos y un remate solar o cupulín, donde bien pudo ubicarse el despacho 32 de *Savia Moderna*.

Esa especie de buhardilla hacía que la construcción se considerara de seis pisos¹⁴ y podría hacer pensar que se trataba, más bien, de un despacho de ocasión, lo cual no sería extraño, pues La Palestina era una de las casas comerciales, patrocinadora de la revista. El mismo Mauleón da por hecho que la redacción de *Savia* estuvo en el sexto piso. Los recubrimientos del suelo de aquel despacho no tuvieron que ser forzosamente del mismo material empleado en la parte formal del edificio. Un dato más, proporcionado por Rafael López y manejado hasta hoy, aunque un tanto poético, tampoco parece corresponder a la supuesta suntuosidad de las oficinas de la revista que nos ocupa y sí al remate indicado: “La redacción era pequeña como una jaula...”¹⁵.

Visto así, aquel despacho, no necesariamente ostentaba el lujo que se le atribuía, si bien esto no afectaba la pretensión artística, literaria, de quienes ahí solían reunirse. El ambiente de la redacción lo propiciaban los propios participantes, y la atmósfera de la que se rodeaban formaba, indudablemente, parte de su modernidad. Los redactores y artistas contaron con un espacio físico estrictamente de altura: desde aquel moderno edificio “cayó la palabra”. Héctor de Mauleón localizó recientemente una descripción del ambiente de la

¹³ Mauleón, Héctor de, *Savia Moderna*, en revistazularte.blogia.com/.../111501-revista-savia-moderna-hector-de-mauleon.php p. 10. [Consultado el 11 de septiembre de 2009].

¹⁴ Información verbal obtenida en la Coordinación de Monumentos Históricos del INAH.

¹⁵ Citado por Reyes y Mauleón.

redacción de *Savia Moderna*, escrita por Jesús Villalpando, uno de aquellos *savios*. Por tercera ocasión, para quien esto escribe, aparece Villalpando en su carácter de periodista. Dicho *savio* tampoco pudo abstenerse, doce años después de la edición de la revista, de externar y compartir sus recuerdos, como antes me proporcionara algunos datos sobre Luis Castillo¹⁶. Con todo, la presencia de Villalpando ha resurgido del olvido¹⁷; también ha legado recuerdos de su ambiente.

Respecto al comentario de Villalpando sobre la redacción de *Savia*, debo recalcar que, en el tono mismo de su remembranza, externó un gusto particular por la cultura de la Grecia clásica, identificado después con los ateneístas, el cual, como se ve, no resultaba nada ajeno a aquellos *savios*. Veamos de manera detenida, en tres partes, la siguiente frase: “Aquello era un Aerópago (sic), un Parnaso, un palacio, una corte de los Médicis”¹⁸. Primera, en alusión al tribunal superior de la antigua Atenas, areópago literario hubiera podido especificar, en su sentido de reunión, si no grupo de sabios, sí de artistas; Segunda: el Parnaso, en recuerdo y similitud de su intención con la conocida montaña consagrada a las musas. Tercera, apelando a la magnificencia de la familia florentina, confirma que el pensamiento de aquellos jóvenes estaba puesto en las artes y en las letras, protegidas anteriormente por sus mecenas sempiternos, los Médicis. En ese sentido cortesano, abundaron las frases elegantes de Villalpando, como aquella con la que recordó y describió a Roberto Argüelles Bringas, con “actitudes majestuosas de Duque”.

Bajo esta óptica, seguramente Cravioto no necesitaba obsequiar con largueza un patrocinio monetario exorbitante, sino dispensar un desbordante entusiasmo con los propósitos artísticos y literarios: en eso coincidía con Luis Castillo Ledón. Ambos

¹⁶ Villalpando escribió una reseña biográfica de Luis Castillo Ledón en *Biblos*, Boletín de la Biblioteca Nacional, en 1920, en una sección dedicada a “Escritores Mexicanos Contemporáneos”.

¹⁷ Villalpando, Jesús, se ha revelado en los últimos tiempos un periodista activo. Se ha rescatado también lo escrito por él acerca de otro artista *savio*, ver “La exposición de García Núñez en San Carlos”, books.google.com.mx/books?isbn=9683666507... y “A propósito de la exposición organizada en la Junta Española de Covadonga”, en *La crítica de arte en México: Estudios y documentos (1896-1913)*, citas p. 36, en books.google.com.mx/books?isbn=9683666507... [Consultados el 6 de diciembre de 2009]

¹⁸ Mauleón de, *op. cit.*, p. 10.

impulsaron el proyecto. La publicidad de la revista muestra cómo los dos se preocuparon por difundir y allegar recursos al proyecto: el hermano de Luis, José María Castillo colaboró en el patrocinio comercial, mediante su crema “Kalodermina Imperial”, anunciada en *Savia Moderna*. Seguramente Reyes y Henríquez Ureña desconocían algunos aspectos, pues no habían compartido esas vivencias. En la actualidad se sabe que hubo dos directores, aunque como a Cravioto se ha concedido un crédito mayor, Castillo Ledón aparecía ya en segunda instancia, cuando en realidad era lo contrario: fue Cravioto quien se unió al proyecto. En todo caso, hasta hoy no se había mencionado ningún motivo por el cual Luis Castillo quedó, al lado de Cravioto, al frente de *Savia Moderna*. Por ello, he retomado aquí los comentarios expresados por otros *savios*, antes que ateneístas, para replantear algunos puntos, ahora bajo la perspectiva del desempeño de Luis Castillo Ledón.

Dos cosas podrían explicar cómo fue que aquel tepiqueño ocupó, al lado de Cravioto, el puesto principal en la revista. Por un lado, como ya mencioné, era un proyecto que se venía contemplando desde Guadalajara: tanto Castillo como Sierra habían logrado ahí un reconocimiento, que los sostuvo hasta en la ciudad de México. Si se considera que Cravioto patrocinó la revista, bien pudo ocupar él solo la dirección; sin embargo, si se acepta que compartió el proyecto, al apoyarlo, fue muy bien recibido, por lo cual figuró en la dirección, junto a quienes venían de tierra tapatía y habían discurrido la idea. Por otro lado, y como he planteado, la experiencia de Luis Castillo era para esos años amplia en las actividades de edición, por lo menos desde 1896, lo cual lo convertía en el *savio* de mayor sapiencia en labores editoriales hasta ese momento.

Las memorias de Henríquez Ureña, dan a pensar que Cravioto frecuentaba la casa de Jesús Valenzuela antes de partir a Europa¹⁹, aunque no llegó a escribir en la *Revista*

¹⁹ Roggiano, *op. cit.*, p. 34.

Moderna de México antes de 1906²⁰: ahí pudieron conocerse Castillo Ledón y Cravioto. Ello confirma que la cercanía entre los jóvenes, propiciada por Jesús Valenzuela, resultó propicia para el surgimiento del grupo capitalino impulsor de *Savia Moderna*, e innegablemente sobresale la presencia del nuevo mecenas, Alfonso Cravioto. No obstante, cabe destacar que ambos directores ya habían tenido otra ocasión para conocerse: desde 1904 se habían encontrado en tanto participantes y poetas triunfadores en el concurso de los Juegos Florales de San Luis Potosí²¹, ciudad de clubes liberales. Estas circunstancias debieron ser decisivas para el acercamiento definitivo entre quienes iban a figurar al frente de *Savia Moderna*. Puedo suponer entonces que, entre el anuncio de *El Presente* y la salida del díptico publicitario, quedó organizado un directorio inicial y formal, de la revista.

Savia Moderna se inició con 62 afiliados. He detectado diferencias mínimas entre el contingente impreso en el folleto y el del primer número. En el díptico se halla un señalamiento interesante: sus editores externaron la ambiciosa tarea de asociar a quienes practicaban el arte a nivel nacional, pues manifestaron orgullosamente haber logrado reunir “a casi toda la juventud que cultiva el Arte en el país”. De acuerdo con lo anterior, este intento editorial rebasaba el interés meramente local, como se hubiera podido suponer desde Guadalajara o, incluso, desde la sola capital: la frase se refiere al ámbito nacional. Si bien en la práctica sucedía que literatos y artistas de distintos puntos del país mantenían comunicación y se observa cómo las propias *Revista Moderna* y *Moderna de México* acogían a participantes de diferentes lugares de la nación, en la concepción de *Savia Moderna* esta teoría se puso de manifiesto y fue impulsada esta vez con jóvenes al frente de ella.

Pese a que el proyecto no pudo ser concretado en la perla tapatía, el directorio publicado en el folleto hace notorio un aspecto que debo considerar aquí: la comunidad

²⁰ El primer escrito registrado de Cravioto es “Los que se van”, de junio de 1906. Ver Clarck de Lara, Belem y Fernando Curiel, *Revista Moderna de México, 1903-1911*, México, UNAM, 2002, p. 155.

²¹ *Revista Moderna de México*, México, UNAM, octubre de 1904.

jalisciense siguió siendo un apoyo importante en la propia ciudad de México, donde finalmente encontró asiento, y *Savia Moderna* se logró editar. El soporte de los tapatíos puede advertirse en la presencia de once socios de *Savia*, provenientes de ese colectivo e identificados en el mencionado folleto, que representaron, junto con Castillo y Sierra, una cuarta parte del total de *Savia*.

Los nombres de estos once participantes fueron: Jorge Enciso, Roberto Montenegro, Rafael Ponce de León, José Velasco, Marcelino Dávalos, José María Lupercio, Ángel Zárraga (Dgo), Manuel Carpio (Ags.), José Elizondo (Ags.), J. Rafael Rubio (Mich.) y Benjamín Padilla (Col.). Sólo los seis primeros eran en realidad oriundos de Jalisco; los demás, provenían de los estados circundantes que anotamos, aunque todos estudiaban y se habían conocido en Guadalajara. Según el archivo ALCL, fueron muy cercanos a la comunidad tapatía tres miembros más: Eduardo Colín (Cd. Méx.), Francisco Zubieta (Cd. de Méx), y Francisco de la Torre (¿). En cuanto a los amigos tepiqueños, se ha visto cómo, en general, iban quedando rezagados; las invitaciones para eventos tapatíos no siempre les fueron accesibles y menos lo serían aquellos de la metrópoli. A pesar de ello, aparte de Luis Castillo, recalco que hubo dos nombres más identificados desde Tepic: José María Sierra y el sinaloense Sixto Ozuna.

El díptico publicitario resulta útil, además, para complementar los datos vertidos en la introducción de *Savia Moderna* titulada *En el umbral*, acerca de las intenciones, prácticamente ilimitadas de aquellos que impulsaron esta revista, quienes, sin ser partidarios de presentar algún programa específico, señalaron diversos aspectos concretos que en “SESENTA PAGINAS hermosamente ilustradas”, contendría la revista.

Cuentos, Poesías, Crónica mensual, Crónica de Arte Europeo, Semblanzas de Literatos y de Artistas, Crítica y Filosofía del Arte, Teatros Nacionales y Extranjeros, Bibliografía, Información general de Arte, Secciones especiales de Pintura, Escultura, Música, Fotografía y Arte Decorativo, Revistas de Prensa y de Revistas, Páginas de Arte Feminista y Extranjero, Crónicas de las Sociedades Arte, Registro de la Propiedad

Literaria, Directorios completos de Revistas de Arte, de Sociedades Artísticas, de Bibliotecas, y especial de Librerías, etc., etc.

En la actualidad, sabemos que la edición de *Savia Moderna* no tuvo tiempo suficiente para desarrollar sus intenciones, pues no logró tener una larga vida, como lo había deseado *El Presente* al comenzar el año. Los cinco números editados estuvieron muy lejos de ser semanarios, dato que bien pudo deberse a alguna expresión entusiasta e inicial, imposible de cumplir, de los propios impulsores de la publicación. Llevó a sus promotores y organizadores alrededor de tres meses lograr que el proyecto se iniciara. La revista fue en realidad planeada para editarse mensualmente y los números impresos, correspondieron formalmente a los meses de marzo a julio de ese año de 1906, pero ahora podemos corroborar que, salvo el primero, el resto de ellos salieron a destiempo. Contra lo que se ha creído, la vida de *Savia Moderna* transcurrió con lentitud.

Indudablemente, ambos directores contribuyeron a formar el directorio. Sin embargo, pude identificar en el folleto veinte nombres de participantes jóvenes y activos de la *Revista Moderna de México* en años anteriores a *Savia Moderna* (de 1903 a 1905)²². Estos nombres constituyen, en cifras, el 35% de su directorio, y reflejan la ampliación de las relaciones de Luis Castillo en esta revista capitalina. Debe tenerse presente también que Luis Castillo ya había entrado en contacto con la *Revista Moderna* desde antes de llegar a la capital, en junio de 1903, pues les había promocionado uno de sus eventos²³. Sin duda, los tapatíos sabían de la transformación de *Revista Moderna*.

Los nombres de los participantes activos antes de 1905 fueron: Roberto Argüelles Bringas, Rafael Cabrera, Ricardo Gómez Robelo, Rafael López, Enrique Juan Palacios, Manuel de la Parra, Efrén Rebolledo, Abel Salazar, Emilio Valenzuela, Rubén Valenti, Álvaro Gamboa Ricalde, Alberto Garduño, Gonzalo Argüelles Bringas, Francisco Llop,

²² Obtenidos de los *Índices* de Clark y Curiel.

²³ Como parte de la redacción de *El Monitor Occidental*, en la promoción del concurso del literato más popular. Véase *Revista Moderna*, Ed. Facsimilar, México, UNAM, 1987, vol. VI, pp 204-205.

José María Lupercio, Rafael Lillo, Federico Rodríguez, Ricardo Sierra, Diego Rivera y Antonio Gómez. Si a este 35% sumamos el 25% de los jaliscienses, hallaremos que el 60% del directorio de *Savia Moderna* ya estaba prácticamente conformado y activo desde 1905.

Entre las relaciones logradas en *Revista Moderna de México*, vale la pena destacar los nueve nombres subrayados en el párrafo anterior, ya que pertenecen a ocho artistas y un fotógrafo: Lupercio, quienes aparecieron en el folleto como *savios*. En la capital habrían de convivir artistas de distintos géneros, mas esto ya lo había vivido Luis Castillo en Guadalajara. Es precisamente el conjunto formado por los “artistas” el que resultaba hasta hoy menos explorado; desde luego, los vínculos establecidos con ellos en la *Moderna de México*, debieron tener también como antecedente aquellos lazos logrados desde tierra tapatía: ahí estuvieron básicamente Montenegro, Enciso y Zárraga. Del oaxaqueño Armando García Núñez, se registra excepcionalmente que pertenecía al Círculo de Jalisco²⁴, y, quizás conocía desde antes, a algunos de ellos o a Murillo, Lupercio, y/o Ponce de León, quienes también eran jaliscienses. No se consigna si García Núñez vivió en Guadalajara o si participó en el taller de Bernardelli, por ser originario de un estado lejano.

Tanto el archivo ALCL como el directorio de *Savia Moderna* revelan que, si bien la comunidad jalisciense tuvo mejores perspectivas que la tepiqueña, no todos fueron candidatos inmediatos a la revista. La seguridad de Velasco de formar parte de ella, contrasta con las expresiones utilizadas por otro jalisciense y futuro *savio*: Salvador Escudero, quien exactamente dos meses después de Velasco, el 29 de marzo, manifestó a Luis haberse enterado de la edición de *Savia Moderna* por la misma prensa²⁵, indicando con ello que, en un principio, Escudero “no era de casa”, no formaba parte del proyecto.

El interés de la carta de Escudero, de 18 años para 1906, radica en ofrecer su punto de vista de cómo concibió a quienes sí eran parte de aquel proyecto; confirma, además, que

²⁴ “García Núñez, Armando”, en *Enciclopedia de México*, t. 5, p. 194.

²⁵ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol II, h. 148.

en marzo se seguía promocionando la revista. De acuerdo con Escudero, quienes colaboraran, sin ser intelectuales consumados, debían ser algo más que una promesa en el arte: el aspirante debía haber dado ya alguna muestra de que su trabajo llegaría a gozar del “esplendoroso fulgor del maestro y del erudito”. Escudero no apareció en el primer directorio, sino que se incorporaría después e incluso no tuvo tiempo de entregar alguno de sus trabajos. Escudero era además, según el archivo ALCL, primo de Luis Castillo y pudiera pensarse en algún favoritismo. Sin embargo, esto no fue así. Hoy se halla su reseña biográfica en el *Diccionario Porrúa*, lo que confirma que él mismo era también algo más que uno de tantos cultivadores del arte.

Mientras se preparaba el primer número de *Savia Moderna*, Luis seguía atendiendo otros asuntos relacionados con el mundo de las letras, además de su trabajo en la Biblioteca Nacional. La revista puede verse como fruto del constante intento del tepiqueño por impulsar un trabajo colectivo, tal como acostumbraba hacerlo desde su tierra natal. Los amigos del territorio de Tepic seguían manteniendo correspondencia con Luis Castillo; particularmente hallé a Quirino Ordaz, sobrino de Amado y Rodolfo Nervo, a quien el viejo profesor Cruz Castañeda de Tepic tenía en muy buen concepto, y estaba al tanto de los pasos de sus amigos en la capital. Sus frases revelan que, a pesar de seguir cultivando el arte de escribir, no aspiró a formar parte de la revista; sólo se conformó con enviar saludos y alegrarse de que Sierra sí lo lograra²⁶. Como señalé, la comunidad jalisciense constituyó un apoyo importante para las labores emprendidas por Luis Castillo, si bien algunos de sus integrantes tampoco lograron participar en *Savia Moderna*. Quedaban atrás diversos nombres: Federico Carlos Kégel y Juan B. Villaseñor, entre otros.

II. 3. De cara al desarrollo de la revista: la prosa se impone.

En cuanto a la salida del primer número de *Savia Moderna*, fechado en marzo de 1906,

²⁶ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol II, h. 424.

podría afirmarse que lograrlo llevó, al menos tres meses, si se considera el ofrecimiento hecho por los directores de *El Presente*, donde se prometía para el 30 de enero; vimos cómo Velasco sólo dudó si salía a principios o a finales de ese mes. O bien, que apenas alcanzó a circular a tiempo, si se toma en cuenta que vio la luz el 31 de marzo y que en él se imprimió la siguiente frase: “Esta revista se publicará el día último de cada mes”, ofrecimiento que, por cierto, no se repitió en ninguno otro. En consecuencia, su distribución comenzó en abril, y este primer número no pudo incluir el registro autorizado, el cual sí vendría en los siguientes: “Registrado como artículo de 2ª clase el dos de abril de 1906”²⁷. Es pertinente, en cambio, señalar que en ese primer número, desde su introducción *En el umbral*, el grupo reafirmó su invitación a participar en ella: “Vengan, pues, á nosotros, los cultores de la sagrada Belleza. La puerta está franca á los bellos sentimientos y á las bellas palabras”. El llamado era muy abierto; tanto, que se manifestó: “El arte es vasto, dentro de él, cabremos todos”.

De su introducción se desprende que al hacer la revista, sus editores intentaron separar su trabajo del modernismo, y no sólo de él, sino en general de los distintos sectarismos. Por ello, señalaron: “Clasicismo, Romanticismo, Modernismo... diferencias odiosas.” No sólo no pudieron escapar a la formación de su tiempo, sino de corrientes anteriores a ellos: los cambios trascendentales son lentos. En sus intentos por aglutinar a la juventud y renovarse, se hallan, en sus propias declaraciones, algunas que bien pueden asociarse con el romanticismo, como la búsqueda por desarrollar su individualidad; hicieron hincapié, al mismo tiempo, en la importancia de los frutos logrados, independientemente de las ideas profesadas. Esto escribieron: “Los agrupados en esta Revista... aspiramos al desarrollo de la personalidad propia y gustamos de las obras más ue de las doctrinas”.

²⁷ *Savia Moderna*, portadas de las revistas 3, 4 y 5.

Aquellos esfuerzos de renovación iban a tono con el espíritu del cambio de siglo. No sólo en México, también en España el escritor conocido como Azorín, clasificado hoy en la Generación del 98, se manifestaría, de igual manera, en contra del sectarismo. El propio Henríquez Ureña mostraría más tarde su acuerdo con estas ideas y así lo indicó, al escribir en *Savia Moderna* sobre el modernismo español²⁸.

Así, puestas por escrito aquellas ideas desde el principio, antes de la llegada de Henríquez Ureña a la revista, vería la luz el primer número de *Savia Moderna*. Interesan, entre los testimonios de su salida, uno de José Juan Tablada, quien debió conocer a los jóvenes con Valenzuela, incluido Cravioto. En su nota, les da el rango de *litteratos del último barco*²⁹. Sin embargo el escrito de Tablada indica que, al parecer, no seguía muy de cerca aquellas vidas, pues señala que no habían sido premiados en ningún concurso, cuando la propia *Revista Moderna de México*, había dado noticia de los premios de los Juegos Florales de San Luis Potosí³⁰, donde ambos directores de *Savia Moderna* habían sido objeto de sendas distinciones.

Hallé tres testimonios más que comento enseguida. El archivo ALCL guarda como la evidencia más temprana de que *Savia Moderna* debió ser repartida desde abril, un acuse de recibo del profesor Castañeda a Luis Castillo, hecho en Tepic y enviado el día 8 de abril, donde le agradece la llegada de “su pequeña hija” *Savia Moderna*³¹. Conserva también los comentarios de dos ediciones neoleonesas: *El Espectador* y *El Renacimiento*³², de los días 11 y 22 del mismo mes. El artículo publicado por *El Renacimiento*, al igual que *El Presente*, le deseó que viviera por muchos años, y además declaró solidaridad, al manifestar que ambas publicaciones luchaban por un mismo ideal, por lo cual le expresó también un ardiente anhelo de que perdurara por siempre “á pesar de todas las miserias de

²⁸ Henríquez Ureña, Pedro, “Vida intelectual y artística”, en *Savia Moderna*, núm 5, p. 348.

²⁹ Archivo ALCL, Sección de Impresos, carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

³⁰ *Revista Moderna de México*, México, octubre de 1904.

³¹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h 84.

³² Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

la vida,” aludiendo, muy posiblemente, entre esas dificultades, a las enfrentadas para impulsar este tipo de ediciones.

Lo escrito en *El Renacimiento* revela las cualidades de *Savia Moderna* en su momento, al considerar no sólo que las características de la revista -cubierta con magnífico grabado de arte moderno, impresión en muy buen papel satinado, clichés de medio tono- dejaban satisfechos a los gustos más exigentes, sino que estos elementos formaban, con la lectura y la poesía, un conjunto de arte muy apreciable. Sus páginas constituían una revelación de la juventud plena de ideales, empeñada en impulsar sólo el arte, dentro del cual se incluyó el moderno fotograbado.

El Espectador, al igual que la anterior edición de Monterrey, dio por hecho que los participantes de *Savia Moderna* resultaban conocidos y aceptados, y no le era necesario detenerse en ellos al indicar que le consagraba aquel espacio para informar a quienes no hubiesen tenido en sus manos tal revista, ya que ésta implicaba un esfuerzo que llevaba implícito un beneficio cultural general, al favorecer el desarrollo del arte, y, como parte de él, la literatura. Por ello convocaba la necesidad de que los lectores se interesaran en ella, si no como intelectuales, al menos como afectos a las letras, mundo que, se entiende, aglutinaba a todas las artes. Veamos el texto:

...no creemos que haya quien preciándose no ya de intelectual sino de simple afecto á las letras, por lo que éstas son a la cultura como lo es el Arte al sentimiento, no convenga con nosotros en que el noble esfuerzo alentado y laboriosamente dirigido hasta ver de realizarlo, es digno de elogiarse... ya que en aquel esfuerzo va imbíbido el beneficio de carácter general a que tienden los mencionados escritores, y que sin duda alguna recibirán todos aquellos que de él se percaten, aprovechándolo en el propio y gradual desenvolvimiento artístico y literario.

El elogio de aquel esfuerzo editorial, por parte de *El Espectador*, se hizo a sabiendas de que era un trabajo que, yendo más allá de lo artístico, se ocupaba de lo cultural; enfatizó, además el que ese esfuerzo se proponía influir en la cultura nacional; esto confirma que los impulsores de la revista sí tuvieron como finalidad constituir una vanguardia nacional,

plasmada en el díptico hallado, y expresado abiertamente por dicho diario. Para *El Espectador*, *Savia Moderna* significaba, además de una posibilidad de desarrollo intelectual donde la juventud pudiera mostrar sus aptitudes artísticas y literarias, la oportunidad de ondear una bandera revolucionaria, a la par que culta: en esta consideración, digna de tomarse en cuenta, quedó consignado desde entonces, aunque velada y tempranamente, que quienes colaboraban con la revista eran partidarios del cambio, de una generación distinta, en la cual, mediante el arte se buscaba modificar la sociedad, aun si no todos hubiesen asumido con el tiempo un verdadero “credo revolucionario”.

En relación con lo anterior, vale la pena mencionar la participación, ya asumida en ese entonces, de algunos de sus miembros en el periodismo y las actividades políticas: Alfonso Cravioto, Jesús Martínez Carrión, José María Facha³³, Alfonso Zepeda Winkfield, Julio B. Uranga, Joaquín Claussel y el mismo Evaristo Guillén, administrador de *Savia Moderna*, quienes ya habían hecho público su interés por el cambio político. Los desacuerdos serán, en adelante, una constante; a Claussel y a Facha, por ejemplo, los encontraremos más tarde, a uno entre los hombres de confianza de quienes se opusieron a Madero, y a otro entre los exiliados³⁴.

La portada del primer número lleva en su parte inferior izquierda la firma “El Sol Méx”, referida más bien a quien tomó la fotografía para la impresión o al fotograbado que la hizo efectiva. Esta rúbrica, como tal, no aparece en el directorio y sí figura en otros números. *Savia Moderna* ofreció a sus lectores 72 páginas, doce más de las prometidas, donde, poco menos de la mitad, muestra alguna ilustración de tamaño variable; la mayoría

³³ Clubes liberales, en bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/.../sec_69.html – [Consultado el 7 de noviembre de 2009]. Según esta información, Facha participó con Camilo Arriaga en la elaboración de un manifiesto que planteaba la urgencia de reformas sociales y de soluciones radicales al problema del campo, en 1901.

³⁴ Ramírez Rancaño, Mario, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*. México, UNAM-Porrúa, 2002, pp. 24 y 437.

son viñetas, o fotografías, ya fueran de una obra artística o de un personaje. Seis de sus páginas fueron dedicadas especialmente a alguna obra gráfica. A lo largo de la revista pueden leerse poco más de treinta colaboraciones de los socios: unas veinte prosas y alrededor de once poesías

Entre la prosa se incluyen la introducción, semblanzas, narraciones, cartas, teatro, cuentos, crónicas, críticas bibliográficas o artísticas, noticias, directorios y bibliografías. De ellas, la introducción *En el umbral*, y otra aportación más, firmada por “S.M.”, debieron ser preparadas por la directiva de *Savia*, o quizá por el Jefe de Redacción José María Sierra. La mayor parte fueron hechas por redactores oficiales de *Savia Moderna*, mientras cuatro más no figuraban en el directorio: Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, Luis G. Urbina y Javier Santurce.

Los *savios* hicieron presente al literato Gutiérrez Nájera, enseguida de la introducción, con una semblanza a *Juárez*, posiblemente a propósito del centenario del nacimiento del héroe (1806-1906). Los *savios* publicarían también a un escritor extranjero, al inglés: Oscar Wilde,³⁵ traducido por Gómez Robelo. Wilde había muerto apenas seis años antes. El traductor hizo una selección de fragmentos de *Cristo*, la cual permite apreciar no sólo las lecturas de este joven *savio* de 22 años, sino su afán de difundir la obra de Wilde. La lectura en general trasmite al lector el gusto constante por apreciar el arte y la poesía; se halla en estos fragmentos la exquisitez del estilo y la originalidad de los argumentos del inglés, además del reflejo de dichas cualidades en el gusto de Gómez Robelo. Se presenta la vida de *Cristo* visto como un poeta, mediante el lente de las lecturas clásicas de la tragedia griega.

Indudablemente, las labores de distribución y promoción continuaron; quizá, además de ellas, las tareas del propio registro contribuyeron a agudizar el primer retraso: el

³⁵ El índice de autores publicado por el FCE ayuda a establecer estos datos fácilmente.

siguiente número de la revista, el correspondiente abril, no saldría en ese mes. Nuevas actividades saldrían al paso y las colaboraciones aguardarían su turno. Sin embargo, no fueron las únicas responsables del retraso de *Savia*. En cuanto a sus directores, a Cravioto seguramente lo ocupaba pensar en su viaje a Europa, y a Luis Castillo, sus otras actividades. Según los datos guardados en dos documentos del archivo ALCL, durante el impulso de *Savia Moderna* los lazos establecidos entre el periodismo, las relaciones humanas y el espiritismo, manifestados ya desde Guadalajara en la vida del *savio*, se mantenían activos³⁶. Lo anterior concuerda con la idea de que estos vínculos entre liberales e intelectuales, seguían tan fuertes como en el siglo XIX, de conformidad con lo expuesto por Isabel Lagarriga Attias en su estudio sobre el Espiritismo³⁷.

Según los recuerdos de Beatriz Castillo Ledón, también Victoriano Salado Álvarez y el propio Luis Castillo cultivaron el espiritismo. Confirma esta disposición de Luis Castillo el hecho de que una de las publicaciones difundidas en la sección Revista de Revistas Mexicanas de *Savia Moderna*, fue justamente la de Becerra y Castro, dedicada al tema: “*Alma*. También los adeptos a la doctrina de Allan Kardec, tienen en *Alma* un medio difusor de sus principios, tan poco conocidos y tan mal juzgados *a priori* por la generalidad”. Aunque no se hablaba explícitamente del espiritismo, sí se citó a Kardec, pseudónimo del escritor francés Hyppolyte León Denizard Rivail, en cuyos libros se basaba esa doctrina filosófica³⁸. El propio archivo ALCL me permitió saber que Luis Castillo cumplió con esa comisión, solicitada por Becerra y Castro. Uno de aquellos asistentes a este Congreso fue el coahuilense Francisco I. Madero, quien ocuparía más tarde un lugar central en la política mexicana; el espiritismo parece haber relacionado a estos hombres.

³⁶ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, hh. 329-330.

³⁷ Lagarriga Attias, Isabel, *Espiritismo, contacto constante con el más allá*. México, INAH, Cuadernos del Museo Nacional de Antropología, 1982, p 17.

³⁸ Espiritismo, en es.wikipedia.org/wiki/Espiritismo [Consultado el 7 de mayo de 2008].

Alusiones recientes en Internet aseguran que el *savio* fue asistente personal de Madero³⁹, indicando con ello la cercanía entre Madero y Luis Castillo. Esta cercanía es referida también por la familia de Luis Castillo.

Las actividades del *savio* lo mantenían, sin duda, muy ocupado; por esos mismos días se llevó a cabo el evento promovido por *Savia Moderna* en mayo de 1906: una exposición de obras de arte. Esta actividad debió absorber a los dirigentes de *Savia*, de manera que el número dos de la revista continuó pendiente. Sin duda, debieron de dedicar a ella, al menos, los primeros quince días de mayo, ya que la exposición se presentó al público del 7 al 14 de mayo, en un local ubicado en la calle de Santa Clara. Un entusiasmo desbordante los rebasaba. La revista no podría siquiera anunciar a tiempo el evento, ya que la exposición se organizó antes del número dos de *Savia Moderna*, y en éste apenas saldría la noticia⁴⁰. Su promoción debió hacerse por otros medios. Los escritos de Roberto Argüelles Bringas y de Ricardo Gómez Robelo, así como el poema de Rafael López dedicado a la exposición habrían de salir, pero hasta el número tres.

En el mes de mayo se seguía repartiendo el número uno, tal como se consigna en una carta fechada el día nueve, firmada por el fotógrafo José María Lupercio cuyo negocio de fotografía también patrocinaría la revista. Envió a Luis Castillo ese correo desde Guadalajara, expresando su agradecimiento por estar incluido en el directorio y sus parabienes para la edición⁴¹. El propio trabajo desarrollado en torno al arte dio a algunos su entrada inmediata a la revista, como parece haber sucedido con este fotógrafo, quien sin ser tan joven, con sus 37 años, quedó incluido en ella. Su correspondencia confirma que él trabajaba comúnmente para Valenzuela o Tablada, “José Juan como le dicen los muchachos”. Formaba parte de *Revista Moderna de México*, y, a la vez, se mostraba

³⁹ Nayarit-Santiago Ixcuintla, en www.e-local.gob.mx/work/templates/.../18015a.htm - [Consultado el 10 de mayo de 2008].

⁴⁰ *Savia Moderna*, núm 2, p. 156.

⁴¹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h. 351.

complacido en obsequiar sus servicios a los jóvenes.

El 15 de mayo continuaba la recepción de *Savia Moderna* en la prensa. Hallé otra referencia, ahora en una edición metropolitana: se trata de la revista literaria *Arpegios*, cuyo contenido permite advertir que el nacimiento de *Savia Moderna* todavía era noticia un mes después de su salida. La consideró hermana mayor a la que “amamos mucho,” y “un mar inmenso en donde el cielo de todos los modernos trovadores bien puede dibujarse”. En esa inmensidad, Cravioto y Castillo fueron considerados “el centro de un divino sistema de renombrados artistas”. Sus editores estimaron que “un aplauso general debía festejar el triunfo de sus ilustrados redactores,” pues manifiestan con modestia que el suyo quizá no alcanzara a llegar ni a “los umbrales de su opulento alcázar”.

Para *Arpegios*, aquella nueva revista tenía una proyección no sólo nacional, sino internacional, pues señaló: “Savia debía haber recorrido ya, con profusión, todos los ámbitos de la República, y visitado los centros extranjeros de mayor importancia”. De hecho, el folleto publicitario contemplaba entre los ofrecimientos dados a los patrocinadores que la revista saldría del país: “Savia Moderna garantiza a los anunciantes una circulación profusa entre el público culto y acomodado del País y de la América”. Frase que revela la inclusión de un sector de la población que podía pagar la revista.

Posiblemente en el mismo mes de mayo, y a la par de la exposición, se comenzó a organizar el número dos, sólo que en él ya no iba a participar Cravioto. Como es sabido, el patrocinador de la revista salió del país rumbo a Europa. De acuerdo con su propia narración, se embarcó desde La Habana, de donde salió alrededor del 14 de mayo, y tocó puerto en España, en La Coruña, el 26 de mayo. Hasta hoy se había supuesto que *Savia Moderna* para estas alturas iba en su tercer número, pero, como he mostrado, esto no fue así. En abril no hallamos ninguna alusión a la factura del segundo número de *Savia*; Cravioto quizás ya estaba ocupado en sus preparativos para salir del país. De hecho, en la

cuarta revista Cravioto hará referencia a su viaje y a la partida de Rafael Ponce de León y José F. Elizondo, quienes fueron señalados por Cravioto como sus compañeros de viaje⁴². Es posible que en abril se hayan marchado los tres.

Con certeza, Cravioto participó en la edición del folleto y del primer número, pero debo insistir en que el conjunto de participantes no sólo se debió a su facilidad de convocatoria, como se ha escrito hasta hoy⁴³. Luis Castillo, como hemos ido planteando, invitó también a sus amigos, cercanos o lejanos, relacionados con el arte. Un buen ejemplo más de esto, lo tenemos en una carta escrita por Ángel Zárraga desde Bruselas y enviada a Luis Castillo. Fue publicada en la primera revista, salvo algunas modificaciones, bajo el título “Desde Europa”; ésta forma parte del archivo ALCL, y fue remitida el 25 de agosto de 1905⁴⁴. Zárraga agradecerá a Luis esa deferencia el 31 de mayo; tenía mayor cercanía con el tepiqueño que con el hidalguense. Le envió un estrecho abrazo a Luis y a todos los de *Savia Moderna* “el devoto entusiasmo de mi corazón”, pues con ese ahínco estaban labrando el porvenir, en el que ambos tenían fe, según lo manifestó Zárraga más adelante:

Gracias por todo; gracias a todos; yo también estoy con vosotros con el entusiasmo de siempre y con la misma fe en lo que ha de venir... mi alegría es tan grande como si yo hubiera hecho el periódico... enviaré materiales de mis cuadros en las exposiciones y al artículo que remito Ud. como si fuera cosa suya corríjale defectos de forma... y Ud. personalmente corrija pruebas y una vez más tendré porque estarle agradecido.

Otras cartas del archivo ALCL, escritas durante el mismo mes de mayo, confirman el interés o la recepción de *Savia Moderna* en otros estados de nuestro país, donde radicaban socios o simpatizantes. Sixto Ozuna, conocido por Luis Castillo desde Santiago Ixcuintla, había cambiado nuevamente su domicilio y recibió la revista en Chihuahua. Sabás de la Mora, el antiguo amigo tepiqueño, le comentó a Luis desde

⁴² Cravioto, Alfonso, “Sensaciones de viaje”, *Savia Moderna*, núm. 4, p. 239.

⁴³ Mauleón, Héctor de, *op. cit.*

⁴⁴ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol II, h 603-604.

Mocorito, Sinaloa, que sabía de la existencia de *Savia Moderna*, aun si no le había llegado; las frases escritas por este aparentemente remoto y perdido “cultor del arte” revelan que en su desempeño estaba en contacto con otro hombre de letras, consagrado hoy en la cultura mexicana: Enrique González Martínez, lo cual confirma que la distancia no impedía a estos hombres relacionarse con el propósito de llevar a cabo las tareas que se echaban auestas. Los tres, se ha reconocido en estos tiempos, harían de Mocorito la Atenas de Sinaloa⁴⁵; esto revela tanto sus relaciones como el impacto de estos hombres en la cultura de su tiempo.

Como lo señalara Tablada: había entusiasmo; también esperanza en el porvenir que ellos mismos labraban. Efectivamente, al iniciar la edición, Luis Castillo estaba de plácemes. Salvador Escudero comentó, en la misma carta del 29 de marzo, que sabía por Velasco del interés de Luis por “una mujercita por demás guapa y que reúne todas las condiciones que hacen a una mujer apta para el matrimonio. Celebro el caso y ojalá lleves a buen término tus sanos propósitos. El hogar, sin embargo de todo lo que digan los refractarios de él, no deja de tener sus atractivos y sus encantos”. Los días seguían pasando; el número dos continuaba pendiente. Si el entusiasmo de Luis hubiera dependido únicamente de aquella “mujercita por demás guapa”, se hubiese derrumbado, pues no pudo cristalizar sus propósitos matrimoniales: contra lo esperado por los amigos, no hubo boda.

Su hija platicó a quien esto escribe que estuvo enamorado de María Luisa, hija de Carlos Meneses, el impulsor de la Orquesta Sinfónica Nacional, mas ella sufrió una enfermedad mortal y el propio Meneses habló con Luis para decirle que no estaba obligado a conservar la relación. No obstante, Luis Castillo decidió mantenerla hasta el final, situación que debió echar abajo no sólo su entusiasmo, sino arrastrar consigo sus

⁴⁵ Rubio Gutiérrez, David, *Mocorito la Atenas de Sinaloa*, en aip.sinaloa.gob.mx/.../CULTURA_MOCORITO_CUARTA_PARTE.htm – [Consultado el 4 de diciembre de 2009].

ilusiones y sus planes personales. El mes de mayo transcurría y la exposición había sido clausurada el día 14: si el número de abril estaba retrasado, el de mayo exigía ya también, ver la luz; dos números estaban retrasados. De los directivos de *Savia*, sólo Luis Castillo, a pesar de sus tristezas y enfermedades, seguía al frente.

Ninguno de los otros dos dirigentes podía organizar por sí mismo aquellos números. Cravioto ya estaba en Europa y, para colmo, José María Sierra volvía a sentirse enfermo, deprimido también y, seguramente por ese tiempo, volvió a enfilarse hacia aquello que él mismo llamó los “rumbos de la vulgaridad y de la muerte”⁴⁶, de la parranda y el alcohol. Ante ello su tocayo Lupercio le envió ese mes un “jalón de orejas” con Luis Castillo⁴⁷. En esta tendencia, se advierte también la influencia del postromanticismo, pues, particularmente, al modernismo se le distingue por su refinamiento estético, y sus actitudes inconformistas, como la bohemia, el dandysmo y diversas conductas asociales y amorales⁴⁸.

El testimonio de José Clemente Orozco, relativo a la clase de Germán Gedovius, impartida en 1903, refiere también esta decadencia: “En los talleres de Gedovius había en esa época gran entusiasmo por trabajar, pero con el tiempo fue decayendo, porque la disciplina comenzó a aflojarse. La juventud era invadida por el cáncer de la bohemia, que destruía voluntades, aptitudes y vidas. La bohemia, de melena, pereza, suciedad, alcohol y enfermedades surtidas...”⁴⁹. Luis Castillo y los *savios* vivieron y enfrentaron todo este tipo de actitudes, que hoy se explican como respuestas a los fuertes desacuerdos de la juventud con la sociedad donde vivían. No todos saldrían exitosos. Luis Castillo se distinguía ya entonces por su interés en el estudio, la colectividad, la seriedad y el trabajo, cualidades que después se atribuirán al Ateneo, y que le ayudaban a sostenerse ante los

⁴⁶ Sierra, José María, “Rimas frágiles”, en *Savia Moderna*, núm. 1, p. 69

⁴⁷ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, Vol. I, h. 352.

⁴⁸ Modernismo, en es.wikipedia.org/wiki/Modernismo -. [Consultado el 21 de noviembre de 2008.]

⁴⁹ “Gedovius, Germán”, en *Enciclopedia de México*, t. 5, p. 249.

cotidianos problemas y tristezas de su vida. No todos lograrían encontrar un aliciente tan firme.

El archivo ALCL reveló que, en esa época, se manifestó en Luis Castillo una fuerte afección estomacal. A más de los males físicos, seguía siendo presa de aquella vieja tendencia a la depresión, posiblemente acentuada durante la época de *Savia*, relacionada con el hecho real de la enfermedad de María Luisa Meneses. En estas condiciones *Savia Moderna* seguía esperando y retrasándose. Montenegro le escribió desde París, el 10 de mayo, insistiéndole en que no lo olvidara y le contestara; sin comentar nada de la exposición, es indudable que sabía del sufrimiento de Castillo, aunque quizá, con la lejanía, no conocía exactamente su situación. De cualquier forma, Montenegro intentó reconfortarlo con sus palabras⁵⁰.

No se sabe cuánto duraron aquellas penas morales, mas en cuanto se recuperaba de sus males físicos volvía al trabajo. El apoyo de los amigos, su fe y su entusiasmo por las letras y el arte lo sostenían para continuar trabajando en la edición de *Savia Moderna*. Este empeño absorbió el tiempo de Luis Castillo -al parecer hizo a un lado otras ocupaciones, con excepción de la Biblioteca-, y el número dos vio por fin la luz entre fines de mayo y principios de junio. Cravioto seguía fuera de México. Una de sus cartas confirma lo anterior, al señalar que la recibió en París el dos de julio⁵¹; el correo debía tardar no menos de veinte días. Además era necesario ya preparar el siguiente número.

Es probable que el número dos haya carecido de portada, pues no la localicé ni apareció en la reedición del Fondo de Cultura Económica (FCE). Tampoco se conoce el directorio correspondiente. Hubo esta vez veinticinco participaciones, dieciséis prosas, todas escritas por *savios*, y nueve poesías. Sólo una poesía autografiada era de un escritor ajeno a la revista: Justo Sierra, el Secretario de Instrucción Pública. Las ilustraciones

⁵⁰ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h. 389.

⁵¹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II., h. 94.

aumentaron, localizándose cuarenta. Hubo dos páginas especiales con fotografías, algunas producto de la asociación de Kampfner y Casasola, como ya lo he planteado.

Sin lugar a dudas, aquellos *savios*, de “savia nueva y crepitante, de ideales sinceros e intensos”, no pudieron evitar su emoción ante inventos modernos como la fotografía (1816), la cual adquiriría antes de terminar el siglo XIX, gracias al impulso de otro de aquellos *odiosos* ismos, el realismo, la cualidad de testimoniar documentalmente la sociedad de la época. Su inclusión en *Savia Moderna*, fue parte de la subyugación de aquellos jóvenes ante las posibilidades ofrecidas por corrientes como el Realismo literario. Si bien se habían declarado contra los sectarismos, esto no les impidió retomar los elementos de las distintas corrientes, considerados útiles para su propio intento de renovar el arte. *Savia* sumó a su contenido el fotograbado y la propia fotografía.

Todo ello, iba acorde con la búsqueda de una nueva forma de hacer arte. Si para los modernistas de *Revista Moderna*, los realistas habían ocupado un lugar menor y habían prácticamente prescindido de Benito Pérez Galdós, de Víctor Hugo, de Emilia Pardo Bazán, los *savios* los retomarían. Es muy posible que en esa época no se distinguiera, como hoy, cada secta literaria; por ejemplo, hubo momentos donde quedaron englobados como modernistas algunos románticos, modernistas mismos, realistas y Generación del 98⁵². Lo cierto es que varios de aquellos ismos eran finiseculares y los *savios* estaban viviendo un tiempo de transición, un cambio de siglo en el que se pugnaba por un nuevo espíritu artístico. Los integrantes de *Savia Moderna* no sospecharon que, mientras ellos buscaban romper con las clasificaciones artísticas, el siglo XX estaría pletórico de ellas y envuelto en impulsos antirománticos, al contrario de su generación.

Muestra de ese espíritu abierto y del gusto por autores españoles peninsulares, lo

⁵² *Savia Moderna*, núm. 4, pp. 306-307.

constituye la selección de un texto de Miguel de Unamuno, quien tenía en ese entonces 42 años y había ejercido un auténtico magisterio sobre los intelectuales de su época, particularmente, sobre la generación del 98. *Savia Moderna*, publicó precisamente una carta escrita a Manuel Machado a propósito de su libro *Caprichos*, la cual, como toda la obra de Unamuno, es una muestra de las características que le han sido atribuidas en nuestro tiempo: preocupación espiritual, curiosidad intelectual y una original visión de los problemas⁵³.

La generación a la que perteneció Unamuno no sólo puede caracterizarse de finisecular, sino de neorromántica, y los *savios* parecen comulgar con ella cuando se observa que compartieron el interés por el estudio y la educación como base de la felicidad del ser humano, su búsqueda de algo mejor para la sociedad, una posición de crítica ante los problemas de su país, un enfrentamiento de crisis de siglo, un sistema en el que predominaba hasta entonces el pensamiento científico, lógico. En fin que las ideas del romanticismo parecían imponerse a las del positivismo, y Unamuno refleja lo anterior en su escrito a Machado:

No busco su letra, sino su música; pero, entiéndase, la música interna, la espiritual...Lo que siempre me llena en sus leves poemitas... es lo poco que de conceptual tienen. Y no cabe decir cuánto vale esto en nuestra España, en que se ha tomado y se sigue tomando por poetas a unos señores muy graves y de mucho sentido común... Eso que usted hace es lanzar latidos del corazón o pasajeras caricias de la luz en sus ojos, eso no acaba de entrar... /Para los materialistas, incluso para un espíritu espiritualmente material/ no hay sino cosas lógicas. Y los versos de usted son ilógicos, hermosamente ilógicos, hasta en la forma...

Y la noche pensaba
en venir...

¡Qué cosa tan honda, tan creativa, ha dicho usted con esto!

Yo creo que las palabras no son definitivas hasta no haber sido empleadas en poesía. En verdadera poesía. ..

Usted cante y vayan sus cantos a perderse donde se perdieren. Sólo se gana canto que se pierde, que se derrite en el corazón y en el oído de quien los

⁵³ “Unamuno, Miguel de”, *Diccionario Pequeño Larousse Ilustrado*, México, Laros e Hijos Impresores, S.A., 1982, p. 1619. En México, Alfonso Reyes definió a sus compañeros como “caballeros del ‘Sturm-und-Drang’ mexicanos”, en “Pasado Inmediato”. Véase Hernández Luna, Alfonso, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, 1962, p. 207.

oye...

--¿Qué dice? ¿Qué dice?—me preguntaban una vez.

-No dice nada; canta. Decir, dice cualquiera.

La edición del segundo número y la propia exposición fueron llevadas a cabo con Luis Castillo a la cabeza de la revista, mientras él continuaba con sus demás actividades, las cuales, a veces, se veían aumentadas por los propios compromisos adquiridos. Entre los documentos del archivo ALCL se guarda un impreso del 12 de julio, relacionado con la labor periodística emprendida por Luis Castillo y sus amigos-hermanos. Se trata de un artículo que llevó por título *El Monitor Occidental*⁵⁴, donde su autor se declaró amigo y defensor de la última obra periodística local emprendida por Luis Castillo antes de salir a la ciudad de México. En dicha publicación había trabajado en sociedad con Manuel Carpio, otro de los *savios*, quien quedó al frente de ella en Guadalajara.

Sin duda había fuertes diferencias entre quienes ejercían el periodismo en Guadalajara; al hacer sus propias publicaciones y escribir literatura, particularmente poesía, no siempre eran bien vistos aquellos “modernos poetas”. Sierra ya había sido increpado por haber escrito su *Misa Negra*⁵⁵, y el trabajo impulsado por Manuel Carpio y Luis Castillo no quedaba exento de hallar resistencia y molestia por su forma de hacer versos, literatura. Fue en una segunda parte del artículo, donde el autor se refirió a las ofensas hechas a *El Monitor*, y, en consecuencia, a Carpio y a Castillo, por algunas publicaciones, cuyos nombres no proporcionó y a las cuales escatimó otorgarles siquiera el rango de “periódicos”. A ellos dirigió sus aclaraciones y comentó: “algunos periodiquillos se han desatado en denuestos contra la publicación que ahora muere, aullando sus dianas salvajes y haciendo gala de sus regocijos indignos y bellacos”.

Todo aquel ambiente muestra que había ya una clara división entre unos periodistas,

⁵⁴ Archivo ALCL, Sección de Impresos, carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

⁵⁵ Archivo ALCL, Sección de Impresos, carpeta de recortes de periódico, 1894-1918. Diego Romero publicó el artículo “Misa Negra” el 19 de marzo de 1903 en *La Libertad* y escribió que Sierra era una promesa para el arte y ante el mal recibimiento de algunos, expresó: “ha cometido un crimen imperdonable: tener demasiado talento”.

partidarios de la poesía moderna, y otros, más conservadores, defensores de las “gayas flores de la poesía”, a las que consideraban “devastadas” por los primeros. El artículo tenía la intención de impedir que dichos denuestos “mancharan la limpia reputación de una publicación honrada” y, por ello, escribió su propia caracterización de *El Monitor*, la cual permite hoy advertir la lucha continua que implicaba el trabajo de aquellos poetas jóvenes, modernos y revolucionarios en el mundo de las letras. En aquella lucha iban estableciendo afinidades y distanciamientos; en sus relaciones se imponía su propio criterio.

El articulista no sólo exhibe lo que pensaba de *El Monitor*, sino que caracterizó también a aquellos “periodiquillos”, al describirlos, de manera un tanto peyorativa, en forma crítica, en el siguiente tono: “de esos que predicán temperancia al pueblo, haciéndole el relato inundo de sus hazañas tabernarias... esos que son una rémora para el adelanto del progreso y explotan a los ignorantes, pervirtiéndolos y adelantándolos en el camino del mal con sus pasquines inicuos...”. Dicha crítica recuerda otros comentarios vertidos anteriormente, según los cuales se había adjudicado a aquellos literatos un “credo revolucionario”, al publicar uno más de sus trabajos: *Savia Moderna*.

Aquellos calificativos de “modernos” y “revolucionarios” poetas, eran adjudicados a Luis Castillo y a sus allegados por amigos y contrarios, y van cobrando sentido al leer las críticas que aquellos mismos muchachos hacían a sus adversarios, como esta última dirigida a los “periodiquillos” ocupados de predicar moderación al pueblo, a quienes tacha, además, de proporcionar tan sólo relatos de hazañas tabernarias. En ello podría entreverse la intención que desde su tierra natal impulsaba a Luis Castillo: el gusto por el estudio, la cultura y su difusión, por la educación de un mismo pueblo, al que ambos tipos de periodistas se dirigían. Dichas carencias fueron, seguramente, confirmando u otorgando a varios de aquellos redactores-pensadores una redefinición ante el individualismo asociado con el modernismo. En contrapartida, los *savios* intentaron romper con el aislamiento de

los intelectuales y buscaron un contacto directo con el público, como lo hicieron mediante la exposición y como lo harían después con las conferencias, era una vía ya trazada.

Así, todas aquellas vivencias y consideraciones estaban ya en juego desde Guadalajara, persistían cuando Luis Castillo tenía ya tres años en la ciudad de México, y mientras las distintas actividades y la reducción de la directiva de la revista retrasaban la salida de *Savia Moderna*. Ni Reyes ni Henríquez Ureña fueron partícipes directos de todo lo anterior. Por otro lado, si bien se hubiera pensado que en julio de 1906 estaba por concluir la efímera revista, esto no fue así: como se señaló, en julio apenas se estaba distribuyendo el segundo número y organizando el tercero. *Savia Moderna* sufría un nuevo atraso de dos meses, ya entrada la segunda mitad del año.

En 1906, Reyes tenía tan sólo 17 años y prácticamente comenzaba a acercarse al mundo de las letras; Henríquez Ureña, por su parte, hizo su arribo a la ciudad de México, cuando ya había radicado en Veracruz y tenía en su haber, como carta de presentación, su libro titulado *Ensayos Críticos*, editado en Cuba en diciembre de 1905, muy poco antes de impulsarse *Savia Moderna* en la capital del país. Pedro Henríquez Ureña era cinco años mayor que Reyes; ambos coincidieron en su llegada a la revista y, al parecer, hubo entre ellos una inmediata identificación. Un lustro y un libro, fueron más que suficientes para marcar la diferencia, el terreno caminado era más largo y el dominicano se perfilaría como maestro de aquellos muchachos, y particularmente de Reyes: ambos participaron y se formaron en aquella comunidad integrada por jóvenes y no tan jóvenes. Los dos se acercaron a Valenzuela y al grupo impulsor de *Savia Moderna*.

Las propias memorias del dominicano permiten indagar sobre este acercamiento: según éstas, Henríquez Ureña llegó a la capital el 21 de abril de 1906, cuando apenas había salido el número uno de *Savia Moderna*, y no buscó relacionarse hasta después de un mes. Cuando lo hizo, decidió entrar en contacto con el círculo de la *Revista Moderna de México*.

Bien pudieron invitarlo a casa de Valenzuela, Carlos González Peña o José Escofet, a quienes buscó al llegar a la capital y con quienes estableció amistad de inmediato, pues, según él mismo refiere, habían escrito sobre su libro. González Peña, quien trabajaba en el diario *La Patria*, ya era entonces buen amigo de Luis Castillo. Escofet no formó parte de la *Revista Moderna de México*, ni de *Savia Moderna*, pero apareció en cambio, como colaborador de la *Revista Azul*, recreada por Caballero. Los acuerdos y desacuerdos formaban, sin duda, parte de la vida de estos *savios* y futuros ateneístas, como bien lo ha advertido Carlos Monsiváis⁵⁶. Otra posibilidad la representaban Carlos Dufoo o Luis G. Urbina, a quienes el dominicano recién llegado conoció en *El Imparcial*, donde llegó a trabajar.

Con Valenzuela, aseguró, se le recibió muy bien, a fines de mayo, y fue ahí cuando entró en contacto con la juventud literaria de México y, por ende, con *Savia Moderna*. Desde entonces, como ya señalé, apuntó en sus memorias a Cravioto como el fundador de la revista. Aunque en ese momento no hizo ninguna alusión al patrocinio, su anotación ayudó a perfilar a Cravioto como la figura importante de la revista. A Luis Castillo lo mencionó únicamente como uno de aquellos poetas, junto con García Naranjo, Colín y Villalpando, que había conocido en la redacción de *Savia Moderna*; nunca aclaró que era uno de los directores.

Llegué a México en la noche del 21 de abril... Al día siguiente, domingo, me dirigí a *El Imparcial*; pero recibí encargo de volver el siguiente día. Decidí, pues, pasearme... Rara vez he sentido tan intensa sensación de felicidad como ese día; si en Veracruz mi mala situación no me había quitado el optimismo, al llegar a México ya en buenas condiciones y sentirme... sin lazos con nadie ni más obligaciones que las que habría que imponerme mi trabajo periodístico, me producía un placer lleno de tranquilidad. El lunes 23 entré a *El Imparcial*, y en seguida me encomendaron trabajos...La peculiar sensación de hallarme desligado hasta de amistades cercanas, y el placer que en ello sentía, me indujeron a no buscar relaciones durante un mes... A fines de mayo me decidí a ensayar conocer el círculo de la *Revista Moderna*. Así, un día me dirigí a casa de D. Jesús E. Valenzuela; y de pronto me encontré en

⁵⁶ Monsiváis, Carlos, Inciso III. El Ateneo de la Juventud, de "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1976, t. 2, p. 1397.

medio de la juventud literaria de México... los literatos jóvenes me invitaron a la nueva revista, fundada por Alfonso Cravioto (entonces en Europa), con el nombre de *Savia Moderna*. Allí estuve al siguiente día; recité y me aplaudieron de manera inesperada; y, en suma, al cabo de diez días, conocía a los principales literatos jóvenes de México...⁵⁷.

Cuando aquella juventud invitó al autor de *Ensayos críticos* a participar en *Savia Moderna*, todavía estaba en proceso el segundo número. Bien pudo Henríquez Ureña incorporarse desde entonces, aunque es probable que no contestara la invitación de inmediato, o que la revista estuviera casi o ya terminada. De cualquier manera, Henríquez Ureña tampoco escribió pronto para la *Revista Moderna de México*, sino hasta agosto de 1906. No obstante, algo más que pudo haberlo detenido y que no se ha tomado en cuenta es que, de acuerdo con sus mismas anotaciones, el dominicano no tenía gran interés en la juventud mexicana al llegar a la capital, pues él mismo asentó que sus referencias no eran del todo convincentes: “De los literatos mexicanos, tenía noticias inciertas y, después lo vi, inexactas; de los jóvenes me dieron malos informes”⁵⁸.

En cambio Luis Castillo y, por lo menos, algunos *savios* más, tenían ya referencias del dominicano a su llegada a la ciudad. La propia *Savia Moderna* había incluido entre sus reseñas de la Sección Revista de Revistas Mexicanas, en su número uno, a la *Revista Crítica*, editada en Veracruz, donde había participado Henríquez Ureña. Esta reseña, aunque no está firmada, puede haber sido hecha por el tepiqueño, quien, como ya señalamos, escribía una sección similar en la *Revista Moderna de México*, la cual dejó de redactar ahí en 1906, para incluirla, seguramente, en *Savia*. Dicha reseña manifestó, equivocadamente, que Henríquez Ureña era cubano.

Otra aportación obtenida del acuse del dos de julio, enviado por Cravioto es el gran ahínco mostrado por iniciar una *Savia Moderna* fuera de México. Relató que ese entusiasmo era compartido por los artistas mexicanos radicados en Europa y, desde París,

⁵⁷ Roggiano, *op. cit.*, p 34. El subrayado es mío.

⁵⁸ *Idem.*

explicó sus planes de expansión de la revista. Cravioto describió una edición europea de *Savia Moderna* y mencionó que ésta se iniciaría probablemente en septiembre. Dichos planes fueron expresados por Cravioto a Luis Castillo en los siguientes términos:

Tenemos el proyecto de hacer una edición de *Savia Moderna* aquí, este número será probablemente el de septiembre si logramos vencer algunas dificultades que hay. Contamos con todos los mexicanos artistas que hay en Europa, así como Nervo e Icaza. Creo que este número hecho con insuperables elementos tipográficos resultará sensacional y con la originalidad de ser el primer intento periodístico que se haga en Europa por mexicanos. Entre todos nosotros hay interés y entusiasmo por trabajar en ese número de *Savia* que indudablemente aumentará el prestigio de nuestra Revista⁵⁹.

El hidalguense daba por hecho el prestigio de la revista mexicana y con su proyecto parecía intentar tomar el relevo de la edición en Europa. No hacía una consulta, ni pedía la opinión del otro director, quien, dadas las circunstancias, había quedado al frente de la edición mexicana. Se sentía indudablemente parte importante del proyecto y planeaba impulsarlo por su cuenta. No hizo, en cambio, ningún comentario en torno a la exposición organizada por la revista, ni sobre el retraso de la misma. Cravioto, allende el océano, siguió desbordando su entusiasmo, aunque renglones adelante pareció dudar, dándose ánimos a sí mismo. Veáse su texto:

Pensamos hacerlo a varias tintas y en papel opaco. El material además de la parte de verso estará formado por impresionismos y estudios del arte francés moderno y notas sobre el estado actual de la música, de la literatura y el teatro. Creo que con todo esto saldrá variado, instructivo y ameno. Esperemos que este número tenga éxito y si este es suficiente, no es difícil que establezcamos en París una edición europea de *Savia Moderna*. Realizaremos esto? yo creo que sí pues con un poquito de carácter todo se consigue y los aires franceses han robustecido mucho mi fuerza de voluntad.

Los sueños y planes de Cravioto en Europa eran, quizá, una manera de retomar las obligaciones contraídas y dejadas en México. Mientras se mostraba muy dispuesto hacia el nuevo proyecto, escribió algunos comentarios sobre los errores detectados en la edición mexicana. La manera de plantearlos deja entrever que se sentía con autoridad en la revista

⁵⁹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. I, hh. 94-95.

mexicana, en parte por su personalidad, y en parte también por el patrocinio que le había otorgado. No conocimos la respuesta de Luis Castillo, ni la opinión inmediata de Sierra. La preocupación de Cravioto parecía concentrarse en la calidad de la revista y en señalar los errores en ella observados. Su siguiente comentario, en el mismo tono, fue para pedir el cambio de imprenta: “He visto una repetición de viñetas desastrosa pues en el cuarto pliego encuentro tres que están en el primero; por lo que le ruego que cuanto antes manden al diantre a esa cochina imprenta de Escalante”.

Es posible que aquel panorama hubiera sido desalentador para Luis Castillo. Su salud seguía quebrantada, de manera que, a fines de julio, decidió trasladarse unos días a Guadalajara. Así lo revelaron dos cartas enviadas desde la ciudad de México por sus amigos, quienes expresaron su alegría por saberlo mejorado. En la primera, su paisano Mariano Naranjo le anima, el día 25 de julio, a restablecerse por completo si deseaba regresar a la capital⁶⁰; él no formaba parte de *Savia* y parecía asociar a la ciudad con el sufrimiento. La segunda, del 27 de julio, es de Rodolfo -hermano de Amado Nervo-, convertido en uno de los *savios*. Sus frases permiten advertir que el propio Luis Castillo concedía al ambiente tapatío el logro de aquella mejoría. Aunque no llegaba hasta su tierra, en Guadalajara hallaba el refugio que requería, más que su salud, su alma atormentada por aquella crónica depresión, acentuada quizá en parte por la pérdida de la mujer amada y por la propia salud desmejorada. Nervo aludió a las penas morales de Luis y le deseó que conservara el equilibrio logrado en tierra tapatía, y, al contrario de Naranjo, sí esperaba su regreso⁶¹.

Los días siguieron su curso. Una vez recuperado físicamente, volvió al trabajo y, esta vez, a la capital. Su estado moral no hallaba, sin embargo, la ecuanimidad deseada, y sufría nuevas recaídas. De sus altas y bajas dan cuenta también las consoladoras cartas de Teresa

⁶⁰ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. I, h. 410.

⁶¹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. I, h. 418.

Farías, de la familia amiga de Guadalajara y madre de Ixca Farías: “Mucho siento mi buen amigo que usted se haya vuelto a poner peor de sus males que son tan penosos y que abaten tanto el ánimo influyendo en la moral”⁶². La distribución de *Savia* proseguía; se envió a solicitantes, simpatizantes, amigos y familiares; no todos podían adquirirla. Ciertamente la revista fue una edición de lujo, lo cual se manifestaba en el precio: cincuenta centavos; en tanto, por ejemplo, *Crónica*, editada por Manuel Carpio en Guadalajara, la cual, según su editor era hecha con todo entusiasmo y una calidad superior a otras publicaciones e ilustrada, valía diez centavos⁶³.

Sin descuidar sus obligaciones tanto las estrictas como las contraídas con los amigos, Luis Castillo continuó la preparación del tercer número, el cual debió salir a la luz entre finales de julio y principios de agosto, aunque su distribución se hizo en agosto. Para entonces, y seguramente con el afán de recuperar el tiempo, se inició también la organización del cuarto número de *Savia Moderna*. A pesar de todo, para continuar su edición, se necesitaba colaboración y la directiva de la revista seguía incompleta; sólo Luis Castillo se encontraba activo, ya que Sierra, quien también se debatía en sus males, dejó de participar, y para el número tres no entregó material alguno, ni poesía, ni prosa. Su hermana le buscaba en la capital, pues los Sierra afrontaban graves problemas familiares: su padre había enfermado y finalmente falleció. Sierra regresó a Tepic, y, para colmo, ahí contrajo paludismo⁶⁴. En la capital, indudablemente el director activo y efectivo intentó subsanar los huecos en la directiva de la revista: Roberto Argüelles Bringas fue nombrado Jefe de Redacción, sin que por ello Sierra perdiese su cargo.

Ahora sí se incorporarían, en el número tres, Reyes y Henríquez Ureña, junto con Juan B. Delgado, José María Facha, Delio Moreno Cantón, Luis Rosado Vega y Miguel A. Velásquez como redactores, y Gabino Zárate como artista: sumaban entonces 73 socios en

⁶² Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, hh. 2-18.

⁶³ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, p. 52.

⁶⁴ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, p.552.

total. Seguramente Reyes entregó de inmediato el único poema que se le publicó: *Mercenario*. De Henríquez Ureña nada hubo en este número, como tampoco habría de otros recién llegados. Dos se retiraron: Antonio Altamirano y Julio B. Uranga, quien sufrió agresiones por sus actitudes contrarias al gobierno porfirista⁶⁵. Cinco nombres ya registrados no aparecerían en este número, quizá por error: Jesús Acevedo, Sixto Ozuna, Benjamín Padilla, Guillermo E Symonds y Enrique Uthoff. La edición tuvo, ahora sí, una nueva portada, hecha, ésta sí, por el joven Diego Rivera, quien realizó una figura muy clásica, todavía con un fuerte sabor academicista, pero claramente con el estilo que lo caracterizaría; la fotografía para edición estuvo, en esta ocasión, a cargo de Kampfner y Casasola, pues aparecen sobrepuestas la K y la C.

Si bien salía a destiempo, el número tres, correspondiente oficialmente a mayo, contenía los materiales propios de ese mes; se dedicó una cuarta parte de la revista a la exposición organizada⁶⁶, donde leemos los comentarios preparados por Roberto Argüelles Bringas y Ricardo Gómez Robelo, así como la poesía de Rafael López. Argüelles Bringas, *savio* de 31 años, convertido en Jefe de Redacción de la revista, dio cuenta, todavía como redactor, de algunos pormenores de la exposición organizada, y, gracias a la *Savia Moderna* conservada por Luis Castillo, pude ahora leer, clara y coherentemente, los párrafos antes parchados y semiperdidos en la edición del FCE. Entre las frases poéticas, se advierte la satisfacción de aquellos *savios* y la sensación placentera, balsámica, que les había dejado su irrupción en las artes plásticas:

La Exposición organizada por nuestra “Revista” con la ayuda eficaz de Gerardo Murillo, se abrió al público el día 7 de Mayo con la sencillez solemne y grave de los severos templos de altares puros, dignos de que en ellos reciba culto la Belleza, y se clausuró el día 14 del mismo mes, con igual solemnidad sencilla. El principio de este acontecimiento.... tuvo la importancia y el interés... del encuentro de una floresta de flores y perfumes primaverales después de un vértigo ante un abismo. El fin fue como el abandono de un oasis, o la despedida de una

⁶⁵ Historia de la Revolución mexicana- Diego Abad de Santillán, en www.kclibertaria.comyr.com/lhtml/1192.html [Consultado el 9 de septiembre de 2009].

⁶⁶ *Savia Moderna*, núm 3, pp. 163-179.

alegría sana.

Se publicaron, además, once fotografías de las siguientes obras exhibidas:

Los tres besos. Pastel. Francisco de la Torre
Marina. Óleo. Diego Rivera
Pensativa. ¿Técnica? Alberto Garduño
Pozo. Pastel. Gonzalo Argüelles Bringas
Retrato. Óleo. Alberto Garduño
Estudio. ¿?. Antonio Garduño
Interior de convento. ¿? Germán Gedovius
La isla de Mexcala, Chapala. ¿? Jorge Enciso
La nieve eterna. ¿? Joaquín Clausell
Marina. ¿? Joaquín Clausell
Marea Alta. Acuarela. Kupka

Como puede verse, seis de estos trabajos carecen del procedimiento con el que fueron hechos y si Kupka fue pseudónimo, oculta el nombre del artista. Las cinco obras restantes parecen indicar al óleo y al pastel como las técnicas más utilizadas. Debo añadir la acuarela de Kupka y, si se toma en cuenta que en el número cuatro de *Savia* aparecería todavía otra muestra más, *El pintor Diego Rivera en su estudio*, la cual fue hecha al Carbón y realizada por Francisco de la Torre⁶⁷, se estaría hablando de cuatro técnicas pictóricas cultivadas por aquellos artistas *savios*. Aunque no se aclaró en la revista si este último estuvo exhibido, de cualquier forma, amplía el panorama de las técnicas en las que incursionaron aquellos pintores expositores, algunos noveles mas no improvisados.

El óleo se presenta como el proceso favorito, si nos atenemos a la suma de un último cuadro reproducido y dado a conocer en la revista número cinco, donde apareció la fotografía de *En el puerto de Veracruz*⁶⁸, firmado por Diego Rivera. A pesar de haber sido publicado tardíamente, este cuadro de Rivera, indudablemente, participó en la exposición, ya que el pie de foto así lo aclara. Se advierte una laguna en la información sobre el evento. Mientras Reyes aseguró en *Pasado Inmediato* que en esta ocasión se exhibieron por vez primera “las obras de Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera”, en *Savia*

⁶⁷ *Savia Moderna*, núm. 5, p. 254.

⁶⁸ *Savia Moderna*, núm. 5, p. 309.

Moderna no apareció ninguna obra de Ponce de León, quien tampoco fue mencionado por Gómez Robelo en sus notas sobre *La Exposición de "Savia Moderna"*.

Gómez Robelo enmarcó el evento entre los propósitos generales de la revista y ofreció sus comentarios “como conversación regocijada con los amigos”; señaló que aquellos artistas habían participado únicamente a cambio de “recuerdo y cortesía”, y manifestó haber encontrado en sus obras dos tipos de expositores: los ya consumados y los que aún no habían llegado, pero que, como señaló Salvador Escudero, “llegarían”. A Argüelles Bringas lo considera entre los ya realizados, aunque, en realidad, los artistas *savios*, en conjunto, constituyen para Gómez Robelo verdaderas promesas.

Henríquez Ureña, por su parte manifestó más tarde que la exhibición fue “casi exclusivamente pictórica”, aunque mencionó también algunas esculturas de Gabino Zárate. Los pintores anotados por él fueron: Gedovius, Clausell, Rivera, de la Torre, Enciso, los Garduño, Lillo, Ortega, Herrán, Martínez Carrión y “otros muchos jóvenes de cualidades indiscutibles”⁶⁹; no todos eran tan jóvenes: Martínez Carrión tenía 45 años. La referencia a “otros muchos” indica que no se conoce a todos los participantes que “acudieron a la exposición de la hermana” y bien pudieron figurar ahí Ponce de León y Montenegro, entre otros; bien pudiera haber quedado como anónima la participación de alguna dama artista. Es posible que Ponce haya dejado alguna de sus obras o que hiciera llegar una desde Europa, ya que, según su semblanza biográfica, estuvo en el viejo continente de 1903 a 1908⁷⁰. Alfonso Cravioto refirió que Ponce de León lo acompañó en su travesía de La Habana a Europa en mayo de 1906; quizá había estado de visita en México.

Hoy se sabe también que los hermanos Garduño eran tres: Antonio, Alberto y Alfonso; todos dedicaron su vida a las artes gráficas, con lo que se confirma la apropiada participación de los Garduño en *Savia Moderna*. Antonio realizaría un importante trabajo

⁶⁹ Roggiano, *op. cit.* P. 37.

⁷⁰ “Ponce de León, Rafael”, en *Enciclopedia de México*, t. 10, p. 394.

en la fotografía de prensa, Alberto sobresalió en la reproducción fotomecánica, y su trabajo es considerado equivalente al de un Diseñador Gráfico; Alfonso fue caricaturista⁷¹, quien aunque no parece haber participado en la revista, bien pudo figurar entre los no identificados.

Los primeros datos aportados por Henríquez Ureña acerca de aquella exhibición parecen sonar un tanto vacilantes, pues anotó en sus memorias que *Savia Moderna* acababa de hacer una exposición pictórica no deslucida⁷². Si se toman de nuevo sus anotaciones memorísticas como guía para ubicar sus comentarios, es posible pensar que no asistió a dicha exposición, ya que ésta se realizó del 7 al 15 de mayo, cuando aún no había entrado en contacto con los jóvenes mexicanos. Fue hasta junio, cuando, según Roggiano, “resumió las actividades desde mediados de abril a mediados de mayo de 1906, en una nota que tituló *México. La vida intelectual y artística*, y en ella dio una opinión más optimista sobre la exposición⁷³. Sus anotaciones contrastan con la opinión vertida por Reyes en 1914; o sea, pasaron ocho años para que se concediera a dicha exposición y a la revista, el carácter de trascendente. Reyes atribuyó, en sus reflexiones, gran valía a la exposición, cuando escribió:

...la exposición de pintura de *Savia Moderna*, donde por primera vez se exhiben las obras de Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera. Acababa de llegar de Europa un hombre inquieto a quien deben mucho las artes mexicanas, las cultas como las populares: Gerardo Murillo, el “Doctor Atl”, fue el animador. En pocos meses, y con unos cuantos documentos, provocó la efervescencia del impresionismo y la muerte súbita de estilo pompier. La pintura académica se atajó de repente. La transformación artística se operó en un abrir y cerrar de ojos. Esta exposición, recordada sólo por Daniel Cosío Villegas si no me engaño, tiene una trascendencia en que todavía no se ha insistido lo suficiente⁷⁴.

Reyes confirma que Ponce de León participó en la exposición. Lo cierto es que

⁷¹ Fotógrafos de la revolución, en fotografosdelarevolucion.blogspot.com/.../los-fotografos-de-la-revolucion-y-el.html – [Consultado 26 de diciembre de 2009].

⁷² Roggiano, *op. cit.* P. 35.

⁷³ *Ibidem*, p. 37.

⁷⁴ Reyes, Alfonso “Pasado Inmediato”, en *Obras Completas*, México, FCE, 1960, t. XII p. 208.

hasta hoy apenas se conoce este evento: el pendiente sigue ahí, pues no es fácil de documentar. Se menciona comúnmente la colaboración de Gerardo Murillo, más conocido como Dr. Atl, y la presentación que hizo de éste José Juan Tablada. La propia revista dejó constancia de la “eficaz ayuda” de dos personas más: el primero, el Lic. José Algara, quien fue Subsecretario de Relaciones Exteriores⁷⁵ y bien pudo facilitar el ingreso de alguna obra de los artistas que estaban fuera del país, si no de Ponce, de Montenegro, quien también estaba en Europa desde septiembre de 1905⁷⁶, o de algún escultor. El segundo, Ing. Gabriel Oropeza, de quien no obtuvimos ninguna referencia, también externo a la revista.

Reyes llamó a Murillo el “animador”, con lo que podría considerársele el alma de la exposición, aunque la organización del evento debió contar con la directiva de la revista, aun si ésta ya no estaba completa; es posible que desde entonces Atl y el tepiqueño se hicieran más cercanos. La organización de esta exposición ha permitido situar la primera actividad pública del grupo dentro de *Savia Moderna*. Si se toma en cuenta lo señalado por Reyes acerca de que en poco tiempo se atajó el academicismo y hubo efervescencia por el impresionismo, puede considerarse que más tarde o más temprano la exposición contribuyó a la renovación de ideas, y que esta intención de acercarse al público, reconocida en la posterior Sociedad de Conferencias, ya formaba parte de la etapa inicial de la revista, cuando estaba al frente de ella Luis Castillo.

Justino Fernández también reconoció al Dr. Atl como el animador y además como impulsor del muralismo⁷⁷, pero sin la participación de *Savia* y de aquel grupo de artistas: sin su espíritu participativo y renovador, el cambio en la concepción pictórica hubiese sido aún más lento. Como señaló Reyes, después de reflexionar su tiempo juvenil, esta exposición de obras artísticas de 1906 organizada por la revista “aun no se ha valorado lo

⁷⁵ “Algara, José”, *Diccionario Porrúa. Historia, Biografía y Geografía de México*, t. A-F, p. 91.

⁷⁶ Tablada, José Juan, *op. cit.*, p. 60.

⁷⁷ Fernández, Justino, “El siglo romántico. El arte de México en el siglo XIX”, en *Cuarenta siglos de plástica mexicana. Arte moderno y contemporáneo*. México, Herrero, 1971, p. 82.

suficiente,” y en esa valoración debe incluirse el impulso del director efectivo de *Savia Moderna*.

A decir de Argüelles Bringas, el Dr. Atl supo interpretar en la clausura los propósitos de la revista, los cuales, escribió el poeta, estaban “enderezados a intentar nuevos y próximos esfuerzos por atender a la urgencia de hacer ofrecimientos leales de productos de arte, al gusto, no muy exquisito, por desgracia, de nuestro tiempo, en nuestra patria”. Comentario que exhibe la inconformidad de los artistas ante el ambiente cultural prevaleciente y contra el que estos *savios* emprendieron la renovación en la estética de su tiempo.

Argüelles se refirió también a la asistencia de Ezequiel A. Chávez, quien, en su carácter de funcionario del gobierno porfirista, sancionó el evento y le reconoció en su actuación como un hombre con “preparación y tino en sus comentarios”. Su participación fue descrita de la siguiente manera: “Su noble palabra... guardadora de tesoros acumulados por el estudio, se prodigó en intensas enseñanzas, en justas observaciones y agradecidos consejos; tuvo, asimismo, amplias y llenas alabanzas para las energías empleadas en la entronización de la majestad única y soberana del Arte”. Los *savios* consignaron sus acuerdos con aquel representante del régimen; también, del mundo de las letras y, en general, del arte.

Gómez Robelo, al igual que Henríquez Ureña, refirió pinturas y esculturas. Si bien la escultura no alcanzaría el clímax posterior de la expresión de la pintura mural, resulta significativa y representativa “de una época de culminación y a la vez decadente, que pronto tendría un brusco final”, expresión con la que el mismo Justino Fernández se refirió al romanticismo nacional. Al nombre de Zárate como escultor, puede añadirse el de Fidencio L. Nava, quien también aparecería en las páginas de *Savia*. Nava siguió, según Fernández, los caminos de Jesús F. Contreras, el escultor más representativo de la

disolución del romanticismo.

La lectura de otro de los párrafos rescatados permite entrever que, de manera suave y sugerente, Argüelles Bringas planteó como virtud de la exposición haber abierto a los nuevos artistas la posibilidad de entrar a la senda de éxito, antes vedada a los cultivadores de arte que profesaban una óptica distinta a la aceptada hasta entonces. Aquella apertura se impulsaba con la presentación de nuevos y “leales” productos artísticos. Sabían que el nuevo trabajo implicaba una crítica a su presente y, por ello, hizo también hincapié en que, pese a aquel esfuerzo, aquella batalla no era fácil:

Y pareció entonces como que el sendero difícil e intrincado, áspero y duro, fatigoso y cruel, que lleva al encantado alcázar del Éxito, escondido en vaguedades fabulosas, perdido muchas veces para los méritos, frecuentemente encontrado por las insignificancias, pareció que ese sendero de tortura y de quebranto, se llenaba de luz, cerraba las agresiones de sus iracundas manos de malezas espinosas, contenía el ímpetu del polvo de que lo ha cubierto el Olvido, y se hacía suave como una alfombra, para las plantas llagadas en el pisoteo constante de las guijas que llenan la desolación infecunda...

Gómez Robelo asentó también, y hoy se destaca, la finalidad concedida al empeño de la revista: “la desinteresada labor inteligente de nuestros pintores y escultores y la necesidad estética y moral de tales manifestaciones”. Con ello este escritor señaló que había una necesidad detectada por los *savios*: la de un arte nuevo, y una solución: la ofrecida por ellos de manera “inteligente”. Se logró así que el propio Subsecretario porfirista sancionara su evento y su “arte nuevo”. El mismo ministerio organizaría, antes de terminar el año, otro evento similar; los críticos serían también Tablada y Gómez Robelo, el reto había sido lanzado por *Savia*. En la propuesta de los *savios* se advertía de nuevo su estar al día y su coincidencia con otras corrientes, como la de los expresionistas, quienes también abanderaban esta idea en Europa: “Los artistas expresionistas, en su función de apasionados reformadores del mundo que deseaban derrocar el orden establecido, buscaban “un arte nuevo para un mundo nuevo”. Cuadros cargados de emoción debían captar los

sentimientos más íntimos del ser humano...”⁷⁸. Dicha corriente hallará sitio más tarde con los muralistas; uno de ellos ya estaba entonces en el directorio de la revista e hizo una de sus portadas.

El público numeroso, e incluso el mismo Justo Sierra, como asistente distinguido, parecen haber mostrado su aprobación. Argüelles Bringas señaló que Sierra ante “el logro de nuestros afanes, expresó su amable complacencia”. Por ello, el poeta culminó su artículo evidenciando, más que su esperanza, su confianza, su fe en *Savia Moderna* y su exposición. La revista no sólo hacía la crítica, sino que proporcionaba nuevas manifestaciones artísticas como posibilidad real para el arte nacional, particularmente para la plástica, aunque no debe olvidarse que *Savia* albergaba, además de los literatos, a algunos músicos. Las pinturas y esculturas presentadas por aquellos artistas *savios* habían mostrado aquel nuevo camino de altos conceptos e ideas novísimas en el arte moderno de su tiempo:

Si un campo no ha recibido los beneficios del cultivo... ese campo es la tristeza del que planta su tienda. Pero si el sudor del labriego ha caído largos días de trabajo... si la simiente vital fue bien recibida con los honores todos debidos a su magna promesa... ese campo, con sus pompas de flores, sus arrogancias de espigas, sus sombras, sus frescuras... dará reposo al más cansado ensueño, al más pesado fardo de tedio, al más perseguido anhelo, al más hondo desconsuelo...

El poeta Rafael López plasmó, en doce quintetos publicados también en *Savia Moderna*, el mismo entusiasmo por la nueva tropa, y la búsqueda compartida por él como poeta de una óptica distinta, con un ideal que brindara ante un amanecer nueva luz al arte. Como muestra de su punto de vista se hizo la siguiente selección de versos, donde, sin duda, y poéticamente, expresó también su anhelo de un nuevo quehacer artístico:

Hoy que un alba los cielos a iluminar empieza
y que estamos suspensos ante un amanecer:
Hoy que cual una novia que fuera una princesa,
la Belleza –una y trina como Dios- la Belleza

⁷⁸ Expresionismo, en es.wikipedia.org/wiki/Expresionismo – [Consultado el 21 de noviembre de 2009].

nos alienta con su sonrisa de mujer.

¿Qué mucho que un cortejo de bardos y de artistas
como oriflamas tiendan su fe de paladines,
y cual centauros ágiles, volando a las conquistas,
avancen por las sendas apenas entrevistas,
con la mirada al piélago y al huracán las crines?...

El ideal es todo, nos exalta y arroba
cuando entrever nos deja la luz de su sonrisa.
Es en el mármol verso, es en las telas trova:
-Así en el bloque triunfa la Venus de Canova
y en el insigne lienzo del Vinci, Monalisa.

Gómez Robelo, en su artículo sobre las obras expuestas, con una emoción y una esperanza no menores en el grupo expositor, mostró en su texto un conocimiento y un espíritu crítico muy particular hacia el arte plástico: sus reflexiones bien pudieron conceder a su escrito la categoría de un ensayo artístico. Dejó testimonio, también, de la intención de *Savia Moderna* en su búsqueda por redefinir el concepto de belleza, y señaló que, gracias al interés de aquellos artistas, se logró mostrar que podía renovarse el arte, rompiendo los límites académicos establecidos

Su optimismo no le impidió advertir a aquellos artistas, noveles o más experimentados, sobre un error cometido: “pintar de la misma manera”, mas alentó a los expositores a trabajar y consolidar la fuerza ya manifestada en sus obras. Exaltó la importancia de renovar las ideas y, por ello, señaló que lograr nuevos matices no podía hacerse sin imponer el espíritu de un ideal a la sola técnica.

Los propósitos de aquellos *savios* en torno al arte se cumplían. Luis Castillo sabía que aquel nuevo grupo, cercano a la revista de la capital, estaba funcionando y conseguía incidir en las apreciaciones del arte, sobre todo de la pintura. Si bien se publicaba a destiempo la revista, habían logrado conjuntar esfuerzos encaminados hacia distintas facetas del arte de su momento, con su propio enfoque y su propia búsqueda del ideal. Sus actividades en relación con aquel otro “dominio” del arte quedaron plasmadas en la revista,

aunque no tan exacta ni puntualmente como se proponían, dado su retraso en la edición. Sin duda, aquel número tres, al dar lugar a la exposición, limitó las demás colaboraciones. Éstas sólo alcanzaron la cifra de dieciséis, once prosas y cinco poesías. El número de ilustraciones bajó a treinta y tres, y sólo hubo, en esta ocasión, cuatro páginas dedicadas a ilustraciones, no todas de la exposición.

Entre las prosas hallé la traducción de un texto del norteamericano Edgar Allan Poe, autor de relatos de misterio y horror, muerto hacía poco más de 50 años, a quien rescatan los *savios* en su búsqueda de autores. *Sombra. Parábola*, texto mediante el cual Ricardo Gómez Robelo debió cautivar a sus lectores, en una época en que la misma onda radiofónica no llegaba todavía a los hogares. Era esta fascinación lograda en su público lo que animaba en buena medida a quienes emprendían estos trabajos de edición. Los medios escritos eran los más importantes en la comunicación de aquellos años. La selección de los textos publicados era decisiva para difundir las obras que les interesaban. El relato de Poe implicaba un rescate del género de lo sobrenatural, muy poco frecuentado en la literatura española de esos años⁷⁹.

La tercera revista parece haber quedado terminada en agosto. La demora del principio, que no se percibe fácilmente en nuestros días, era enorme para entonces: la primera revista no había salido en enero sino en marzo, pero el segundo número había requerido de casi dos meses para salir. Al parecer se trabajaba intensamente para impedir que la dilación fuera mayor. Era un hecho que había un “retraso considerable” y así lo manifestaron sus propios editores. Luis Castillo y Roberto Argüelles Bringas sabían esto perfectamente; por ello redactaron el siguiente aviso aclaratorio con el que cerraron el tercer número:

A NUESTROS SUBSCRIPTORES

Causas ajenas a nuestra voluntad e inherentes a toda publicación que

⁷⁹ Bécquer, Gustavo Adolfo, en es.wikipedia.org/wiki/Gustavo_Adolfo_Bécquer [Consultado el 4 de noviembre de 2009].

empieza, han hecho que *Savia Moderna* esté saliendo con un retraso considerable desde su primer número.

Debemos advertir que pronto se subsanará este mal, y que, cualesquiera que sean los obstáculos materiales con que tropecemos para la puntual aparición de la Revista, no por eso dejará de publicarse ésta. Antes al contrario, garantizamos su supervivencia y su constante mejoramiento artístico y literario.

Sirva esta nota de aclaración a algunos descontentadizos o desconfiados.

Luis Castillo debió enviar a Cravioto el número tres, editado en agosto, antes de terminar el mes. No obstante, de nuevo los compromisos de Luis Castillo volvían a agobiarle. Hoy sabemos que sus tareas oficiales y particulares guardaron, antes de terminar el año, una relación estrecha y le exigían una mayor entrega al trabajo. Seguramente su débil estado de ánimo y de salud se recrudeció en agosto. Para el diecisiete de agosto, Carpio le pregunta preocupado por *Crónica*, “¿Cómo sigues?”⁸⁰. Pese a ello, puedo asegurar que las labores de edición en la ciudad de México, ocuparon un lugar importante en la vida profesional de Luis Castillo para 1906. Nuevas tareas le esperaban, aparte de *Savia Moderna*: el 24 de agosto, sus actividades laborales en la Biblioteca Nacional también giraron hacia el campo de la edición, cuando fue nombrado Encargado del *Boletín* y Publicaciones Anexas⁸¹.

En Europa, Cravioto acusó recibo del número tres el día 19 de septiembre⁸². En esta ocasión se refirió a la recuperación de Luis Castillo en los siguientes términos: “La alegría más grande, que me ha proporcionado es la de haberme participado su completo restablecimiento... Bien merecía ya engordar después de tantos meses de flaqueza. Ojalá que también aquellos sus achaques espirituales hayan desaparecido por completo... y que siga Ud trabajando con entusiasmo para bien y regocijo de todos los que amamos los bellos decires y los altos pensamientos”. En el tono, amable en todo momento, se advierte de nuevo el interés de estos *savios* no sólo por la belleza de la palabra, sino por el ejercicio del pensamiento. Respecto a su estancia le comentó: “Yo me he saciado de Europa en la duda

⁸⁰ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol II, h. 45.

⁸¹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol II, h. 23.

⁸² Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol II, h. 96.

de si podré volver algún día. Conozco París mejor que a México, visité la mayor parte de Bélgica, estuve en Londres, pasé una temporada en Colonia, Baviera, Munich y Berlín, y ahora estoy preparando mi viaje a España y a Italia...”, y confiesa que su entusiasmo, una vez conocida Europa, se dirigía más bien a sitios más exóticos, como Persia, la India y Japón. En este gusto por lo exótico podemos entrever nuevamente la cercanía de estos *savios* con el romanticismo.

Respecto a *Savia*, le manifestó: “La Revista marcha perfectamente en la parte literaria y los felicito, aunque no me sorprende, pues tengo fe inmensa en su talento”; sin embargo, en su papel de director observante, seguía insistiendo en las fallas de la parte artística: “En cuanto a la parte artística, un poco deficiente, ya la modificaremos pronto y definitivamente con elementos que estoy acaparando”. En su carta no hizo ninguna mención en torno a la incorporación de Argüelles Bringas, ni al caso de Sierra, pero sí en relación con la llegada del dominicano. Luis Castillo debió plantearle allí la incorporación de Henríquez Ureña como Secretario de redacción, pues la respuesta de Cravioto indicó en este caso su júbilo, y también el buen concepto en el que el mismo nayarita tenía al dominicano: “La adquisición del Sr. Henríquez Ureña no pudo ser mejor, he leído desde ha tiempo el libro de él que Ud. elogia con mucha razón”.

Más adelante nos enteramos de que el entusiasmo de Cravioto en París no bastó para llevar a cabo sus planes y la revista europea quedó en proyecto: “La edición de un número aquí es un bello proyecto en el que estoy aun vacilante, pues dígame Ud. ¿No cree que por el contraste fatal e imprescindible en la parte tipográfica echemos al traste las ediciones de México?”. La razón dada por Cravioto para dejar pendiente la edición europea, ponía de nuevo el dedo en la llaga: los pormenores de la impresión de la revista eran la molestia continua, aquella “deficiencia en la parte artística”, “la repetición desastrosa de viñetas”.

También Henríquez Ureña se quejaría de “errores”, sin precisar de qué índole. Aquellas observaciones eran parte de los escollos que debían vencerse continuamente para hacer la revista. Las impresiones no eran fáciles de realizar en el México de principios del siglo XX; esto resulta palpable al observar que muchas ediciones se hacían fuera del país, y, por ello, el logro de *Savia Moderna* y todas las publicaciones emprendidas de manera entusiasta deben verse con mayor admiración, pues los problemas técnicos no eran fáciles de solucionar. Así, el empeño de Luis Castillo debe revalorarse en su justa proporción: como comentaban entre amigos, lidiar con impresores y cajistas no era nada sencillo; no todos estaban dispuestos a hacerlo.

En el contexto de las dificultades para echar a andar alguna publicación, se ubica la preocupación y la intención de Cravioto al manifestar a Castillo el “contraste fatal e imprescindible” que hubiera tenido la *Savia Moderna* europea en relación con la mexicana. Todos los quehaceres técnicos resultaban vitales para una publicación, sobre todo tratándose de una revista ilustrada, y debieron haber sido constantes en la edición de *Savia Moderna*: era imposible que Cravioto desde Europa se ocupara de su solución. Indudablemente, Luis Castillo, al estar al frente de la revista, debió resolverlos en su carácter de único director presente. Cravioto por su parte, conociendo los obstáculos técnicos para las publicaciones mexicanas y con mejores condiciones técnicas, no pudo nunca sacar adelante el proyecto de la *Savia* europea. En su carta aseguró que, a su regreso, al pasar por nuestro vecino del norte, buscaría algunos elementos para mejorar la situación: “A mi paso por los Estados Unidos veré si arreglo que nos hagan ahí cuando menos los grabados que no sean de actualidad y esto será un buen adelanto.” Existía el propósito compartido por ambos directores, de seguir adelante con la empresa *Savia Moderna*.

Seguramente se hicieron esfuerzos para impedir que el retraso de la revista se siguiera agudizando, y con ello los desatinos causados por la impuntualidad. Todo indica

que el número cuatro se imprimió enseguida, en el mismo mes de agosto. Quizá Luis Castillo se refugiaba en el trabajo, el cual debió ser ese mes abrumador. Sin embargo, la revista no estrenó nueva imagen en su portada y se utilizó la misma de Diego Rivera empleada en la tercera. El número correspondía formalmente a junio, así se anotó en la revista, la cual para iniciar incluyó las *Sensaciones de viaje* enviadas por Cravioto en mayo y escritas a bordo de *La Navarre*. Tal como se preveía por los datos hallados en el archivo ALCL, los problemas de Sierra en Tepic no le permitían regresar pronto a la ciudad de México. Henríquez Ureña pasó a ocupar su puesto, un sitio importante en la directiva de *Savia Moderna*.

El propio dominicano anotó en sus memorias que le propusieron sustituir a Sierra, si bien también, e irónicamente, sus palabras dejan la sensación de en que aquel año, al momento de hacerla, no concedió mayor importancia a *Savia Moderna*:

El que actuaba como Secretario de *Savia Moderna* José María Sierra, era un pobre joven consumido por el alcohol (vicio adquirido literariamente, tal vez), y como su gestión era ineficaz, se me propuso ocupara yo su plaza. Temía yo provocar enojos y aparecer como solicitador de un puesto ajeno, pero se me aseguró que ya era una resolución definitiva quitar de allí al pobre Sierra, y acepté aquel puesto, que sólo me duró tres meses, pues *Savia Moderna* murió poco después. En ese periodo traté de darle forma según mis ideas, pero la colaboración era escasa y poco importante⁸³.

La llegada de Henríquez Ureña no parecía coincidir con el entusiasmo de la tropa mexicana; quizá por ello sus anotaciones de esos primeros momentos no son entusiastas ni amplias. Sierra, a quien admiraba y favorecía Salado Álvarez, no encontraría en él al maestro; si recurrimos a los recuerdos de Henríquez Ureña para conocer a José María Sierra, podríamos ubicarlo únicamente en el triste papel de un “pobre joven consumido por el alcohol e ineficaz en su puesto”. También respecto a este caso, Alfonso Reyes proporcionó en *Nosotros* un recuerdo más concreto de la participación de Sierra, pues señala que “ayudó” a impulsar la empresa periodística de *Savia*. Es evidente que su trabajo

⁸³Roggiano, *op. cit.*, p. 35.

fue más que el de simple redactor, pues se le dio un cargo en la revista, que dejó no en mayo, como se creía, sino en agosto. Observo, además, que Sierra colaboró de manera constante, si se atiende a sus cuatro entregas; publicó poesía y prosa, y en ambas manifestó la conciencia de una vida dramática, muy a tono también con la bohemia: el dolor y la angustia se hicieron presentes en buena parte de la poesía de la revista.

Sus escritos no desmienten los recuerdos del dominicano; se percibe en ellos un entusiasmo doloroso, el anhelo de una complexión fuerte, de un cuerpo sano y de una satisfacción plena del saber. Esto se advierte en un escrito de Sierra, a propósito del trabajo novelístico de Severo Amador, en un párrafo que resulta revelador de su drama:

Para los que vamos en declive a los rumbos de la vulgaridad y de la muerte, para los que sentimos la adinamia de los cerebros hebetados (sic) y errados de sendero, es una alegría inconmensurable aplaudir a aquellos que llenos de fe en el ego, en el trabajo renovador, satisfechos de su saber y confinados en la fortaleza de sus complexiones física y psicológica, transitan por la vida gozando fisiológica e intelectualmente⁸⁴.

Tan seguro estaba del acecho de la muerte, que expresó su presentimiento en un soneto publicado en el primer número, titulado *Rimas frágiles*, donde pasó de una búsqueda afanosa de la “ruta prometida”, a llamar a sus amigos a ser testigos “De la extinción tranquila de mi Ocaso; No os conmováis por mí, lanzad clamores/ Y gritad a la Muerte: ¡Abridle paso!”. La muerte, el hastío de la vida y una profunda tristeza, junto con la melancolía y la angustia como preocupación obsesiva han sido rasgos también identificados en el Modernismo, y, por ejemplo, en la obra de Darío⁸⁵. La bibliografía cultural ofrecía muy pocos datos sobre Sierra; el más interesante es uno reciente, que lo señala entre los entusiastas de la extensión universitaria, pues lo consigna como maestro de la Universidad Popular Mexicana, institución creada por el Ateneo de México en 1912⁸⁶. Reyes y el archivo ALCL confirmaron el desenlace fatal de este secretario y redactor de

⁸⁴ *Savia Moderna*, núm 2, p. 154.

⁸⁵ *Modernismo, op. cit.*

⁸⁶ Curiel Defosse, Fernando, *Ateneo de la Juventud (A_Z)*, México, UNAM, 2001, p. 183.

Savia Moderna. Para 1914, Reyes señaló: “José María Sierra, el cual ha escapado, como por trampa, al mundo de lo conocido”⁸⁷.

Pese a todas sus circunstancias adversas, Sierra no abandonó *Savia Moderna*, sino que pasó a ocupar en la cuarta revista un lugar entre los redactores, y en ella apareció nuevamente su colaboración. Henríquez Ureña y su hermano también se mantuvieron activos y entregarían sus consideraciones: Pedro sobre *Teatros, conciertos y óperas*; Max sobre *Whistler y Rodin*. Nuevos cambios habría en este número. Los artistas recibieron a un miembro más: Alfredo Escontria. Entre los redactores hubo un movimiento mayor; confirmé que hubo un error en el anterior, pues volvieron a aparecer cuatro nombres de quienes aparentemente ya habían salido. Sólo Moreno Cantón se retiró. Se incorporaron otros tres: Salvador Escudero, Álvaro Gamboa Ricalde y Benigno Valenzuela. En total, hubo 73 participantes; el número de páginas fue el ofrecido por el folleto: sesenta. La prosa siguió ocupando un amplio sitio en la revista y la poesía sólo tuvo esta vez cinco ejemplares.

Del propio Caribe *Savia Moderna* importó los pensamientos plasmados por Max Henríquez Ureña en su conferencia sobre *Whistler y Rodin*, impartida en La Habana. Rescatamos una de las frases usada por Max y tomada, a su vez, de Gastón Prunier, donde indica la búsqueda de este joven, y su coincidencia con los mexicanos, en cuanto a la necesidad de nuevos rumbos para el arte academicista: “Cansados de la virtuosidad técnica, necesitamos un arte de expresión humana, de emoción sintética”⁸⁸. Max terminaría por unirse a aquellos *savios* en la ciudad de México.

No localicé ninguna noticia acerca de la recepción de *Savia* en sus números cuarto y quinto allá en Europa: en cambio, hallé una proposición de Luis Castillo, aceptada por Cravioto desde el otro lado del océano, para normar a la revista en los últimos meses del

⁸⁷ Reyes, Alfonso, *Nosotros*, Ed. Faccimular, FCE, México, 1980, p. 621.

⁸⁸ *Savia Moderna*, núm. 4, p. 276.

año. Según este acuerdo, en diciembre se cerraría el Tomo I de *Savia Moderna*, aunque no se indicó cuántos números lo formarían. Cravioto escribió en su carta de septiembre: “Creo con Ud que es conveniente cerrar el primer tomo en Diciembre y comenzar sus mejoras desde Enero, mejoras que ya deben anunciarse. Si no voy a la India, para entonces estaré con Uds”⁸⁹. Aparte de los errores ya mencionados por Cravioto, es posible que aquellas mejoras pretendieran, entre otras cosas, remediar el atraso de la edición. Lo cierto es que en la cuarta revista se anunció que *Savia Moderna* contaba ya con sus talleres propios: “Por haber quedado ya definitivamente instalados nuestros Talleres, hemos resuelto bajar el precio de suscripción a nuestra Revista...”.

La tercera y última carta de Cravioto guardada en el archivo ALCL y referida a *Savia Moderna*, se escribió el 18 de octubre. En ella Cravioto no se referiría a ningún asunto ni hubo acuse de algún número de la revista; manifestó, más bien, que se encontraba enfermo y no había podido visitar los lugares planeados, pues no podía viajar. Pese a ello, le comentaba en tono optimista que, gracias a esos mismos males y al no salir de París, había conocido a Rubén Darío, quien le había entregado dos poesías para *Savia Moderna*. Bien pudo Cravioto por esas fechas recibir el quinto número de la revista. Después del constante retraso y sabiendo que ambos directores habían manifestado su acuerdo de cerrar el primer tomo en diciembre, resulta sorprendente el que la revista número cinco quedara lista antes de terminar la primera quincena de septiembre. En menos de dos meses se editarían tres revistas, cuando las dos anteriores habían requerido la mitad del año. El esfuerzo emprendido por Luis Castillo permitió la edición, aunque fuese efímera, de la revista y la reunión alrededor de ella de más de 70 socios con pretensiones de vanguardia artística.

En su quinto número, *Savia Moderna* no tuvo ya ningún cambio: se conservó el directorio de la revista anterior e incluso se utilizó de nuevo la misma portada. Lució

⁸⁹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h. 96.

veintiocho ilustraciones y volvió a ofrecer a sus lectores sesenta páginas, con viñetas de Severo Amador, J. A. Ruiz, Montenegro y Juan de Dios Arellano, y algunas fotos de Lupercio y otras anónimas. Como ya era costumbre, el número de prosas superó al de poesías. La prosa parecía absorber a aquellos *savios*; el propio Manuel de la Parra, reconocido como poeta, entregó dos colaboraciones y en ambas abandonó los versos. Adelantaron también un fragmento de *La Chiquilla*, novela por salir de Carlos González Peña, quien, para entonces, según la correspondencia del ALCL, tenía ya bastante familiaridad con Luis Castillo y, probablemente por ello, se editó allí su trabajo.

Antonio Caso ya hacía incursiones filosóficas y escribió *La tesis admirable de Plotino*. En su rescate del conocedor de la filosofía clásica griega, Caso invitó a analizar el credo armonioso de aquel “Apóstol pagano”, al considerar que dicho ejercicio podría conducirlo a él mismo como analista y al propio lector a reconocer, con el corazón de lleno de entusiasmo, que “la verdad está con nosotros”⁹⁰. Mediante cuatro señalamientos referidos al Universo, a Dios, a la Inteligencia y a la Individualidad, Caso esbozó tal credo. Se asumió como parte del grupo optimista de hombres que ejercitaban el pensamiento y, como tal, halló en la meditación el tamiz que le permitió resolver los conflictos ocasionados por la materia, mediante las ideas. El pensamiento, señaló Caso en su prosa bella y entusiasta, es lo único que hará sobrevivir al hombre después de la muerte:

...nuestro pensar es uno de los ritmos más cercanos a Dios... Aun cuando nuestro cuerpo se enferme y se doble nuestra espina dorsal como una rama que sostiene un fruto succulento, aun cuando nuestro vigor se deprima y se torne nuestro rostro enjuto y cadavérico, aun cuando sintamos que nuestra sangre empobrece y nuestro cuerpo cruje... no debemos cejar en nuestro propósito... nuestra materia y nuestra energía... cuando están juntas... casi se compenetran con Dios... De esas notas venerables renacerá la vida, y el grano que se alimenta de nuestra sangre tal vez acrisole el cantar de un ave, que trine deliciosamente al despuntar el día. El mundo material, corruptible y corpóreo, se resuelve en lo único verdaderamente inmaterial, incorruptible, incorpóreo: el pensamiento⁹¹.

⁹⁰ *Savia Moderna*, núm. 5, p. 271.

⁹¹ *Idem.*, p. 310-311.

El infatigable Gómez Robelo, por su parte, escogió al pintor Eugenio Carrière y lo mostró a los lectores justamente como poseedor de un ritmo incorruptible: “pintor de almas en que brilla el pensamiento”. El texto fue escrito como homenaje a Carrière, quien recientemente había fallecido. Para Gómez Robelo, el pintor francés era de aquellos “príncipes espirituales de la expresión” que buscaron sacar “de los moldes académicos a la riqueza y la libertad del aire y de la vida”; señalaba también que el francés relacionó el retrato con aquello “raro y extraño, misterioso y profundo que es la individualidad”. Aquellos *savios* seguirían su búsqueda del ideal del arte, de la individualidad que trascendiera. Carrière habría de interesar a otros miembros del grupo en evolución.

Una prosa más mencionaré, dada la importancia de la relación entablada por Henríquez Ureña con aquellos *savios*. Se trata de *Ensayos críticos*, publicada dentro de la sección Bibliografía elaborada también por Gómez Robelo⁹², a quien Roggiano reconoció, más de ocho décadas después, como “una de las figuras más destacadas del momento cultural de México”⁹³. Roggiano indicó que las reseñas hechas para el libro del dominicano lo señalaban, en general, exitoso, y transcribió los dos primeros párrafos de *Savia Moderna*, refiriendo la crítica de Gómez Robelo como “la que más halagó” a su biografiado. Vale la pena aclarar que esta crítica fue hecha a Henríquez Ureña, cuando ya tenía casi medio año de vivir en la ciudad de México y por ello no debe relacionarse con su estancia en Veracruz, como lo hizo Roggiano⁹⁴, sino situarse en su trato con los *savios*.

La crítica al primer libro de Henríquez Ureña, hecha por Gómez Robelo, es parte importante del desarrollo filosófico y literario que vivían los *savios* mexicanos y que iba a experimentar el dominicano al llegar a México. Los cambios se habían iniciado, impulsados por el grupo de *savios*, y se mantenían con la propia transformación del grupo. Como ya mencioné, al llegar a la capital Henríquez Ureña no tenía muy buenas referencias

⁹² *Savia Moderna*, núm. 5, pp. 353-355.

⁹³ Roggiano, *op cit*, p 28.

⁹⁴ *Idem*.

de los jóvenes mexicanos, mas todo indica que poco a poco modificó su sentir. Gracias al trato directo con aquellos *savios* en la redacción de la revista, la opinión del dominicano a propósito de quienes se dedicaban gustosos no sólo al arte, sino a la crítica y a la acción, mejoró.

Otro elemento que debe tomarse en cuenta es que las memorias del escritor de *Ensayos Críticos*, no siempre se escribían a la par de lo acontecido, por lo cual su lectura debe hacerse, sabiendo que sus expresiones eran fruto de sus mismos cambios, sus pareceres distintos y sus preferencias personales. El propio Roggiano señaló que fue a partir del 5 de agosto de 1909 cuando ya escribió un diario⁹⁵. Las relaciones entre Henríquez Ureña y los *savios* sufrieron cambios a la par que él mismo iba modificando su manera de pensar.

Las primeras anotaciones sobre su trato inicial con los *savios* estuvieron, al momento de ser plasmadas, seguramente ya permeadas por los cambios sufridos. Aquel trato y aquellas vivencias lo llevaron a relatar sus experiencias un tanto revaloradas, aunque extemporáneas. Por ejemplo, escribió en sus memorias que a partir de 1907, sus ideas positivistas comenzaron a sufrir un cambio definitivo, si bien reconoció que en dicha modificación ejercieron un convencimiento determinante Gómez Robelo y Valenti; en realidad esto fue un proceso que inició desde 1906, desde *Savia Moderna*. Veamos cómo se manifestó el dominicano, concebido en el diccionario biográfico de Porrúa también como hombres de letras:

En el orden filosófico, he ido modificando mis ideas, a partir también del mismo año de 1907. Mi positivismo y mi optimismo se basaban en una lectura casi exclusiva de Spencer, Mill y Haeckel; las páginas que había leído de filósofos clásicos y de Schopenhauer y Nietzsche no me habían arrastrado hacia otras direcciones. Sobre todo, no trataba yo sino con gente más o menos positivista, o, de lo contrario, creyentes timoratos y anti-filosóficos. El positivismo me inculcó la errónea noción de no hacer metafísica (palabra cuyo significado se interpretó mal desde Comte); y a nadie conocía yo que hiciera

⁹⁵ *Ibidem*, p 85.

otra metafísica que la positivista, la cual se daba ínfulas de no serlo. Por fortuna siempre fui adicto a las discusiones; y, desde que los artículos de Andrés González-Blanco y Ricardo Gómez Robelo me criticaron duramente mi optimismo y mi positivismo (el del libro de Ensayos Críticos) tuve ocasión de discutir con Gómez Robelo y Valenti esas mismas ideas; las discusiones fueron minando en mi espíritu las teorías que había aceptado. Por fin, una noche a mediados de 1907 (cuando ya el platonismo me había conquistado, literaria y moralmente), discutíamos Caso y yo con Valenti: afirmábamos los dos primeros que era imposible destruir ciertas afirmaciones del positivismo; Valenti alegó que aún la ciencia estaba ya en discusión, y con su lectura de revistas italianas nos hizo citas de Boutroux, de Bergson, de Poincaré, de William James, de Papini... Su argumentación fue tan enérgica, que desde el día siguiente nos lanzamos Caso y yo en busca de libros sobre el anti-intelectualismo y el pragmatismo⁹⁶.

Esta impresión sobre Gómez Robelo ya formaba parte de su nuevo sentir cuando decidió dejar escritos los recuerdos sobre su primer acercamiento con los *savios*, y rememoró y enumeró a quienes había encontrado en la redacción de *Savia Moderna*, ya que desde ahí podemos leer su impresión acerca de este *savio*: “Gómez Robelo, quien me reveló, el primero, a cuánto alcanzaba la ilustración de algunos jóvenes mexicanos, pues me habló, con familiaridad perfecta, de los griegos, de Goethe, música alemana, de Schopenhauer...”.

El año de 1907 debió ser, en efecto, determinante para Henríquez Ureña en México: “En 1907 tomaron nuevos rumbos mis gustos intelectuales”. No sólo cambiaron sus gustos y criterios intelectuales, sino las amistades con quienes habría de compartirlos, ya que, ese año, sus memorias permiten saber que redefinió el círculo de pensadores con quienes trataba. El mismo Roggiano retomó aquellos nuevos rumbos marcados por su biografiado e indicó sus nuevas preferencias de la siguiente manera: “Dentro de este plan de estudios, de ahondamiento y renovación, Pedro Henríquez Ureña se aparta un tanto de la pléyade de escritores jóvenes que había frecuentado como participante del grupo de la revista *Savia Moderna* y de la *Revista Moderna de México*”. Henríquez Ureña, lo planteó de este modo:

⁹⁶ *Ibidem*, pp. 76-77.

Antes de 1907, mis amistades en México no eran íntimas; trataba con relativa intimidad a Escofet y a Carlos González Peña, y frecuenté bastante la casa de D. Jesús Valenzuela, así como algunos de los jóvenes escritores de *Savia Moderna*, principalmente Gómez Robelo, Acevedo, Valenti y Castillo Ledón. A partir de mediados de 1907, un tanto decepcionado, pensé que era mejor circunscribir mi grupo; el resultado fue una intimidad mayor con Alfonso Reyes, que fue el más adicto a nosotros después de la disolución de nuestra casa, luego con Acevedo y por último con Caso. Llegamos a formar un trío Caso, Alfonso y yo, y durante todo el año 1908 y la primera parte de éste /1909/, la casa del primero fue el centro de nuestra reunión y nuestras disquisiciones filosóficas y literarias.

En este fragmento de sus memorias, el dominicano hizo una rápida revisión de su relación con aquellos *savios*; en ella se constata el paso de tres años para que tendiera a definirse. Sin apartarse de la pléyade de escritores jóvenes, como señaló Roggiano, seleccionó, “circunscribió” su círculo de amistades, puesto que Reyes, Acevedo y Caso también eran de *Savia Moderna*. La personalidad de Henríquez Ureña debió ser definitiva en su búsqueda de desarrollo personal y de vocación literaria, en un país ajeno al propio. De su desempeño intelectual no tenía duda, mas deseaba estudiar y eran los aspectos económicos los que le preocuparon. Desde Veracruz, pude advertir aquella situación, pues así lo escribió en sus memorias: “Pero si mi éxito literario parecía asegurado, mi situación económica iba a ponerse complicada”⁹⁷. El mismo fragmento referido da cuenta de los cambios en sus preferencias. Si bien Gómez Robelo y Valenti fueron importantes para su transformación intelectual, no lo serían para su satisfacción personal, ya que se sintió más a gusto con Acevedo, Reyes y Caso.

Sus memorias dejan ver que todavía no estaba totalmente definida su elección; el recorte siguió: Acevedo ya no figuraría en el trío que lo entusiasmó en 1907, sólo: Reyes, Caso y él. El texto ya no permite advertirlo, pero todavía saldría otro de aquellos allegados: Caso, quien, en parte por la situación política, o, en parte, por otras razones diversas también dejaría de ser “íntimo”. Sólo quedaría más tarde un dúo: Henríquez Ureña y

⁹⁷ *Ibidem*, p. 28.

Reyes. Maestro y alumno. La personalidad del dominicano halló al fin un amigo alumno. Reyes supo, indudablemente, entregarse a la literatura como lo exigía aquel maestro, por vocación y personalidad.

Quizá no todos los *savios* aceptaban aquel trato exigente, al parecer siempre directivo, siempre protagónico del llamado “Sócrates” del grupo. Sin duda, todos le reconocían, aun si sus propias memorias no siempre reflejan aceptación, tolerancia hacia los menos sabios. Se puede ver que sus juicios como intelectual adelantado hacia los demás no siempre fueron atinados y, seguramente, causaban cierta incomodidad en las relaciones cotidianas. Veamos, por ejemplo, su propia consideración acerca de dos alumnos de Jurisprudencia que después fueron miembros importantes del grupo, ya transformado en Ateneo: Julio Torri y Mariano Silva y Aceves: “El grupo de compañeros de Alfonso no es muy brillante: figuran Torri y Mariano Silva, con sus aficiones clásicas poco amplias...”⁹⁸.

Su personalidad conocedora y exigente no perdonaba errores y debió causar algunos desasosiegos en la diaria actividad cultural, periodística y literaria de aquellos tiempos. Veamos la queja del *savio* Manuel Carpio del 6 de abril de 1907, a propósito de un “incidente muy lamentable” que tuvo lugar en la revista *Crónica* de Guadalajara. Esta queja muestra, a la vez, las dificultades enfrentadas por quienes editaban periódicos y revistas, como también por quienes hacían *Savia Moderna*:

Tu amigo, el señor Henríquez Ureña, me ha escrito una carta llena de altanerías, aunque le asiste mucha razón en lo que reclama. Un estúpido, que tenía a su cargo la revisión de las planas, antes de entrar a la prensa, obrando autoritariamente, suprimió un párrafo al artículo del Sr. Henríquez Ureña, en momentos en que yo no me encontraba en esta ciudad. Tú que conoces mi filiación en materia de ideas, comprenderás el flemón que pasé al enterarme del caso, y el profundo disgusto que me causó la intemperancia de tu amigo, quien me hace una reclamación tempestuosa. Siendo tú el conducto por el cual adquirí el conocimiento de este señor, estimo necesario enviarte copia de mi respuesta a su carta. Probable es que no me encuentres demasiado humilde en la disculpa; pero el tono en que me fue pedida, es por completo impropio de personas decentes. Examina con imparcialidad lo sucedido, tú que estás al tanto de las

⁹⁸ *Ibidem*, p 146.

numerosas dificultades que se encuentra uno, tratando con la gente endemoniada de la imprenta, principalmente en Guadalajara... Perdóname que involuntariamente haya correspondido con tanta pobreza a la distinguida colaboración que adquiriste para *Crónica* y por la cual te quedé muy agradecido. ¡Qué hacer! Cuando menos se piensa salta... una barbaridad, y eso no tiene remedio⁹⁹.

Estas remembranzas resultan útiles para asomarme a las dificultades vividas por aquellos entusiastas de la cultura mexicana. Lo sorprendente es que aquellos obstáculos fueron indudablemente allanados por el impulso de trabajos fructíferos y colectivos, los cuales se impusieron y acabaron por dar al grupo un sitio preferente en nuestra historia cultural. La evolución de los socios de *Savia* y del momento cultural logrado incluye las intensas relaciones establecidas entre el dominicano y aquellos *savios*. Las desavenencias eran, sin duda, muestra de los acuerdos y desacuerdos vividos en general entre las distintas personalidades de aquellos *savios*, en ese proceso de transformación en todos los terrenos.

Las memorias de Henríquez Ureña presentan en tropel aquellos recuerdos y entre líneas deben distinguirse los distintos momentos relacionados con *Savia Moderna*: ahí está la referencia al puesto de Secretario de Redacción que ocupara el dominicano en la revista. De ella, opinó Fernando Curiel en 1998 que el dominicano pecó de protagonismo. Este comentario quizá sonaba en ese entonces un tanto áspero hacia el Sócrates del grupo, aun si hoy puede entenderse en el contexto señalado. Muestra en realidad que los textos dejados, tanto por Reyes como por Henríquez Ureña, responden no sólo a la personalidad, sino al momento de la transformación, tanto personal como grupal, en la que se iban desempeñando aquellos relatores de los hechos.

Como parte de ese mismo desarrollo formativo del dominicano, él mismo decidió perfilar su preferencia en 1907 hacia la "literatura moderna"¹⁰⁰, decisión que marcó seguramente una frontera en el trato entre Henríquez Ureña y Luis Castillo, quien ese mismo año se inclinaría, según nuestros datos, por los trabajos históricos. Sus caminos

⁹⁹ Archivo ALCL, Correspondencia General, Vol II, h. 60.

¹⁰⁰ Roggiano, *op. cit.*, p. 76.

tomaron direcciones distintas. Los gustos personales marcarían a cada quien su rumbo en el tópico elegido, sin que ello fuese obstáculo definitivo para el desarrollo de actividades colectivas, aunque debió ayudar a “circunscribir” subgrupos de “íntimos”. En sus memorias, aquel Sócrates indicó claramente que sería a mediados de 1907 cuando surgió la preferencia por el trío Henríquez, Reyes, Caso y, por ello, no sólo dejó atrás la amistad de Gómez Robelo y Valenti, sino la de Luis Castillo.

Aquellas preferencias eran humanas. Fabela, quien también escribió sus memorias, expresó por su parte que también tendría “íntimos”: “Los sábados y los domingos nos pasábamos leyendo a los clásicos españoles o escuchando los encumbrados pensamientos de “Toncho” Caso; las brillantes ideaciones de Reyes, las serenas enseñanzas de Pedro Henríquez Ureña; el entusiasmo romántico de Castillo Ledón y González Peña...quienes llegaron a ser mis favoritos”¹⁰¹. Esta última cercanía fue confirmada a la autora de estas líneas por Beatriz Castillo Ledón. Otros círculos habría en el grupo. La preferencia de Henríquez Ureña por aquel trío era parte del desarrollo personal tanto del dominicano como de Luis Castillo Ledón. La relación entre ambos existió indudablemente, pues incluso compartieron su domicilio todavía en los comienzos de ese año, mientras estaba indefinida la vida de *Savia Moderna*.

Las memorias de Henríquez Ureña en relación con *Savia* y con Luis Castillo corresponden a los distintos momentos que iban viviendo, sin haber sido escritas exactamente al mismo tiempo. Esto explica en buena medida que, aunque el dominicano no pudo evitar citar en diversas ocasiones a Luis Castillo, éste quedó omitido en algunas fases, donde evidentemente había tomado parte. Cuando Luis Castillo era el director efectivo de *Savia*, Henríquez Ureña debió tratar con él obligadamente, sin mencionarlo en ningún momento; escribió siempre “se me propuso”, “se me aseguró”. Un claro ejemplo de que

¹⁰¹ Ulloa, Berta, “Isidro Fabela 1882-1964”, en *Isidro Fabela. Pensador, Político y humanista*. México, Instituto Mexiquense de Cultura. El Colegio Mexiquense, A.C. 1996, pp. 4-6.

Henríquez Ureña escribió sus recuerdos de *Savia* más tarde y no al tiempo que sucedía el hecho, está en la manera de referir la sustitución que hizo del Secretario de Redacción, pues al hacerlo no pudo evitar mencionar la muerte de la revista, que obviamente aún no sucedía: “acepté aquel puesto que sólo me duró tres meses, pues *Savia Moderna* murió poco después”. En 1907 Cravioto regresó de Europa, y fue entonces cuando conoció a Henríquez Ureña, quien en ese tiempo redefinía su campo intelectual y seguramente perfilaba ya la preferencia por nuevas amistades; parece haberle resultado más afín el hijo del gobernador hidalguense, lo cual reflejó en sus memorias.

Por otro lado, habría que considerar la personalidad protagonista del dominicano, quien no encontró, según sus propios recuerdos, tierra fértil en *Savia Moderna*. Mas Henríquez Ureña tampoco estaba en posibilidades de patrocinar el proyecto y, como no había estado en sus orígenes, no pudo llegar de inmediato a tener un sitio “importante y de mayor colaboración”, como al parecer hubiese deseado. Por otro lado, la revista requería no sólo dirección, sino trabajo directo, técnico. Las tareas prácticas eran el medio que permitía concretar los fines perseguidos por aquellos *savios*. Luis Castillo y algunos más, como hemos visto, tenían además de “pretensiones intelectuales”, gusto por el periodismo y por empeñarse personalmente en este tipo de tareas, las cuales muy posiblemente no guardaban concordancia con los gustos del dominicano ni de Cravioto. Recordemos que éste último nunca concretó la revista en Europa.

El interés de Henríquez Ureña estaba en la conducción, en las ideas rectoras de *Savia Moderna*, así lo expresó con sus palabras: “traté de darle forma según mis ideas”. Sólo que precisamente, sus ideas, su forma de pensar, parecía no estar de acuerdo con algunos de los *savios*. Gómez Robelo, al escribir sobre *Ensayos críticos*, en realidad no resultaba tan halagador como indicó Roggiano. Desde el comienzo de su escrito se advierte el desarrollo de una crítica demoledora, y esto se hizo patente más adelante de los párrafos elegidos por

Roggiano. Si bien inició señalando la obra como de “escritor erudito y sereno”, en realidad le cuestionaba no haber “penetrado en los lugares recónditos de las almas ni contemplar las obras desde el reino de las ideas”. Y mientras Gómez Robelo definía a Henríquez Ureña como “amante refinado de la música y de la forma”, de “oído educado”, por donde se deslizaban con verdadero encanto los sortilegios de la palabra, y todo ello sonaba verdaderamente grato, de hecho le criticaba por haber concedido jerarquía a aquellos sortilegios que sólo hacían aparecer bellas las ideas.

Le indicó con sus planteamientos que los “grandes músicos del lenguaje” resultaban casi siempre superficiales, aunque “siempre galanos y siempre encantadores”. El rebuscamiento de lo acabado y lo pulido, indicó el crítico, eran “signos de decadencia”. Los elementos metafísicos de Gómez Robelo derrumbaban el optimismo de los ensayos del dominicano, y, ya en dichos terrenos, el crítico le manifestó su antagonismo: “Arriesgo, por lo dicho, ser desfavorablemente contrapuesto al procedimiento de Henríquez Ureña”, a quien cuestionó su falta de individualidad. Gómez Robelo añadió esta vez un calificativo a su frase inicial: “impersonal, sereno y erudito”.

La enfermedad y la decadencia estaban en el positivismo, pues dentro de él, los espíritus medidos recurrían “a la comprobación, a la tesis científica y cayendo en el error metafísico de Spencer, creen en el progreso”. No sólo criticó entonces Gómez Robelo su optimismo, sino su positivismo; aunque esto, no fue aceptado de inmediato por el propio dominicano, quien, como ya señalamos, reconoció la influencia y lo planteó como algo posterior a 1906 en sus memorias: “a partir de 1907”¹⁰².

De los argumentos literarios, se pasaba a los sociales. No sólo el débil y el afligido necesitan de esperanza y consuelo, señalaba Gómez Robelo. Le pedía no confiar en procesos calificados por ideales subjetivos, y pasaba después a increparle sobre aquel

¹⁰² Roggiano, *op. cit.*, p. 76.

optimismo manifestado por Henríquez Ureña en su escrito. Al creer en el progreso, le decía, profesaba una doctrina anglosajona, ni optimista ni pesimista, una actitud frente al mundo orientada a la esperanza de lo mejor, según la cual el dolor sentido por la humanidad desaparecería. Así se expresó el *savio* Gómez Robelo: “Creyendo en el progreso, profesando una especie de meliorismo, Henríquez Ureña reconoce que la humanidad sigue en ciertas épocas movimientos aberrantes, cree también que actualmente se halla en una de ellas y espera que una vida social “más acorde con las leyes naturales de la evolución” se conseguirá mediante una “racionalización del pensamiento de las mayorías por medio de una educación positivista, científica y práctica”.

Demoleedor, Gómez Robelo señalaba aquello como un sueño imposible de realizar, revelándose desde aquel momento como un pensador pesimista y, quizá, ya resistente al cambio social. Con esta idea casi concluyó: “La piedra filosofal de la dicha, o de la cultura o de la moral, pronto no será más que un mito, la multitud habrá de ser siempre la misma... La racionalización de las mayorías no es también sino un sueño”. Por entonces conciliador, seguramente siguiendo la idea de que en el arte “todos caben”, el *savio* manifestó compartir con el dominicano el gusto por la belleza, y terminó su escrito confiando a su vez en la voluntad compartida hacia el bien y el amor, y, mostrándose partícipe de la fe y del entusiasmo, finalizó: “La diferencia que pueda existir entre las ideas de Pedro Henríquez y las de su apresurado cronista, no consigue más que aumentar la estimación que siento por todo entusiasmo, por toda fe, cuando, a pesar de su armadura científica, encubre un corazón amante del bien y la belleza, y cuando a través de la víscera puedo ver unos ojos enamorados de la luz de otros soles, deseosos de contemplar sobre esta tierra la realización de un sueño de belleza y de amor...”. Aquellos años todavía no exigían definiciones sociales o políticas; era evidente que algunos buscaban la renovación únicamente en los terrenos artísticos, literarios, filosóficos de su práctica intelectual. No había entonces

motivos poderosos para entrar en bruscos rompimientos a los que, más tarde, se verían obligados aquellos jóvenes intelectuales ante los acontecimientos de orden político.

La quinta revista, donde se guardó aquel testimonio del *savio*, inconforme con el pensamiento vigente en su sociedad porfirista, fue repartida desde los primeros días de septiembre. Velasco, desde Guadalajara, escribió a Luis Castillo el día 10, seguramente después de recibir dicho número. Envió material e hizo una solicitud particular para modificar su nombre: “Ahí van unos versos para la querida y elegante “SAVIA”, que cada vez encuentro más hermosa. Una cosa: le suplico que en mi nombre que aparece en la lista de redactores suprima usted la B intermedia, pues como sabe, ya ha quedado manumitida”¹⁰³. La corrección ya no se haría en *Savia*, pero sí se puede observar en la revista *Nosotros*, y así hallamos al periodista en las fuentes actuales.

Otra carta que da constancia de la recepción del quinto número, perteneció a uno de los suscriptores, quien aseguró haber recibido dicho número el día once del mismo mes. Este testimonio resulta interesante, pues ofrece el punto de vista de uno de los clientes de la revista. Resulta atractivo hallar en su contenido expresiones entusiastas en torno a la labor de *Savia Moderna* y el deseo personal de colaborar en su sostenimiento “por patriotismo” y con el objetivo de dar evidencia del adelanto de la intelectualidad mexicana. El solidario suscriptor era el Dr. M. J. Urrea, quien escribió una carta a Evaristo Guillén el 22 de septiembre para enviar no únicamente su pago adelantado por un año, sino el dinero correspondiente a seis suscriptores más por un semestre¹⁰⁴. Lo anterior indica que el entusiasmo por la revista había contagiado a algunos lectores y, pese al atraso, seguía latente en septiembre.

Todo parecía preparado para continuar la edición de *Savia Moderna*. La mencionada instalación de talleres, a primera vista, respondía al ofrecimiento hecho a los lectores en el

¹⁰³ Archivo ALCL, Correspondencia General, Vol II, h. 594.

¹⁰⁴ *Ibidem.*, vol. II, h. 580.

número tres de “trabajar en todo momento por la mejoría de la revista”. Sin embargo no hallé en la correspondencia de los directores, ni de los amigos o socios, ninguna referencia acerca de tales talleres. Henríquez Ureña tampoco ofreció ningún comentario al respecto. Como vimos, los socios seguían enviando materiales. Además de los versos, Velasco prometió en septiembre una traducción: “Algunas veces, al leer la prensa francesa encuentro cosas magníficas para traducir. Voy a arreglar algo para “SAVIA”, pues creo que resulta bien”¹⁰⁵. Las dudas de los descontentadizos y desconfiados eran indudablemente advertidas por Luis Castillo como directivo, y también por los propios socios y amigos, además de hacerse patentes en el ambiente; aunque no registro datos de ello en la ciudad de México, sí los hallé en algunos de quienes se encontraban en los estados, sobre todo en Guadalajara.

El tres de octubre Benjamín Padilla se quejaba de haber leído ya tres veces el número correspondiente a julio y no recibir ningún otro, manifestando su disposición a pagar cuanta revista se le mandara por si se pensaba que la deseaba de manera gratuita y por ello no se le enviaba¹⁰⁶. También puede asegurarse que en tierra tapatía, antes de terminar el año, ya se vislumbraba la posibilidad de que la revista llegara a su fin. Salvador Escudero, más directo que Padilla, le comentó a Luis Castillo el 18 de octubre su sentida impresión: “Todavía no recibo el último número de “Savia Moderna” que me anuncias; más de alguno ha dicho aquí que esa publicación no volverá a salir. Cómo lo lamentaríamos!”¹⁰⁷. No sólo la impresión sufrió atraso, sino también la distribución, lentitud. Los retrasos en sí no resultaban algo nuevo y no significaban una señal definitiva.

Pese a todo, los trabajos para *Savia Moderna* seguían llegando. Padilla no vería concretados todos sus trabajos, mas, de los que vieron la luz, expresó a Luis: “Mucho te agradezco que hayas dado cabida en las aristocráticas columnas de “Savia” a alguno de mis

¹⁰⁵ Archivo ALCL, Correspondencia General, vol. I, h. 594.

¹⁰⁶ Archivo ALCL, Correspondencia General, vol. II, h. 442.

¹⁰⁷ Archivo ALCL, Correspondencia General, vol. II, h. 154.

pobres y desarrapados hijos”. No se sabía entonces que con el número cinco concluirían no sólo el primer tomo, sino la edición total de la revista. De todo lo anterior, debo precisar que cuatro de los cinco números estuvieron a cargo de un solo director en México y por ello debe reconocerse un asunto que hasta hoy ha pasado inadvertido: la dirección efectiva, práctica de la revista, correspondió a Luis Castillo, en ausencia de Cravioto. Para algunos de los “desconfiados y descontentadizos” que observaban la trayectoria de la revista, debió ser muy fácil, natural, y hasta deseable, aceptar su final.

Las otras ocupaciones de Luis Castillo seguían al día. Ese mes, su correspondencia muestra que sus relaciones se seguían ampliando; *La Quincena*, culta revista dirigida por el poeta Vicente Acosta le publicó en la República de El Salvador uno de sus poemas: *Plañidera*¹⁰⁸. Luis Castillo tenía indudablemente bastante reconocimiento como poeta, periodista y literato; su trabajo en la Biblioteca había sido definitivo en su vida profesional. Ese mismo mes de octubre recibió una invitación de José Gómez Ugarte, de *El Mundo Ilustrado*, para escribir un artículo sobre las bibliotecas públicas de la capital, el cual le sería recompensado. Así lo expresó Gómez Ugarte: “No le diré a Ud. que le pagaremos su trabajo; pero sí lo gratificaremos debidamente”¹⁰⁹.

Luis Castillo seguía siendo cuestionado sobre la situación de *Savia*. El propio José María Sierra, otrora Secretario de redacción, en una carta escrita desde Tepic, entre octubre y noviembre, con letra temblorosa por la calentura y el paludismo, pidió perdón a Luis por no haber escrito antes. En ella manifestó, un tanto incrédulo, saber la noticia de la desaparición de la revista. Mencionó también saber que se incluiría uno de sus trabajos, “Alma Latina”, en los últimos números y afirmó estar enterado de ello por una tarjeta que Cravioto le envió desde París. No hallé acuse explícito de los dos últimos números y es

¹⁰⁸ *Idem.*

¹⁰⁹ Archivo ALCL, Correspondencia General, vol. II, h. 245.

posible que algunas cartas de Cravioto se hayan perdido en el archivo ALCL. En el correo de Sierra se advierte que Cravioto ya conocía el contenido de las últimas revistas:

El paludismo no me ha dejado punto de reposo. Mucho me ha sorprendido la noticia de la desaparición de nuestra querida “Savia Moderna”, pues no /creí/ que tan pronto decayera aquel tan decantado entusiasmo. Desde que me vine de la metrópoli no he vuelto a tener noticia de la Revista. Sólo por una tarjeta que Alfonso me dirigió de París se que apareció Alma Latina en uno de los últimos del periódico¹¹⁰.

Era claro que Sierra no podía volver a la capital; desde el número cuatro de *Savia Moderna*, Henríquez Ureña lo había sustituido como Secretario de Redacción. Sólo que esto no ocurrió en junio, como se creía, sino en agosto. El 28 de noviembre Sierra volvió a escribir, pues no recibió respuesta de su anterior carta a Luis. Sierra volvió a insistir en un asunto que, como él mismo indicó, le resultaba importante: el fin de “nuestra querida *Savia Moderna*”. Por Cravioto o por los amigos él conocía la noticia y necesitaba saberla directa y oficialmente de su paisano, compañero de aventuras literarias y director efectivo de la revista. Pese a su propio estado, le manifestó entusiasta su presentimiento de que Luis gozaba de una mejor situación laboral:

De “Savia Moderna” no he recibido esquela, pero ya tengo noticia de que falleció. Lo deploro muy de veras. De los demás compañeros de aquella bohemia no sé ni una palabra, por más que...lo deseo ardientemente. ¿Qué es de ti? Todavía no se te hace justicia. ¿Continúas en el vaivén de siempre? No sé por qué me creo que has mejorado. Uno de esos presentimientos fraternales me hace creer con gusto que tu posición actual es mejor que la anterior ¡Ojalá!...¹¹¹.

Sierra se refería, desde luego, al nuevo cargo de la Biblioteca, institución muy a tono con los gustos de Luis Castillo. Más adelante, la carta de Sierra ofrece su propia percepción en relación con el desempeño de su paisano. A pesar de no ser muy clara, de ella se desprende, y con ella se confirma, que la situación de Luis Castillo como director efectivo no fue fácil. La intención con la que se impulsó la edición había rebasado las posibilidades reales de hacerla funcionar, y que, de cualquier forma, algo se había logrado

¹¹⁰ Archivo ALCL, Correspondencia General, vol. II, h. 552.

¹¹¹ Archivo ALCL, Correspondencia General, vol. II, h. 553-554.

concretar y, no dejarla reducida a sólo un sueño o proyecto. Volvió a manifestarse también, una vez más, la sensación que ya había mostrado Sierra acerca de la propiedad del proyecto y un entendimiento tácito del fin de la revista, pues le pidió a Luis que recogiera sus originales de la mesa de redacción, esto a fines de noviembre. Tampoco Sierra hizo ninguna referencia a la instalación de talleres, los cuales evidentemente no podían crearse de la noche a la mañana:

Creo que asumirías al fin y á la postre el papel que te convenía en “Savia” para que no te reventara el cohete en la mano si es que murió la Revista que tanto tiempo ensoñamos y que al fin logramos en parte....

Creo que de la mesa de Redacción recogerías los originales míos que ahí había, así como “Almas y Carmines(?)” que también dejé ahí¹¹².

Sierra, sin ser ya Secretario de redacción, publicó en efecto su cuarta colaboración de gusto clásico con el título: “Alma Latina”. Según sus propias afirmaciones, seguía en Tepic reponiéndose de la enfermedad y afrontando problemas familiares relacionados con el negocio de su padre, con una propiedad materna y con la estabilidad económica de su hermana y de sí mismo: para ello pidió a Luis consiguiera ayuda de algún abogado amigo. Deseaba regresar, junto con su hermana Elena, lo más pronto posible a vivir en la capital.

El calendario de 1906 siguió su curso. Contra lo estimado por Sierra, sus problemas familiares y de salud no sólo seguían haciéndole su presa, sino que se agudizaron y le impidieron aquel fin de año su regreso a la ciudad de México, de donde esperaba, anhelante, noticias. Un nuevo revés sufriría aquel abatido y enfermizo joven: el cuñado le había perdido sus originales en Guadalajara. Pese a ello, buscaba siempre mantenerse informado, y el 14 de enero de 1907, comentó a Luis que sus líneas le habían proporcionado gran tranquilidad. Sus comentarios no nos permiten saber si esa tranquilidad estaba relacionada con la suerte de *Savia*, cuando se refirió al “papel que debía asumir y que le convenía” a Luis. El tomo I de *Savia Moderna*, según el acuerdo entre sus directores,

¹¹² *Ibidem*, h. 554.

debía concluir en diciembre, pero el último trimestre ya no habría nuevos números; se siguió, en cambio, haciendo la distribución de la revista. Sierra indicó también su sospecha de que para entonces ya habría regresado Cravioto a México, aunque él no pareció relacionar con su retorno la edición de *Savia Moderna*¹¹³.

Otras cartas del archivo ALCL me permitieron constatar que, todavía en los primeros meses de 1907, otros socios tapatíos, menos cercanos que Sierra, no tenían seguridad de lo que sucedería con *Savia*. El 5 de enero Benjamín Padilla pregunta: “¿Y qué sucede de *Savia*? ¿Ya volvió Alfonso?”¹¹⁴. El 14 de enero de ese mismo año Manuel Carpio, amigo de Luis Castillo, al igual que Sierra, le planteó a Luis su inquietud y le pidió: “Noticia y porvenir de lo que vaya a suceder con *Savia Moderna*.”¹¹⁵. De igual forma, el 5 de febrero Carpio se refirió a una suspensión. Ese comentario expresó sus deseos de que, tras aquel paréntesis, reapareciera la revista: “Siento que el tiro de *Savia* se haya suspendido y quiero atribuir el caso a dificultades de momento y no a escollos insuperables. Sería una lástima que muriera. Ojalá y reaparezca pronto”.

Mientras el año avanzaba, la indefinición de la revista era total. El administrador eludía contestar a algunos suscriptores. Tenemos el dato de que el 6 de febrero de 1907, el Dr. M. J. Urrea, aquel entusiasta promotor de *Savia*, tuvo que escribir a Luis Castillo en su carácter de director de la revista y transcribir su carta enviada anteriormente a Evaristo Guillén, con la que había enviado el dinero correspondiente a los seis suscriptores conseguidos por él para recuperar el dinero remitido. Urrea solicitó: “Se sirva informarme si ya no aparecerá la citada revista y en tal caso ordenar al Señor Guillén verifique la devolución del importe de las subscripciones adelantadas que le remiti”¹¹⁶.

¹¹³ Archivo ALCL, Correspondencia General, vol. II, h. 555.

¹¹⁴ *Ibidem*, vol. II, h. 443.

¹¹⁵ Archivo ALCL, Correspondencia General, vol. II, hh. 41-75.

¹¹⁶ *Ibidem*, h. 580-581.

Según algunos comentarios, la falta de fondos había dejado trunca la edición. Ese parece haber sido el inconveniente expresado por Luis a los amigos, por lo que el regreso de Cravioto como patrocinador parecía la esperanza, como lo expresaban algunos. Uno de aquellos socios plasmó su resistencia a aceptar aquel ocaso ya bien entrado 1907, cuando el calendario marcaba ya el inicio del cuarto mes del año. Salvador Escudero, al escribir a Luis Castillo el dos de abril, le comentó: “Sé que el Sr. Cravioto está nuevamente en México. Ojalá que “*Savia Moderna*” vuelva a publicarse. Mucho es lo que pierde el Arte con su desaparición”¹¹⁷. El final de *Savia Moderna* no parecía haber sido planeado por sus directores, quienes tan sólo habían acordado cerrar el primer tomo¹¹⁸.

Con talleres o sin ellos, y con todos sus altibajos, la revista logró la participación de setenta y ocho miembros en sus directorios. La invitación de los jóvenes organizadores había sido atendida. En los últimos dos números parecía haber ya cierta estabilidad en el grupo formado, pues, como lo he indicado, permanecieron setenta y tres en ambos, con lo cual puede decirse que la plantilla inicial del folleto se incrementó en una decena de participantes. Puedo afirmar que sus socios fueron bastante activos, pues más del 60% de dicha plantilla participó con sus trabajos. Y, aunque la mayoría de aquellos redactores escribía poesía, no por ello ésta avasallaría a la prosa: según estimaciones hechas, la prosa ocupó un 65% de la edición.

Publicaron también diversos autores, sin ser redactores oficiales: distingo diecisiete nombres más. Tres de ellos reflejan una respuesta ocasional a la invitación impulsada por el grupo de *Savia Moderna*, y podrían considerarse simpatizantes, ya que se unirían después formalmente, al grupo como ateneístas: Carlos González Peña, Luis G. Urbina y Max Henríquez Ureña, quien no llegaba a México aún. Los demás, respondieron seguramente a la intención de presentar autores externos a la revista. Aparecen ahí, como ya se enumeró

¹¹⁷ Archivo ALCL, Correspondencia General, vol. II, h. 157.

¹¹⁸ Archivo ALCL, Correspondencia General, vol. II, h. 555.

para cada número, escritores vivos y difuntos, mexicanos y extranjeros; estos últimos eran originarios de algunos países de los continentes americano y europeo.

Si bien el sexo femenino no apareció en la lista oficial, como prometiera el díptico promocional, se incluyó la expresión del *Arte feminista* en tres poesías publicadas: dos de la norteamericana Ryals y una de la poetisa nacional Severa Aróstegui. Enriqueta Camarillo, también mexicana, no publicó nada, aunque, según el archivo ALCL, Luis Castillo la conocía ya desde entonces¹¹⁹. De otras mujeres publicó *Savia Moderna* su imagen o alguna referencia. Hubo estudios de mujeres realizados por el francés Carrière y por los *savios* Lupercio, Zubieta, Ponce de León y Alberto Garduño. Se publicaron también fotografías anónimas de la pianista Ana María Charles y Sánchez y de la reina Victoria Eugenia de España, a quien rindiera su poesía, entre otros, Amado Nervo.

Lupercio retrató a la soprano Elena Marín, quien, se aseguró, sustituyó “ventajosamente” a una italiana en la ópera *Iris*. Dio información acerca de algunas cantantes extranjeras: Georgia, Soragna, Pacini, María Barrientos y Tina de Lorenzo, y se registraron también los nombres de las damas que cultivaron este arte en nuestro país: la “distinguida soprano mexicana Sra. Antonia Ochoa de Miranda,” la debutante Srita. Tomasa Venegas “con voz de soprano ligera”, así como la contralto Sra. Aurora Villaseñor de Carothers.

Las noticias de teatro no faltaron en las páginas de *Savia*, donde aparecieron otros nombres de mujeres: María Guerrero, Virginia Fábregas y Lupita Vivanco. En la literatura extranjera tampoco faltaría el sello femenino, pues se hizo alusión a la escritora Emilia Pardo Bazán y a la poetisa cubana Nieves Xenos. Por último, vale la pena resaltar que se dio noticia de algunas mujeres que habían tomado ya la causa feminista en la novela

¹¹⁹ *Ibidem*, vol. II, h. 48.

européa y se citaron los nombres siguientes: Gabrielle Reuter, Helene Boehlau, Clara Viebig, Sophie Hoechstetter, Helene von Montbart y Ricarda Huch.

En cuanto a la cantidad y la calidad del trabajo gráfico impreso, no cabe duda que fue impulsado con gran entusiasmo en su momento. Lo que actualmente podríamos denominar, de manera genérica, como ilustraciones, tuvo algunos nombres ahora olvidados como el caso de *cul de lamps*, el cual revela todavía su ascendencia e influencia europea, francesa concretamente: hubo también dibujos, estudios, viñetas, caricaturas y grabados, así como pinturas, relieves y fotografías. Entre los artistas el movimiento fue menor al detectado entre los redactores; ninguno de ellos se retiró, permanecieron los veintitrés del díptico y se incorporaron, además de Lillo, otros dos más: Gabino Zárata en el número tres y Alfredo Escontria a partir del cuatro. Al igual que en la sección de redactores, algunas expresiones fueron anónimas.

Hallamos entre la obra artística publicada, la participación del 50% de los artistas y la firma de Amador Severo, quien aunque aparecía entre los redactores, dejó con sus colaboraciones, testimonio de que también era, a la par, dibujante, pintor y gustoso de las bellas letras. Los artistas activos en *Savia Moderna* fueron: Juan de Dios Arellano, Jorge Enciso, Alberto Garduño, Antonio Garduño, Rafael Lillo, Jesús Martínez Carrión, Roberto Montenegro, Rafael Ponce de León, Diego Rivera, Federico Rodríguez, José A. Ruiz, Francisco de la Torre y Francisco Zubieta¹²⁰. Además de Lupercio, Kampfner y Casasola, estuvo presente la otra firma aludida: El Sol, Méx.

Habría que añadir el trabajo efectivo impreso de once artistas que no aparecieron en el listado oficial. Registramos al dibujante Martiner Mempes; los siguientes seis pintores: el catalán radicado en México, Antonio Fabrés; el alemán Ludovico Herterich; el estadounidense James Abbott Mac Neill Whistler, el francés Eugenio Carrière, y dos

¹²⁰ Recuento hecho directamente en la revista.

mexicanos participantes en la exposición promovida por la revista: Germán Gedovius y Joaquín Clausell, este segundo, amigo de Gerardo Murillo, Dr. Atl¹²¹; las relaciones amistosas seguramente serían complejas con los difíciles años venideros. Por último, tres escultores: el francés Auguste Rodin, cuya presencia es significativa, pues su obra fue polémica en su tiempo y revalorizada hasta después de su muerte; Henri Cardier, también de nacionalidad francesa e impresionista en su estilo, quien, en 1877 había realizado el trabajo escultórico de la conocida Glorieta de Colón, y Paul Dubois, quien a pesar de su apellido galo posiblemente ya vivía en México, pues en los años treinta se halló registrado como profesor en la Escuela Nacional de Bellas Artes, donde impartía la materia de Composición en la especialidad de Arquitectura¹²².

II.4. Vínculo estrecho entre los artistas del directorio de *Savia Moderna*, y profesores y alumnos de la antigua Escuela Nacional de Bellas Artes.

Los artistas plásticos eran los menos estudiados de *Savia*. Algunos de ellos resultaban totalmente desconocidos. Como señalé, de algunos de ellos se han ocupado en la actualidad los estudiosos de la caricatura y la historieta, sin relacionarlos con la revista de 1906. La documentación conservada en el Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Artes Plásticas (AHENAP) de la UNAM, la cual aunque adolece de numerosas lagunas, muestra que hubo una estrecha relación entre profesores y alumnos de la antigua Escuela Nacional de Bellas Artes (ENBA) con el directorio de *Savia Moderna*, y también con la comunidad tapatía. Constaté además que veinticuatro de los veintiséis artistas de la revista, o sea un 90% del total, provenía de dicha escuela, entre ellos, se hallaba García Núñez, junto con otros dieciséis, los cuales habían sido alumnos del pintor catalán Antonio

¹²¹ “Joaquín Clausell”, en *Enciclopedia de México*, Vol 2, p. 509.

¹²² Libro de calificaciones de alumnos 1934-1938. Archivo histórico de la antigua Academia de San Carlos, ENAP. Recientemente Marta Elizabet Pérez, miembro del Seminario INAH, TIEMPO Y NACIÓN. El Instituto Nacional de Antropología e Historia a través de sus disciplinas, actores y proyectos (ITYN) y colaboradora de quien esto escribe, localizó su nombre en el periódico *El Independiente*, 1914, año en que ya figuraba como maestro de la Academia Nacional de Bellas Artes.

Fabrés¹²³, de quien *Savia Moderna* también publicó algunas imágenes. Ellos, al igual que los redactores, estaban relacionados con un desempeño inquieto, mostrado ya en un proceso artístico de búsqueda, al que se unieron gustosos. Formaban parte también de una comunidad de artistas, de hombres de letras: cultos, todos estaban interrelacionados.

Un antecedente de los *artistas savios*, que exhibe ya sus interrelaciones: hallé el 4 de julio de 1904, un total de veintisiete alumnos de esa escuela divulgaron en *El Correo Español* un escrito titulado “Los discípulos del señor Fabrés”. Entre ellos se identificaron dieciséis futuros *savios*, cuyas firmas se oponían a quienes aseguraban su descontento ante Fabrés y hacían patente su beneplácito ante las enseñanzas de su maestro¹²⁴.

Entre los dieciséis nombres de aquel, diríase hoy, desplegado, firmado por los alumnos de Fabrés, distingo hoy a seis que ya trabajaban en la *Revista Moderna de México* antes de 1906. Al igual que en el caso de los redactores, es indudable que se conocían; su cercanía escolar debió darles familiaridad y, aunque no todos publicaban en *Moderna de México*, varios de ellos debieron frecuentar la casa de Valenzuela, por su interés en el arte y en dar a conocer sus trabajos. He aquí los nombres referidos, entre los cuales se identifica de inmediato al tapatío Roberto Montenegro. Los artistas participantes de la revista de Valenzuela aparecen subrayados para distinguirlos:

Juan de Dios Arellano
Benjamín V. Coria
Fernando Elizalde
Alfredo Escontria y Murguía
Alberto Garduño Gutiérrez
Antonio Garduño Gutiérrez
Antonio Gómez
Saturnino Herrán
Rafael Lillo
Francisco Llop
Roberto Montenegro y Nervo
Sóstenes Ortega
Diego M. Rivera

¹²³ Moreno, Salvador, *El pintor Antonio Fabrés*, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1981, p. 60.

¹²⁴ Citado por Moreno, Salvador, op. cit., pp. 43, 81, 82.

Juan N. Rondero
José A. Ruiz, y
Carlos Zaldívar

Además de ellos, los datos hallados en el archivo AHENAP confirman que otros *savios*, además de los salidos de la clase de Fabrés, pisaron las aulas de esta escuela. En realidad sólo fueron ajenos a ella el acuarelista, escultor y decorador Ricardo Sierra y el caricaturista Jesús Martínez Carrión, quien falleció ese mismo año de 1906 a causa del tifo, en la cárcel de Belém. Además, los datos localizados corroboran que no faltaron artistas que practicaron otro arte, amén del que les fue reconocido formalmente en la revista. En este caso están los nombres de Amador Severo y Jesús Acevedo, estudiantes de pintura y arquitectura, respectivamente, quienes pueden identificarse también como dos de los redactores de *Savia Moderna*.

Los exámenes se realizaban en los meses de octubre y noviembre, y fue a partir de 1896 cuando detecté los primeros registros de calificaciones de los siguientes tres *savios*: Gonzalo Argüelles Bringas, Amador Severo y Federico Rodríguez. Entre los maestros de ese año, figuraba José María Velasco. Otro ejemplo de lo hallado en el AHENAP está en los registros de algunas clases compartidas por alumnos de pintura, escultura y arquitectura, como sucedió en 1897; hallé para entonces, incorporado como alumno, a Jesús Acevedo, quien apareció en los registros como estudiante de arquitectura y fue compañero de Amador y de Argüelles en la clase de Acuarela. Para octubre de 1898, fue examinado en Dibujo de figura tomada de estampa el futuro *savio* e insospechado muralista Diego Rivera.

Los registros de 1899 no son extensos, pero me ofrecieron datos sobre escultura; hallé en ellos a otro futuro *savio*, el de Gabino Zárata, quien fue examinado en Dibujo de figura de primero y segundo año; los registros posteriores sirven para ubicar a Zárata como alumno destacado, con varias menciones honoríficas, concedidas en escultura. En 1901,

cursó Escultura y ornato modelado; en 1904, Escultura y copia del yeso y del natural; en 1905 y 1906, Escultura. Al parecer en 1906 terminó sus estudios, siendo ya *savio* y obtuvo el 30 de octubre su última mención honorífica, con un trabajo desarrollado en veinticuatro horas, repartidas éstas en seis días.

Para 1900, siguieron llegando futuros *savios* a la ENBA: Sóstenes Ortega cursó Anatomía de las formas, mientras Benjamín Coria tomó Dibujo de figura en horario nocturno. Otro futuro pintor apareció en los registros de este año: Francisco Goitia, de quien habló orgullosamente *Savia Moderna* durante su estancia en Europa, pero que no formó parte del directorio de la revista. En 1901, los pocos datos indican que coincidieron en la clase de Dibujo de ornato Goitia, Rivera y Zárate; en 1902 fue examinado en Copia de monumentos J. Ruiz, y en 1903 Francisco de la Torre y Alberto Garduño aprobaron Anatomía artística. Por su parte, Antonio Garduño, hermano de Alberto, sólo tuvo la nota: “no obtuvo calificación.” Ese año apareció en los registros el nombre de Fabrés y también se dio constancia de un Concurso de dibujo de paisaje, cuyo jurado estuvo constituido precisamente por Fabrés, Mateo Saldaña y Velasco.

Los mismos registros de 1903 hacen patente la presencia de dos maestros más de aquellos muchachos: Germán Gedovius, quien colaboraría tanto en *Savia Moderna* como en *Revista Moderna de México*, y, ni más ni menos, el dibujante e ilustrador estrella de *Moderna de México*: Julio Ruelas, quien, al igual que Nervo, no dejó huella en *Savia*. Indudablemente, este dato me confirma que conoció y trató a los *savios*. Alguna información más de estos registros permite reconocer, a diferencia de *Savia Moderna*, una importante presencia de mujeres en las clases de pintura de la ENBA, algunas con excelente aprovechamiento, según sus notas; que bien pudieron haber sido *savias*.

En ese mismo año de 1903, otros dos *savios* fueron celebrados en Dibujo de figura tomada del yeso: Armando García Núñez y Juan de Dios Arellano. El primero compartió la

obtención de la medalla otorgada por el jurado con una mujer, ya ganadora en otro concurso: Otilia Rodríguez. Por su parte, Arellano recibió “mención por mayoría”. Nuevos nombres aparecen: Francisco de la Torre, Fernando Elizalde y Juan Rondero. Para este año ya no hubo registros ni de Amador ni de Argüelles Bringas, ni de Federico Rodríguez, pero se mantuvieron Diego Rivera, Jesús Acevedo, Sóstenes Ortega, Gabino Zárate y Alberto Garduño.

Los registros del archivo AHENAP indican, además, que no todos estos alumnos eran totalmente regulares, como Antonio Garduño, quien ya en una ocasión había carecido de calificación; uno de los registros aclaró que “no debe calificarse” y la razón se hizo explícita: “por ser alumno supernumerario”; se entiende que no tenía un registro oficial. En este caso, y gracias a que merecieron “mención por mayoría”, quedaron registrados otros futuros *savios*: Antonio Garduño, Juan N. Rondero, Juan de Dios Arellano, Roberto Montenegro, Alfredo Escontria y Rafael Lillo. En 1904 se registró el nombre de Carlos Zaldívar, quien fue examinado en Historia del Arte por Herrera, Lazo y Ríos. Para el año siguiente, uno de los primeros alumnos que seguramente ya había egresado formó parte de uno de los jurados: Federico Rodríguez, quien calificó el concurso de Colorido, al lado de Fabrés y Joaquín Ramírez.

Ya en otra ocasión señalé que no todos los *savios* fueron tan jóvenes como se creía; el caso de Federico Rodríguez confirma la convivencia de distintas generaciones. Recuérdese que Amador Severo también fue maestro de Saturnino Herrán. Los registros indican que prácticamente todos los *savios* fueron alumnos de excelente aprovechamiento, aunque no faltó quien enfrentó en algunos momentos, la desaprobación de los maestros: José A. Ruiz fue reprobado en Ramos artísticos y en Anatomía artística; así lo consideraron Parra, Servín, del Valle, Lazo, Mariscal e Izaguirre. Pese a ello, Ruiz fue colaborador constante de *Savia Moderna*.

Fabrés, Gedovius, Ruelas y Federico Rodríguez convivieron como maestros de la escuela y dirigieron los trabajos de los futuros *savios*; los mentores debieron tener buena relación con los estudiantes, ya que, con excepción de Ruelas, quien viajó a Europa, los otros tres iban a colaborar en *Savia Moderna*. Además, de acuerdo con los registros del archivo, debo mencionar que aquellos maestros, al igual que Fabrés, enfrentaron también la aspereza del director de la ENBA, pues hallé amonestaciones y protestas con sus nombres por censurar los acuerdos de la Dirección. Los datos anteriores me permitieron conocer mejor el mundo del arte en el que se movieron los futuros *savios*. Con ellos convivían los tapatíos, y, obviamente, los tepiqueños mencionados. Todos estaban totalmente incorporados al medio capitalino que les interesaba y vinculados con él: algunos mostraron desde entonces su inconformidad con algunas medidas de la escuela.

Además, debo señalar la relación que con el Museo Nacional, tenían ya algunos de los maestros y que más tarde tuvieron algunos de los *savios* con el MNAHE. Entre los primeros, Félix Parra, José María Velasco, Mateo Saldaña; entre los segundos, los hermanos Garduño y Antonio Gómez. Un dato más que consigno es que Adrián Unzueta, quien colaboró con el Museo Nacional en 1892, fue maestro de Ángel Zárraga. Las comunidades de artistas, tanto de la pluma como del pincel, estaban estrechamente ligadas.

II.5. Una percepción distinta de *Savia Moderna*.

Muy pocos de los *savios* se perdieron en el anonimato; de hecho sólo hubo un redactor de quien no obtuve ninguna referencia: Guillermo E. Symonds. Entre los artistas en cambio, se desconocía a varios; de los dibujantes, se advertía ya el trabajo de la caricatura, que aparentemente podría parecer de poca importancia, aunque refleja la incursión de estos artistas en su modernidad, pues me encontré nombres asociados a ella con el trabajo pionero que llevó a algunos de estos artistas a impulsar la historieta en México: esta

situación no había sido contemplada ni relacionada con los artistas plásticos de la revista¹²⁵. Respecto a los fotógrafos, como ya se sospechaba, Kampfner y Casasola trabajaron juntos; observar la sobreposición de la K y la C en la revista, es correcto, en virtud de que ambos integraban una sola firma: Agustín V. Casasola trabajó en sociedad con David Kampfner, fotograbador. En realidad hallé que existía una sociedad *Kampfner y Casasola*, un Taller de Fotograbado que en el año de edición de *Savia Moderna* estuvo ubicado en la calle 1ª de Providencia No. 6, y, por ello, puedo confirmar ahora que su participación en la revista fue en ese novedoso terreno. La fotografía entraba así en la naciente industria del fotorreportaje en México¹²⁶. De los artistas plásticos y los fotógrafos, pude, por tanto, cubrir una laguna.

Algunos de estos socios formales continuaron cercanos al grupo y participaron en las actividades emprendidas, mientras *Savia* estaba suspendida o después de ella. Hoy puedo asegurar que un 98% de los *savios* no sólo eran hombres activos al momento de la factura de la revista, sino que continuaron en su desempeño de *cultores del arte*; muchos de ellos lograron ser reconocidos, y sus semblanzas biográficas aparecen ya en el *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, ya en la *Enciclopedia de México*. En el caso de los redactores, 32 de los 49 fueron fácilmente localizables; de otros, localicé alguna otra fuente, indicada en el caso, que ofreció testimonio de que sí practicaban algún arte aquellos *savios*, y, por ello, fueron considerados candidatos viables para conformar una vanguardia artística en nuestro país en 1906.

Me encuentro ahora en condiciones de elaborar un listado de los *savios* participantes. En él, anoto con letras negritas los veinticuatro nombres de los *savios* que después fueron ateneístas, incluidos los tres que no formaron parte oficial de su directorio: Carlos González Peña, Luis G. Urbina y Max Henríquez Ureña. De quienes fueron ateneístas sé

¹²⁵ Ver Rio, Eduardo del, Rius, *Un siglo de caricatura en México*, México, Grijalbo, 1984 y Juan Manuel Aurrecochea y Armando Bartra, *Puros cuentos. La historia de la historieta en México, 1874-1934*, México, Grijalbo, Museo Nacional de Culturas Populares, 1988, capítulo “La historieta en la prensa moderna”, p. 87-123.

¹²⁶ Fotógrafos de la Revolución, op. cit.

que continuaron con las actividades manifestadas en *Savia Moderna*. El resto de los nombres, en letra normal, y los datos individuales hallados me permiten comprobar que sus aficiones ya estaban orientadas y que sí tenían derecho a ocupar un sitio en la revista, pues constituyeron una base firme para la actividad propuesta y, seguramente, fueron partícipes de las tareas emprendidas más tarde. Agrupé la información encontrada respetando las tres secciones de la revista: redactores (incluyendo a los directores y al jefe y los secretarios de redacción), artistas y fotógrafos, tal como se presentaron en *Savia Moderna*. Debo aclarar que no todos los redactores son consignados actualmente como escritores. Veamos a continuación dicho listado:

Redactores:

- 1) **Jesús T. Acevedo. (1882-1918). Arquitecto.**
- 2) Severo Amador (1886-1931) Poeta, cuentista y pintor.
- 3) **Roberto Argüelles Bringas (1875-1915). Poeta.**
- 4) Manuel M. Bermejo (1875-1862). Músico, pianista y poeta
- 5) **Rafael Cabrera (1884-1943). Médico y poeta.**
- 6) Manuel Carpio (1877-1929). Periodista y poeta.
- 7) **Antonio Caso (1883-1946). Filósofo.**
- 8) **Luis Castillo (1879-1944). Periodista, poeta e historiador.**
- 9) **Eduardo Colín (1880-1945). Abogado, poeta y diplomático.**
- 10) **Alfonso Cravioto (1883-1955). Abogado, político y escritor.**
- 11) **Marcelino Dávalos (1871-1923). Abogado, poeta, cuentista y dramaturgo.**
- 12) Juan B. Delgado (1868-1929). Poeta y diplomático.
- 13) José F. Elizondo (1880-1943). Poeta y escritor y crítico teatral.
- 14) Salvador Escudero (1888-1946). Poeta.
- 15) José María Facha. (1879-1957). Poeta¹²⁷.
- 16) José Joaquín Gamboa (1878-1931). Dramaturgo, periodista, crítico teatral y diplomático.
- 17) Álvaro Gamboa Ricalde (1880?-) Poeta¹²⁸.
- 18) **Nemesio García Naranjo (1883-1962). Abogado, orador y escritor.**
- 19) **Ricardo Gómez Robelo (1884-1924). Escritor.**
- 20) **Carlos González Peña (1885-1955). Novelista, escritor, periodista y crítico literario.**
- 21) **Max Henríquez Ureña (1885-1968) Abogado y escritor.**
- 22) **Pedro Henríquez Ureña (1884-1946). Abogado y escritor.**
- 23) Alberto Herrera (¿?). Poeta¹²⁹.
- 24) **Rafael López (1873-1943). Poeta.**
- 25) Delio Moreno Cantón (1863-1916). Poeta, dramaturgo y periodista.
- 26) Rodolfo Nervo (¿?) Poeta¹³⁰.
- 27) Sixto Ozuna (1871-1923). Periodista¹³¹.
- 28) Benjamín Padilla. Periodista¹³².
- 29) **Enrique Juan Palacios (1883-1953). Historiador y arqueólogo.**
- 30) **Manuel de la Parra (1878-1930). Poeta y prosista.**
- 31) José Pomar. Músico¹³³.
- 32) **Alfonso Reyes (1889-1959). Escritor.**
- 33) **Luis G. Urbina (1864-1934). Escritor y poeta.**

¹²⁷ Idilio bucólico y otros textos. FACTORIA EDICIONES en www.factoriaediciones.com/detalleeditorial.asp?.. [Consultado el 5 de noviembre de 2009]. Según esta información fue originario de San Luis Potosí. Fue poeta de *Revista Moderna*, año II, ene 1899, núm. 1, p. 9.

¹²⁸ Tablada, José Juan, op. cit., p. 62.

¹²⁹ Curiel, Fernando. Tarda Necrofilia..., p. 34 y *Revista Azul*, núm. 2, p 11. Al parecer poblano. Citado también por Saborit, Antonio, en la euforia inédita del desfile bárbaro de Escritores y artistas en la década armada www.cronica.com.mx/nota.php?idc=92174 [Consultado el 24 de octubre de 2006].

¹³⁰ Archivo ALCL, Correspondencia General, también aparece citado en García, Genaro, *Crónica oficial de las Fiestas del primer Centenario de la Independencia de México*, México, MNAHE, 1911.

¹³¹ Archivo ALCL e Iguíniz, Juan B., op cit, p 369.

¹³² Iguíniz, Juan B., op cit, p 390-392.

¹³³ Exposición temporal y documental en homenaje y reconocimiento al músico José Pomar, inaugurada el 19 de junio de 2001, Escuela Nacional de Música, UNAM.

- 34) Luis Rosado Vega (1873-1958). Poeta y novelista.
- 35) Daniel Ross (¿?). Poeta y prosista¹³⁴.
- 36) José Rafael Rubio (1880-1916). Periodista, cuentista y autor teatral.
- 37) **Abel C. Salazar (1878-1925). Escritor, cuentista y abogado.**
- 38) José María Sierra (1884-1813?). Poeta, escritor y docente de la Universidad Popular Mexicana (UPM)¹³⁵.
- 39) Julio B. Uranga, (¿), Cultivó el género dramático y musical de la zarzuela¹³⁶.
- 40) Enrique Uthoff (1887-1950). Periodista, actor¹³⁷ y dramaturgo.
- 41) **Rubén Valenti (1879-1915). Abogado, escritor, crítico y poeta.**
- 42) **Benigno Valenzuela, (¿?). Heraldo de la historieta moderna¹³⁸.**
- 43) **Emilio Valenzuela (1884-1947). Escritor, editor, diplomático¹³⁹.**
- 44) José Luis Velasco (José B. Velasco) (1885-1940). Periodista y escritor.
- 45) **Miguel A. Velásquez (¿?) Prosista¹⁴⁰.**
- 46) Jesús Villalpando (¿?) Periodista¹⁴¹.
- 47) Francisco Zárate Ruiz (¿?) Prosista.
- 48) **Ángel Zárraga (1886-1946). Prosista y pintor.**
- 49) Alfonso Zepeda Winkfield. (1882-1906). Poeta¹⁴².

¹³⁴ Colaborador, entre 1909 y 1910, de la *Revista Moderna de México*, según sus índices.

¹³⁵ Archivo ALCL, Sección de Materiales diversos. Manuscritos. También Curiel Defossé, Fernando, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, UNAM, 2001, p. 167.

¹³⁶ AnalesIIE54, UNAM, 1984. Una lectura de diez obras del género..., en www.analesije.unam.mx/pdf/54_131-176.pdf [Consultado el 10 de junio de 2009].

¹³⁷ Archivo ALCL y *Savia Moderna*, Ed. Faccimular, FCE, p. 148.

¹³⁸ Aurrecochea, Juan Manuel y Armando Bartra, *Puros cuentos. La historia de la historieta en México 1874-1934*. México, CONACULTA, Museo Nacional de Culturas Populares y Grijalbo, 1988., p 209.

¹³⁹ Curiel Defossé, Fernando, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, UNAM, 2001, p. 191.

¹⁴⁰ *Ibidem*. Fue también firmante de la Protesta Literaria.

¹⁴¹ Autor de diversos artículos mencionados en este trabajo.

¹⁴² Archivo ALCL y ver Literatura potosina 1850-1950. Poesía-El Colegio de San Luis www.colsan.edu.mx/editorial/catalogo/lista.asp?... – [Consultado el 8 de junio de 2009].

Artistas:

- 1) Juan de Dios Arellano (¿?). Alumno de la ENBA y dibujante.
- 2) Gonzalo Argüelles Bringas (1877-1942). Pintor, acuarelista y docente de la ENBA.
- 3) Benjamín Coria. Pintor y docente ENBA¹⁴³.
- 4) Fernando Elizalde (¿?) Alumno de la ENBA..
- 5) Jorge Enciso (1879-1969). Dibujante, pintor, escritor, antropólogo y conservador.**
- 6) Alfredo Escontria, Alumno de la ENBA..
- 7) Armando García Núñez (1883-1965) Pintor y docente ENBA.
- 8) Alberto Garduño (¿?). Caricaturista¹⁴⁴.
- 9) Antonio Garduño. Pintor, periodista y fotógrafo¹⁴⁵.
- 10) Antonio Gómez Rodríguez (-1970). Pintor.
- 11) Saturnino Herrán (1887-1918). Pintor.**
- 12) Rafael Lillo. Ilustrador, portadista y caricaturista¹⁴⁶.
- 13) Francisco Llop (¿?). Alumno de la ENBA.
- 14) Jesús Martínez Carrión (1860-1906). Dibujante y caricaturista.
- 15) Roberto Montenegro y Nervo (1885-1968). Pintor, impulsor del arte popular y decorador teatral.
- 16) Sóstenes Ortega (¿?). Alumno de la ENBA.
- 17) Rafael Ponce de León (1882-1910). Pintor.
- 18) Diego Rivera (1886-1957). Pintor muralista.**
- 19) Federico Rodríguez (¿?) Pintor y docente ENBA.
- 20) Juan N. Rondero (¿?). Alumno de la ENBA y docente UPM.
- 21) José A. Ruíz (¿?). Alumno de la ENBA y dibujante y docente UPM.
- 22) Ricardo Sierra (1883-1949). Acuarelista, escultor y decorador español.
- 23) Francisco de la Torre (1883-1943). Pintor.**
- 24) Carlos Zaldívar (¿?). Alumno de la ENBA y docente UPM.
- 25) Gabino Zárata. (¿?). Alumno de la ENBA y escultor.
- 26) Francisco Zubietta (1870-1932). Dibujante, caricaturista y docente de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP)¹⁴⁷.

¹⁴³ Conocí en el INAH a Elena Coria, hija del artista. El testimonio fue corroborado por Juanita Olivos, pionera de la restauración en el INAH, a quien pude entrevistar formalmente.

¹⁴⁴ Aurrecochea, Juan Manuel, *op. cit.*, p. 107.

¹⁴⁵ Localizado como participante en la exposición Fotografos mexicanos, en 1928, según Breve cronología de la fotografía, en www.criminalistica.com.mx...fotografia/280-breve-cronoldge-lafotograf-en-mco. [Consultado el 9 de junio de 2009].

¹⁴⁶ Mallas Casas, Jaime. *El Paje de los Reyes Magos*, Barcelona, España, Mateu, col. Cadete, 1963. Contiene diversas ilustraciones a la pluma de Rafael Lillo. También ver Aurrecochea, Juan Manuel, *op. cit.*, p. 104.

¹⁴⁷ Aurrecochea, Juan Manuel, *op. cit.*, p. 104.

Fotógrafos:

- 1) José María Lupercio. (1870-1929). Fotógrafo¹⁴⁸ y pintor.
- 2) Agustín V. Casasola (1874-1938). Fotógrafo documentalista.
- 3) David Kampfner, (¿?). Fotograbador.

Hoy puedo sostener que, de los setenta y ocho *savios* formales, salvo una posible excepción, todos fueron personajes activos en distintas manifestaciones del arte. Un porcentaje importante pudo hallarse en fuentes bibliográficas tradicionales, de acuerdo con la revisión hecha para ubicarlos y conocer el fruto de su trabajo. *Savia Moderna* se integró con redactores y artistas que efectivamente practicaban el arte en alguna de sus facetas, pues sus biografías revelan que, para 1906 ya habían dado muestra importante de su trabajo y que por ello después hubo entre ellos: periodistas, literatos, filósofos, actores, poetas, pintores, docentes, editores de periódicos, autores teatrales, dibujantes y músicos.

Desde esta nueva óptica de la revista *Savia Moderna*, la “aventura periodística”, como la denominó Reyes, resulta indudable que la intención de Luis Castillo y sus compañeros se decantó en una auténtica vanguardia artística. Aunado a ese mérito, que llega a serles cuestionado en nuestro tiempo, en su trayectoria se muestra un empeño colectivo, grupal, por lo que reconozco en estos pioneros del reconocido Ateneo de la Juventud, su ahínco por colaborar en la construcción y desarrollo del arte, ámbito que carecía de oportunidades, de desarrollo: esa inquietud llevó a todos sus participantes a buscar mejores opciones, no sólo para su interés particular, sino para la consagración nacional. Ese empeño colectivo y de tendencia hacia lo nacional de una verdadera hornada de artistas que conformaron e impulsaron *Savia Moderna*, es el que invita hoy a ser valorado en su justa dimensión.

¹⁴⁸ Aurrecochea, Juan Manuel, *op. cit.*, donde también se asegura que fue productor de “historias ilustradas a base de fotografías, las primeras telenovelas”, p. 97.

II.6. *Lo que miro y lo que siento*, un segundo y último libro de versos.

Aunque para esta época, Luis Castillo había concedido más importancia al cultivo de la prosa, la poesía ocupaba todavía parte de su tiempo. Mientras *Savia Moderna* estaba suspendida, Luis Castillo se ocupó, entre otras cosas, de preparar un nuevo libro de versos. De ello quedó constancia en una carta escrita el 16 de enero 1906, donde un admirador de Acaponeta, además de felicitarlo por el año nuevo, lo hizo por su intención de publicar su segunda producción poética: “Placer inmenso experimento con el aviso de que pronto verá la luz pública su libro de versos titulado “*Lo que miro y lo que siento*”, y más todavía con la honra que recibiré, al enviármelo... deseando vivamente que a la aparición de su obra, vea Ud. coronadas sus aspiraciones todas y pueda con la confianza plena que da el éxito, lanzar al mundo la segunda producción de su privilegiado talento, que yo espero será un verdadero acontecimiento literario, conocidas como me son las espléndidas exquisiteces de su pluma”¹⁴⁹.

Esta felicitación me permite, por un lado, observar cómo sus amigos cercanos estaban al tanto de que con aquel trabajo Luis Castillo preparaba su segunda colección de versos, y confirma la existencia de una anterior. Por el otro lado, me ofrece la posibilidad de acercarme a sus actividades en los últimos meses de 1906 y corroborar que, en esta etapa de su vida, organizó la única producción poética llegada hasta nosotros. Gracias a ella, puedo asegurar que la preparación del material integrado en el proyectado libro, bajo el título *Lo que miro y lo que siento*, correspondió al año de edición de *Savia*. Tradicionalmente se había fechado diez años más tarde, pues, en efecto fue impreso hasta 1916, mas su producción responde a un periodo anterior.

El archivo ALCL me deja ver cómo su producción poética de la adolescencia quedó omitida por el propio Luis Castillo, quien, en varios años, no volvió a aludir a ella.

¹⁴⁹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h. 290.

Respecto a la influencia del italiano D'Annunzio, vale la pena mencionar no sólo su sensualismo poético, sino el contenido de su novela "El placer" (1889), clasificada hoy como decadentista, ya que en ella, su autor se mostró "obsesionado por lo mítico o por un héroe libertador", tema que bien pudo atraer a Luis Castillo. Únicamente en dos de las poesías publicadas en el libro hay una fecha: *Los Caballos*, 1904 y *Habla el lago*, fechada específicamente en el Lago de Chapala el día 6 de agosto de 1908¹⁵⁰. Esto me permite reafirmar que, de acuerdo con *La Libertad*, en septiembre de 1901, él ya era conocido en Guadalajara como el "inspirado autor de ¡Oh las bocas!"¹⁵¹, poema incluido en la publicación madrileña.

Las poesías publicadas en *Savia Moderna* fueron: *Amor-materia*, *La familia Joyeuse* y *Presentimiento*; aunque sólo la segunda está fechada en abril de 1906, las otras podrían pertenecer a la misma época, si consideramos que me encontré con una más del mismo año, publicada el 18 de noviembre, de acuerdo con la información aportada por Alfredo A. Roggiano. Este último señaló en su estudio sobre Henríquez Ureña: "De paso anotamos que en *La Patria* se publicó la poesía *La serpentina* de Pedro Henríquez Ureña, al lado de *El cigarro* de Luis Castillo Ledón y otros poetas"¹⁵². Por último, la identificación de otro poema del libro *Las cosas hablan*, con los versos inéditos citados en la Sociedad de Conferencias, me permitió fecharlos en 1907.

Los datos anteriores indican que la época de mayor producción versística de Luis Castillo se localiza entre 1901 y 1908, y ello confirma su propia descripción, referida a la producción poética "de su primera juventud", cuando tenía entre 22 y 29 años. Esto explica por qué, tanto en *Savia Moderna* como en la *Sociedad de Conferencias*, Castillo Ledón aparece como poeta. El libro impreso sería fruto del obsequio de Isidro Fabela, y, ante todo de su empeño y su fe en el trabajo poético del amigo, mismo que -supongo- todavía

¹⁵⁰ *Ibidem*, p. 102.

¹⁵¹ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1914.

¹⁵² Roggiano, *op. cit.*, p.35.

profesaba Luis Castillo entre 1906 y 1907 y que, indudablemente, había perdido para 1916, si atendemos a su propio señalamiento plasmado al editarse el libro: “Considero mi ideal muy por encima de mi obra... difícilmente me hubiera yo resuelto a publicarla en volumen”¹⁵³. Gracias entonces a la publicación financiada por Fabela, es posible conocer en nuestros días, parte de la producción poética juvenil del *savio* Luis Castillo Ledón. El tepiqueño revisó y ordenó su poesía, donde reveló desde su ternura por un niño enfermo, hasta el verso erótico, pasando por el poeta que rompía con los esquemas sociales al abordar el tema de una madre soltera¹⁵⁴.

¹⁵³ Castillo Ledón, Luis, *op. cit.*, p. 8.

¹⁵⁴ Ávila Hernández, Julieta. *Luis Castillo Ledón, su paso por la poesía*. Trabajo expuesto en la CNCPC, INAH, 19 de agosto de 2005.

Capítulo III. *La Protesta Literaria.*

III.1. *La Protesta Literaria* bajo el impulso de Luis Castillo Ledón.

Otro acontecimiento ya reconocido sucedió a principios de aquel año de 1907 en la vida de Luis Castillo y de quienes, por mantenerse cercanos, sabían que la edición de *Savia Moderna* estaba indefinida. Ese suceso debió contribuir de manera importante a decidir el final de la revista y a perfilar el rumbo de aquel grupo. Para fines de marzo, los interesados en la literatura conocieron un proyecto capitalino para sacar a la luz nuevamente la *Revista Azul*, editada por Manuel Gutiérrez Nájera, Carlos Díaz Dufoo y Luis G. Urbina. Lo impulsaba el jalisciense Manuel Caballero, quien tendría entonces entre 56 y 58 años, y logró, con sus declaraciones antimodernistas, una respuesta un tanto singular para aquellos tiempos, y tan común en los nuestros. Se publicó una protesta y se organizó una marcha: "la publicación de una protesta que es al mismo tiempo una autodefinición; y una marcha pública que podría inscribirse en la historia de la oposición al *statu quo* (por no decir, sin más a la dictadura porfiriana)"¹. Estos acontecimientos fueron expuestos particularmente por Fernando Curiel en 1996 en su obra *Tarda necrofilia. Itinerario de la Segunda Revista Azul*².

Es posible que Caballero no haya tenido al principio un carácter claramente definido de combate, aunque, desde luego, sí tenía un objetivo comercial, y, al obtener la aprobación de Carlos Díaz Dufoo, creyó oportuno no sólo retomar a Gutiérrez Nájera, sino impulsar el antimodernismo. Cometió el error de esgrimirse él mismo como "redentor y depurador del arte, continuador del Duque y guía de la juventud" y, con ello, el jalisciense impactó a quienes vivían y frecuentaban la calle de Soto. Mientras, la edición de *Savia Moderna* estaba suspendida y designados por Tablada como "literatos del último barco", sus realizadores correspondieron aquel reconocimiento asumiéndose abiertamente como

¹ Curiel, Fernando, *La Revuelta...*, p. 109.

² Curiel, Fenando, *Tarda Necrofilia....*

descendientes activos de la estafeta literaria de Gutiérrez Nájera; no en balde se habían proclamado a sí mismos, al principiarse 1906, como la “casi totalidad de la juventud que cultiva el arte en el país”. Si siendo de casa en *Revista Moderna de México* habían salido para crear su propio feudo, resulta comprensible que rechazaran aquellas intenciones de Caballero. Como vimos, Luis Castillo venía tomando un rumbo particular desde Guadalajara y no resultaba extraño que decidiera, por supuesto, protestar e impedir el intento de Caballero.

Sabido es que los *savios* firmaron una *Protesta Literaria* y convocaron una marcha pública; en mi investigación, resulta novedoso hallar que, en aquella protesta, nuevamente, pude rescatar a Luis Castillo como figura protagónica. En 1998 una duda persistía y, esta vez, Curiel, en su libro *La Revuelta* escribió: "Antes de la protesta callejera, la protesta escrita. ¿Quiénes la redactaron? Sólo podemos conjeturarla. ¿Luis Castillo Ledón? ¿Los hermanos Max y Pedro? ¿Acevedo? ¿Cravioto? Lo más probable"³. Castillo Ledón abrió la lista de firmantes y esa era la pista correcta, ahora lo puedo sostener, pues así lo evidencia un ejemplar de la *Protesta Literaria*, guardado en el archivo ALCL, donde escribió con su puño y letra: “redactada por Luis Castillo Ledón”⁴. Además, lo confirman sus notas personales, donde consignó algunos nombres de sus trabajos, y entre ellos también fue anotada la *Protesta Literaria*⁵.

La manifestación en memoria de Gutiérrez Nájera, dirigida contra el cuestionado periodista, impulsor de una nueva *Revista Azul*, fue sin duda una actividad político-literaria. El grupo manifestó y demostró tener amplia convocatoria, y, como diríamos hoy, fuerza política. Fue firmada por treinta y tres personas, doce de ellos escritores de *Savia Moderna*: Roberto Argüelles Bringas, Luis Castillo Ledón, Alfonso Cravioto, Ricardo Gómez Robelo, Carlos González Peña, Max y Pedro Henríquez Ureña, Rafael López, Manuel de la

³Curiel, Fernando, *La Revuelta...*, p. 110.

⁴ Archivo ALCL, Sección de Impresos, s/n.

⁵ Archivo ALCL. Sección de Materiales Diversos, manuscritos s/n.

Parra, Alfonso Reyes, Abel C. Salazar y Emilio Valenzuela.

Otros cinco *savios* y futuros ateneístas, la firmaron. Sólo que tres de ellos eran de los que no escriben: Acevedo y García Naranjo y Valenti; el redactor apenas conocido Miguel A. Velásquez y, el último, un pintor, Francisco de la Torre. En total 17 integrantes de *Savia Moderna* y futuros ateneístas firmaron la protesta. ¿Quiénes eran los otros dieciséis? Nueve de ellos también se identifican como sus redactores y artistas, quienes ya no se encontrarán más tarde entre los ateneístas. Estos fueron: José María Sierra, Salvador Escudero, José Joaquín Gamboa, Álvaro Gamboa Ricalde, José Pomar, Gonzalo Argüelles Bringas, Benigno Valenzuela, Jesús Villalpando y José Velasco.

Sólo un futuro ateneísta, ausente en *Savia Moderna*, se había unido ya al grupo de la protesta: Alfonso Teja Zabre. Seis personajes más completan la lista de firmantes, amigos, quizás algún familiar, en fin, simpatizantes del grupo, sin que hayan sido participantes formales ni de la revista ni del Ateneo: Gonzalo de la Parra, Crisóforo Ibáñez, Raúl A. Esteva, Manuel Gamio, Álvaro Pruneda y José de J. Núñez y Domínguez; algunos de ellos iban a estar relacionados con el Museo Nacional y con Luis Castillo en su nueva faceta de trabajo. Su presencia en la *Protesta* indica que ya guardaban alguna relación con los *savios*, al menos desde los primeros meses de 1907.

La *Protesta* fue firmada el 7 de abril de 1907, domingo, día común de sesiones en el grupo, que continuaba activo, o, al menos cercano, pues el documento permite señalar quiénes asistían a las reuniones y quiénes se encontraban dispuestos a manifestarse. El lunes 8 fue publicada. Lo urgente era lanzar el manifiesto, y ya habría tiempo para mostrar un contingente más numeroso de apoyo, como sucedió en la protesta-mitin. El futuro director del MNAHE conocía muy bien a Caballero; su correspondencia muestra que mantenían relaciones cordiales y de cooperación en el medio periodístico. Sólo que Luis Castillo se movía en la conformación de una nueva generación literaria, descendiente de

Gutiérrez Nájera, vía Valenzuela y Nervo, de la que Caballero no formaba parte. El siguiente párrafo es indicativo de su oposición:

No protestamos contra el nombre del periódico, que poco o nada significa, sino en contra de las falsedades que en él se sostienen a nombre de Manuel Gutiérrez Nájera y contra la obra de retroceso que se quiere emprender. En buena hora que cualquier viejo funde revistas con el nombre de “azul” o de cualquier otro color y que declare la guerra a molinos de viento y a fantasmas imaginarios, pero que no venga llamándose redentor y depurador del arte, continuador del Duque y guía de la juventud⁶.

Caballero lanzó su ofensiva en el *Prospecto* de la *Revista Azul* en su segunda época, al proclamar que quien no estaba con él, estaba contra él⁷. Luis Castillo retomó el reto y, seguramente todavía en su sentir de director del grupo creado en *Savia*, asumió a su generación como continuadora del Duque, y reconoció la figura de Gutiérrez Nájera como guía de la juventud. El reto eclipsó la cordialidad con Caballero; Reyes mismo dejó constancia del reconocimiento de sus compañeros al Duque de Job, ya que proclamaría más tarde, en 1914, a Gutiérrez Nájera como el iniciador de la verdadera literatura mexicana⁸.

Quizá al principio el proyecto del jalisciense no estaba definido hacia el combate. No sólo Díaz Dufoo dio su aceptación a la propuesta de Caballero: varios de los *savios* y algunos futuros ateneístas aceptaron ser sus colaboradores: Luis G. Urbina, Delio Moreno Cantón, Juan B. Delgado, Severa Arióstegui, Rafael Cabrera, Eduardo Colín, José Escofet, Alfonso Alarcón, Alberto Herrera y Juan Palacios; algunos se retiraron. Otros nombres bien conocidos de los *savios* figuraron ahí: Salado Álvarez, José López Portillo y Rojas, el historiador Agustín Rivera, Arturo Carricarte, ex-compañero de Henríquez Ureña en Veracruz. Si bien se ha planteado la existencia de una escisión entre provincianos y metropolitanos, debo tomar en cuenta que la mayor parte de *savios* y ateneístas procedían de los estados: doce capitalinos contra cuarenta provincianos, según los datos del propio

⁶ Curiel, Fernando, *Tarda Necrofilia...*, p. 77-78.

⁷ *Idem*, p. 27 y ver edición facsimilar del *Prospecto de Revista Azul*, pp. 2-3 .

⁸ Reyes, Alfonso, *Nosotros*, Ed. Faccimilar, FCE, México, 1980, p. 624.

Matute⁹. Del archivo ALCL, reproducimos hoy un comentario, también expresado fuera de la capital, que muestra su solidaridad con la *Protesta*: acuerdos y desacuerdos se hacían siempre presentes.

Se trata de una carta enviada por Luis G. Hernández, ex-compañero de Nervo, desde Acaponeta, el 22 de abril, refiriéndose al asunto. Hernández felicitó a Luis Castillo por haberse sabido conquistar el elevado y honroso puesto del que gozaba entre la falange de intelectuales de la capital, gracias a una perseverancia en el estudio “rayana en heroísmo, de lo que sus verdaderos amigos y coterráneos nos sentimos positivamente orgullosos”. En el concepto de este autodeclarado *amateur* de las letras *La Protesta* era justiciera y en él, al igual que los *savios*, encomió al Duque de Job como formador de la literatura nacional, por lo que se opuso también, según manifestó, a que Caballero se erigiera en brújula de la pléyade de jóvenes intelectuales. Esto escribió el entusiasta tepiqueño Hernández:

He tenido la satisfacción de extasiarme en la lectura de la viril y por mil conceptos justiciera “Protesta Literaria” que se ha dignado enviarme, suscrita por varios de los distinguidos jóvenes que forman el brillante y progresista núcleo de la juventud intelectual de esa Metrópoli...

Yo que en achaques literarios soy un “lego” de renombre; pero que esto sin embargo he sentido, siento y seguiré sintiendo, mientras no se extinga en mi raquíptico cerebro el último parpadeo de mi pavesa intelectual, una vehemente simpatía e irresistible atracción por todo cuanto a letras y a amateurs de ídem se refiere, descollando entre estos últimos, el inspiradísimo poeta para siempre ido, Manuel Gutiérrez Nájera, impecable enamorado de la excelsa reina naturaleza, cantor eterno de hondas tristuras insondables, moderno versificador y galano hasta la sublimidad en su magna obra de modelación de esta novísima era de nuestra rítmica, multivariada, sonora y deleitante literatura nacional; he experimentado la más viva indignación contra el osado “rata de moderna factoría”, que amparado a una dudosa y grotesca suficiencia, pretende apoderarse vilmente de unos timbres de gloria tan justa y esplendorosamente ganados por el augusto literato extinto, timbres que de modo indisputable le ha consagrado para siempre la Historia!

Y esa “rara avis”, llámase a sí propio, constrictor invencible del arte, símil prosecutor del exquisito eterno ausente y brújula indefectible de la hermosa pléyade de intelectuales jóvenes, pletórica de savia fecundante, divinizadora de lo bello, de virilidad ciclópea e inquebrantable decisión en la anchurosa senda del saber y el adelanto, de nuestro querido Suelo Nacional? Qué inaudito sacrilegio, que inverecundia más sui generis; ¡¡Parieturens montes.....”!¹⁰.

⁹ Álvaro Matute, “El Ateneo de la Juventud...”, *op. cit.*, p. 62.

¹⁰ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, Vol. II, h. 295.

Este acontecimiento envolvió a aquellos *savios*. Sierra casi acababa de regresar a la ciudad de México e incorporó su firma a la *Protesta*: compartía por completo el sentir de Luis Castillo. Se sabe que Henríquez Ureña aprobó el texto contra Caballero, aun si podemos pensar que no tenía tanto tiempo de involucrarse seriamente con aquellos jóvenes mexicanos. Nadie volvió a ocuparse de *Savia Moderna*. Algunos, como Carpio, consideraron una lástima que muriera, aunque años más tarde su fallecimiento fue calificado por Reyes de oportuno y hasta de propiciador del crecimiento del grupo. Su muerte, desde luego, no impidió que sus socios siguieran reuniéndose, intercambiando opiniones y escribiendo. Más que volver a casa, a la *Revista Moderna de México*, la tomaron. Crear otros feudos se convertiría en la tarea vital de aquellos redactores y artistas. La suspensión se tornó en desaparición de la revista, mas, como pudo advertirse con el desarrollo de la Exposición pictórica y de la *Protesta Literaria*, sus actividades fueron cediendo paso a las que reforzaban el objetivo del grupo de convertirse en vanguardia juvenil.

El duelo con Caballero quedó consumado. Él mismo debió estar sorprendido, pues quizá no midió el alcance de sus actos; en tiempos donde la palabra la tenían los mayores, no supuso hasta dónde llegaba el espíritu independiente de quienes, si bien no le eran desconocidos, tampoco podían resultarle cercanos. El grupo seguiría viviendo cambios como respuesta a los acontecimientos que le rodeaban. De la *Protesta* pudo rescatarse un nombre insospechado: Manuel Gamio. Su trayectoria trae consigo la incorporación de otros campos de la intelectualidad: la arqueología; Castillo Ledón, sin embargo, preferirá la historia. De otros terrenos más novedosos se ocuparían también aquellos *ex-savios*: Acevedo y Mariscal valorarían los edificios coloniales y Jorge Enciso pugnaría por la protección de lo que hoy llamamos patrimonio nacional. Los intereses artísticos iban a hallar nuevos campos de ocupación.

III.2. Redefinición del interés de los *ex-savios*: de la prosa al ensayo. Las sociedades de conferencias y el direccionamiento de Luis Castillo hacia la historia, como su campo literario preferido.

Paulatinamente, Luis Castillo se había ido desempeñando, familiarizando y posicionando en el mundo capitalino de las letras, de la literatura: siempre habría de mantenerse relacionado con el arte y, en general, con la cultura. En aquella atmósfera, el desempeño de sus propias actividades le permitía estar al tanto de las ideas novedosas expresadas por escritores y artistas no sólo de tierras nacionales, sino de otros lugares del mundo. Sin duda ahí se sentía a gusto; el ambiente, propicio, era el que por mucho tiempo había anhelado. Para 1907 había logrado pertenecer a la vanguardia de la juventud mexicana interesada en los campos de su fascinación y estaba al frente de ella. En esos términos, sus expectativas de desarrollo y de trabajo debieron resultarle más que satisfactorias.

Durante su estancia tanto en *Revista Moderna* como en la Biblioteca Nacional había tenido acceso a libros y revistas, a lecturas insospechadas unos cuantos años antes; el mismo trato con los nuevos amigos propiciaba mayores expectativas intelectuales. Como a todos los *savios*, la prosa lo atrajo decididamente: de los versos, las gacetillas y las noticias de orden común había pasado al cuento, la crónica y el periodismo cultural. Este último terreno siempre habría de ser de su interés, ya que en esos años la prensa había evolucionado, para convertirse en el medio idóneo de difusión y, por ello, seguramente, colaboraba gustoso con distintas ediciones.

El sitio logrado en el mundo de las letras le brindaba ya la satisfacción de elegir con libertad sus temas en el periodismo. Por Guadalajara sentía indudablemente especial predilección: pese al atraso de sus cobros, siempre enviaba sus correspondencias a *La Gaceta de Guadalajara*. Fue entonces cuando Luis Manuel Rojas dejó el periódico y lo retomó J. T. Alamillo. La correspondencia entre ambos en 1907 revela todo esto, así como el hecho de que mantuvo con Alamillo la misma cordialidad. Por todo lo anterior, me

resultó comprensible el que hubieran seguido recibiendo con agrado las recomendaciones que les hacía Castillo Ledón cuando requerían personal para el buen desarrollo de sus labores. Así lo hizo con Max Henríquez Ureña y otro joven, de modo que en agosto le agradecieron a Luis Castillo su “excelente voluntad de ayudar y la recomendación de dos personas para reforzar esa edición: personas de su gusto, con lo que queda dicho todo lo demás”¹¹. A pesar del cambio de dirección de *La Gaceta...*, sus colaboraciones fueron tan favorablemente recibidas como con Rojas, y la expresión “mande lo que guste”, confirma que se le seguía concediendo libertad sobre los temas a desarrollar.

Otros tapatíos le mostraban, como siempre, sus simpatías; esto se advierte no sólo entre sus colegas, sino en relación el propio público y entusiasta lector de sus correspondencias. De acuerdo con el archivo ALCL, en agosto de 1907, José Luis Rodríguez, uno de aquellos lectores, se congratulaba acerca del tema abordado: la ciudad de México y, a la vez, le pidió que tratara algunos aspectos más¹². La trayectoria de Luis Castillo me permitió observar cómo, desde estos años, se interesaba ya por aquel tema, el cual siguió trabajando con afán, si bien debieron transcurrir los difíciles años revolucionarios para que resultase notorio en su trabajo. Estos dos títulos resultan indicativos: *Historia Sintética de la ciudad de México* y *La Fundación de la ciudad de México*.

Para 1907, Luis Castillo cultivaba la lengua española con un espíritu abierto a nuevas experiencias, su peregrinaje parecía saciado, mas no así su búsqueda intelectual. Hasta entonces el arte lo había seducido y, seguramente por ello, había encontrado en la poesía un medio para plasmar su sensibilidad. Aquel año, no sólo *Savia Moderna* quedaría atrás; también, como en buena parte de sus contemporáneos, su entusiasmo por la práctica poética, a la que se había entregado desde su adolescencia, había comenzado a menguar.

¹¹ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, hh. 209-212 y 215-17.

¹² Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h. 500.

Más que presentarse a declamar él mismo, entregaba sus versos; estos parecen haber sido bien acogidos, pues tuvo la distinción de que el propio José M. Othón leyera uno de sus poemas¹³. Así sucedía todavía a mediados de 1907, a raíz de que el arquitecto Jesús T. Acevedo discurriera organizar la serie de conferencias llevadas a cabo en el Casino Santa María. Los *ex-savios* no desistieron en sus tareas: sin revista, se creó la Sociedad de Conferencias con la intención de "tener trato directo con los públicos"¹⁴. Se trataba, en realidad, de mantener esa cercanía, iniciada ya con la exposición de pintura. Esa intención venía en realidad a eliminar el aislamiento y el individualismo exacerbado de que adolecían los intelectuales anteriores.

De esta manera, aquellos *ex-savios* iban a seguir trabajando en pro de la renovación de ideas y evolucionando en su grupo. Se dirigieron, entonces, de la prosa al ensayo como género literario específico, seguramente porque en él su carácter didáctico les ofreció nuevas posibilidades para acercarse a su público, como lo prescribía su intención ilustradora. Las reflexiones en distintos temas, de tipo estético, filosófico o literario, habrían de llevar a sus autores a proyectar nuevas ideas. A través del nuevo género, iban a dar vida plena al arte literario y a emplear la palabra no sólo escrita, sino hablada, como forma de expresión literaria.

El contingente que dio vida a la Sociedad de Conferencias seguía siendo típico de *Savia Moderna*: conferencistas, poetas y el mismo Max Henríquez Ureña, ya en México, ofreció varios números musicales, así como José Pomar¹⁵. Valenti y Acevedo, que no escribían, tomaron un sitio importante como conferencistas. Pedro Henríquez Ureña habló sobre la personalidad del poeta español José María Gabriel y Galán, abordada como *Un clásico del siglo XX*. Su entusiasmo por la literatura moderna estaba ahí y seguramente, ahora sí, consideró importante su participación. Se sabe que Luis Castillo participó en la

¹³ Castillo Ledón, Luis, *Lo que miro...*, p. 113.

¹⁴ Reyes, Alfonso, "Pasado inmediato...", p. 208.

¹⁵ Curiel, Fernando, *Tarda Necrofilia...*, p. 91

sociedad todavía como poeta, pues no perdió nunca su sentimiento por lo bello. Asociados todavía en el mismo domicilio, Henríquez Ureña y Castillo lo estuvieron también en el evento del 26 de junio, a juzgar por la organización de ese día.

Después de la conferencia, según la crónica de *El Diario*, el número musical corrió a cargo del joven tapatío Roberto Ursúa, a quien se describió como un “notable pianista”; ello muestra, una vez más, que la comunidad jalisciense, tan ligada a Luis Castillo, seguía aportando la participación de sus miembros más destacados a las actividades del grupo capitalino. De acuerdo con el artículo “La conferencia sobre Gabriel Galán”, publicada el 28 de junio de 1907 en *El Diario*, Ursúa recibió “nutridos aplausos por su elevada sentimentalidad y su ejecución habilísima” de Theodor Leschetisky y de Moritz Moszkowski¹⁶. Luis Castillo, por su parte, entregaría un poema inédito: *Las cosas hablan*. Según la misma crónica periodística:

Para cerrar el acto, la gallarda señorita María Mauleón subió al proscenio para recitar una poesía inédita del galano poeta Luis Castillo Ledón... La poesía, delicada y sentida, tuvo mayores suavidades e infinitas dulzuras en los labios de la gentil recitadora, que aparecía una viviente evocación de la belleza clásica. Una ovación atronadora coronó el final de la poesía y el autor tuvo que responder con un saludo a las demostraciones del público.

Luis Castillo parece haber sido un buen prospecto de poeta, aunque, como más tarde lo confesaría él mismo, “se quedó a la mitad del camino”¹⁷. Seguramente, Luis Castillo disfrutaba al escribir, mas al preferir ahora la prosa y una vez inmerso en ella, habría de experimentar otras posibilidades distintas. Así explicó el abandono de los versos en su libro: “Ignoro si soy poeta, así como si sé o no expresar la Belleza; estoy seguro, en cambio, de que poseo el sentimiento de lo bello, y toda vez que el verso no es sino un simple *modo expresión*, puesto que hay poetas, y aun grandes poetas, en prosa, es mi intención consagrarme a otros géneros literarios, con la esperanza de ver si en ellos acierto”. Encontré, en efecto, algunos indicios de que dedicó parte de su tiempo y sus

¹⁶ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

¹⁷ Castillo Ledón, Luis, *Lo que miro...*, Dedicatoria.

afanes —al fin hombre de letras, polígrafo—, a dos géneros literarios más: el drama y la novela. Sin embargo, ninguno de ellos tendría, aparentemente, un lugar preferente en su desempeño futuro.

Los amigos tapatíos parecen haber resentido aquellos cambios. Salvador Escudero, al sufrir el abandono epistolar de Luis Castillo e ignorar cuáles eran sus planes, y sabiendo, además, que no estaba enfermo, le preguntaría anhelante e ingenuo en abril de 1908: “¿Y tu drama? ¿Y tu novela en preparación? ¿Y tu libro de poesías? Hace ya tanto tiempo que no me cuentas nada...!”¹⁸. Y es que en ese año de 1907 su vida había tomado un cauce particular, que iba a ser definitivo en su trabajo y su vocación: su traslado al Museo Nacional y su elección particular de temas históricos. De hecho sus correspondencias para *La Gaceta de Guadalajara* se espaciaron. No obstante, sus editores nuevamente le refrendaron su preferencia, pues, manifestaban, era el público quien lo iba a resentir: le aclararon que se sintiera en libertad para enviar sus escritos cuando lo considerase oportuno.

El propio González Peña, entonces recién estrenado novelista, también expresó por escrito su resistencia ante aquella decisión de abandonar los versos, en virtud de que ofreció, pasados los años y con motivo de la muerte de Luis Castillo, su opinión no sólo acerca del alejamiento poético de Castillo, sino de otra de sus renunciaciones: la que hizo al cultivo del género novelístico. El punto de vista de González Peña, confirma la exploración que hizo Luis Castillo en ambos terrenos literarios:

Le torció el cuello al cisne al reunir en volumen sus versos, bajo la denominación simbólica de *Lo que miro y lo que siento*. Jamás volvió a escribir una estrofa. ¡Y es lástima! Gustando de la novela, aquel hombre que tan hondamente sabía mirar y sentir, y que era uno de los artistas, por multiplicidad de dones, más depurados y exquisitos que yo haya conocido, no quiso tampoco ser novelista. ¡Y fue lástima también!¹⁹.

De aquel acercamiento de Luis Castillo a la novela, rescato hoy su intención de

¹⁸ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, .h 162.

¹⁹ González Peña, Carlos. *Crónicas escogidas...*, p. 108.

estudiarla como género, más que de cultivarlo como tal. Si bien no participó como ponente en la Serie de Conferencias, documenté que aquel mismo año de 1907 estaba preparado para hablar sobre este tema, que era también de su preferencia. Así lo demuestra una carta de Max Henríquez Ureña, cuyos comentarios permiten apreciar cómo, mientras avanzaba el año, Luis Castillo ya realizaba algunas investigaciones sobre la novela. Para el 6 de septiembre de 1907 se contaba con su participación. Como ya lo mencioné, Henríquez Ureña fue a vivir ese año a Guadalajara, y, ya partícipe del círculo de amigos de Luis Castillo, le contó sus planes, en los que participaban los *ex-savios* José Velasco y Manuel Carpio, precisamente para la organización de otra serie de conferencias, esta vez en tierra tapatía. En esa carta Max Henríquez le manifestó: “Desde luego le reservamos su puesto para la disertación sobre “La Novela en México”²⁰. Sin duda, Luis Castillo había entrado también al terreno de la elección de temas, su preparación y exposición.

La serie no pareció llevarse a cabo en tierra tapatía, pero Luis Castillo siguió trabajando el asunto mencionado, inclinándose por la exposición escrita, como lo atestigua una carta de noviembre del año siguiente, firmada por Cayetano Rodríguez Beltrán. Éste, al igual que muchos otros entusiastas escritores, “en sus limitados tiempos de ocio soltaba el remo que lo ataba diariamente para buscar el pan e intentaba dar cima a las obras que tenía en proyecto”²¹. Rodríguez, practicante veracruzano de la novela, señaló el interés y la novedad del trabajo emprendido por Luis Castillo, además de dejar constancia de haber recibido la opinión del exdirector de *Savia* sobre su propia labor: “Agradezco los honrosos conceptos que se ha formado Ud. acerca de mi primera novela... Aplaudo la labor de Ud., tanto más cuanto que por ahora no contamos con un estudio semejante; de lo cual depende que seamos completamente ignorados y ferozmente calumniados en el extranjero como autores”. Luis Castillo, desde su sitio privilegiado en la capital, alentaba la labor literaria de

²⁰ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h. 285.

²¹ *Ibidem*, h. 499.

sus contemporáneos radicados en los estados, mientras él mismo imprimía, en cada uno de sus trabajos, mayor seriedad y compromiso.

Así se advierte en la preparación de aquel tema elegido por Luis Castillo, donde se ocupó de los novelistas contemporáneos, y, además, de la trayectoria del género literario; su estudio a favor de la historia de la novela fue bien visto y favorablemente recibido. Ese mismo mes, tanto *La Gaceta de Guadalajara* como *La Voz de Nuevo León*, permitieron corroborar que Luis Castillo estaba preparando el libro titulado *La historia de la Novela en México*. La noticia fue dada a conocer por José de Jesús Núñez y Domínguez, periodista y contemporáneo de Castillo, quien en su texto muestra claramente su tendencia por lograr trabajos distintos “al viejo estilo académico”, y confirma el empeño juvenil del tepiqueño, que seguramente compartía. Núñez lo consideraba escritor tapatío; de su prestigio esperaba una obra “perfectamente documentada” y, por tanto, escrita con un punto de vista novedoso, ágil, nacido de una nueva concepción literaria y generacional. El documento y el dato extraído de él tomaban un sitio relevante, no menos que la manera de presentar los temas. Ahí estaba la intención de rescatar artistas de otro tiempo, la necesidad de crear un ensayo renovador de los viejos moldes. Núñez y Domínguez, quien también habría de incursionar más tarde en la Historia y de tratar de cerca al *ex-savio*, escribió:

La Historia de la Novela en México, es el libro que actualmente escribe y está ya por terminar el escritor tapatío, Don Luis Castillo Ledón, tan conocido en todos los círculos literarios de la República. El Sr. Castillo procurará apartarse todo cuanto le sea posible, de la vieja rutina; su obra, perfectamente documentada, será distinta de todas las escritas hasta la fecha sobre ese tópico. Aunque a decir verdad, las que hasta hoy conocemos, o son ensayos imperfectos o tratados de retórica. Ahí está, sin ir más lejos, la Historia crítica de Pimentel, en que este señor, al igual que su cofrade Don Joseph Gómez con Bernardo de Valbuena, en el curso de toda la obra se ensaña contra Sor Juana Inés de la Cruz. Ahí está igualmente, el ensayo sobre la novela, del Lic. Portillo y Rojas. Este último más moderno, es como el autor lo llama, nada más que un ensayo, en el que no se encuentran verdaderos datos, aunque sí muchas digresiones cansadas y escritas en el viejo estilo de los académicos²².

²² Archivo ALCL. Sección Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894- 1918.

Por su parte, la edición neoleonesa confirmó que, para entonces, el tepiqueño había ganado un sitio en los “círculos literarios de la República” y señaló también la esperanza que se tenía en su novedoso trabajo, pues en su texto aseguraba:

La competencia y buen gusto que caracterizan al joven escritor, son prendas bastantes a responder del éxito que alcanzará en su producción; la que, por otra parte vendrá a llenar una laguna que desde hace mucho tiempo se advierte en las letras nacionales...

En vista, pues, de lo escaso de nuestro acervo en punto a obras de carácter y tendencias de la que está para salir, debida a la pluma del Sr. Castillo Ledón, es de augurarle una brillante acogida entre todos los círculos literarios de la República.

Lo anterior me permite asegurar que el interés de Luis Castillo por la historia de la novela en México ya ocupaba su tiempo desde su estancia en la Biblioteca Nacional, institución creada, de acuerdo con lo escrito por Antonia Pi-Suñer, al igual que el Archivo General y Público, para la investigación histórica²³. Esto refuerza el hecho de que el interés del ateneísta por el campo de la novela ya estaba presente desde aquel tiempo, pues la institución con la que colabórabas no estaba alejada de ese ámbito. Los listados de trabajos de Luis Castillo, me confirman que publicaría posteriormente varios sobre este asunto: *Orígenes de la novela en México, La novela en México, Novelística extranjera y mexicana y Un novelista olvidado, Don José Manuel Hidalgo*²⁴. Los frutos de aquellos esfuerzos no siempre fueron inmediatos; esta vez las vísperas y los propios desencuentros políticos que culminaron con la Revolución Mexicana, pusieron fin a aquella etapa de “orden y progreso”. Únicamente corroboré la publicación tardía de dos de aquellos trabajos. El primero quedaría impreso en el MNAHE en 1922²⁵, mientras que el segundo se publicaría en dos partes en el diario *El Universal* hasta 1925²⁶. El interés de Luis Castillo por la trayectoria de la novela, indica que se acercaba ya, hacia 1907, a una manera particular de

²³ Pi-Suñer Llorens, Antonia, Introducción, en *Historiografía Mexicana*, México, UNAM, 1996, t. IV, p. 17.

²⁴ Archivo ALCL, Sección de Materiales Diversos. Mecanuscritos, listas de trabajos del ateneísta.

²⁵ Castillo Ledón, Luis, “Orígenes de la novela en México”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, MNAHE, 1922, 4ª época, t. I, pp. 199-206.

²⁶ *El Universal*, 3 y 24 de mayo de 1925, primera sección, pp. 3 y 11.

concebir su trabajo intelectual. Sin abandonar la prosa, a la que toda su vida le sería fiel, se pudo advertir en estas prácticas, el primer antecedente, ya más formal, de su gusto por lo histórico, evidentemente, no por ello habría de dejar de lado su preferencia artística, mientras seguía formando parte del mundo capitalino de las letras.

Capítulo IV. Luis Castillo Ledón historiógrafo y ateneísta.

IV.1. Hacia los “trabajos de mayor seriedad y empuje”. Su ingreso a una institución científica: el Museo Nacional.

El testimonio de Beatriz Castillo Ledón confirma que, desde la estancia de su padre en la Biblioteca Nacional y, puede decirse que a la par de que hacía *Savia Moderna*, ya se interesaba por practicar la Historia; otro de sus recuerdos indica que, ante el ofrecimiento de un mejor puesto en la Biblioteca, el futuro ateneísta manifestó su preferencia por ser trasladado al Museo Nacional (en adelante el Museo). Todo indica que su deseo le fue concedido, pues antes de terminar 1907 llegó a laborar “para dedicar sus talentos a trabajos de mayor seriedad y empuje”¹, como lo expresara Luis G. Urbina en la publicación *Cervantes* en Madrid, al referirse al abandono en que dejara Luis Castillo a los versos, aludiendo claramente a su nueva ocupación en el Museo.

Las tareas realizadas por Luis Castillo, a partir del 28 de septiembre de 1907², habrían de estar, ahora sí, dirigidas formalmente a la Historia y de quedar englobadas todavía en el empeño decimonónico de dar prioridad a la recopilación de documentos para difundir los testimonios de ahí extraídos. Esto se advierte en el nombramiento recibido: Encargado de reunir documentos para una obra monumental en el Museo, y también en las actividades asignadas específicamente a él: colección, revisión y dirección de la copia de documentos históricos³. El mismo documento permite reconocer, además, que sus actividades seguían relacionadas con los quehaceres de la edición practicados desde su adolescencia, pues revela que en el Museo se ocupó también de corregir pruebas de imprenta.

Tanto el documento personal del archivo ALCL, como el del archivo AHMNA dan evidencia para asegurar que Luis Castillo no llegaba esta vez a un peldaño inferior, sino

¹ Archivo ALCL. Sección Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

² Archivo ALCL, Sección de Materiales diversos. Manuscritos, currículum vitae.

³ Archivo AHMNA, Vol. 12, 1907-1908, p. 219.

como encargado de un equipo de trabajo con una actividad muy específica y, por tanto, como responsable de rendir el informe correspondiente. En él, su firma aparece escrita con esa caligrafía de sabor ya antiguo; estampada, en esta ocasión y de manera definitiva, con su nombre completo: Luis Castillo Ledón, tal como hoy se le suele identificar. En ello se puede entrever la confirmación de una nueva etapa de su vida, pues nunca volvió a firmar ningún trabajo únicamente con su apellido paterno. Su mismo libro de versos sería editado ya con su nombre y apellidos completos, como parte de esa nueva faceta, cuando confesaba haber perdido la fe en realizar versos.⁴

Aquel informe fue entregado para cumplir “con lo prevenido en el artículo 34 del Reglamento vigente...”, y gracias a él se conoció cómo estaba integrado aquel equipo; a la llegada de Castillo Ledón al Museo, trabajó con dos personas más. Una de ellas fue el Lic. Vicente de P. Andrade (1844-1915), quien había sido discípulo de Joaquín García Icazbalceta⁵. Andrade, diecinueve años menor que su maestro, era sacerdote y, como gozaba de una canonjía, pudo continuar con la obra iniciada por el sabio al morir éste. Castillo Ledón llegó a trabajar al Museo Nacional en 1907, cuando tenía veintiocho años, en tanto que Andrade tenía sesenta y tres, además de una vasta experiencia en el trabajo de documentos. El canónigo es hoy reconocido como editor y bibliógrafo⁶. El otro miembro del equipo fue Elías Amador (1848-1917), quien ya había cumplido cincuenta y nueve años y, desde luego, también tenía experiencia en asuntos históricos, pues publicaba sobre ellos en periódicos, revistas y folletos. Gracias a su empeño ha sido reconocido en la actualidad como historiador y aparece registrado como tal en la *Enciclopedia de México*.

El trabajo realizado por aquel equipo respondía en parte a las actividades ya muy propias del Museo: la elaboración de algunas publicaciones sobre sus materias; esta vez,

⁴ Castillo Ledón, Luis, *Lo que miro...*, Introducción.

⁵ González, Luis, *fuentes de la historia contemporánea de México*. Libros y folletos I. México, El Colegio de México, 1961. Estudio preliminar, p. XXIX.

⁶ “Andrade, Vicente de P.” en *Enciclopedia de México*, t. I, p. 303.

además, se preparaban obras monumentales con un objetivo muy particular. En 1907, se inició la compilación conocida como *Documentos históricos mexicanos*, para contribuir a la conmemoración del primer centenario de la Independencia de México. Esta obra estuvo dirigida por Genaro García, quien era para entonces el responsable del Museo, aunque del Paso y Troncoso, que había partido a Europa para desempeñar una comisión, seguía figurando como su director. La obra, según lo aseguró el propio Genaro García, estaba proyectada en dieciocho tomos, y se requería llevar a cabo una búsqueda minuciosa de documentos en archivos y bibliotecas, tanto de la ciudad de México como de determinados estados de la República⁷.

Castillo Ledón y su equipo trabajaron en el Archivo General de Notarías, y en los Archivos del Sagrario Metropolitano, de la Escuela Pública licenciado Verdad, de la Parroquia de San Miguel Arcángel y del propio Museo, de acuerdo con los datos hallados en un artículo titulado *Juicio sobre una obra del museo*⁸, emitido por Herbert Eugene Bolton, historiador de E. U., quien por estos años realizaba en los principales archivos de México uno de sus trabajos.⁹ Gracias a él supe que el equipo ya estaba integrado antes de la llegada del *ex-savio*; además, identifiqué algunas características de su conformación y conocí la participación de algunos artistas, como fue común en la edición de esa época, y a la que estaba tan acostumbrado el novel hombre del Museo.

Cuando Castillo Ledón llegó al Museo, ya se contemplaba la búsqueda indicada en los estados. Así se dio fe en *El Imparcial*, según el cual el proyecto comenzó desde el 23 de noviembre de 1907, de acuerdo con estos datos, llevaba tres meses de haberse comenzado; de ahí se desprende que Castillo Ledón se incorporara a él directamente. En el mismo

⁷ García, Genaro, *Documentos históricos mexicanos*, ed. facsimilar, México, INEHRM, 1985, (1ª. Ed., 1910).

⁸ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

⁹ Bolton Herbert, Eugene, *Guía de los Materiales para la Historia de los Estados Unidos en los principales archivos de México*. Washington: Carnegie Institution of Washington, 1913, en www.biografiasyvidas.com/biografia/b/bolton.htm [Consultado el 22 octubre de 2009].

diario se consignaba ya su participación y la comisión que tuvo para trabajar en otros estados de la República:

Aprobados que fueron los gastos correspondientes, quedaron designados los trabajos y se hicieron las instalaciones respectivas de oficinas, nombrándose el personal de empleados necesario y comisionándose a Don Luis Castillo Ledón y Don Elías Amador para buscar documentos en el Archivo General de la Nación, y al señor Canónigo Don Vicente de P. Andrade en Bibliotecas particulares, labor que vienen desempeñando con toda asiduidad desde hace tres meses. Los dos comisionados oficiales seguirán buscando después documentos en el Archivo del Ayuntamiento de México, y en los archivos y bibliotecas de Puebla, Guadalajara, Morelia, Querétaro y otras ciudades importantes en la época de nuestra Independencia, así como en la biblioteca del Sr. Don Agustín Rivera, de Lagos, y de otros participantes eruditos que residen en los Estados¹⁰.

En su nuevo trabajo, Castillo Ledón convivió nuevamente con gente dedicada a la cultura y a las letras. Algunos se ocupaban de labores específicas del Museo, entre ellos: Nemesio García Naranjo, quien también era *ex-savio* y Secretario de dicho museo. No sólo estaba ahí quien escribía, sino otra vez se encontró con el trabajo de algunos artistas: Antonio Cortés, egresado de la Academia Nacional de Bellas Artes, y algunos dibujantes más; había también fotógrafos y fotógrafadores.

Fue entonces cuando se encontró con José María Velasco, como dibujante, quien había sido maestro de algunos de los artistas *ex-savios*, pero no sólo eso. Velasco, era uno de aquellos hombres de letras de antaño, culto, cuyas actividades habían sobrepasado su quehacer artístico. Las relaciones de los hombres letrados con la ciencia y el arte seguían su curso y Castillo Ledón las había vivido ya en Guadalajara; en la capital volvieron a hacerse presentes, dado que en el Museo convivía el interés por las antigüedades y la ciencia natural.

Castillo Ledón conocía bien todo aquello. El artista Antonio Cortés no sólo se encargaba de una sección en aquella institución científica, sino que fue otro de los dibujantes de la publicación monumental que haría el Museo y en la que trabajaba el

¹⁰ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

tepiqueño, según se manifestó en el mismo ejemplar de *El Imparcial*: “los tomos llevarán cornisas, iniciales adornadas y finales de capítulos hechos por los artistas Don Félix Parra, Don Adrián Unzueta, Don Antonio Cortés y Don Daniel del Vallle”. El fotograbador iba a ser Augusto Buznego y el personal tipográfico habría de estar dirigido por Luis Corona, uno de los viejos tipógrafos de México”. Velasco, Unzueta y Corona habían sido laureados con premios importantes por su colaboración en la Exposición Histórico-Americana, realizada en Madrid en 1892, dirigida por el todavía director “en misión” del Museo: del Paso y Troncoso y sus triunfos eran bien conocidos, a pesar del paso de los años.

Por otro lado, algunos de sus compañeros no sólo eran empleados, sino estudiantes de las materias impartidas novedosamente por el Museo y dirigidas a la Historia y a algunos otros campos, reconocidos hoy como parte de la antropología, ya no a las ciencias naturales. Ignacio B. del Castillo, quien fuera también gerente de la colección *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*¹¹, era alumno de las clases de Historia desde 1906¹². Entre los maestros no faltaron también algunos conocidos, pues, por ejemplo, Juan José Tablada de la *Revista Moderna* sustituyó aquel año a Jesús Galindo y Villa en la clase de Arqueología. Castillo Ledón no debió sentirse del todo extraño en aquella comunidad, donde todavía compartían espacios la historia natural y las especialidades que estaban en vías de redefinir la función del Museo.

La juventud, el entusiasmo y el prestigio ganado hasta entonces en el mundo de las letras debieron facilitar a Castillo Ledón su trato con Andrade y Amador, mayores que él y hombres experimentados en las labores del Museo. Andrade representaba la continuidad del rescate documental iniciado por García Icazbalceta y sus contemporáneos, labor que le fue reconocida por Luis González en 1961. González aseguraba que Andrade, junto con Francisco del Paso y Troncoso, Manuel de Olaguíbel y Nicolás León, trabajó

¹¹ “Castillo, Ignacio B. del”, *Enciclopedia de México*, t. 2, p. 416.

¹² AGN, Ramo Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, Exp. 2, núm. 218.

“intensamente y sus publicaciones contribuyeron a sentar las bases para conocer la ciencia desarrollada por los antepasados durante la época colonial”¹³. El informe presentado por Castillo Ledón permite sostener que la compilación emprendida en 1907 por su equipo respondía a una nueva etapa de búsqueda en el acontecer nacional. El trabajo estaba dirigido, esta vez, a “impresos de la época de la Independencia”, y no tenía ya como meta ni el México antiguo, ni el colonial: a este nuevo y formal empeño se incorporó Castillo Ledón.

La ampliación de etapas históricas específicas abordadas oficialmente en el Museo, reafirma el hecho de que, aparte de la intención gubernamental —la más subrayada hasta hoy— era natural que hubiera continuidad entre la obra de García Icazbalceta y sus contemporáneos, y aquella emprendida, ya entrado el siglo XX en el Museo Nacional, donde seguía vigente el gran interés que había por la documentación. Sobre todo, debe considerarse que había experiencia y existían ya ciertos lineamientos para trabajar documentos de archivo, a juzgar por el reconocimiento dado hoy a García Icazbalceta, con respecto a su familiaridad “con las operaciones críticas que se comenzaban a practicar en la historiografía científica erudita”¹⁴, situación que no fue ajena al Museo. Luis Castillo, al trabajar con Andrade, abrevó de esa experiencia y participó en ella.

Luis González tipificó también a Andrade como “historiador científicista o erudito”. Antonia Pi-Suñer compartió, en 1996, el señalamiento hecho por Luis González, al llamar también a García Icazbalceta y a sus contemporáneos “hombres científicistas o eruditos”, pero ella aclaró que el término era: “para no confundirlos con la escuela que realmente

¹³ González, Luis, *Fuentes de la historia contemporánea de México*. Libros y folletos I. México, El Colegio de México, 1961. Estudio preliminar, p. XXIX.

¹⁴ Montoya Rivero, Patricia, “Joaquín García Icazbalceta”, en *Historiografía Mexicana*, México, UNAM, 1996, vol. IV, p. 399, confirma que este sabio mexicano estaba familiarizado con las operaciones críticas que se comenzaban a practicar en la historiografía científica erudita.

siguió el positivismo en todos sus postulados”¹⁵. La erudición de aquellos hombres no comulgaba forzosa o únicamente con el positivismo. El afán de buscar, autenticar y recopilar documentos fue, según Pi-Suñer, casi la razón de vida de García Icazbalceta y de otros hombres cultos más, como Juan E. Hernández y Dávalos (1827-1893) a quien distingo por dirigir su trabajo hacia documentos modernos, de su propio siglo, como ya señaló Pi-Suñer. Hernández y Dávalos se dio a la tarea de reunir documentos correspondientes a la Independencia desde el propio siglo XIX, etapa abordada formalmente por el Museo en 1907, cuando Castillo Ledón llegó a trabajar con Andrade y Amador.

Por tanto, puedo sostener que Castillo Ledón se sumó al trabajo emprendido por Andrade, y que ambos continuaron el iniciado por Hernández y Dávalos. Aquellos eruditos y pioneros de la historiografía moderna, de acuerdo con las opiniones de González Peña, abordadas en el siguiente inciso, y de nuestros historiadores contemporáneos, fueron hombres de grandes empeños en la investigación del pasado. Enrique Florescano aseguró, en 1997, que a estos eruditos “se debe el rescate sistemático y riguroso de la historia antigua y colonial”, y que su llegada al Museo era un aporte que no se había considerado¹⁶. Lo innegable es que, al sumarse a aquellas labores, Castillo Ledón recibió la herencia y compartió el compromiso de aquellos empeños intelectuales del siglo XIX, concentrados ahora en una nueva etapa histórica: la Independencia.

IV.2. La Historia, un campo literario propicio para el trabajo intelectual.

Castillo Ledón entró al Museo cuando la vida intelectual en la ciudad de México gozaba de algunos de los beneficios del “orden y progreso” imperante; llegó, aparentemente, en un ambiente distinto al vivido por quienes le habían antecedido e impulsado los asuntos

¹⁵ Pi-Suñer Llorens, Antonia, “Introducción”, en *Historiografía Mexicana*, México, UNAM, 1996, vol. IV, p. 22.

¹⁶ Florescano, Enrique, *El Patrimonio Nacional de México II*, México, CONACULTA y FCE, 1997, p. 156-157.

históricos en los momentos más difíciles del siglo anterior. Convencido, al igual que aquellos antecesores —como lo había mostrado en *Savia Moderna*— de participar en la creación de una cultura nacional, el *ex-savio* se sumaba ahora a las labores de este establecimiento oficial, vivamente interesado en aquellos quehaceres.

Coincido con quienes han escrito sobre Castillo Ledón cuando afirman que, después de la Biblioteca Nacional, llegó a laborar al Museo, aunque cabe precisar que entró a trabajar en él antes de que fuese declarado Museo Nacional de Arqueología, Historia e Etnografía, y cuando todavía llevaba el nombre de Museo Nacional. La llegada del *ex-savio* tepiqueño al Museo en 1907 y sus primeras labores de Historia, entre los años 1907 y 1910, o sea, este último, año que hoy se asigna a la Revolución como límite convencional, lo sitúan claramente como participante de un periodo cuya relevancia, tanto para la historia como para el Museo, ha sido señalada y reconocida, lo mismo por intelectuales del propio tiempo, como confirmada después por autores contemporáneos.

Para estos años, la Historia ya tendía a definirse como un quehacer independiente, aunque era cultivado, como se ha señalado, por los hombres de letras. No resulta extraño, pues, que esta tendencia a la definición de la Historia se manifestara precisamente por un literato, contemporáneo del *ex-savio*. Fue en el libro *Historia de la Literatura Mexicana*, donde el hoy conocido miembro del Ateneo de la Juventud y novelista Carlos González Peña, plasmó su punto de vista acerca del trabajo de los historiadores, caracterizándolo en periodos apegados a la historia política del país. Específicamente en la Quinta Parte de su libro, en el capítulo IV, titulado “La Historia y otros géneros en prosa”, González Peña señala que, de 1867 a 1910, esta disciplina había seguido nuevos rumbos¹⁷. Manifestó convencido que estos nuevos horizontes distaban, en mucho, de la labor emprendida en el periodo anterior, ubicado entre la Consumación de la Independencia y el año de 1867. A

¹⁷ González Peña, Carlos, *Historia de la Literatura Mexicana. Desde sus orígenes hasta nuestros días*. Con un apéndice elaborado por el Centro de Estudios Literarios de la UNAM. México, Porrúa, Col. Sepan cuantos, 1990, núm. 44, pp. 235-247.

decir de González Peña, este periodo se caracterizó porque las propias condiciones de quienes se habían ocupado de la Historia, los habían mantenido estrechamente unidos a la política de su momento, por ser participantes directos de la escena nacional. Por ello mismo habían sido cronistas y comentaristas de sucesos contemporáneos, y, aunque señaló que difícilmente se habían sustraído a pasiones de partido y arrebatos de la emoción, fueron reconocidos por el historiador de la literatura, como historiadores, ya que en sus páginas “resplandece a menudo, con claro fulgor, la verdad”¹⁸.

González Peña, al asignar el nuevo periodo de 1867 a 1910 dentro de la Literatura mexicana, lo asoció esta vez con la Restauración de la República, precisamente el año en que se nombró como director del Museo Nacional al poeta, dramaturgo, periodista y pedagogo Ramón I. Alcaraz, y lo cerró en 1910, con la Revolución, aunque para ese año no dejaba aun la presidencia Porfirio Díaz. González Peña consideró el desarrollo literario de estos cuarenta y tres años, como producto de las hondas transformaciones de tipo político, económico y social, donde la labor intelectual comenzaba a desarrollarse en una senda separada del camino emprendido por la acción política, justo al amparo de una paz prolongada; largo periodo, durante el cual la lírica alcanzaría “su más bella y acabada expresión.” Y en aquella nueva búsqueda, señaló el historiador, fue donde Altamirano inició la creación de una “lírica nacional”; los participantes lograron depurar el romanticismo predominante y dar principio a la noble tendencia de sentir con “sinceridad y de expresar con verdad”.

Parte importante de esa búsqueda la habían hecho, según lo mencionado por González Peña, Altamirano y sus seguidores, y consistió en diversificar la influencia española; estos hombres se negaban a aceptar un único ejemplo, de manera que su curiosidad los llevó a conocer literaturas extranjeras. Castillo Ledón no era ajeno a ello,

¹⁸ *Ibidem*, p. 171.

pues habría de declararse reverente de Altamirano, a quien consideraba “un Sócrates de nuestra íntima sabiduría” y de quien sentía haber aprendido su ciencia¹⁹. Sólo que, al nutrirse la lírica en las literaturas modernas, la poesía clásica había decaído y, ante ello, manifestó González Peña, los poetas del postromanticismo, en su propia inquietud produjeron en las letras el Modernismo.

Entre las influencias literarias de este movimiento, González Peña consignó el romanticismo tardío, así como el parnasianismo y el simbolismo franceses. Y dentro de esta corriente estaban colocados los hombres que habían sido bien recibidos en *Savia Moderna*: Gutiérrez Nájera, Justo Sierra y Luis G. Urbina. Todos ellos estaban relacionados con Altamirano; Sierra había sido alumno de Altamirano y vivió más que Gutiérrez Nájera, en tanto que Luis G. Urbina ha sido considerado sucesor de Gutiérrez Nájera²⁰. De acuerdo con la misma *Historia de la Literatura* y con González Peña, Sierra sería el sucesor de Altamirano en la dirección espiritual de las generaciones jóvenes.

González Peña se asumió, y asumió a su generación, en su *Historia de la Literatura* como parte integrante en la conformación de la literatura nacional, para lo cual, señaló, siguió el consejo de Sierra. Aseguró que:

...paso a paso tomábamos, diseñábamos un contorno peculiar, que nuestra orientación francesa nos servía para desprendernos definitivamente del aspecto y de las imitaciones españolas, y que limpiábamos con un baño de arte nuevo, con el arte espléndido de la poesía y de la prosa galas, nuestras empolvadas imágenes, nuestros rancios prejuicios, nuestros viejos moldes castellanos. Purificar el estilo, hacerlo cada vez más castizo y límpido, conservar fundamentalmente nuestro carácter novohispanico, para abrir a los cuatro vientos del espíritu nuestra curiosidad, y renovar ideas y formas, de acuerdo con nuestro desarrollo cultural y social.

Al retomar al autor ateneísta de la *Historia de la literatura*, observo que, si bien aceptó que había habido excesos en este movimiento, se inclinó por declarar que el modernismo produjo una honda renovación en la lírica mexicana de esos años: “Depurado,

¹⁹ Archivo de Relaciones Exteriores, Archivo de Amalia de Castillo Ledón, Caja 7, Exp.127, *El Universal*, 4 de noviembre de 1944.

²⁰ “Gutiérrez Nájera, Manuel”, en *Diccionario Porrúa. Historia, Biografía y Geografía*, T. G-O, p. 1359.

adaptado, incorporado, por decirlo así, al genio nuestro, evidente es que renovó, que enriqueció, que dio una fisonomía bella y original a la poesía mexicana.” Aseguró, además, que, gracias al Modernismo, la América española había ingresado definitivamente en las corrientes literarias de Europa. Dos aspectos más relacionados con la Historia e indicados en este estudio fueron los siguientes: uno, el señalar que el modernismo no sólo influyó en la lírica, sino en la prosa, y otro, que, para la primera década del siglo XX, la literatura mexicana, como tal, había, llegado a su apogeo.

Si bien durante aquel periodo de esplendor, la literatura política había decaído, otros géneros se habían enriquecido, y algunos de ellos de manera muy afortunada. En este sentir de ser participante activo de la creación, ya no sólo de una literatura nacional, sino de una cultura nacional, estaría presente la generación a la que se refería González Peña. Castillo Ledón, se integró, precisamente, a uno de esos otros géneros de la literatura, que González Peña habría de reseñar de manera particular: la Historia.

Parecería entonces, que las palabras seductoras de Ignacio Manuel Altamirano acerca de la Historia, plasmadas en otro de los órganos de aquellos hombres de letras, *El Renacimiento* desde 1869, seguían hallando campo fértil en algunos jóvenes descendientes de Altamirano (1834-1893), entre quienes estaba Castillo Ledón. Así se expresaría Altamirano: “Hay algo más para los jóvenes estudiosos de México que hacer versitos y novelas. Hay la historia, que nos brinda sus ricos tesoros desconocidos y que cuando se exploten enriquecerán al mundo, como lo han enriquecido los metales de nuestras minas”²¹.

Castillo Ledón, ferviente seguidor de Altamirano, parecía haber leído y retomado su arenga; en el Museo Nacional se atendía la Historia, pero el tiempo que parecía propicio para ella en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, habría de tomar nuevos caminos, donde las discordias internas y la guerra civil volverían a manifestarse. En los

²¹ González Peña, Carlos, *Historia de la Literatura...* p. 171.

inicios del siglo XX, Castillo Ledón, reconocido ya como literato, tendría su propio encuentro con los terrenos intelectuales que le serían satisfactorios, mas su entorno le haría presente, al igual que a sus antecesores, también, la necesidad de una concepción propia de la nación, de su cultura, y de lo imprescindible de la política en la vida de un hombre letrado.

González Peña caracterizó el trabajo histórico de 1867 a 1910, como aquél que dejaba atrás la época tumultuosa y apasionante de esos años donde los historiadores, inmersos en el ardor de la contienda, se habían visto solicitados más por el presente que por el pasado. Quienes se dedicaron a la Historia después de 1867, manifestó el autor de *Chiquilla*, no eran ya espíritus atormentados por la pasión política, sino que entonces “Surgieron los grandes investigadores”, cuando ya estaba presente algún “pensador artista que ensayara coordinada, armoniosa obra de síntesis. Apareció la breve crónica pintoresca. Críticos de la historia llevaron a cabo trabajos de restitución o rectificación”.

Con historiógrafos como García Icazbalceta, explica González Peña, se había iniciado entonces: “una nueva manera de actividad en la investigación y estudio de nuestra historia, mostrando que en ésta no todo —y ni siquiera lo principal— lo constituyen los hechos militares y políticos; sino que hay que ir más a fondo, adentrar en el conocimiento de las costumbres, de la cultura y aun en los mínimos aspectos de la vida de otros tiempos, y presentar, acabado y completo, el cuadro de la civilización, para darse cuenta del proceso formativo y de las vicisitudes de un pueblo”. Por lo tanto, los tres primeros años de Castillo Ledón en el antiguo Museo Nacional, se ubicaron en esta determinante etapa señalada por González Peña. El tepiqueño debió estar orgulloso de su colaboración en dicho periodo, pues en 1924 aseguró haber entrado al Museo desde 1907, a desempeñar “diversos puestos de importancia entre su personal”²².

²² Castillo Ledón, Luis, “Advertencia”, en *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1825-1925. Reseña histórica escrita para la celebración de su primer centenario*. México, MNAHE, 1924, p. V.

La trayectoria de quienes cultivaron los aspectos históricos ha sido estudiada en la actualidad por nuestros historiadores contemporáneos. Entre sus estudios está la edición *Historiografía Mexicana*, de la UNAM, donde los años abordados por González Peña, 1867-1910, quedaron reestructurados en dos partes: una, publicada ya en el volumen titulado “En busca de un discurso integrador de la Nación”, donde se refiere dicha actividad entre los años 1848 y 1884; otra, correspondiente a los años de 1885 a 1910, cuya conclusión está pendiente, y ya ha sido enunciada bajo el nombre de “La etapa fundacional de la escuela histórica mexicana”. El título deja ver más claramente la atribución del inicio formal de dicha escuela, concedida al periodo que, como el de González Peña, incluye los primeros años de actuación de Castillo Ledón. Estos estudios permiten advertir la relevancia del momento en el que participó el tepiqueño en el Museo, institución de la estructura estatal que innegablemente se ocupó por esos años de las tareas históricas en el país.

Como se advierte, la importancia de ese periodo no sólo fue otorgada en su tiempo, sino que comenzó a reconocerse y a confirmarse por los historiadores ya formados como tales, antes de cerrar el siglo XX. La llegada del tepiqueño a una institución tan peculiar, ocupada prácticamente a lo largo del siglo XIX, de la preservación y el estudio de las antigüedades y la historia natural, coincidió con la consolidación de campos concretos de conocimiento, a los que se habían ido dedicando los hombres del Museo, en medio de numerosas vicisitudes de un país en busca de ser reconocido como tal.

Aparte del intento de la UNAM, Florescano es otro de los autores contemporáneos que han reafirmado la importancia concedida por González Peña a los años en los que Castillo Ledón se inició en la Historia e ingresó al Museo. En su caracterización del Museo, Florescano considera también la existencia de un periodo relevante, dado en el transcurso

de los siglos XIX al XX, y comprendido entre 1889 y 1910²³, cuando del Paso y Troncoso dio un impulso extraordinario a las áreas de Historia, Lingüística y Etnología, y del que surgiría, casi al final y efectivamente, el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. En esa caracterización pueden inscribirse las primeras prácticas históricas del *ex-savio*. Sin embargo debemos recordar que del Paso y Troncoso no estaba al frente del Museo en la práctica, ya que permaneció comisionado en Europa, de 1892 al 30 de junio de 1910, por lo que en su lugar estuvieron tres directores interinos o subdirectores: Alfredo Chavero, Francisco M. Rodríguez y Genaro García.²⁴ Con el último habría de trabajar Castillo Ledón.

Florescano, no parece mostrarse en total desacuerdo con González Peña, al hacer notar que el desarrollo científico de las actividades cultivadas en el Museo había sido notable en los años anteriores a la dirección de del Paso, gracias a la llegada de García Icazbalceta y, en general, de otros prominentes intelectuales al establecimiento decimonónico. Aquel importante grupo estuvo formado, de acuerdo con el propio Florescano, por hombres de la talla de Manuel Orozco y Berra (1818-1881), el propio García Icazbalceta (1825-1894), José María Lacunza (1809-1869), José Fernando Ramírez (1804- 1871) y Francisco Pimentel (1832-1893); el precisar las fechas de nacimiento y muerte de estos estudiosos permite notar que García Icazbalceta era de los menores²⁵ y, por ello seguramente, pudo influir, a su vez, en otros más jóvenes, como Andrade, el todavía activo hombre ocupado en documentos al arribo de Castillo Ledón al Museo.

La importancia de todos ellos en este establecimiento de cultura y en la Historia es innegable. Interesante, en torno a los años de llegada de Castillo Ledón al Museo, resulta el

²³ Florescano, *op. cit.*, p. 158.

²⁴ *Catálogo del Archivo Histórico (1831-1936)* del Museo Nacional de Antropología, Ed. INAH, CONACULTA, México, 1992, p. vii. Debo hacer notar que una fuente importante para estos datos fue tomada de la reseña mencionada y realizada por Castillo Ledón en 1924. También AGN, Fondo de Instrucción Pública y Bellas Artes, diversos expedientes de la caja 287.

²⁵ Antonia Pi-Suñer, *op. cit.*, considera a Orozco y Berra y a Icazbalceta como miembros de dos generaciones diferentes.

que Florescano, al comentar y prolongar esta relevancia, señale que, siguiendo la misma línea de trabajo de los grandes, participaron hombres de una siguiente generación, donde precisamente incluye a del Paso y Troncoso. Más que miembros de una generación, podría optarse por señalarlos como grupo de hombres coincidentes en brindar sus esfuerzos en un objetivo común: la recuperación del pasado sobre bases rigurosas. Este siguiente grupo estuvo formado, de acuerdo con Florescano, por los siguientes nombres: Francisco del Paso y Troncoso (1824- 1916), Alfredo Chavero (1841-1906), Vicente Riva Palacio (1832- 1896), Antonio Peñafiel (1839- 1922), Juan E. Hernández y Dávalos (1827- 1893), Genaro García (1867- 1920), Antonio García Cubas (1832- 1912) y Justo Sierra (1848-1912). El recurrir nuevamente a sus ciclos de vida, para advertir más claramente las diferencias cronológicas entre ellos, me permitió entrever las prácticas de coincidencia en los empeños de la Historia y las influencias que pudieron tener sobre sus contemporáneos y seguidores, entre quienes se hallaba Castillo Ledón. Al plantear Florescano estos dos grupos, observé que algunos de los actores del segundo grupo podrían incluirse entre aquellos que formarían parte, en la planeación de la historiografía de la UNAM, de la “etapa fundacional de la escuela histórica mexicana,” en la que también estaría contemplado el tepiqueño.

Castillo Ledón era más joven que todos los del segundo grupo; de hecho, pertenecía a una “generación” posterior, que sería, específica y formalmente, reconocida más tarde como de *Savia*, del Centenario o del Ateneo; como hombre culto de su tiempo no pudo ni escapar al influjo ejercido de aquellos hombres ilustres, como lo aceptó el ateneísta González Peña, ni tampoco —debe precisarse hoy— evadir el interés por la recuperación del pasado. El tepiqueño compartía totalmente la intención de profundizar en el conocimiento de la cultura, y, en los hechos, ya lo venía realizando. Gustoso y decidido, debió hacer suya la necesidad de colaborar en el establecimiento de un “cuadro de la civilización” de México, a fin de conocer el proceso histórico del país. El futuro ateneísta

parece haber concebido, al elegir dicho campo, al igual que lo hizo Dilthey en Europa, que todo saber debía analizarse a la luz de la Historia²⁶; sin duda, tuvo en común con él la idea de que sin esta perspectiva el conocimiento y el entendimiento sólo podían ser parciales. La Historia se había convertido en la materia guía de las actividades del Museo, y así lo comprendió Castillo Ledón bajo las órdenes de Genaro García, aunque también a la luz de sus propias ideas, pues seguiría en el Museo, después de finiquitada la presidencia de Díaz.

Al llegar al Museo, Castillo Ledón pudo conocer todavía a algunos de aquellos intelectuales señalados por Florescano en el segundo grupo. Del Paso y Troncoso era todavía el director; trabajó también con algunos personajes más, no citados por Florescano, pero sí por González Peña, como Vicente P. Andrade o Nicolás León. Asimismo, debo hacer notar que, desde antes de llegar al Museo, ya había tratado a dos de los hombres citados en el segundo grupo, ligados a la literatura y, por ende, a la Historia: Justo Sierra y Alfredo Chavero, según se desprende de la información del archivo ALCL y de la participación que tuvieron entre los patrocinadores de *Savia Moderna*²⁷.

IV.3. Precisión de los objetivos del Museo Nacional. Impulso de los cursos de Historia. Castillo Ledón, alumno.

A Castillo Ledón mismo le tocaría retomar, unos años más tarde, la dirección del trabajo dejado inconcluso por del Paso y Troncoso²⁸; es indudable que conoció bien las circunstancias vividas por el Museo cuando recién llegó a él. El director “en misión”, registrado hoy como “Prócer de la cultura mexicana”, representaba claramente los cambios por los que pasaba el Museo Nacional. Del Paso y Troncoso había sido de los primeros alumnos de Gabino Barreda, y, aunque había estudiado medicina, al hacer su tesis sobre botánica “tanto profundizó en la investigación que en lugar de recibirse se consagró por

²⁶ Dilthey, Wilhelm en es.wikipedia.org/wiki/Wilhelm_Dilthey – [Consultado el 23 de octubre de 2009].

²⁷ Mientras Sierra aparece entre las referencias autorizadas de Sierra & Fernández, electricistas titulados, Chavero figura como vicepresidente del consejo de administración de La Fraternal, compañía de seguros de vida y accidentes. Ver anuncios respectivos en los núms. 1 y 4 de *Savia Moderna*.

²⁸ Archivo AHMNA, vol. 66, exp. 7, ff. 42-101.

entero a la indagación del pasado”²⁹. La necesidad de conocer el pasado, de hacer Historia, involucraba a hombres dedicados a la literatura, aun si todavía entonces se incorporaban aquellos que, desde la ciencia biológica, advertían la necesidad de aquella tarea concreta. Considerado en la actualidad como historiador y arqueólogo, del Paso contribuyó, con toda certeza, a dar mayor cobertura y a propiciar una nueva visión sobre los campos históricos a los que ya se dedicaban diversos hombres en el Museo Nacional.

Si bien Castillo Ledón no trató directamente con del Paso y Troncoso, llegó al Museo en los últimos años en que aquel hombre seguía siendo el director oficial. Por otro lado, se relacionó con tres más de aquellos citados por Florescano. Tanto Justo Sierra como el propio Chavero eran miembros destacados de aquel mundo ciudadano de las letras al que se incorporó Castillo Ledón cuando llegó a la ciudad de México. Sierra y Chavero gustaban de la poesía y el periodismo, y, sin duda, ambos veían con buenos ojos a los jóvenes. A Genaro García, en cambio, parece haberlo conocido al entrar al Museo; los tres son reconocidos en la actualidad como historiadores activos, más que como literatos, si bien no hay duda de que se dedicaron a actividades diversas durante el gobierno de Díaz. Los tres estuvieron, además, relacionados con aquel impulso al Museo Nacional, tendiente a delimitar su trabajo hacia lo que hoy llamamos patrimonio histórico.

La dirección ejercida por Chavero en el Museo fue, al parecer, la primera que propuso a la Secretaría de Instrucción Pública, a cuyo frente estaba Justino Fernández, el impulsar la enseñanza y las conferencias para el público³⁰. Esta intención no se llevó a cabo: Chavero fue nombrado Inspector dentro del mismo ámbito de la Educación, mas al salir del Museo en 1903, ya había dejado aquel precedente. A Nicolás León, también se le recuerda como parte importante de los antecedentes de la docencia, ya que ese mismo año

²⁹ “Paso y Troncoso, Francisco del”, en *Enciclopedia de México*, México, 1977, t. 10, p. 170.

³⁰ AGN, caja 167 bis, exp. 53.

propuso que hubiera jóvenes pensionados en el Museo³¹. Seguramente los distintos hombres citados por Florescano, en ambos grupos, compartieron el interés por la Historia como una forma de conocimiento y de cultura; todos colaboraron, indudablemente, en el inicio de una escuela histórica mexicana, como se ha previsto en el estudio de la historiografía de México de la UNAM. En este sentido, podría yo añadir que ya existía un grupo consolidado de intelectuales que compartían ideas acerca de la importancia de la Historia.

De hecho, el establecer la docencia en el Museo era un viejo anhelo, en busca de ser llevado a la práctica a lo largo del siglo XIX; así se desprende de un informe, producto de “una minuciosa búsqueda en archivos y libros de este Museo”, titulado *Las clases del Museo Nacional*, rendido años más tarde, en 1932, por el propio Castillo Ledón y conservado en el archivo AHMNA³². La revisión de este documento me permitió advertir que el *ex-savio* no aludió en él a una de sus obras ya publicadas para entonces: *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía 1825-1925. Reseña histórica escrita para la celebración del primer centenario del museo*³³, la cual guarda un trabajo amplio y es utilizado, más de ochenta años después de haber sido escrito, como referencia clásica y útil para conocer el desarrollo del Museo; por ende, hoy recurrimos a esta *Reseña histórica* y al propio informe, para historiar la docencia, como actividad novedosa en los años iniciales del siglo XX.

De este informe se desprende que la docencia pudo tener asiento cuando ya estaba perfilada la redefinición de campos en el Museo, tal como lo pudo observar el *ex-savio* a su llegada a él. Castillo Ledón, quien participó en aquellos cursos, se sentía, para 1932, fuertemente ligado al desarrollo del denominado, ya para entonces, Museo Nacional de

³¹ Galindo y Villa, Jesús, *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Breve reseña*. México, MNAHE, 1922, p. 26.

³² Archivo AHMNA, informe rendido el 28 de mayo de mayo de 1932 al ingeniero José Reygadas Vértiz, jefe del Departamento de Monumentos Históricos, Arqueológicos e Históricos, Vol 83, pp. 1-13.

³³ Castillo Ledón, Luis, *El Museo Nacional*, p. 17.

Arqueología, Historia y Etnografía (MNAHE). Esto explica su defensa de la docencia como parte de él, ante el desconocimiento y las dudas de las autoridades de educación de ese año. La utilidad de este informe rendido por el nayarita, radicó en ofrecer a sus superiores un rápido panorama de la antigüedad de la intención docente, así como de la importancia y brillantez lograda por los cursos, impartidos en el Museo desde 1906.

Evidentemente, los datos proporcionados fueron obtenidos no sólo de documentos del MNAHE, sino de su trabajo editado en 1924, donde incluía un legajo del AGN, y, además, producto de sus propias vivencias. Se remontó en su informe, al igual que en su publicación de 1924, prácticamente cien años atrás para mostrar un acendrado y particular interés del Museo hacia la docencia, manifestado, según su punto de vista, desde sus primeros impulsores, e incluyó en su trabajo editado una serie de reglamentos que daban fe de la historia del Museo, así como de sus antecedentes en la docencia. Castillo Ledón presentó tal asunto, enmarcado en las múltiples dificultades surgidas para instrumentarla en el siglo XIX. Señaló también que, por esas mismas dificultades y a pesar de los precedentes señalados, la enseñanza se había hecho efectiva, ya iniciado el siglo XX.

La información proporcionada por Castillo Ledón en su *Reseña histórica*, consigna el contexto político y educativo en el que surgieron los antecedentes de la docencia. En el informe también dio cuenta, con menor extensión, de los distintos momentos vividos por quienes impulsaron el Museo durante el siglo XIX, aunque tiene la virtud de referirse específicamente a la función docente del Museo. Observé cómo algunos de sus impulsores estuvieron enclavados en las administraciones gubernamentales, y, seguramente por ello, fueron capaces de plasmar su interés en la educación y en la cultura nacional.

Así pues, Castillo Ledón dejó ver en la *Reseña histórica* que la función docente de los campos ahí cultivados estuvo relacionada con la creación del Museo, con el interés por las antigüedades y la historia natural, y con la conformación de campos de conocimiento

específicos, como el de la Historia. Esto resulta todavía más comprensible si se atiende el hecho de que, en la cultura occidental del viejo mundo, algunos de estos intereses y actividades ya habían sido llevados a la práctica. Es evidente que los mexicanos del siglo XIX, interesados en la Historia, estaban al día de lo que ocurría en Europa; Pi-Suñer lo señala así en su estudio introductorio sobre los historiógrafos ubicados en el periodo de 1848 a 1884.

De ahí que, seguramente, no escapaba a su conocimiento el que al principio de esa centuria se había fundado una institución para la enseñanza de la Historia en Europa; muestra palpable de ello es que en México, la creación del primer museo de antigüedades con carácter nacional se dio, justamente, en estos años. He aquí el siguiente párrafo, referido a la Historia como ciencia erudita, y al surgimiento de una primera institución de enseñanza de la citada materia en Europa:

El siglo XIX es un periodo rico en cambios, tanto en la manera de concebir la historia como en la de escribirla. En Francia se la considera como una disciplina intelectual distinta de otros géneros literarios desde el comienzo del siglo, cuando los historiadores se profesionalizan y fundan los archivos nacionales franceses (1808). En 1821 se crea la *École nationale de Chartes*, primera gran institución para la enseñanza de la historia. En Alemania la institucionalización de la disciplina da lugar a vastos corpus que reúnen y transcriben sistemáticamente las fuentes. El más conocido es *Monumenta Germaniae Historica*, desde 1819. La Historia gana una dimensión en erudición, pero también de actualidad. Pretende rivalizar con las demás ciencias, sobre todo con el gran desarrollo que están teniendo éstas³⁴.

Y si se asocia la creación del Museo con la del origen de la docencia³⁵, según los datos proporcionados por Castillo Ledón, se puede ahora hacer un seguimiento de la trayectoria de esa asociación, que no escapó a la rivalidad del desarrollo de las diferentes ciencias que plantea el texto anterior. En el Reglamento de 1826, en el apartado “Empleados”, se consignó la designación de “dos profesores, uno de antigüedades y otro de

³⁴ Siglo XIX: la historia, ciencia erudita, en *Historiografía*, en es.wikipedia.org/wiki/Historiografía [Consultado 5 de octubre de 2009].

³⁵ Florescano, Enrique, hizo esta asociación y señaló el año de 1831 como el del inicio de las funciones docentes del Museo, a las que consideró “previstas desde su fundación”, ver “La creación del Museo Nacional de Antropología”, en *El Patrimonio nacional de México II*, p. 157.

historia natural”³⁶. Este sería el primer antecedente del personal del Museo, relacionado con el conocimiento de las antigüedades.

Debe reconocerse que en dicho reglamento no se hacía alusión alguna a la función académica o docente de los profesores, y, en cambio, sí se logró estipular que tenían a su cargo “Conservar, clasificar y arreglar los objetos de su ramo”, actividades prioritarias en el inicio del Museo, para ambos profesores. Es cierto también que el origen latino de la palabra profesor, no indica forzosamente la acción de enseñar, aunque sí la de quien ejerce una ciencia o arte³⁷; esto implicaba un conocimiento, además de una experiencia por parte de quien ejecutaba el trabajo. El ejercicio de estos profesores se contemplaba en el reglamento al definir sus objetos de trabajo como “las obras maestras de antigüedades y de historia natural”³⁸.

Si bien en el informe de Castillo Ledón se señaló el año de 1831 y no el de 1925, como se había hecho en la *Reseña histórica*, como el antecedente más antiguo, esto no afectó el interés de hacer hincapié en la antigüedad centenaria de la intención docente de quienes laboraban en el Museo. Además, es posible que el *ex-savio* contemplara que fue en 1831 cuando se registró la existencia de un decreto favorable a la docencia, aunque tampoco pudo evitar mencionar lo fallido del intento. Vale la pena resaltar hoy, en los artículos 2º, 3º y 11º del decreto de 1831, la utilización de dos palabras: catedrático y cátedra, en relación con las funciones de antigüedades e historia natural o botánica, pues esta vez, su origen latino sí sugiere con toda precisión la idea de aula o clase, por lo que su designación remite más claramente a la docencia, aunque, como parte de las responsabilidades, tampoco se expresó en sentido estricto. En esta ocasión se usaron los dos vocablos: profesor y catedrático.

³⁶ Castillo Ledón, Luis, *El Museo Nacional...*, p. 12. Hay un error al referir el reglamento en p. 12 como del 3 de mayo, pues en realidad es del 15 de junio de 1826. Véase el Apéndice 2, p. 62. El reglamento fue reproducido también por Guerrero Crespo, en su anexo 1, pp. 203-204.

³⁷ “Profesor”, en *Diccionario Larousse*, p. 842.

³⁸ Reglamento del Museo Nacional, 1826. Castillo Ledón, *El Museo Nacional...* p. 62.

En el mismo informe se aseguró que en 1834, al reglamentarse la Instrucción Pública en el Distrito Federal, el presidente Valentín Gómez Farías creó la plaza de vice-Director a quien se volvió a denominar “catedrático de Historia Natural” en el artículo 322. Al hacer una revisión de este reglamento, también publicado por Castillo Ledón en 1924, pude advertir que, tanto el director como el segundo jefe o vicedirector, tenían obligaciones similares, uno respecto a las antigüedades y el otro en relación con la historia natural, y, en todo caso, por el tono del texto, a ambos se les podría considerar catedráticos³⁹.

Fue al año siguiente cuando Castillo Ledón consignó claramente el inicio de las cátedras del Museo, al escribir: “En 1835 en el mes de febrero se empezaron a dar las cátedras que señalaba la ley”⁴⁰, y, consecuentemente, anotó los nombres específicos de quienes se ocuparon de ellas: la de Historia natural, a cargo de Miguel Bustamante, y la de Historia antigua, impartida por Ignacio de Cubas, a quienes el nayarita consideró los primeros catedráticos oficiales del Museo. Infortunadamente, de los datos de la cátedra de Historia antigua no he hallado información documental complementaria. No sólo Castillo Ledón se refiere a de Cubas como catedrático de antigüedades; también lo señaló como tal Núñez y Domínguez⁴¹; esto pudiera indicar que se trataba de un dato recogido de la tradición oral.

Vale la pena asentar que el propio Castillo Ledón proporcionó más datos acerca de Ignacio de Cubas, de donde se desprende que este hombre ya había estado relacionado, desde tiempo atrás, no sólo con objetos antiguos, sino con documentos, caros instrumentos de la historia⁴². La variedad de las antigüedades guardadas revela un amplio abanico de intereses en el ejercicio de aquel mundo de las letras y su relación con el Museo. En este

³⁹ Castillo Ledón, Luis, *El Museo Nacional...* Apéndice núm. 4, Reglamento para sistemar la Instrucción Pública, en el Distrito Federal, pp. 66-67.

⁴⁰ Archivo AHMNA, vol 83, pp. 1-13. Los mismos datos aparecen en la p. 17 de la *Reseña histórica*, de Castillo Ledón, aunque debe realizarse una lectura atenta, pues el texto podría sugerir equivocadamente el año de 1831.

⁴¹ Núñez y Domínguez, José de Jesús, ¡Las clases del Museo Nacional (1831-1927)!, en *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, 1932. Segunda época.

⁴² Castillo Ledón, Luis, *El Museo Nacional...*, p. 9.

contexto, de Cubas era indudablemente un conocedor y bien pudo haber impartido clases.

Ignacio de Cubas, de acuerdo con la *Reseña histórica* de Castillo Ledón, también había recibido, desde 1821, la orden de impulsar la creación del Museo Nacional Mexicano; esta referencia amplía los antecedentes de creación del Museo, donde sólo se ha reconocido hasta hoy a Lucas Alamán; por otra parte, y en relación con la docencia, el dato se apega todavía más al contexto europeo ya señalado, de impulso a la Historia, y, en cualquier caso, confirma el temprano interés de los intelectuales del siglo XIX por esa fundación. Este mandato debió ocurrir durante el corto plazo en el que Agustín Iturbide fue acogido como jefe de la nueva patria independiente. La vida del Museo no podía escapar a las continuas dificultades a las que se veía sometido nuestro país, y el informe hizo énfasis nuevamente en que éstas impidieron culminar el intento de 1835, propósito que puede ubicarse cuando México se constituyó en República Federal.

Esta figura política, desarrollada también en un ambiente violento motivado por fuertes problemas internos y externos, motivó los continuos cambios presidenciales vividos en esos años: no había aún una Secretaría de Instrucción Pública, pues esta función dependía de la Secretaría de Justicia. Toda aquella interrelación entre la política y el Museo se refleja en lo escrito por Castillo Ledón. Para 1835, fecha que pudo haber resultado determinante en los antecedentes de la docencia, era presidente Miguel Barragán. Los hechos históricos son indicativos de la azarosa vida del país y de su Museo, si se considera que este presidente enfermó y falleció, y, seguramente, con su muerte se interrumpió de nuevo el esfuerzo de aquel periodo por impulsar las cátedras indicadas por el *ex-savio*. El tepiqueño refirió que entre estos años y 1857, el Museo ocupaba un salón de la Universidad, y como ésta sufrió reorganizaciones, e incluso desconocimiento, además de que su edificio fue utilizado para “elecciones, juntas políticas y aun para cuartel”, tal

Museo, a la sombra de la Universidad, apenas dio “señales de vida” en esos años⁴³.

Castillo Ledón hizo en su informe otras referencias interesantes acerca del desarrollo del Museo en el siglo XIX y de la docencia en su seno. Si bien señaló que la Guerra de Reforma y la Intervención francesa obstaculizaron las clases y el propio desarrollo del Museo, también indicó una asignación particular en el cambio del nombre, ahí sí con una aparente importancia mayor hacia la ciencia natural, hecha bajo el imperio: le denominó Museo Público de Historia Natural, Arqueología e Historia, aunque no por ello se negó un sitio específico a las demás funciones que también se realizaban en el Museo. Este intento de Maximiliano no encontraría campo fértil, pues sus criterios no parecían coincidir con quienes le habían llamado a gobernar. El desarrollo del Museo quedó inmerso nuevamente en la lucha por definir un camino para el país. En esa búsqueda, entrada ya la segunda mitad del siglo XIX, y pese a las vicisitudes padecidas, puedo afirmar que el Museo vivía bajo nuevas circunstancias: por una parte, había logrado delinear un antecedente de sus tareas, enfocadas a las antigüedades; por otra parte, pudo allegarse algunos de los personajes citados en el primer grupo indicado por Florescano, como Orozco y Berra; finalmente, pudo obtener un espacio que habría de serle propio. Todo tendía a concretar, pues, una nueva concepción para el Museo.

Por aquellos años, Europa no escapaba a las contradicciones generadas en razón de los distintos pensamientos que inducían a considerar la Historia ya como ciencia pura, ya como arte. En México, durante la fundación del Museo, seguramente siguiendo esa tendencia, narra Castillo Ledón, que estuvieron presentes, al lado del Emperador, los miembros de la Academia de Ciencias y Literatura. Esto confirma que los nuevos campos del Museo podían ser estudiados indistintamente por hombres de ciencia y de arte literario, unidos en la misma academia. Estuvieron ahí personalidades cuya memoria es inseparable

⁴³ Castillo Ledón, Luis, *El Museo Nacional...*, p. 19.

de la Historia: José María Lacunza, Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra, entre otros. El último fue reconocido por Chavero, en su introducción a la Historia antigua, como uno de los hacedores de “una verdadera reforma en nuestra manera de historiar, desechando todo elemento expúreo (sic) y acudiendo a las verdaderas fuentes”⁴⁴. Orozco y Berra, como veremos, también estuvo relacionado con la impartición de clases de Historia.

Como ya señalé, en esos años en Europa se escribían historias: tanto quienes se inclinaban por la Historia como ciencia, como por aquellos que la consideraban un arte. Veamos los nombres de los cultivadores europeos de la Historia, de acuerdo con los datos proporcionados en la citada *Historia erudita para el siglo XIX*: “En Francia, desde 1860, el historiador Fustel de Coulanges escribió *La historia no es un arte, es una ciencia pura, como la física o la geología*. La Historia se encontró entonces, inmersa en el debate de su época, y estuvo influida por las grandes ideologías, como el liberalismo de Alexis de Tocqueville y Francois Guizot”⁴⁵. Estas orientaciones, aparentemente tan distintas, tuvieron gran influencia en los historiógrafos mexicanos; Pi-Suñer, señala obras y autores conocidos en México, incluidos Tocqueville y Guizot. Según la explicación de la *Historia erudita*, fue entonces cuando se fundaron las grandes historias nacionales, al estar los autores ya citados bajo el influjo del nacionalismo; a esta influencia tampoco escaparon los mexicanos, si se considera que Pi-Suñer los definió como creadores de “un discurso integrador de la nación”. En tal influencia también tomaron parte los historiadores románticos, como Agustín Thierry y Jules Michelet, quienes, sin eludir la reflexión y la explotación crítica de las fuentes, no recelaron en explayarse en el estilo y sostener que la Historia constituía un arte. Fue en esta época, según la misma *Historia erudita*, cuando la Historia se “conformó como un instrumento de propaganda al servicio de la formación de los ciudadanos, y continuaría siéndolo durante el siglo XX”.

⁴⁴Riva Palacio, Vicente y otros, *México a través de los siglos*, México, Publicaciones Herrerías, S. A., sin fecha, t. 1, p. 52,

⁴⁵ Historiografía, en es.wikipedia.org/wiki/Historiografía -. [Consultado 5 de octubre de 2009].

Cada historiador tendía a encontrar las cualidades de su pueblo. Michelet escribió la *Historia de la Revolución Francesa* (1847-1853), con la cual contribuyó a la definición de su nación contra la dictadura de los Bonaparte. Los hombres de letras mexicanos, al trato de estas tendencias, desde luego se interesaron también en la formación de ciudadanos. La propia creación del Museo puede verse como producto de “un proyecto ‘grandioso’ de educación pública”, de acuerdo con quienes han estudiado las tendencias educativas de nuestro país, y, particularmente, la educación como un camino adecuado de progreso en el México Independiente⁴⁶. Según estos autores, en ese “admirable proyecto de educación social”, se incluyó la recomendación para crear institutos públicos, proyecto que podría explicar el nacimiento del Museo. Es indudable que en su creación y desarrollo el Museo se consideró un establecimiento científico, aunque también lo es que quienes practicaban la Historia, no eran ajenos a todas aquellas ideas. No en balde Pi-Suñer consideró: “nuestros intelectuales estaban familiarizados con el ambiente intelectual europeo y [...] se mantenían al tanto de las tendencias y metodologías modernas”⁴⁷, y consignó a los historiógrafos como eclécticos.

Del informe de Castillo Ledón se entiende, poco más adelante, que las consecuencias de las guerras mexicanas fueron catastróficas para el Museo y más para establecer plenamente la docencia en él, pues tuvieron que pasar más de cuarenta años para que, al menos los profesores enunciados en el reglamento de 1826, comenzaran a hacerse realidad. Sin embargo, habría que tener en cuenta otros datos que pueden relacionarse con la docencia: en 1834, se estableció, mediante el Reglamento para sistemar la Instrucción Pública, en el Distrito Federal, un Conservatorio de antigüedades mexicanas y la palabra conservatorio, sí refiere un centro de enseñanza y fomento, según su propia definición. En ese mismo reglamento se estableció que quien dirigía el Museo dejaría de llamarse

⁴⁶ Meneses Morales, Ernesto y Liliana Bedoy Lazo, *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*, p. 100-102, en searchworks.stanford.edu/view/1666243 – [Consultado el 4 de enero de 2010].

⁴⁷ Pi-Suñer Llorens, Introducción a la *Historiografía Mexicana*, vol. IV, p. 21.

“Conservador” para convertirse en “Director”, lo que indica el interés por mejorar su estructura y funcionamiento⁴⁸.

Por otro lado, entre los gobiernos de Ignacio Comonfort, de diciembre de 1855, y el de Lerdo de Tejada, al 20 de noviembre de 1876, identifiqué cuatro nombres de personajes enclavados en la Secretaría de Justicia, o bien nombrada ya de Justicia, Fomento e Instrucción Pública, o bien de Justicia e Instrucción Pública, cuya participación confirma el interés más definido que, como hombres de letras, brindaron no sólo a la Secretaría como tal, sino directamente al Museo, como fruto de intenciones educativas y culturales más generalizadoras.

Estos cuatro hombres fueron entusiastas colaboradores en los aspectos educativos: Ignacio Ramírez, José María Iglesias, Manuel Larráinzar y Ramón Isaac Alcaraz.⁴⁹ Éste último debe rescatarse, además, como uno de los directores del Museo, que inclusive ejerció en algunos momentos ambos cargos al tiempo; bien podría considerársele, en estos años, como uno de sus impulsores, pues quedó al frente de él. Si bien los tiempos no eran del todo propicios, es digna de notarse una tarea promotora de cursos de Historia general por parte de Orozco y Berra, uno de los hombres del Museo, sucedido precisamente durante la dirección de Alcaraz. Sin duda, José María Iglesias, hombre destacado no sólo por su interés en la educación, sino específicamente en la Historia, debió mirar con buenos ojos a Alcaraz y, por ello, no pudo estar ajeno al desarrollo ni del Museo ni de la Historia.

Según Castillo Ledón, fue hasta 1867 cuando se nombraron, con independencia de la dirección, dos profesores, precisamente de historia natural, cuyas áreas gozaban de indudable reconocimiento entre los hombres de letras, que, como es innegable, también se ocupaban de la Historia y de otras materias del Museo. Del nombramiento de 1867, puedo

⁴⁸ Castillo Ledón, Luis *El Museo Nacional...* Apéndice núm. 4, Reglamento para sistemar la Instrucción Pública, en el Distrito Federal, p. 66. Si bien desde 1926 se había designado un Jefe o Director del Museo, en el reglamento de 1931 se había vuelto a nombrar como Conservador.

⁴⁹ “Gobiernos de México”, *Diccionario Porrúa Historia, Biografía y Geografía de México*, México, 1986, t. G-O, pp. 1220-1228.

concluir que de nuevo el gobierno mexicano, el juarista esta vez, se preocupó por impulsar las actividades del Museo; en vista de que las condiciones económicas no eran muy halagüeñas, la designación no podía tener grandes alcances.

De hecho, apuntó Castillo Ledón, tanto en su informe como en su *Reseña histórica*, la necesidad de una década más para que las funciones del Museo quedaran establecidas oficialmente. En 1877, bajo la dirección de Gumesindo Mendoza, médico investigador en farmacología, se crearon departamentos específicos de Historia Natural y de Arqueología e Historia, y se nombraron profesores o catedráticos especialistas. Sin embargo, esto sucedió todavía en momentos álgidos de la historia del siglo XIX; después, Porfirio Díaz se impuso en la contienda y fue entonces cuando el Museo viviría, por vez primera, la expectativa de un desarrollo sin precedentes y tan ansiado por los hombres de letras.

Si bien es cierto que las labores históricas practicadas en el Museo se vieron impulsadas con mayor constancia bajo el gobierno de Díaz, quien al lograr consolidarse como gobernante vio la conveniencia de fomentar los estudios históricos, no cabe duda de que este impulso correspondió, en mayor medida, a aquellos hombres que, dentro o fuera del Museo, impulsaban la literatura y la cultura nacional, para quienes la historiografía había cobrado un sentido vital desde años atrás, cuando México se debatía por afianzarse como nación independiente. Mediante la práctica de la Historia se intentó reforzar el sentimiento nacional también desde antes de la llegada de Porfirio Díaz al poder⁵⁰. Los intereses intelectuales y políticos parecían hallar un mismo cauce, el cual sufriría nuevamente diversos tropiezos.

Por todo ello no resulta fácil asegurar que el XIX fuese el siglo de la Historia, al menos no en el Museo. Esto requiere contextualizarse en el ambiente de la época que hoy se ha caracterizado también en México como “La disputa entre ciencias de la naturaleza y

⁵⁰ Esto se muestra claramente en lo expuesto en los volúmenes III y IV de la *Historiografía Mexicana*, impresos por la UNAM en 1997, donde se alude tanto al surgimiento de la historiografía nacional como a la búsqueda de un discurso integrador de la Nación, a lo largo del siglo XIX.

ciencias humanas”, sucedida a finales del siglo XIX⁵¹, disputa o rivalidad en que casi todas las disciplinas académicas tuvieron la ambición de ser consideradas ciencias autónomas. Por ejemplo, la Etnografía defendió también a dicha centuria como suya⁵²; Elías Trabulse, al estudiar la *Historia de la ciencia en México* en el XIX, se ha referido a él como “periodo nacional de la ciencia” y, en su estudio, contempló temas como la flora, la fauna, la paleontología, la antropología, las descripciones geográficas, la pluralidad de lenguas, las ciencias médicas, químicas y astronómicas, la geología o la mineralogía⁵³, que, en buena parte, contemplaban temas preocupantes para quienes laboraban en el Museo Nacional.

Esto puede constatarse en el archivo AHMNA, donde los diferentes documentos ofrecen información sobre el trabajo realizado por los hombres cultos, de letras, del Museo: había secciones y profesores específicos de zoología, botánica, mineralogía, geología, paleontología; también, auxiliares en el herbario y secciones específicas de aplicaciones zoológicas y botánicas, así como labores de taxidermia; tampoco se descuidaban las tareas enfocadas a la historia y a la arqueología⁵⁴. Respecto a los trabajos antropológicos, también consignados por Trabulse, puedo asegurar que ya casi para cerrar el siglo, en 1896, Galindo y Villa, historiador del Museo al igual que Castillo Ledón, consignó la existencia de alguna sección antropológica o bien etnológica, dependientes del Departamento de Historia Natural⁵⁵, tal como puede constatarse en la documentación conservada para este tiempo en el AHMNA.

Por otro lado, debe considerarse que todos estos campos estaban relacionados con el Museo como una institución científica, que no escapaba al cambio del siglo XIX al XX,

⁵¹ Seminario “Problemas epistemológicos de las ciencias humanas”, Universidad Autónoma Metropolitana- Unidad Cuajimalpa División de Ciencias Sociales y Humanidades Departamento de Humanidades. Cátedra “Rudolf Carnap”, en www.cua.uam.mx/files/Programa%20Seminario.pdf –[Consultado 5 de diciembre de 2009].

⁵² Enfoques teóricos en Antropología, en <http://www.antropos.galeon.com/html/teoriasantropo.htm> [Consultado el 6 de diciembre de 2009].

⁵³ Trabulse, Elías, *Historia de la ciencia en México: Apéndices e índices*, México, FCE, 1983.

⁵⁴ Diversos documentos del AHMNA, véanse por ejemplo Vol. 2, exp. 2, f. 3-4, 1872, exp. 23, f.102-103, 1873 y exp. 45, f. 162; Vol. 3, exp. 41, f. 219-220 y Vol. 4, exp. 39, f 236, 1879.

⁵⁵ Galindo y Villa, Jesus, *Breve noticia histórica-descriptiva del Museo Nacional de México*, Imprenta del Museo Nacional, México, 1896.

cuando el paradigma de la cientificidad no estaba ya, sencillamente, monopolizado por las ciencias de la naturaleza, sino en disputa, como lo señalé antes. Todo ello resulta importante para entender las consecuencias habidas en el desarrollo del Museo.

Lo que he podido observar es que el antiguo Museo se dedicaba, al llegar a él Castillo Ledón, al estudio de las antigüedades, vía la Historia, disciplina que, a su vez, se ocupaba de diversas etapas históricas de México, como la Colonia y la Independencia, y no sólo la Historia Antigua. Aún convivían en el Museo los campos hoy relacionados tanto con el patrimonio cultural como con la Historia natural. La historia del Museo Nacional requiere, desde luego, incluir sus distintos campos, abordarlos en su interrelación y en el ambiente conceptual de la época.

Llegado el nuevo siglo, el XX, no sólo se había formalizado ya un Departamento de Historia y Arqueología, sino que la Antropología, al menos la Antropología Física, y la Etnología vivían un proceso de independización de las Ciencias Naturales, si se considera que, efectivamente, habían surgido en su seno. Parecían hacerlo al amparo de los estudios históricos, pues, por ejemplo, en 1892, en la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes encargó a varios de los hombres del Museo, considerados como estudiosos de las ciencias históricas, la organización de la Exposición Histórica Americana, a realizarse en Madrid, en la cual se presentaron objetos arqueológicos, etnográficos y de antropología física, a cubierto de la Historia, que daba sentido al conjunto. Los encargados del evento fueron José María de Ágreda y Sánchez, Alfredo Chavero, Jesús Galindo y Villa, José María Vigil y Francisco Sosa, constituidos en una Junta Colombina de México, presidida por Joaquín García Icazbalceta⁵⁶.

Desde que del Paso ocupó la dirección del Museo, podría decirse que éste dejaba de

⁵⁶ Paso y Troncoso, Francisco del, *Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892*. Catálogo de la Sección de México. Madrid, Tip. Sucesores de Rivadeneyra, Impresores de la Real Casa, 1892, t. I, p. 5.

estar a cargo de hombres ocupados indistintamente en las antigüedades o en las ciencias naturales, y pasaba a manos de hombres interesados en la Historia y en la Arqueología, como el propio del Paso y Troncoso. Mas él mismo, al ampliar el taller tipográfico del Museo, señaló que se impulsaría una nueva serie de publicaciones “Dando a las ciencias históricas toda preferencia, se consagrarán a ellas los primeros trabajos”⁵⁷. Después, el Museo quedaría específicamente bajo la dirección de un hombre dedicado a la Historia, como lo fue Genaro García, quien estaría también al frente no sólo del Museo, sino de las clases de Historia, cuando llegó Castillo Ledón en 1907.

Si bien la Historia no predominó durante todo el siglo XIX en el Museo, era evidente la importancia que había cobrado: en el reglamento de García aparecía en primer término; él mismo, el nuevo conductor del Museo, era historiador. Resulta indudable que, como aseguró Virginia Guedea respecto al siglo XIX, la Historia permeaba los distintos campos del conocimiento humano⁵⁸, incluidos los de las Ciencias Naturales. Se tiene como ejemplo que desde los años de creación del Museo, en Europa, de Candolle, al referirse a las causas físicas que operaban en el tiempo presente y las causas que actuaron en un tiempo pasado, distinguió en la Biogeografía, dos disciplinas hermanas: la Biogeografía ecológica y la histórica⁵⁹. De esta manera, una escala espacio-temporal de análisis determinó la distinción de dichas disciplinas en el devenir histórico de la vida. Todo ello no podía pasar desapercibido para los hombres del Museo: era parte de la disputa mencionada, el preludio de que los conceptos sociales ocuparían un lugar en la ciencia, en el conocimiento. Las propias actividades del Museo no escaparon a aquella tendencia.

El proceso del establecimiento de la docencia como una de las funciones del Museo fue inevitablemente largo y se mantuvo vinculado con la redefinición de los campos de

⁵⁷ Castillo Ledón, Luis, *El Museo Nacional...*, p. 26.

⁵⁸ Guedea, Virginia, Introducción, *Historiografía Mexicana*, México, UNAM, 1997, vol. III, p. 11.

⁵⁹ Augustin Pyrame de Candolle, en www.culturaapicola.com.ar/.../Alphonse_de_Candolle - [Consultado el 6 de agosto de 2009].

estudio; dicho proceso se concretaría hasta entrado el siglo XX, cuando todavía no se imaginaba siquiera el agitado rumbo que habría de tomar nuevamente nuestro país. Así lo consignó Luis Castillo Ledón en su informe de *Las clases del museo*:

En 1867 se designaron dos profesores de Historia natural y por fin 10 años después se crearon los departamentos de Historia natural, Arqueología e Historia, a cargo cada uno de estos de catedráticos especializados. De hecho las clases para el público se inauguraron durante la gestión del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Lic. D. Justo Sierra. En efecto, en 1905, el Museo abrió clases de Antropología, Etnología, Historia e Idioma Mexicano, en las que pensionó alumnos con obligación de presentar anualmente trabajos escritos sobre puntos concretos de esas materias. Se emprendieron excursiones de investigación por los profesores y de estudios por los alumnos, siendo los frutos de esas clases óptimos en todo sentido.

La información hallada me permite añadir por ahora que, una vez caído el imperio de Maximiliano, aquellos intentos de dar clases, particularmente en el campo de la Historia, fueron retomados desde el gobierno de Benito Juárez. Los escasos documentos del archivo AHMNA, anteriores a 1870, me proporcionaron elementos para asegurar que para 1869, bajo la dirección de Ramón I. Alcaraz, Orozco y Berra, seguía en el Museo⁶⁰ y estaba relacionado con la impartición de clases de Historia. Este dato particular ha sido vertido por la historiadora Antonia Pi-Suñer, quien registró que para febrero de ese año, Orozco y Berra impartió “unos cursos de historia general de México”, y lo contextualizó con la labor emprendida por Ignacio Manuel Altamirano y sus compañeros literatos, en función de su interés por crear una cultura nacional⁶¹. Obviamente el dato, al estar vinculado con Orozco y Berra, puedo relacionarlo también con el Museo. El ambiente en el que se desenvolvía este hombre, interesado en la historia, estaba, sin duda, involucrado con la creación de una cultura nacional y con la docencia; Castillo Ledón habría de acogerse a aquella línea intelectual.

Particularmente el siguiente párrafo de Altamirano, transcrito por Pi-Suñer,

⁶⁰ Archivo AHMNA, Vol I, Exp. 68, f. 180.

⁶¹ Pi-Suñer Llorens, Antonia, Introducción a la *Historiografía Mexicana*, vol. IV, p. 26. Ver estudio de Laura Pérez Rosales, en la misma obra, quien refiere otros cursos de Historia, dados por Orozco y Berra, p. 360.

confirma que en aquella ocasión sí hubo alumnos de Historia y, por tanto, su registro debiera contemplarse como otro de los antecedentes de una intención docente llevada a la práctica por un intelectual del Museo, aunque faltaría precisar si fue dentro de sus instalaciones y, desde luego, no hay elementos para asegurar que haya tenido por entonces el objetivo de preparar profesionales de la Historia. Esta ambiciosa necesidad pudo satisfacerse hasta estar bien afianzados los campos que iban definiéndose en el Museo. Veamos lo escrito por Altamirano: “Nosotros quisiéramos que un triple número de los discípulos actuales asistieran a estas sabias lecciones, que, no lo dudamos, van a tener una gran trascendencia en nuestra literatura histórica”⁶².

Así, es necesario tener presente a Altamirano como antecesor del Duque de Job, de Sierra, de Chavero y también del propio Castillo Ledón y de los *savios* y futuros ateneístas, no sólo en el gusto literario y su práctica, sino en la intención de crear una literatura nacional. Como vemos, Altamirano incluía ya en su intento intelectual y nacional la importancia de la Historia. Él mismo practicó la historiografía, de acuerdo con el índice de autores que introduce el trabajo de Pi-Suñer. El propio Altamirano señaló la trascendencia de las clases impartidas en la *literatura histórica*, espacio donde se cultivó la Historia en su tiempo, y al que también llegarían los descendientes de Altamirano y el propio Castillo Ledón a principios del siglo XX, cuando la docencia de la Historia, y su profesionalización estaban ya en la mira de quienes cultivaban esa disciplina en México. Bien puedo añadir que los hombres ocupados en esta materia ya iniciaban el largo camino en esa dirección; en Europa y en nuestro país los hombres de letras, los literatos abordaban los estudios históricos, sin gozar de un reconocimiento en tanto especialidad, mas desempeñándose ya dentro de un marco institucional como ha afirmado Matute; desempeño que ya podría

⁶² *Íbidem*. El subrayado es mío.

considerarse profesional, según el mismo autor, para el tránsito del siglo XIX al XX⁶³.

Sierra y Chavero eran hombres de letras, practicantes ellos mismos de la Historia; ambos fueron funcionarios durante aquel gobierno perpetuado en el tiempo, al que sin duda consideraron propicio para dar vida a las actividades del Museo. No siempre aquellos hombres de letras encontraron aceptación para sus sugerencias, ni vivieron lo suficiente para verlas realizadas. Es indudable que el gobierno de Díaz reconoció la conveniencia de fomentar un espíritu nacionalista y aquel ambiente de paz, de “orden y progreso”, parecía propicio tanto para los estudios del pasado como para la fundación de museos. Bajo la administración del jurisconsulto y estadista Justino Fernández como Secretario de Justicia e Instrucción Pública, esa instancia mostró su interés por este tipo de establecimientos; por ejemplo, Fernández pidió a Chavero, en 1902, proporcionar las bases adecuadas para la organización de un Museo de Historia y Arqueología, para lo cual se separarían el departamento de Historia Natural y las secciones de Antropología y Etnología, y, según advirtió, se constituiría con ellas otro museo⁶⁴.

Como puede verse, la idea de museo planteada en esta ocasión, perfilaba los nuevos campos, donde ya no figurarían sólo la Historia y la Arqueología. Ante la sugerencia de la Secretaría de crear un nuevo museo, Chavero dejó ver en su respuesta su sentir sobre la relación que debían guardar entre sí aquellos otros campos cultivados en él y cuáles debían salir de él. Si bien en el momento su observación no fue contradicha, tampoco la reorganización de museos llegó a fructificar. De cualquier forma, Chavero dejó asentado que la propuesta de Instrucción Pública no satisfacía las intenciones de los hombres del Museo interesados en el pasado y, aunque las áreas que se proponía separar habían formado parte de las secciones de la historia natural, se entiende que Chavero las consideró más

⁶³ Matute Aguirre, Álvaro, “Galindo y Villa y los inicios de la profesionalización de la historia en México”, en *Temas de la cultura historiográfica de México*, Instituto de Investigaciones Sociales y Humanidades. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. 2008, pp. 19-39.

⁶⁴ AGN, Ramo de Instrucción Pública, caja 167, exp. 25.

cercanas a la Historia y a la Arqueología que a la Historia Natural. Su opinión perfilaba ya el interés integral que habrían de tener estos campos, y recomendaba, desde entonces, asignar otro espacio a la Historia Natural.

Es posible considerar que para entonces los campos históricos ya habían gozado de un sitio destacado en el Museo, pues dos años después, el mismo Secretario de Justicia e Instrucción Pública pidió a los profesores de Arqueología, de Historia y Etnología del Museo que con el ánimo “de despertar la afición por los elevados estudios de historia patria” se elaborara un plan general para llevar a cabo estudios de esas materias en el Museo⁶⁵. La Historia Natural ya había posibilitado el desarrollo de nuevos campos, como la Antropología Física y la Etnografía, y éstos se independizarían de ella, una vez trazado su camino y en busca de su definición más exacta. El trazo de esta senda estaba no sólo influido por las nuevas concepciones de la ciencia, sino por el propio contexto práctico de la Historia Natural en México. De hecho, Claudia Guerrero, en su *Historia de la Arqueología*, explica que la Historia Natural para entonces contaba con centros de investigación, desarrollo de estudios específicos y publicaciones, de manera externa al Museo⁶⁶.

De lo anterior advierto y confirmo que la Historia Natural contaba ya con otros espacios para su desarrollo y al Museo la unía sólo la exhibición de objetos. Esta exhibición de las colecciones de Historia Natural era, sin duda, la parte más importante por rescatar en el Museo, para los profesores que se ocupaban de ellas; por ende, no parecen haberse opuesto mayormente a la separación de colecciones. Para 1904, Manuel Urbina, profesor de botánica que había ocupado en dos ocasiones el puesto de director del Museo, señaló la necesidad de crear, independientemente del museo que ya existía, un Museo de

⁶⁵ Lombardo de Ruiz, Sonia y Ruth Solís Vicarte, *Antecedentes de las leyes sobre Monumentos Históricos (1536-1910)*, México, INAH, t. II, p. 239.

⁶⁶ Guerrero Crespo, Claudia, *Historia de la arqueología mexicana a partir de los documentos del Archivo General de la Nación (1876-1920)*. México, tesis ENAH, 2003, p. 122, nota 14.

Historia Natural⁶⁷; pero él tampoco fue escuchado en su momento. Sólo que Urbina, a diferencia de Chavero, sí vería concretada su propuesta, pues habría de quedar encargado de la instalación del nuevo museo en el edificio de hierro y cristal de las calles de Chopo⁶⁸. Mientras tanto, el Museo Nacional seguía albergando, entrado el siglo XX, las colecciones y disciplinas acostumbradas, pese a su necesidad de independencia.

Un poco más tarde, Justo Sierra, interesado en la Historia y hacedor de catecismos de *Historia Patria* para impulsar su enseñanza en niveles elementales de educación, gozaría de condiciones óptimas al estar al frente de la nueva Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes (SIPBA) a partir del 16 de mayo de 1905. Cuando Sierra se ocupó del Museo, todavía se cultivaban ahí las ramas del conocimiento que se pretendían separar: historia natural, arqueología, historia antigua y moderna y etnología, según se advierte en la documentación del archivo AHMNA. Justo Sierra iba a alentar las actividades del Museo, como una de las dependencias a su cargo y habría de concretar tanto la separación de las colecciones como la impartición de clases.

Todo indica que el interés de la SIPBA, tanto por las clases como por el impulso de otras actividades del Museo se dio a la par de un proyecto difundido bajo el porfirismo en gran gala internacional: la conmemoración del Centenario de la Independencia. Con aquella encomienda, las actividades del Museo se vieron favorecidas; la modernización de la sección de publicaciones, fue concedida gracias a que el Museo debía resolver cabalmente la impresión de las obras que le fuesen requeridas. Entre aquellos beneficios, el Museo recibió, en junio de 1905, autorización para, al fin, dar las clases solicitadas; antes de terminar el año, se publicó la noticia en el Diario Oficial y sería hasta enero de 1906 cuando habrían de inaugurarse formalmente cuatro cátedras: Historia, Arqueología,

⁶⁷ AGN, Ramo de Instrucción Pública, caja 167 bis, exp. 72.

⁶⁸ Archivo AHMNA, vol. 12, Exp. 9, ff. 29-36.

Etnología e Idioma mexicano⁶⁹.

La definición de la docencia como una de las importantes funciones del Museo contribuyó, indudablemente, a consolidar los terrenos de investigación desarrollados ya en la práctica diaria y esbozados desde 1877, a través de la creación de nuevos departamentos, cuando Ignacio Ramírez estaba al frente de la Secretaría de Justicia, ya con Porfirio Díaz en la presidencia. La Historia y los otros campos dieron un nuevo enfoque al Museo Nacional, pues con las cátedras aprobadas, se hizo evidente que ninguna de ellas estaba ya dirigida a la Historia Natural.

A las relaciones entre ciencia natural y campos dedicados hoy al patrimonio del pasado en el Museo, habría que añadir la establecida con el arte, al que tanta importancia dieron los *savios*, para la conformación de una cultura nacional y a la que tampoco escapó el Museo. Las huellas dejadas por la preparación de la exposición presentada en Madrid por el Museo en 1892, bajo la dirección de del Paso y Troncoso, en cuanto a la relación establecida entre el Museo Nacional y la Academia Nacional de Bellas Artes, todavía se advertía en los primeros años del siglo XX, si se toma en cuenta que Francisco M. Rodríguez, poco conocido como subdirector del Museo entre 1903 y 1907, era precisamente egresado y profesor de arquitectura en dicha Academia y traductor de lenguas indígenas en el museo⁷⁰. Bajo la gestión de este hombre, que cultivaba el arte y las lenguas mexicanas antiguas, se iniciaron las clases, si bien él no se quedó mucho tiempo al frente del Museo. Las clases comenzaron formalmente el 7 de enero de 1906 y Rodríguez se mantuvo en la dirección sólo hasta abril de 1907, cuando llegó Genaro García como director interino.

Genaro García, trabajaba en el Museo desde 1903 y, según se ha reconocido en la

⁶⁹ Datos referidos también por Guerrero Crespo en su *Historia de la Arqueología Mexicana*, p. 126.

⁷⁰ Archivo de Concentración, INAH, expediente respectivo. Recibí ahí la empeñosa atención de Héctor Mendiola Quiroz y Sonia A. Pérez. También algunos comentarios útiles de Octavio Martínez Acuña, participante del Seminario INAH, Tiempo y Nación (ITYN).

actualidad, había dado ahí muestras palpables de su inquietud por la Historia, y publicado en el *Boletín Histórico Mexicano* algunos trabajos, junto con Luis González Obregón, en los que había polemizado con Francisco Sosa y Pablo Macedo⁷¹, dando seguramente sus propias posturas ante esa nueva disciplina. Como directivo del Museo, le tocó también colaborar con Sierra, primero desde su puesto de director interino y después como titular, e impulsar los cambios señalados por su antecesor, Chavero. El panorama hallado por Genaro García cuando fue nombrado subdirector del Museo, era bien distinto al que reflejaba el último reglamento vigente, el de 1886⁷². Apenas se esbozaba en el artículo primero de este documento el carácter del establecimiento: “El servicio del Museo Nacional se dividirá en dos categorías: científica la primera y administrativa la segunda”.

Aunque se dedicaba el Capítulo III con quince artículos dirigidos a “Los profesores”, sus responsabilidades contemplaban indistintamente las categorías científica o administrativa. Veamos como ejemplo el artículo 22: “De acuerdo con el Director, y cuando esto sea necesario, harán expediciones científicas, cuyos gastos costeará el Establecimiento, bajo el concepto de que no por esto disfrutará mayor sueldo que el que ordinariamente gozan por razón de su encargo”. Como puede apreciarse, quedaban delineadas otras actividades como las expediciones. También se incluyó el señalamiento de otras responsabilidades, como el tener a su cargo la sección de libros de su ramo o, una muy general, como la señalada en el artículo 18: “Cada profesor cuidará de la colocación, orden, aseo y progreso de su sección, proponiendo al Director todo aquello que estimare conveniente para el efecto”. La única función que se consignaba como tal era la de la clasificación, en el artículo 16: “Clasificarán los ejemplares de sus respectivas secciones...” Los artículos respondían, desde luego, a la escasez de personal, y mencionaban sucintamente las funciones.

⁷¹ Rico Mansard, Luisa Fernanda, *Exhibir para educar. Objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*, México, Pomares, 2004, p. 227.

⁷² AGN, 168, exp 9, reproducido por Guerrero Crespo como Apéndice núm. 10.

Tampoco se consideraban con claridad las secciones del Museo. Cinco de los quince artículos del Capítulo III eran específicamente para el Profesor de Taxidermia, lo que indica la amplitud de aquellas labores. Ante esta situación, Genaro García formuló un nuevo Reglamento del Museo Nacional el 13 de julio de 1907, el cual fue aprobado provisionalmente por la SIPBA, para entrar en vigor a partir del primero de agosto siguiente. Este nuevo reglamento definió, de manera innovadora, la finalidad histórica del establecimiento, y señaló no sólo los ramos de su competencia, sino las funciones específicas que le daban vida, con lo cual se daba un lugar destacado a los campos reagrupados, aparte de la ciencia natural, y, por lo tanto, quedaba sugerido un nuevo Museo. Tuvo la virtud, además, de dar por vez primera cabida institucional a la docencia: “El Museo Nacional de México tiene por fin la recolección, conservación y exhibición de los objetos relativos a la Historia, Arqueología, Etnología y Arte Industrial Retrospectivo de México, y el estudio y la enseñanza de estas materias”⁷³. El Departamento de Historia Natural permanecía en las instalaciones del Museo, en espera de su reubicación.

Genaro García no sólo continuó las clases, en particular la de Historia, sino que llevó a la práctica las medidas esperadas desde tiempo atrás en relación con las antigüedades. El Museo vería entonces aumentadas sus plazas, con lo que se beneficiaron sus actividades y vivió diversas mejoras, como una sección de publicaciones modernizada y el consecuente aumento de sus ediciones. Una de esas plazas fue ocupada por el tepiqueño.

Castillo Ledón llegó a trabajar en este ambiente, donde Historia y Arqueología compartían aún espacio con las otras disciplinas citadas, pero también con algunas actividades más que se practicaban en el Museo por ese tiempo, aunque no eran aún consideradas como prácticas independientes, como sí lo serían después. Por ejemplo, la

⁷³ Castillo Ledón, Luis, *El Museo Nacional...*, Apéndice núm. 6, p. 70. El subrayado es mío.

lingüística o las labores de restauración, las cuales merecen una mayor exploración. La definición e integración de las áreas de investigación del Museo, y los requerimientos de docencia ya perfilados en los reglamentos del Museo eran, a todas luces, parte importante de las necesidades del entonces Museo Nacional, cuya vocación histórica, propiamente dicha, quedó definida formalmente en 1907⁷⁴.

El Museo había pasado, se diría más tarde en una de las inauguraciones de aquellas primeras clases, a “elevar a considerable altura su nivel científico”⁷⁵. El ponente y destacado profesor de Historia y Arqueología, Jesús Galindo y Villa, en tanto hombre de variado conocimiento, expuso al auditorio una queja expresada por sus antecesores en el año de 1881: en ese entonces se exhibían piezas disímbolas, sin orden, sin clasificación, sin estudio, que no satisfacían a la más vulgar curiosidad, ya que ningún dato útil podía obtenerse de ellas. Hizo énfasis en el cambio realizado en los últimos años, cuyo resultado estaba a la vista en la transformación de aquellos conjuntos ininteligibles, en colecciones formadas por el más riguroso método científico. Esto indica el impacto de la definición de funciones en las tareas del Museo.

Las expresiones de Galindo y Villa, se apegaban, sin duda, a su trayectoria académica, y no necesariamente respondían a la perspectiva que reflejaba la filosofía característica del régimen porfirista. El impulso de la ciencia y del trabajo científico, bajo cuyo amparo parecían surgir los nuevos terrenos consignados en el reciente reglamento de 1907, dependían de los empeños y conocimientos específicos de los hombres que se ocupaban directamente de ellos. El discurso, desde luego, estaba dirigido, en buena medida, a quienes estaban dispuestos a formarse como alumnos del Museo, a trabajar en él, a participar en la investigación, en el trabajo científico, en la organización, y en la

⁷⁴ Rico Mansard, Luisa Fernanda, *op. cit.*, p. 274. Considera esta vocación ya definida en 1910, con la salida del departamento de Historia Natural; para entonces, el Museo se había convertido en MNAHE.

⁷⁵ Galindo y Villa, Jesús, “Apertura de las clases de Historia y Arqueología”, *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. México, MNAHE, agosto de 1911, p. 23. El subrayado es mío.

clasificación de objetos y colecciones; por ello, se advertía de la necesidad de una entrega al trabajo, ya que a través de aquellos esfuerzos se había logrado aquel cambio.

Jesús Galindo y Villa recurrió en aquel discurso al silencioso testimonio de sus compañeros, seguramente presentes en ese momento, para explicar los esfuerzos realizados para lograr el impulso y la transformación del Museo, al decir: “Los que han dedicado sus mejores años a la investigación científica y han tropezado con todas las dificultades de la organización y de la clasificación, y han logrado vencerlas con fatiga sin igual, comprenden cuántos desvelos, cuánta abnegación, cuánto estudio, se necesitan para formar las colecciones que hoy tiene el museo”. Y es que, detrás de los afanes de aquellos hombres, estaba la necesidad de desarrollar sus actividades bajo una normatividad, no de la ciencia natural, sino de una sistematización del trabajo que diera mejores frutos y lograra delimitar a la Historia de la literatura y del arte, necesidad que ya era urgente en esta época.

Es importante señalar que, pese a que efectivamente el Museo se había transformado, pues gozaba de un desempeño continuo y recibía apoyo del gobierno, los datos localizados me indicaron que todavía quedaban importantes obstáculos para llevar a cabo el trabajo; uno de ellos era una plantilla de personal sumamente austera. En la propia actividad de los directores se advierten las secuelas de aquel lastre. Por ejemplo, en 1889, cuando se nombró a Francisco del Paso y Troncoso como director del Museo Nacional, su desempeño estaba lejos de ser sólo de conductor, de organizador. Debía, además, como a principios del México independiente, aplicar su tiempo a favor de aquellas áreas del Museo que eran de su dominio, pues el documento aclara que debía ser a la vez “Profesor de Historia y Arqueología”⁷⁶.

Chavero, desde su puesto de Subdirector, vivió también los efectos de aquella estrechez, al suplir a un director que trabajaba en el rescate documental. Mientras del Paso

⁷⁶ AGN, Ramo de Instrucción Pública, caja 287, exp. 1.

estaba en Europa, Chavero insistía ante sus superiores, todavía en 1902, en que se nombrara a los profesores faltantes y hacía hincapié en que el director, o más bien en su caso el subdirector, no debía tener a su cargo, además, el profesorado de alguna materia. El mismo peso se advirtió aún en el sucesor del director “en misión”, Genaro García.

Sólo que Genaro García sí vivió realmente aquello del “profesorado” con exactitud. Reconocido como primer profesor de los cursos de Historia emprendidos en el Museo cuando se le nombró subdirector, parece haber continuado con ellos; en 1909, los datos hallados confirman que así sucedía, pues se le confirmó en su cargo y además se le extendió nombramiento de profesor de Historia, con la obligación específica de dirigir tres veces a la semana sus clases⁷⁷. Genaro García fue, pues, uno de los maestros fundadores de aquellos cursos del Museo y, junto con Nicolás León, Mariano Sánchez, y Jesús Galindo y Villa, elaboraron los primeros programas de Historia, Etnología, Idioma mexicano y Arqueología, respectivamente. Sólo que no en todos los casos, parece haber quedado huella física de los primeros programas.

El discurso de Galindo y Villa confirma que fue Genaro García quien inició las clases de Historia, cuando menciona: “El Gobierno determinó que se abrieran en el Establecimiento altos cursos de investigaciones que, bajo la dirección de los mismos profesores del Museo, llevarían a cabo grupos de alumnos que poseyeran una positiva vocación por este linaje de especulaciones. Tocó en suerte abrir los de historia a mi distinguido condiscípulo y antecesor el Sr. Lic. Genaro García, cuya dedicación a los anales patrios es generalmente apreciada y conocida; cabiéndome la honra de proseguir por la difícil ruta de antemano trazada”.

En suma, el ambiente de aquellos hombres de letras con tareas tan particulares y gran interés por la Historia, contribuyó a definir por completo la vocación del *ex-savio*.

⁷⁷ AGN, Ramo Instrucción Pública, cajas 154 y 155, exp. 32 y 55, respectivamente.

Hasta entonces, Luis Castillo Ledón había acumulado una experiencia notable con sólo sus estudios de bachiller, sobre todo con los conocimientos de hombre culto adquiridos gracias a las lecturas dictadas por su propio interés y el de los amigos practicantes de algún tópico cultural. Al igual que sus antecesores, él tenía actividad literaria, y en esta práctica se manifestaba también en distintas vertientes, sin estar especializado hasta entonces en ninguna. No obstante, sus quehaceres literarios de poesía, cuento, novela y periodismo cultural, estaban, sin duda, más ligados al desempeño decimonónico. La descripción que Pi-Suñer hizo de los hombres de letras que cultivaron la Historia, entre 1848 y 1884, deja entrever lo anterior:

En su tiempo casi todos ellos fueron considerados literatos u “hombres de letras” y su actividad literaria no fue parcelada en compartimientos estancos, como ocurre hoy en día, sino que fue multifacética, por lo que lo mismo escribían poemas que hacían traducciones, igual redactaban textos históricos que crónicas teatrales, o elaboraban artículos de costumbres a la vez que grandilocuentes piezas de oratoria⁷⁸.

Los documentos estudiados muestran que, en aquel ambiente, y, durante su estancia en el Museo, Luis Castillo Ledón decidió incorporarse, de entre las novedosas clases, a la de Historia: él fue uno de los primeros receptores de estas clases formales en nuestro país, por lo que en sus dos caracteres, de empleado y alumno, sería testigo y partícipe de las transformaciones vividas por el Museo. Su ingreso como alumno consta en uno de los documentos guardados en el AGN, del cual se advierte que antes de transcurrir seis meses de su llegada al Museo, ya estaba inscrito en esa clase: señala que, a partir del 28 de febrero de 1908, tuvo la oportunidad de obtener los \$30.00 mensuales establecidos por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes para fomento de los estudios impartidos en el Museo, en su caso, de Historia⁷⁹. No se halló en dicho expediente ninguna solicitud, ni recomendación; sólo los trámites de la pensión. Se hace evidente también que su estado de salud seguía ocasionándole problemas, pues se guardan ahí faltas justificadas en donde se

⁷⁸ Pi-Suñer Llorens, Antonia, Introducción *Historiografía Mexicana*, p. 14.

⁷⁹ AGN, Ramo de Instrucción pública, caja 191, exp. 16.

aclaró que alguna fue por una excursión; otras cuatro, por enfermedad. Sin aquellos comprobantes el alumno hubiera perdido la pensión.

Aquellas dificultades de organización y clasificación del propio Museo, referidas por Galindo y Villa, quedaban enmarcadas en un ambiente político que era un tanto común cuando se acercaba el periodo de elecciones; esta vez, sin embargo, tendría una cierta particularidad. El presidente Díaz, cada vez más entrado en años, había manifestado públicamente por aquellos días que el país estaba ya maduro para la democracia. Pese a todo, expresó, a la vez, con esperanzada autocomplacencia y con la confianza de quien detentaba un enorme poder en el país, que sus amigos eran tantos que sus enemigos estaban condenados a ser minoría. Seguramente aquello no podía pasar desapercibido para los *descontentadizos* del ambiente político, algunos de los cuales laboraban en el Museo. Dentro de las clases recientemente organizadas e impartidas en el Museo, tampoco faltaban las dificultades. Al incorporarse a ellas, Castillo Ledón entró en contacto con los alumnos ya inscritos antes; conoció a los participantes del curso de 1906, a quienes las cosas no les eran tan favorables. El primer director, Francisco R. Rodríguez no había estado satisfecho con los resultados de Alfredo Cristerna, Agustín Agüeros, Genaro Palacios ni Ignacio B. del Castillo, de quienes expresó en enero de 1907 que concurrían a clase sin tener la vocación para estos estudios y sin cumplir con el compromiso aceptado mediante la recompensa de la pensión, la cual era su único interés⁸⁰.

El descontento de los profesores continuó. Apenas habían pasado cuatro meses de la llegada de Castillo Ledón al curso, cuando el propio Genaro García se quejó, a su vez, de los resultados. El 29 de junio de 1908 propuso al Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes algunas medidas para el estricto cumplimiento del alumnado que gozaba de pensión, así como la ampliación del periodo de estudio a cuatro años: “que en lo sucesivo toda

⁸⁰ AGN, Ramo Instrucción Pública, caja 168, exp. 1.

nueva pensión que se conceda, sea bajo la condición de que el agraciado se comprometa formalmente a cursar la asignatura respectiva durante cuatro años por lo menos, y en la inteligencia de que si quebrantase este compromiso, no podrá recibir ningún empleo ni comisión que dependan de esa misma secretaría”⁸¹.

La ampliación del curso fue esta vez motivo de disgusto para los alumnos, quienes indudablemente estaban inconformes no sólo con los cuatro años propuestos, sino aun con los tres años fijados antes. Los alumnos enviaron sus protestas al Secretario, y, sin duda, fueron atendidas, si tomamos en cuenta que en la misma propuesta de cuatro años, se plasmó del lado izquierdo del documento el Acuerdo del 1º de julio de 1908 una anotación con letra roja y a mano que indicó: 3 años. Se ratificó así el plan de los tres años. Quienes ya habían cursado parte del programa, tuvieron que comprometerse formalmente a “cursar durante el año escolar actual y el siguiente, además de los que cursado (sic) ya la asignatura de Historia”⁸².

Los requisitos para tomar los distintos cursos impartidos debieron ser similares para todos los aspirantes a las otras materias. En pocos expedientes se hallan datos sobre los alumnos. En Historia parece haberse pedido como mínimo la preparatoria o su revalidación. De acuerdo con los documentos, los tapatíos no estuvieron del todo ausentes en las clases: Cristerna era del Liceo de Varones de Guadalajara y señaló, al solicitar la pensión, que tenía calificaciones supremas en Historia y Geografía. Algunos solicitantes manifestaron conocimientos de otros idiomas, incluidos el *mejicano*⁸³.

Puede pensarse que desde un principio los cursos impartidos eran especializados, mas se advierte que no todos los aspirantes podían comprobar algún estudio de Historia, pues se dio la opción de sujetarse a examen para demostrar dichos conocimientos⁸⁴. Sobre

⁸¹ *Idem.*

⁸² AGN, Ramo de Instrucción Pública, caja 191, exp. 7, 29 de junio de 1908.

⁸³ *Íbidem.*, caja 191, exp. 7 a 20.

⁸⁴ AGN, Ramo de Instrucción Pública, caja 170, exp. 25, publicado por Guerrero Crespo, p. 126.

la complejidad de los cursos, encontré una opinión, al parecer de Genaro García, en un oficio que habría de firmar Robelo en su carácter de director, el 26 de junio de 1913. Ahí se proporcionaban algunos rasgos del perfil de los cursos, como la de ser de carácter superior. Este documento muestra, nuevamente, que había cierta resistencia entre los alumnos, pues terminó por acortarse la duración del curso, a juzgar por su contenido: “Por tratarse de cursos de suyo difíciles, que tienen el carácter de superiores y que conforme a la ley citada deben ser de investigación, forzoso es que se hagan en dos años...”⁸⁵; de hecho, el programa de estudios presentado el 27 de diciembre de 1913 por Genaro García contemplaba ya aquella indicación y, consecuentemente, ofrecía un plan, para el primero y el segundo año⁸⁶.

Aquel vaivén de los primeros planes de estudio no afectó a Castillo Ledón, a quien le tocó el último impartido por García, que fue de tres años, entre el 28 de febrero de 1908 al 21 de julio de 1910. Inició sus cursos el 1º de marzo de 1908, cuando todavía desempeñaba el puesto de Encargado de reunir documentos. Asimismo, todo indica que también en las clases y bajo la dirección de Genaro García, Luis Castillo Ledón y sus condiscípulos consultaron los impresos existentes en las principales bibliotecas de la capital. En todo ello estaría ocupado Castillo Ledón durante los siguientes meses, ya que, según el archivo ALCL, le fue asignada la tarea de reunir documentos hasta el 21 de junio de 1908, y la de consultar impresos comprendía los siguientes meses venideros, o sea, para todo el curso. Por ello, este año, el *ex-savio* reduciría considerablemente sus entregas a *La Gaceta de Guadalajara*: seguramente sus nuevas ocupaciones le restaban tiempo en las actividades acostumbradas hasta entonces. Su viejo maestro y amigo tepiqueño, Cruz, confesó que, dada su posición, ahora se apenaba de escribirle.

Un quehacer más lo hubiera requerido ya comenzadas sus clases; Castillo Ledón ya

⁸⁵ Archivo AHMNA, vol. 18, exp. 12, ff. 70-72.

⁸⁶ Archivo AHMNA, vol. 18, exp. 14, ff. 79-81.

no estaría al frente de los *ex-savios* y, como consecuencia de sus nuevos empeños, se alejaría un tanto de ellos. Las cosas habían cambiado para él: el trabajo y las clases en el Museo lo absorbían, además la casa de Soto ya no era la suya, y, por lo mismo, tampoco era ya el lugar de reuniones. Con todo, no perdió interés en el grupo logrado con *Savia* y la *Protesta*, y algunos de los amigos se seguían encontrando: el gusto por lo clásico se iba afinando y las lecturas de los griegos los ocuparon entonces. Castillo Ledón, no obstante, se dedicaba ahora a los documentos e impresos mexicanos; sabía que, de nuevo, se darían conferencias y que en ese ciclo ya no habría poesía; y él ya no concedía tiempo a sus versos.

Se habían organizado conferencias-conciertos en el Conservatorio. Esta actividad también se vio interrumpida por un acontecimiento que los involucraba como hombres cultos o como estudiantes, aspirantes a profesionistas, pero sobre todo como partidarios de la educación laica: Francisco Vázquez Gómez, miembro del Consejo Nacional de Educación, cuestionó al gobierno sobre el monopolio que tenía sobre la educación secundaria y preparatoria, la cual, reclamaba, debía quedar en manos de particulares. Parece haber preocupado a los organizadores e interesados en aquellos conferencias-conciertos, el entredicho en que se ponía al programa de educación laica propuesta, de tiempo atrás, por el positivista Gabino Barreda, y también el hecho de que el propio Porfirio Díaz había comentado a Justo Sierra su interés en las ideas manifestadas por Vázquez Gómez⁸⁷. Quizá los *ex-savios* más que rechazar a los pedagogos positivistas, con quienes tradicionalmente en terrenos filosóficos no se entendían, tenían temor de que la educación religiosa volviera, como opción a las aulas de estudio. Aquello era inadmisibile y representaba un retroceso. Los jóvenes retomaron entonces su posición de vanguardia.

Volverían, el 22 de marzo de 1908, a convocar a la juventud a tomar las calles, a

⁸⁷ Citado por Curiel en *La Revuelta...*, p. 190.

elaborar un nuevo manifiesto, que llevó tres firmas: Antonio Caso, Jesús Acevedo y José María Lozano; el último apenas se integraba, y lo hizo conduciendo dicha inconformidad. *El Imparcial* publicó el llamado, y, desde luego, saldría de inmediato en *Revista Moderna de México*, en el número de febrero. Lo titularon *A los liberales y a los estudiantes de la República*. Al convocar a simpatizantes de toda la nación, aquellos firmantes utilizaban también, sin duda, el poder de convocatoria del grupo de *Savia*, para ir en defensa de sus intereses intelectuales, ante un nuevo ataque. El alcance de su llamado de combate y de triunfo estaba ya probado. Las contradicciones comenzaban a manifestarse: mientras se convocaba a los liberales, los nombres de los convocantes y renovadores de ideas revelan una entrega, futura, al conservadurismo político.

Los tiempos seguían tornándose complicados y algunas reticencias comenzaron a surgir entre los más allegados de aquellos *ex-savios*. El joven Alfonso Reyes no tenía intenciones de participar: temía la presencia de Lozano, quien había atacado periódicamente a Limantour, con quien su padre, Bernardo Reyes, no deseaba enfrentamientos; pero la situación sería histórica, le había dicho Henríquez Ureña, y llegó, “a regañadientes”, desde Monterrey. Por la mañana y por la noche se congregó la multitud. Estuvieron en el evento Porfirio Parra, Justo Sierra y el propio Porfirio Díaz. Sólo que aquella manifestación no resultó tan sólo un homenaje a Gabino Barreda; en ella, el positivismo seguía siendo cuestionado, y no sólo por aquella juventud, sino por el propio Sierra, Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Todo indica que Castillo Ledón siguió siendo participante del grupo y, de acuerdo con sus documentos, unos días después, a partir del 1º de julio de ese mismo año, recibiría un nuevo nombramiento en el Museo: el de Auxiliar de Ignacio B. del Castillo, Jefe de las Publicaciones, quien también era alumno de Historia. Entonces, no sólo revisó bibliotecas de la capital, sino que participó en acervos bibliográficos de los estados. Así se manifiesta

en una noticia publicada en Guadalajara, donde puede leerse la nota del 26 de julio de 1908. De esta noticia, se desprende, además, que durante esta comisión de trabajo Castillo Ledón comenzó a ocuparse del principal héroe de la Independencia, a quien, más tarde y toda su vida, estudiaría.

Veamos las siguientes líneas de *El Kaskabel*: “El pálido y soñador poeta Luis Castillo acaba de arribar a esta, procedente de la Metrópoli, donde radica. Viene en Comisión de la Secretaría de Instrucción Pública, a revolver papeles en la Biblioteca, para ver qué notas curiosas saca para un libro que se le dedicará al buen Hidalgo el día que ajuste cien años de haber pegado el famoso grito”⁸⁸.

Todo señala que, antes de terminar su primera contratación, las labores de Castillo Ledón como empleado y como alumno estuvieron fusionadas, para colaborar en una *Bibliografía Histórica Mexicana*; si bien había sido contratado para trabajar con el canónigo Andrade y con el señor Elías Amador, este trabajo también estaba relacionado con esa *Bibliografía*, de acuerdo con el testimonio de *El Imparcial*. Y también, por tanto, desde antes de que se le nombrara específicamente Auxiliar del Jefe de Publicaciones, ya trabajaba en dicha *Bibliografía*, bajo esta misma jefatura. Veamos lo escrito en este diario el 30 de junio de 1908:

Nuestra bibliografía histórica nacional va a enriquecerse extraordinariamente, con la obra monumental que por orden del Gobierno preparan en estos momentos los señores licenciado Jenaro García, canónigo Vicente de P. Andrade, Ignacio del Castillo, Luis Castillo Ledón y Elías Amador. Esa obra que será un verdadero monumento, encerrará en sus páginas las noticias de todos los acontecimientos principales, tanto políticos como artísticos y científicos, registrados en la República Mexicana desde el año de 1810 hasta nuestros días. La labor bibliográfica de las anteriores personas ha sido muy difícil, pues todas ellas se han visto en la ineludible necesidad de visitar las principales bibliotecas, para obtener los datos que con tanta paciencia y perseverancia están buscando⁸⁹.

Como vimos, esta labor bibliográfica hecha en la ciudad se complementó con las bibliotecas de provincia, en todo lo cual participó Castillo Ledón. En las prácticas a

⁸⁸ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

⁸⁹ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

diversos sitios se conjuntaban las salidas de alumnos de otras clases, como la de Arqueología, según se desprende de lo informado por los periódicos. Así lo publicó *El Diario* de la capital, el 19 de julio de 1908:

Dentro de algunos días, para cumplir con las disposiciones reglamentarias respectivas, partirán los alumnos de Historia Patria del Museo Nacional, los señores Manuel Gamio y Agustín Agüeros, rumbo a Zacatecas, en donde visitarán los últimos descubrimientos arqueológicos habidos en aquella región. Dentro de pocos días, obedeciendo a las mismas disposiciones, marchará el señor Luis Castillo Ledón rumbo a Guadalajara, en donde visitará las Bibliotecas, procurando hacer un acopio de nuevos datos sobre Historia de México.

Mientras las labores en el Museo se iban definiendo en el campo que ocuparía intelectual y oficialmente, Castillo Ledón imprimía cada vez mayor seriedad a sus afanes. Respecto a sus clases de historia y al programa de estudios que siguió, pese a que no se cuenta con el temario relativo desarrollado en 1908, la opinión de Galindo y Villa permite suponer que, en un principio, las clases de Historia y Arqueología compartieron parte de los temas del programa. Cuando en 1911 este antiguo profesor del Museo se hizo cargo de la clase de Historia, antes dada por Genaro García, indicó que “Modificaría el Programa anterior, en cuanto a sus detalles, dejándolo intacto en lo que se refiere a sus lineamientos generales... el suscrito acepta el método planteado por su antecesor, pero dejaba reservados a la clase de Arqueología los periodos prehispánicos”⁹⁰. Como Castillo Ledón fue alumno de Genaro García, y con base en la opinión de Galindo y Villa, bien puede pensarse que sus cursos contemplaron los periodos prehispánicos, retirados después por el nuevo maestro.

A falta del primer programa de la clase de Historia, recurrimos al primer Plan de estudios de Arqueología para rescatar un panorama de cómo se abordaron por vez primera los periodos prehispánicos en estas clases. De un total de nueve puntos, quitamos los que son estrictamente de orden arqueológico y tomamos cuatro de ellos que constituyen un esquema introductorio a este tipo de estudios, presentado con el objetivo de proporcionar

⁹⁰ Galindo y Villa, *Apertura de las clases...*, pp. 23 y 27.

información y de propiciar el interés por la investigación:

- Crónicas de conquistadores.
- Tribus en general. Hipótesis sobre orígenes y migraciones.
- Clasificación étnico- lingüística.
- Estudio detallado de todas y cada una de las civilizaciones.
- Estudio comparativo de todas las civilizaciones estudiadas⁹¹.

Los periodos prehispánicos debieron ser, en efecto, retirados de la clase de Historia, ya que se halló un programa posterior, del 17 de junio de 1913, firmado por el propio Genaro García, quien volvió a dar clases en el Museo. Como el programa impartido a Castillo Ledón por Genaro García sí había considerado el estudio de los pueblos prehispánicos, esto tuvo indudablemente su efecto en los alumnos. Castillo Ledón, por su parte, no fue ajeno al influjo de esas civilizaciones; muestra de ello está en dos de sus trabajos editados más tarde: *La antigua literatura indígena mexicana* y *El Alma del Anáhuac, ensayo arqueológico*, en el que, como vemos, desde el propio título incluía el punto de vista arqueológico. Siguió reflejando en algunos otros de sus trabajos este interés por la Arqueología; aunque decididamente se inclinó por la Historia, todavía vemos la importancia de la llamada historia antigua.

La exclusión de lo prehispánico no fue, sin embargo, la única observación que hizo Galindo y Villa al programa anterior de Historia; sus señalamientos permitieron conocer mejor la formación de los estudiantes que iniciaron la clase de historia en el Museo. Como primer punto, planteó su parecer acerca de que el trabajo realizado por los alumnos, correspondiente a la *Bibliografía Histórica Mexicana* que se venía llevando a cabo por acuerdo de la SIPBA, no debía “constituir la principal labor de los alumnos investigadores” durante el nuevo periodo de estudios que con él se inauguraba.

La realización de la *Bibliografía Histórica Mexicana* no sólo tuvo la objeción de Galindo y Villa, sino que el propio subdirector Francisco M. Rodríguez, en cuyo periodo se

⁹¹ AGN, caja 170, exp. 25, también publicado por Guerrero Crespo, op. cit., p. 126.

iniciaron las clases, tampoco parecía estar de acuerdo con ella, pues, señaló en su informe, que los alumnos de Historia: “se dedicaron a trabajos bibliográficos con bastante empeño pero esto no nos proporciona datos para juzgar las aptitudes de historiadores que es el fin propuesto... si resolvieron sus temas con facilidad, se debe a que han ingresado bien preparados desde la Preparatoria o como los de Leyes, /que están/ más ilustrados y acostumbrados a disertaciones importantes en su profesión...”⁹².

Entre las objeciones hechas por dos de los críticos de entonces a la *Bibliografía Histórica* —la cual sin duda formó parte de las actividades de Castillo Ledón y de los alumnos asistentes a los cursos de Genaro García—, puedo señalar que éstas parecían dirigirse, en un primer momento, a la realización de la investigación: Rodríguez insistió en la necesidad de conocer las *aptitudes de historiadores* de aquellos alumnos, mientras que Galindo recalcó que eran, antes que nada, *alumnos investigadores*. Sólo en el segundo caso hallamos mayores elementos, pues, al continuar, Galindo fue más claro en su señalamiento. Cuando cuestionó la preparación de aquellos estudiantes, se refirió concretamente a las fuentes para la investigación, ya que, indicó, se limitaban a “revisar sólo obras impresas”.

De acuerdo con el discurso de Galindo, éste no desconocía la necesidad de dar fin a la *Bibliografía*, mas consideraba que era “conveniente abrir desde luego los cursos de investigaciones metódicas, bajo la inflexible disciplina de un programa fijo, cuyo desenvolvimiento habrá de llevarse a cabo en el transcurso de un tiempo más o menos determinado”. Se halló también una polémica entablada con Genaro García por otro profesor del Museo: Pedro González. García, a quien se acusaba de presuntuoso, recibió la orden del director del Museo para refutar las aseveraciones de González. Entre ellas, aclaró que los alumnos habían elaborado investigaciones y que estaban en sus expedientes⁹³. Y, efectivamente, el 10 de noviembre de 1906, el subdirector del Museo había remitido a la

⁹² AGN, Ramo Instrucción Pública, caja 168, exp. 1.

⁹³ Archivo AHMNA, vol. 17, exp. 21, ff. 196-209.

SIPBA las disertaciones de los primeros alumnos pensionados de Historia y Etnología; se enviaron seis, incluida la de otro *ex-savio*: Nemesio García Naranjo, quien, según este informe, fue otro de los primeros alumnos de Historia. Las disertaciones fueron las siguientes:

-Agustín Agüeros: *El gobierno del segundo conde de Revillagigedo en la Nueva -España. Sus antecedentes y algunas consideraciones generales.*

-Ignacio B. del Castillo: *Cuauhtémoc. Su ascendencia. Su edad. Su descendencia.*

-Genaro Palacios Moreno: *La inquisición en México. Sus orígenes, procedimientos y autos de fe.*

-Catarino D. López: *Datos para formar la historia del periodismo en México.*

-Alfredo Cristerna: *La Nueva España durante la administración de Iturrigaray. Causas y orígenes de la Independencia.*

-Nemesio García Naranjo: *Biografía de Sor Juana Inés de la Cruz.*

Respecto a la objeción de Galindo a la limitación que implicaba el hacer la *Bibliografía Histórica* por parte de los alumnos de Genaro García, encuentro que en su discurso volvió a referirse a los extensos apuntes bibliográficos y, en general, a las fuentes históricas. Por tanto, en su señalamiento encontré, por una parte la razón específica de su crítica, y, por otra, su aceptación para publicar aquel material; señaló que debía procederse a revisar su clasificación y “disponer el material para darlo a la estampa”. Fue entonces cuando preguntó: “Y ¿basta que conozcamos únicamente las fuentes históricas impresas, sin penetrar al santuario de los archivos —no vedado a nosotros— en solicitud de olvidadas o desconocidas crónicas y de noticias inéditas manuscritas?”. Parecería que los alumnos mismos aclararon que conocían el trabajo de archivo, pues Galindo señaló: “Si ya lo habéis hecho, habréis observado en el acto cómo se impone el dominio de la Paleografía, indispensable auxiliar de la historia. A pesar de semejante necesidad, son contadísimos quienes poseen ese arte especial de la descifración de los manuscritos antiguos, más difícil de lo que al primer golpe de vista parece...”.

Galindo, pese a objetar la importancia concedida a la mencionada *Bibliografía*

Histórica Mexicana, y en el fondo quizá a Genaro García, pues a su iniciativa se hizo dicha *Bibliografía*, según la información encontrada, se dirigía más bien a cuidar su relación con las fuentes de primer orden en la Historia. El profesor González, por su parte sí cuestionó abiertamente a Genaro García; había pedido, incluso, que dicha polémica se publicara en el *Boletín*, pero Robelo, que era el director, no lo consideró de interés público.

En el discurso de Galindo, se advierte en todo momento su intención de dar peso a otros aspectos del curso. Sólo que, al menos, algunas de las objeciones, fueron aclaradas por el mismo García. Cómo creer que por dedicar tiempo a la *Bibliografía*, los alumnos no se habían ocupado de hacer algún trabajo de investigación metódica dirigida; los alumnos de Genaro García presentaron, desde el principio, un trabajo o disertación final. Sin embargo, habría que mencionar que no por realizar aquel trabajo se les expedía ningún título, ya que desde el inicio, como ya señalé, se aclaró que no tendrían un nivel universitario.

Hallé que, efectivamente, el Museo había concedido una gran importancia a la *Bibliografía*, y que los alumnos, incluido Castillo Ledón, fueron contratados para elaborarla; sin embargo, al parecer, con la misión concreta de trabajar solamente en impresos, tal como lo increpaba Galindo. Así se advierte en otro documento del mismo archivo AHMNA, gracias al cual conocí una lista de treinta y seis nombres de quienes trabajaron en la *Bibliografía*, donde se aclaró que eran alumnos “de la clase de historia y de otras clases que como pensionados trabajaron con empleos del Establecimiento en formar y copiar cédulas bibliográficas entre 1907 y 1911”⁹⁴.

De acuerdo con el momento y más que una limitación, aquellas tareas significaban nuevos criterios para abordar los campos asignados al Museo, una vez definidos. Ya establecidos esos nuevos criterios, a las fuentes impresas también se les otorgaría un sitio

⁹⁴ *Ibidem.*, vol. 17, p. 194-195.

importante. Diez de los nombres de los alumnos participantes en la *Bibliografía* aparecen hoy en la *Enciclopedia de México*: Agustín Agüeros, Ignacio B. del Castillo, Francisco Fernández del Castillo, Nemesio García Naranjo, Luis Castillo Ledón, Roberto Argüelles Bringas, Miguel O. de Mendizábal, A. Loera y Chávez, Juan B. Iguíniz y Elías Amador. Todos ellos se desempeñaban en el mundo de las letras, y algunos, para 1911, ya eran ateneístas. Agüeros murió muy pronto, en mayo de 1912.

El común denominador de todos estos estudiantes, independientemente de su edad, sería su trabajo en relación con los campos del Museo. Aquellas clases, a pesar de los cuestionamientos a los recientes programas, eran la nueva posibilidad para encauzar sus afanes. Debo hacer notar que la *Bibliografía* o *Bibliología*, era considerada para entonces ciencia auxiliar de la Historia, según el propio *Boletín* y hoy no puede negarse su utilidad para todas las ramas del conocimiento cultivadas en el Museo. Mendizábal sería reconocido después como etnólogo. Desde luego, y contra lo que se ha planteado hasta hoy, los mismos nombres me permitieron asegurarme de que varios de aquellos alumnos habrían de consagrarse al campo de la Historia.

Indudablemente los cursos hicieron patente la necesidad que el Museo tenía de preparar a sus propios profesionistas. *La Bibliografía Histórica Nacional* fue, por su parte, una *magna tarea*, según escribiría también en el *Boletín* el profesor González, polemista de Genaro García. Podría agregar que dicho esfuerzo colectivo fue iniciado junto con las clases, básicamente de Historia; la preparación de esta *Bibliografía*, iniciada durante el porfiriato y continuada durante el gobierno de Madero, ya en pleno siglo XX, tuvo un objetivo: colaborar en la futura escritura de la historia de nuestro país. En los primeros años de la vigésima centuria los hombres de letras se seguían ocupando de la preparación y organización no sólo de documentación, sino de la bibliografía, como otra fuente de la Historia. Todo ello, para que quien escribiera historia tuviera bases firmes para hacerlo.

En aquella *magna tarea* no todos se desempeñaron por igual ni todos serían reconocidos en los campos específicos del Museo. Prácticamente la mitad, diecinueve alumnos de aquella lista, sólo trabajó temporalmente en la *Bibliografía* citada. Veamos los nombres: Alfredo Cristerna, Catarino López, Genaro Palacios, José D. Géner, Rafael de Alba, Rafael Ángel Frías, Manuel Jiménez de Sandi, José Bárcena León, José Palio, Genaro López Miro, María A. Tovar, Emilio Castañares, Leopoldo Castellano, Carlos Díaz y García Conde, Concepción de la Serna, Virginia González, Trinidad Castañeda, Rebeca Ramírez Castañeda y María Reyes. Sin embargo, muy poco se conoce en la actualidad sobre ellos; en algunos acercamientos al tema he encontrado que algunos se siguieron desempeñando en el campo de la cultura y hoy se les reconoce en sus estados⁹⁵.

Como ya señalé, otro fruto de aquellos primeros cursos fue el hecho de que éstos colaboraron en la preparación del nuevo personal. Todo indica que ser alumno y obtener un empleo en el Museo tuvo una relación innegable. Independientemente de la contratación para la *Bibliografía*, identifiqué en la documentación y en las publicaciones a siete alumnos más como empleados, entre 1909 y junio de 1912: César A. Ruiz, Secretario del Museo; María Altagracia González, mecanógrafa; Antonio Villalobos, ayudante del Bibliotecario; Adriana de la Peza y Concepción Salazar, Auxiliares del Jefe de Publicaciones; Germán Baltasar Rivera, Ayudante de Etnología; Raquel A. Tovar, escribiente. La información indica, por tanto, que el criterio fue aplicado en los últimos años del porfiriato y en los primeros de la etapa revolucionaria.

Un aspecto más puedo resaltar en la realización de aquellas tareas del Museo: la satisfacción de participar en ellas. Lo que pudiera parecer una cuestión baladí, constituye la base firme que aún hoy sostiene al INAH, en buen número de sus empleados. El profesor González escribía, convencido y seguro de que aquel trabajo, relacionado con la que llamó

⁹⁵ Como parte del Seminario INAH, tiempo y nación (ITYN), en la Dirección de Estudios Históricos, junto con Marta E. Pérez se incursionó en 2009 en el tema de los alumnos del Museo Nacional, tema falto de estudio.

Ciencia de los Hechos o Historia Patria, al aspirar a estar bien hecho, próximo a la verdad y apegado al método, le acercaría a la felicidad. Así lo comentó el académico, aferrado al método científico, quien con esas palabras parecía escapar a la crisis del pensamiento que ya había comenzado en Europa; sus comentarios muestran que el mundo laico no lo convencía del todo, pues él consideraba que aquella felicidad residía en Dios, aunque no descartaba en ella la participación del hombre y de la naturaleza. Así lo planteó en su reseña de la *Bibliografía*, veamos sus conceptos:

Tarea difícil ha sido la recolección de antecedentes y formar con ellos esa división de la Bibliografía que se conoce por Historia Patria o Ciencia de nuestros hechos, en el supuesto de que abarca cuanto el mexicano conoce, siente y quiere, convirtiendo sus observaciones en una memoria que le habrá de servir para regirse, teniendo presentes su susceptibilidad, su inteligencia y el grado de actividad que necesite, para acercarlo a la suprema felicidad que reside en Dios, en el hombre y en la naturaleza, sin cuyas aspiraciones, el que hace historia, se expone a cometer frecuentes errores, faltando a la verdad y al método.

Indudablemente, aquella *magna tarea* era la continuación de los empeños de los hombres de letras del siglo XIX: la utilidad de aquella *Bibliografía* para escribir la historia de México era lo que orientaba esos nuevos esfuerzos. No se desconocía que ya se había escrito una historia general, pero, afirmaba este profesor del Museo, la tarea de escribir la Historia seguía inconclusa. Los conceptos del profesor Pedro González en torno a la utilidad de la *Bibliografía* en la Historia son vigentes aun en nuestros días; para él, el escritor debe conocer lo dicho hasta el momento en que él pretende escribir, para no exponerse a una repetición inútil; advierte que si cree poderlo decir mejor, entonces, debe escribir. Veamos otro párrafo del profesor González, quien, según el *Boletín*, formaba parte del departamento de Historia del Museo:

¿Cómo se ha de escribir sobre la historia de una materia, si no se tienen a la mano las obras salidas en los diferentes tiempos? ¿Cómo exponer mejor los principios de una ciencia, si no se conocen los principales tratados que han aparecido hasta nuestros días? Lo que uno se propone decir, puede ser que ya esté dicho, porque *nihil sub sole novum* y entonces resultaría una repetición inútil; pero si se cree poder decir mejor, es necesario hacerlo, examinar por sí

mismo lo que otros autores han escrito. Si no se pasan por nuestros ojos los trabajos publicados, se expone el escritor a dejar incompleta una labor a la que le quita el mérito que pudiera tener, de ser una cosa completa.

Por ello, Luis Castillo Ledón y los alumnos participantes en la *Bibliografía*, formaron parte de aquella *magna tarea* y sintieron también, sin duda, aquella fatiga de la que hablaba Galindo, ante la exigencia de un proyecto ambicioso. La *Bibliografía*, tenía claro el profesor González, era una obra interminable y era preciso, no obstante, realizarla y mejorarla día a día. Se emprendió —explicaba— siguiendo las normas internacionales y considerando que la bibliografía literaria no solamente exigía el conocimiento de los libros, sino también la apreciación de los profesores, la aptitud de las facultades y los resúmenes anuales de una o de todas las materias científicas. El artículo fue escrito en marzo de 1912, y ya aseguraba contar con un triple catálogo, con más de veinte mil cédulas; contando las duplicadas y complementarias de apellidos dobles, más de doce mil fueron seleccionadas para su formación.

Las tareas individuales no bastaban; aquellos hombres cultos seguían siendo polifacéticos, en su empresa colectiva. Las tareas emprendidas señalan el propósito de profesionalizar las distintas necesidades del Museo y a quienes las desarrollaban. El rigor internacional para llevar a cabo estas labores era aplicado sin duda; el primer catálogo plasmaba las cédulas bibliográficas de acuerdo con el sistema Dewey “para que los bibliotecarios puedan tomar violenta nota”. En el segundo, se observa también la influencia del ambiente político en una ampliación y tipificación de las épocas históricas de nuestro país, según las cuales se ordenaron los registros correspondientes. El periodo de Díaz se tipificó como dictadura y el de Madero como democrático. Estas fueron las etapas al momento de Madero, último presidente mexicano de tal periodo:

Primera. Tiempos remotos hasta la venida de los Conquistadores españoles: época prehistórica hasta 1521.

Segunda. Tiempos virreinales, 1522-1809.

Tercera. Guerra de Independencia, 1810-1821.

Cuarta. Anarquía, 1822-1844.
Quinta. Guerra con los americanos, 1845-1848.
Sexta. La Constitución y la Reforma, 1849-1859.
Séptima. La Intervención y el Imperio, 1860-1867.
Octava. La República y la Dictadura, 1868-1910.
Novena. La Democracia, desde 1911.

El tercero y último catálogo, fue hecho por materia. El esfuerzo estaba realizado, al menos en una parte de lo planeado, ya que, leemos, aquellos alumnos-empleados habían dado cima a un largo y fatigoso trabajo; inacabado, perfectible, sí, por pertenecer al mundo de las letras y de la Historia, continuaba explicando el profesor González:

Un pacientísimo trabajo sin que podamos ufanarnos de ofrecer algo positivamente acabado. Que faltan aún muchos autores... que los descuidos de que adolece el trabajo son patentes y hasta punibles; que los defectos saltan a la vista, y que lo que se hace a escote, en materia de letras, es contraproducente, culpa será ésta de la pobre condición humana, pues no de otra manera debe escribirse historia, sino con el concurso de todos los que la aman...Nos conformaremos pues con que se juzguen estos pobres trabajos bibliográficos, con benevolencia, y con que nuestros amigos repitan con nosotros: no separemos del amor a los libros, el amor a las letras...

Se halló que, dentro de las limitaciones señaladas, al menos Castillo Ledón, no quedó circunscrito a la sola revisión de impresos, como temía Galindo. Él tuvo la oportunidad, como ya se señaló, de revisar la documentación resguardada en archivos, entre ellos el AGPN. De su labor con los documentos y del entusiasmo por el trabajo desarrollado en aquel entonces quedó algún indicio. El historiador Jorge Ignacio Rubio Mañé, en su reseña histórica titulada *El Archivo General de la Nación*, reconocería, muchos años más tarde, a este personaje tepiqueño como “uno de los investigadores más serios que han pasado por ahí”⁹⁶. También Javier Rico Moreno, al hacer una *Breve cronología de las instituciones mexicanas vinculadas a la investigación histórica en México (1822-1965)*, lo nombra entre los investigadores del AGN⁹⁷, aunque aparece señalado equivocadamente con el inicio de esta institución.

⁹⁶ Rubio Mañé, Jorge Ignacio, *El Archivo General de la Nación*, México, Distrito Federal, México, Cultural, 1940.

⁹⁷ Rico Moreno, *op. cit.*, p. 142.

Y en este mismo terreno de los documentos, vale la pena anotar otra actividad de Castillo Ledón; su incursión en la Paleografía, como otra de las ciencias auxiliares de la historia. Ésta se haría patente en el manejo de documentos relacionados con el trabajo desempeñado en el propio AGPN en 1914, cuando dependía de la Secretaría de Instrucción Pública; su nombramiento fue ya de Oficial Mayor Paleógrafo, y no sólo eso, en él se especificaba su obligación de dar clases de Paleografía⁹⁸, lo cual indica que fue uno de aquellos pocos conocedores de tal ciencia auxiliar en ese tiempo, como indicó Galindo en su discurso. Castillo Ledón estaba totalmente involucrado con la Historia.

Por todo lo anterior, y contra lo que hasta hoy se ha planteado, puede asegurarse que, desde su inicio, el camino seguido por Castillo Ledón en la Historia, no se dio sólo en el ámbito positivista. El hecho de que en el Museo, tanto alumnos como profesores se ocupaban de la Historia, y de sus ciencias auxiliares, revela que, como señaló Matute, el cientificismo de la historiografía siguió en el Museo el camino de la historia diplomática y no el de la escuela positivista⁹⁹. El Museo Nacional era una institución científica y quienes cultivaban la Historia daban cabida a la teoría y metodología de esa disciplina, como resultado de la interesante tensión habida a lo largo del siglo XIX entre historiografía y filosofía de la historia. Los miembros del Museo no eran ajenos a esa tensión y formaron parte de quienes, como indicó Matute, habían vivido “paso a paso el delinde realizado entre la historia moderna científica y las anteriores, simplemente narrativas o filosóficas”; Castillo Ledón entraría de lleno, desde sus inicios a una Historia moderna y científica.

Y es que a la llegada del tepiqueño al Museo, quienes cultivaban la Historia no se habían apegado ciegamente a los mecanismos inductivos y deductivos que permitían extraer leyes del pasado, para, con base en ellas, interpretar los hechos, como pudiera pensarse, si se toma en consideración el positivismo como la doctrina seguida comúnmente

⁹⁸ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. I, h. 51.

⁹⁹ Matute, Álvaro, *Pensamiento historiográfico...*, Estudio introductorio, p. 15.

desde su implantación con Gabino Barreda. Los historiadores eruditos del siglo XIX habían tomado otro camino, empírico, que también tendía a lo científico: el impulsado en torno a los documentos antiguos y a la apreciación de las fuentes, en las cuales debía basarse el texto histórico.

Si, como lo ha planteado Matute, la filosofía de la historia en su sentido especulativo, no parecía no ofrecer nada nuevo al finalizar el siglo XIX, la teoría de esta disciplina en cambio, al dedicarse a los problemas inherentes a la naturaleza de la disciplina histórica, se planteaba novedades radicales en franca oposición al positivismo; esto era sin duda bien sabido en el Museo y, por ello, se cultivaban ahí las ciencias auxiliares. Debe hacerse notar que esto ocurría desde 1907, antes de 1911, esto es, antes de lo que supuso Matute, al referirse a la desintegración del positivismo. Esta corriente no ofrecía las mejores alternativas a quien se ocupaba de la Historia, ni tampoco a Castillo Ledón, si se considera que el positivismo no era bien visto entre los *savios*. Castillo Ledón habría de involucrarse abierta y coherentemente con la Historia, y con la entrega a la escritura del texto mediante el cual debían expresarse resultados científicos objetivos.

Si las nuevas connotaciones que modificaban la factura de la Historia, como lo ha señalado Matute, eran fruto de Alemania y pronto tendieron a universalizarse, se puede pensar que eran conocidas por quienes se dedicaban a la Historia en México, y tampoco podían ser totalmente ajenas al nuevo hombre del Museo Nacional, pues había tratado con quienes cuestionaban el positivismo y, además, sus lecturas estaban, para entonces, relacionadas con los frutos intelectuales de Alemania y Francia, entre otros países europeos. Así lo había hecho Luis Castillo Ledón desde su estancia en *Revista Moderna de México*.

Quienes se ocupaban de la literatura no podían ser ajenos a la retórica, arte del bien decir, que formaba parte, como indicó Matute, de la preceptiva literaria, que no era otra

cosa que el tratado normativo de retórica y poética. De tal preceptiva se había derivado la histórica, la cual había orientado a quien se ocupaba anteriormente del arte retórico. Ahora la teoría venía a sustituir a la preceptiva histórica, cosa que no podía ser ajena a quien cultivaba la literatura, la poesía y, luego, la Historia. Con ello, Castillo Ledón completaba su poligrafía, a la que también se refirió Matute cuando señaló tal característica en los ateneístas y los consideró “Tal vez la última generación de auténticos polígrafos mexicanos”¹⁰⁰. El tepiqueño estaba a un paso de ser ateneísta. El caso de este novel aspirante a historiador no era tan extraño como podría pensarse. Su contemporáneo, Jacobo Burckhardt, el historiador rebelde de la cultura, como le llamó Sonia Corcuera, llegó a la Historia por el “camino poco trillado de la poesía”¹⁰¹; respecto a ello la propia historiadora señala: “La historia está en deuda con la poesía por su contribución al conocimiento de la naturaleza humana”. Los hombres de letras seguían llegando a cultivar la Historia, ya entrado el siglo XX.

IV.4. Caminos individuales e ideales colectivos: *Itinerario de Hidalgo y Ateneo de la Juventud*.

Luis Castillo Ledón continuaba su afanosa vida en el Museo Nacional, el cual adoptó en 1909 el nuevo nombre de Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, y entró en un periodo de remodelación. Lejos estaba el *ex-savio* de imaginar que ese año, una de sus actividades marcaría de por vida su interés por un personaje histórico. En aquel entonces, una particular enfermedad del estómago le causaba serios inconvenientes y fuertes dolencias; los últimos días de enero, en convalecencia, recibía la correspondencia de los amigos santiaguenses y tapatíos que esperaban su respuesta; entonces, debió leer aquellas cartas que, como tantas veces, buscaban palabras de aliento, consejos, intercambio de libros, novelas, revistas, en fin, publicaciones novedosas, ayuda expresa para algún problema, y también solicitudes de colaboración para sus respectivas

¹⁰⁰ Matute, Álvaro, “El Ateneo...”, p. 65.

¹⁰¹ Corcuera, Sonia, *Voces y silencios en la historia*, México, FCE, 1997, p. 83-84.

ediciones.

Ya entrado el año, Luis, totalmente repuesto e inmerso de nuevo en el trabajo, entregó los informes de abril y mayo, donde se asentaba que el trabajo de investigación del Museo seguía desarrollándose y se hacía en el Archivo de la Catedral Metropolitana, junto con Andrade y Amador¹⁰². La contratación de Castillo Ledón como Auxiliar del Encargado de Publicaciones estaba en plena vigencia y lo estaría prácticamente por un año todavía, pues terminaría el 30 de junio de 1910, en tanto que el curso del MNAHE acabaría un mes más tarde: el 21 de julio del mismo año. Sus actividades y compromisos se traslapaban; ambos estaban dirigidos hacia al MNAHE.

En la ciudad de México, como en el país entero, las cosas parecían seguir el curso acostumbrado en los últimos años; los distintos sectores de la sociedad continuaban con sus actividades. Sin embargo, en política, podía advertirse que este año, a raíz de las declaraciones de Díaz acerca de un México maduro para la democracia, surgían mayores inquietudes. Castillo Ledón fue testigo, mientras se desempeñaba en el MNAHE, de la importancia que cobraban algunos nombres, al ser bien vistos por importantes grupos de la población, anhelantes de un cambio parcial o total en la conducción del país para 1910. No es que antes no existieran intentos opositores, pero hasta entonces la represión porfirista los había desarticulado de inmediato. Ahora, parecía haber cierta anuencia del presidente. El juego político no era para regir de inmediato los destinos de México; se trataba tan sólo de la vicepresidencia. De cualquier forma, aquella coyuntura estaba apenas comenzando y no se advertía entonces el alcance que habría de adquirir.

Mientras Castillo Ledón se comprometía cada vez más con las labores del MNAHE, los *ex-savios* seguían retomando actividades colectivas, a cuyo frente y a falta de una directiva, saltaban distintos nombres. Al ansia de estudio de aquellos jóvenes, y del

¹⁰² Archivo AHMNA, vol 13, exp. 16, ff. 136-149.

tepiqueño en particular, se sumaba seguramente la búsqueda de cómo realizarlo. Cada vez se hacía más claro que, en su afán de creación y crítica, esos jóvenes, como ya se había escrito en *Savia Moderna*, buscaban tener claro un ideal. González Peña también se refirió a estos rasgos como distinción de su generación: la inquietud filosófica y la seriedad de disciplina como esencia dinámica de sus trabajos y andanzas¹⁰³. Indudablemente, el pensar no sólo era una actitud producto de la petulancia ni patrimonio particular de Vasconcelos, sino una necesidad para renovar al país, a la sociedad. Para aquellos cultos jóvenes, gustosos no sólo de pensar, sino también de ser partidarios de un cambio significativo, el ambiente general fue haciéndose cada vez más propicio para impulsar algunas modificaciones.

Justo Sierra y Genaro García, como funcionarios de Instrucción Pública y del MNAHE, y el propio presidente Porfirio Díaz, habían concedido para entonces especial atención a la preparación del Primer Centenario de la Independencia, por lo que el MNAHE orientó varios de sus esfuerzos hacia aquella conmemoración. Uno de los proyectos concebidos para el festejo ofrecía nuevas perspectivas al trabajo hecho hasta entonces por Castillo Ledón. Si bien salía ocasionalmente fuera de la ciudad, la nueva comisión le exigiría una entrega total y, para ello, habría de alejarse varios meses del ambiente de la vida capitalina, de su familia y del MNAHE, de sus clases: fue comisionado para recorrer *El Itinerario de Hidalgo*, sin sospechar siquiera, que prácticamente eso lo consagraría en sus nuevos quehaceres.

Seguramente los alumnos y el personal se habían visto inmersos, poco a poco, en aquel compromiso del MNAHE, y Castillo Ledón debió haber quedado muy satisfecho de la designación de que fue objeto. Por lo menos a mediados del mes de octubre, ya que para el día 18 *El Diario* publicó la noticia, y su nombramiento ya se daba por hecho: “El señor

¹⁰³ González Peña, Carlos, “Antonio Caso y la generación del Ateneo”, en *Gente mía*, p. 183, citado por Curiel.

don Luis Castillo Ledón ha sido comisionado por el señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes para hacer una excursión, tocando todos los lugares del país en donde estuvo el padre de la independencia, don Miguel Hidalgo y Costilla”¹⁰⁴. Señalaba también que iría acompañado del fotógrafo de la Escuela Nacional Preparatoria, y que Castillo Ledón sería el jefe de la expedición, al tiempo que se encargaría de distintas actividades; se indicó asimismo que las investigaciones no se limitarían a hechos relacionados con la vida de Hidalgo, sino que se extenderían a otros personajes de la época. La excursión —se explicó— duraría varios meses y estaba próxima a salir.

Hoy se sabe que *El Itinerario* tenía un antecedente: en 1906 el Museo había comisionado a uno de sus fotógrafos, Manuel Torres, para hacer un recorrido similar¹⁰⁵, de menores expectativas, el cual, actualmente, resulta aún más desconocido.

Tres días después, Castillo Ledón tuvo la seguridad de que estaba a punto de comenzar aquella encomienda; un oficio le confirmó la comisión expedida por orden del presidente Porfirio Díaz y del Secretario Justo Sierra, y firmada por el subsecretario Ezequiel A. Chávez, comunicándole, no como decía el periódico en calidad de jefe de la expedición, sino que iría con su nombramiento del MNAHE, así como las actividades por realizar; se le informó también que las autoridades locales de diez estados del país le brindarían facilidades para desempeñarse¹⁰⁶.

El mismo día, Castillo Ledón recibió otra comunicación, mediante la cual él y Gustavo F. Silva, el fotógrafo, podrían hacer efectivos los descuentos concedidos por ley a los comisionados del Gobierno en los Ferrocarriles Nacionales. Las distancias por recorrer sugerían obviamente un viaje largo, mas no se asignó un tiempo determinado cuando la

¹⁰⁴ Archivo ALCL, Sección de Manuscritos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918, donde se guardan dieciocho noticias referidas al tema de *El Itinerario de Hidalgo*, publicadas en distintos diarios: *Actualidades*, *El Imparcial*, *Cultura*, *El Diario*, *La Semana Ilustrada*, *El Kaskabel*, *El Heraldo* y *El País*, la mayoría de la Ciudad de México, entre el 18 de octubre de 1909 y el 5 de noviembre de 1910.

¹⁰⁵ Ávila, Julieta y María Hernández, *Un acercamiento a la vida y obra de Luis Castillo Ledón. La ruta de Hidalgo*, presentado en el Seminario impartido por Fernando Curiel en la Facultad de Filosofía, de la UNAM.

¹⁰⁶ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. I, h. 7.

autoridad superior giró la orden. Seguramente, los objetivos ya estaban establecidos y las distintas instrucciones particulares debió darlas y las seguiría impartiendo Genaro García en su carácter de director del MNAHE y, sin duda, él conservaba también su preeminencia de maestro en su trato con el *ex-savio*.

De esta manera, pasados algunos días, *El Imparcial* aseguró el día 26 que “Todo estaba listo para el viaje”, haciendo alusión a *Las marchas del Padre Hidalgo*. Las noticias publicadas por los periódicos guardadas en el archivo ALCL resultan bastante ilustrativas¹⁰⁷. *El Imparcial* anunció detalladamente los puntos del recorrido, en relación con tres compañías ferroviarias -el Ferrocarril Central, el Nacional y el Internacional- que se utilizarían.

Antes de terminar el mes de octubre y a punto de salir de la ciudad de México, los últimos días fueron decisivos, no sólo para el trabajo de Castillo Ledón, sino para la vida de los *ex-savios* y su impulso a la cultura mexicana. Mientras *El Diario*, anunciaba el 27 de octubre: “Los comisionados saldrán mañana en la noche por el Ferrocarril del norte rumbo a Chihuahua, para fotografiar los lugares en donde estuvo el Cura Hidalgo desde su niñez hasta su muerte”, otro rotativo: *Actualidades*, publicaba el mismo día la nota *El Ateneo de la Juventud*: “Con el fin de constituir un ‘Ateneo de la Juventud’, se efectuará esta noche, a las siete, una reunión preparatoria en el salón de actos de la escuela nacional de Jurisprudencia”¹⁰⁸.

Cinco redactores *ex-savios* habían convocado a aquella reunión previa, según el mismo diario: Rafael López, Jesús T. Acevedo, Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, lo cual pude corroborar ahora no únicamente con el testimonio de Henríquez Ureña, sino con la invitación recibida por Luis Castillo Ledón. Escrita con letra

¹⁰⁷ Este proyecto resultaba prácticamente desconocido, por lo cual los datos hallados en el AGN y en el ALCL resultaron interesantes. De ahí nació el trabajo titulado *Acercamiento a la vida y obra de Luis Castillo Ledón. La Ruta de Hidalgo*. Hoy se añaden algunas fuentes más del ALCL para contribuir a detallar este *Itinerario de Hidalgo*.

¹⁰⁸ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

de Jesús T. Acevedo, según la identificación de Rosa Spada, quien ha estudiado al infortunado arquitecto¹⁰⁹, dicha invitación ha sido conservada en el Archivo ALCL y da fe del acontecimiento¹¹⁰. Castillo Ledón fue uno de los invitados, como también lo fueron, según la misma nota periodística, veintitrés personas más:

Rubén Valenti, José María Lozano, Jenaro Fernández MacGregor, Ignacio Bravo Betancourt, Guillermo Novoa, Nemesio García Naranjo, Abel C. Salazar, Eduardo Colín, José Vasconcelos, Marcelino Dávalos, Isidro Fabela, Eduardo Pallares, Eduardo Xicoy, Francisco J. César, doctor Carlos Barajas, ingeniero Evaristo Araiza, y señores Alfonso Cravioto, Carlos González Peña, Roberto Argüelles Bringas, Manuel de la Parra, Emilio Valenzuela, Enrique Escobar y Juan Palacios.

De ellos, sólo el médico Barajas parece haber escapado al recuerdo de Henríquez Ureña, quien aseguró que se habían escogido 30 socios¹¹¹; si sumamos a todos, todavía faltaría uno: la ausencia de Gómez Robelo es notoria.

Pese al viaje en puerta, Castillo Ledón fue indudablemente uno de los entusiastas asistentes. Pareciera, incluso, que también acudió a la reunión del día siguiente, el día 28 de octubre cuando se hizo la constitución formal del Ateneo de la Juventud. Esto parece entreverse en las cartas del dominicano, quien aclaró que ese día “concurrieron” doce de los treinta invitados a la reunión: Carlos González, Luis Castillo, Parrita, Cravioto, Emilio Valenzuela, Juan Palacios, Jenaro Fernández, Fabela, Nacho Bravo Betancourt, Guillermo Novoa, Vasconcelos y Eduardo Pallares¹¹². Bien pudo acudir Castillo Ledón, ya que inició su viaje esa misma noche. Haya asistido o no el día 28, seguramente advirtió que mientras que los convocantes, todos, habían sido miembros de *Savia Moderna*, era claro que entre los invitados no había *ex-savios* artistas y, buena parte de los concurrentes, cincuenta por ciento, respondían claramente a la incorporación de nuevos nombres, casi todos de la

¹⁰⁹ Comunicación directa, sobre el documento.

¹¹⁰ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, h. 23.

¹¹¹ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, t. I, pp. 541-42, citado por Curiel, Fernando en *La Revuelta...*, p. 229-230.

¹¹² Fernández MacGregor, “El verdadero Ateneo” en *Conferencias del Ateneo, seguido de anejo documental*, México, UNAM, 2000, p. 493, afirma que fueron 26 los fundadores, con lo cual habría uno más de los recordados por Henríquez Ureña.

anfitriona Escuela de Jurisprudencia; incluso los menos conocidos, como Xicoy (o Xico) y César, se sabe que fueron abogados. Habían llegado también, y como novedad, un médico y un ingeniero.

Según la lista de Fernández MacGregor, otros dos *ex-savios* fueron invitados: Abel C. Salazar, quien aparecía en la lista del periódico, y Gonzalo Argüelles Bringas, uno de los pintores; de hecho otros artistas se incorporaron después. El nuevo contingente se había renovado. Castillo Ledón debió extrañar su antigua posición y es posible, inclusive, que se le propusiera para algún puesto, mas él estaba a punto de ausentarse de la ciudad y no figuró en ningún cargo del Ateneo inicial. Quizá pudo sugerir una de sus secciones, ya que quedaron las siguientes tres: Literatura y Artes, Ciencias Sociales e Historia, y Filosofía, en la segunda quedó incluido su particular interés.

La Historia, para entonces, ya había formado parte de otros ateneos en México, en España y en otros sitios; en realidad se consideraba ya independiente de la literatura. En México, prácticamente habían declinado los ateneos como asociaciones y, en parte por ello, su creación resultaba muy oportuna en un ámbito tendiente a los cambios. La Historia entonces, y contra lo que pudiera creer, tuvo parte formal en el Ateneo: si hoy su presencia ha sido olvidada, se debe a que el gusto por la Historia no estaba, tal como supuso Matute, muy extendido entre los contemporáneos de Castillo Ledón. Así lo reconoció José Vasconcelos: “En general, los de mi época desdeñábamos la historia patria... y sabíamos más de Grecia y de Tucídides que de Anáhuac y de Alamán”¹¹³. No era sí para Castillo Ledón.

Aquel día, no sólo el nayarita se retiró siendo ya ateneísta a El *Itinerario de Hidalgo*; en otro de los proyectos creados para conmemorar el primer centenario de la Independencia habrían de participar otros ateneístas recién nombrados socios: Luis G. Urbina y Pedro

¹¹³ González, Osmar, “José Vasconcelos y los intelectuales peruanos. Cartas con José de la Riva Agüero”, *Boletín oficial*. México, INAH, 2000, núm. 59, julio-septiembre, p. 5.

Henríquez Ureña participaron en la *Antología del Centenario*. Hoy sabemos que el primer tomo de *La Antología del Centenario*, subtitulada *Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia*, se imprimió en 1910, y fue objeto de una reedición en 1985. Tanto los hombres de *La Antología* como Castillo Ledón iniciaron enseguida sus proyectos respectivos. Castillo Ledón partió la noche del 28 y los otros ateneístas lo harían el día 29 de octubre de 1909, un día después de haberse constituido el *Ateneo de la Juventud*. El reconocimiento del *Itinerario*, en nuestros días un proyecto ignorado, como parte del desempeño de este ateneísta ha resultado novedoso. Este olvido se revela en el comentario expresado por José Luis Martínez en la Introducción publicada en 1985, acerca del proyecto de las vistas estereoscópicas: “lo desconozco”¹¹⁴.

Castillo Ledón y el fotógrafo Silva salieron aquella noche hacia el norte, sin sujetarse al orden de los acontecimientos. Marcharon de acuerdo con la moderna traza de los Ferrocarriles, el medio de transporte que guió la realización del *Itinerario* casi al terminar la primera década del siglo XX. Antes de partir, el historiador —en ciernes para nuestros ojos, pero ya reconocido en su momento en el mundo de la literatura—, con el prestigio del que ya gozaba, comentó a *El Diario* el 27 de octubre de 1909 la importancia del recorrido y del trabajo documental realizado en la preparación de los viajes planeados: “Hay muchos puntos que visitó Hidalgo y de los que no trata la Historia y que se han aclarado consultando detenidamente el Archivo General de la Nación”¹¹⁵. De acuerdo con el plan del MNAHE, Castillo Ledón y su compañero irían por ferrocarril hacia Chihuahua, y los diarios comentaron que de Chihuahua pasarían a Saltillo y Zacatecas.

Gracias a los documentos encontrados en el archivo ALCL, particularmente una colección de tarjetas postales enviada por el ateneísta a su madre y algunos recortes de prensa, pude saber cómo iba reconstruyendo Castillo Ledón las diversas partes del

¹¹⁴ Martínez, José Luis, “Introducción”, en *Antología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia*, t. I. Edición facsimilar. SEP. México, 1985, p. X.

¹¹⁵ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

Itinerario de Hidalgo. Entregaba informes quincenales e, indudablemente, mediante ellos, la prensa se enteraba del constante peregrinar de los comisionados y de las investigaciones y tareas que hacían en los diversos lugares donde por donde había transitado el héroe y se detenían. Debido a todo lo anterior, la autora de estas líneas colabora en la actualidad en el estudio del recorrido del ateneísta, en un proyecto que hoy puede declararse inconcluso y, en la propuesta formal al INAH, se intentará llevar a término para el segundo centenario de la Independencia¹¹⁶.

Así, corroboré uno por uno, los sitios visitados, y detecté 321 vistas estereoscópicas, antes desconocidas, las cuales me permitieron, además de reconstruir el *Itinerario* seguido por este ateneísta y su acompañante, conocer sus comentarios, no sólo del paisaje y de la traza de la arquitectura de diversos lugares, sino del medio social en el que transcurrió. Textos y vistas reflejan la geografía de buena parte de un México prerrevolucionario, ya que estos viajes se hicieron entre 1909 y 1910.

Las noticias de los periódicos, conservadas en el archivo ALCL, me permitieron asomarme a los relatos publicados por diarios, como *El Imparcial*, *El Herald*, *El Diario* y *La Semana Ilustrada*, donde quedaron plasmados algunos de los frutos de la reconstrucción de la historia del heroico sacerdote y caudillo. A las fotografías, se sumó la recopilación de documentos y la identificación de diversos objetos; se recogieron, además, tradiciones interesantes y datos varios en lugares que se creían agotados por los historiadores. Entre ellos, muebles, cuya impresionante sencillez y rusticidad no les impidió ser considerados por el viajero y ateneísta como objetos históricos. Muestra de ellos, la tenemos en la propia pila bautismal, donde el Padre de la Patria recibió el respectivo sacramento, o una “tosca silla de madera en la cual había descansado Miguel Hidalgo pocos días antes de su muerte”. Todos estos logros no sólo se relacionaban con Hidalgo, sino también con otros

¹¹⁶ Ávila Hernández, Julieta. *El Itinerario de Hidalgo*, borrador entregado al Seminario INAH, Tiempo y Nación (ITYN), Dirección de Estudios Históricos. INAH, 2008.

héroes de la Independencia.

Las postales mencionadas, por su parte, me permitieron conocer algunos de los obstáculos librados por los viajeros para cumplir con su cometido. En el norte, las condiciones climatológicas hacían que el tiempo y las distancias fueran más apremiantes; pese a ello, lo común era disponer de un día para estar en cada sitio, pues, por muy cercanos que parecieran aquellos lugares, apenas podían llegar al punto indicado, realizar la visita y regresar a la conexión importante del ferrocarril correspondiente. Más tarde, el propio Castillo Ledón, habría de referir que el recorrido había sido hecho en siete meses y medio, “por todos los sistemas de locomoción de que se disponía, a pie inclusive”, y que había abarcado cerca de doce mil kilómetros y 150 poblaciones¹¹⁷.

La relación de este Itinerario con el libro de Castillo Ledón sobre el héroe de la Independencia era otro asunto que había sido olvidado, pues no fue referido ni por Martínez, ni por de la Torre; este último, al hablar de su interés por el caudillo, mencionó los siguientes antecedentes:

Su paso por el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Museo Nacional de Historia y Arqueología, nutridas de información histórica en torno del movimiento insurgente, le hizo apasionarse por la vida y la obra del Padre Hidalgo. Entusiasmado con la maravillosa personalidad del Cura de Dolores, desde 1910 inició perseverante investigación sobre Hidalgo. De esta suerte escribió con dilatados intervalos: *Aniversario del Grito de Dolores a los 130 años*; *Cuándo y dónde se ordenó Hidalgo*; *Milagroso pero humano, Miguel Hidalgo y Costilla, la vida del héroe*, *Reseña histórica para la celebración del primer centenario de la Independencia*; otra *Vida de Miguel Hidalgo y Costilla*; *Iconografía de Hidalgo* y otros temas conexos a la Independencia tales como *El nombre de Iturbide en lugares públicos* y *La coronación de Iturbide*¹¹⁸.

De los escritos reseñados por de la Torre, puedo asegurar que *Milagroso pero humano*, fue efectivamente un artículo publicado más tarde por Castillo Ledón en *El Universal*, mas no estuvo referido a Hidalgo, sino a los vuelos aerostáticos.

En cuanto al *Itinerario*, hallé que, entrado el mes de diciembre de 1909, los

¹¹⁷ Castillo Ledón, Luis, *Hidalgo. La vida del héroe*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1948, t. I p. vii.

¹¹⁸ Castillo Ledón, Luis, *Narraciones...*, prólogo, p. 13.

comisionados seguían en el norte. No siempre hubo pleno acuerdo entre los dos excursionistas; uno de los motivos pareció ser que, mientras el fotógrafo se desplazaba a la ciudad de México, el historiógrafo seguía al frente del proyecto. Las notas de este estudiante liberal, *exprotestante*, contra Manuel Caballero, y *desagraviador* de Gabino Barreda, muestran que su propensión a la enfermedad no lo dejaba; también revelan las contradictorias e intensas relaciones que vivían aquellos ateneístas, en un mundo político todavía un tanto indefinido. En el relato de sus postales hallé los lazos establecidos en una sociedad todavía relativamente pequeña: utilizaba la medicina, ni más ni menos, del médico Francisco Vázquez Gómez, el disgustado católico opositor de la Escuela Nacional Preparatoria.

Ya estaban los comisionados en el centro del país, en Dolores, cuando el propio maestro del historiógrafo y director del MNAHE, Genaro García, se trasladó para supervisar el trabajo realizado. El propio Castillo Ledón manifestó que tanto la Secretaría como el MNAHE podían estar satisfechos de su labor. Como parte de ella, logró, por ejemplo, que el señor Jimeno Urrutia consintiera en donar su colección de objetos históricos al MNAHE, depositándolos en poder del Gobernador del estado de Guanajuato, hasta que la SIPBA hiciera oficialmente la gestión necesaria para que los objetos fueran llevados a México. Consiguió también algunas entrevistas y estableció relaciones con descendientes de la familia de Hidalgo, a más de otras con Agustín Rivera o Eduardo Santoscoy, considerados en aquel tiempo como grandes personalidades en el mundo de la Historia.

Las fotografías, sin duda dirigidas por el historiógrafo del Museo y tomadas por el artista de la cámara oscura, guardaron buena cantidad de imágenes; ahí quedó alguna de las casas donde se verificaron conspiraciones y se guardaron armas en Querétaro, el lugar preciso en donde golpeó la Corregidora Domínguez para comunicarse con Ignacio Pérez; la

chapa por donde hizo pasar, a la usanza de la época, un pliego con la conspiración, y el convento que le sirvió de prisión en la misma ciudad. También puede verse una mesa donde escribió Hidalgo la intimación dirigida al Intendente Riaño, y el ornamento usado para decir una misa a las tropas insurgentes, momentos antes de tomar Guanajuato, la Alhóndiga de Granaditas, la torre donde estuvo preso Hidalgo, sus casas con detalles históricos en Morelia, Colima, San Felipe Torres Mochas, y todas aquellas donde estuvo, además de los distintos sitios donde paró cuando lo llevaron de Monclova a Chihuahua.

Mientras el nayarita proseguía en sus viajes y se ocupaba de sus nuevos quehaceres, los *ex-savios*, reunidos ahora en el Ateneo de la Juventud, presenciaban en la capital la visita del doctor Rafael Altamira, historiador español considerado toda una autoridad en la materia. La Historia ya contaba en el Ateneo y no podían dejar de lado el paso de Altamira por la ciudad de México, por lo que le homenajearon con un banquete el 26 de enero, en el cual la actuación de los *nuevos* no pareció satisfacer al exigente dominicano, pues escribió que el brindis de Bravo Betancourt había sido “hinchado y ridículo” y el discurso de Lozano “un desastre”¹¹⁹. Castillo Ledón, en su aparente lejanía y sin proponérselo, contra lo que se pudiera pensar, también estaría presente en la visita del español y podría considerarse que obtuvo de él unas palabras estimulantes para el trabajo y la comisión desempeñados.

El trabajo de Castillo Ledón ocupó otro espacio en la prensa; esta vez en relación con dicha visita. Para dar noticia del *Itinerario de Hidalgo*, *El Diario* publicó *El éxodo de un héroe* en sus Notas Editoriales el 8 de marzo de 1910¹²⁰. Como introducción al tema, el periódico retomó algunas referencias dadas por Altamira, quien había llegado a la capital mexicana en diciembre anterior, en un viaje de propaganda intelectual y social por América, a nombre de la Universidad de Oviedo. Altamira era un viejo amigo de Justo

¹¹⁹ Roggiano, *op. cit.*, pp. 21-27.

¹²⁰ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

Sierra, el Secretario de Instrucción Pública, quien le ofreció un *torneo familiar de intelectuales y artistas de México*, al que asistió Genaro García, por lo que es muy probable, según los comentarios de Henríquez Ureña, que se invitara a Rafael Altamira al recién creado MNAHE, y se le comentara, entre otras cosas, algo del *Itinerario de Hidalgo*. De esto, Henríquez Ureña ningún comentario dejó.

Lo interesante para el *Itinerario* es que el historiador español, al impartir en el MNAHE una conferencia sobre el método en el estudio de la Historia, se refirió a otra peregrinación reconstructiva de un personaje histórico español y a la importancia del fruto logrado en su país. *El Diario* ubicó en ese contexto *El Itinerario de Hidalgo* y presentó a Castillo Ledón como un “competente literato” que hacía el recorrido mexicano en busca de fuentes y datos, y aprovechaba para sugerir que no se quedara sólo en homenaje, sino que hizo algunas propuestas al retomar los comentarios de Altamira, para el buen término del mismo, como la elaboración de alguna monografía para el público ilustrado. Hoy sabemos que muchos años y acontecimientos habrían de pasar para que Castillo Ledón diera fin a la biografía del Padre de la Patria, la cual habría de convertirse en un clásico de la Independencia mexicana, si se considera el testimonio dado por Ernesto Lemoine¹²¹. El intelectual español regresó a su patria, mientras que Castillo Ledón seguía trazando el *Itinerario* asignado.

Los comisionados, obligados por las circunstancias a viajar de noche o de día, sábados, domingos y días festivos, y para quienes su desempeño laboral era toda su vida, decidieron tomar unos días de descanso y tranquilidad; hasta las rencillas entre ellos, ocasionadas por el trabajo, debieron subsanarse, si consideramos que Chapala era el sitio indicado para ello. Ahí Castillo Ledón tenía conocidos; era uno de sus lugares favoritos para reponerse de males físicos o morales, y esta vez no dejaría de acudir. Otra postal da

¹²¹ Lemoine, Ernesto, “Itinerario geográfico y revolucionario del Padre de la Patria”, en *Revista Artes de México*, 1969, núm. 122, año XVI, pp 58-91. Consideró a Castillo Ledón “the best biographer of Hidalgo”.

cuenta de aquella escapada a doña Virginia Ledón.

El tiempo pasaba y aquella zona debió ser recorrida con gusto por el ateneísta, ya que en Guadalajara como en otras ocasiones, estableció prácticamente un centro de operaciones. Desde ahí visitó algunos sitios, aunque también encontró amigos y familiares, quienes sabían de su llegada. Los primeros no se hicieron esperar: no podían desaprovechar la oportunidad de ver al amigo, al *hermano*. Todo indica que los comisionados abandonaron la Perla de Occidente el 20 de abril. Después de aquella agradable estancia, lo escrito a Virginia Ledón desde Celaya reveló, en contraste, un Castillo Ledón cansado de los casi seis meses de carecer de residencia fija: estaba pesimista respecto a su futuro y, quizá un tanto entristecido al dejar Guadalajara. Seguramente vivía nuevos percances laborales y, más bien, su esperanza estaba en volver a su ambiente de la capital.

Sin embargo, el tiempo parecía transcurrir lentamente y el recorrido no terminaba. Castillo Ledón reconoció en los textos de sus postales el interés y la grandeza de Morelia, sin denotar por ello entusiasmo; seguía deleitándose con el recuerdo de su tierra tapatía. Aunque la geografía había cambiado al regresar hacia el centro del país, ni siquiera ahí pudieron apresurar los recorridos planeados cuanto hubiesen deseado. Con todo, el 9 de mayo *El Imparcial* anunciaba ya el fin del *Itinerario de Hidalgo* en la capital. No pude conocer su final con exactitud; parece haber habido un retorno a la capital, y, en todo caso, una inmediata reincorporación al recorrido. De acuerdo con los documentos personales de Castillo Ledón, estuvo comisionado en el *Itinerario* hasta el 30 de junio de 1910, lo cual coincide con lo asentado por el propio ateneísta en el libro sobre el Padre de la Patria, donde menciona que el recorrido duró siete meses y medio.

Una de las últimas noticias halladas en *El Imparcial* el 28 de junio, relacionada con el *Itinerario*, tampoco aclaró si ya estaban los comisionados en la ciudad de México, pues

sólo anunció una exposición de los objetos conseguidos durante el recorrido, lo cual, en sí mismo también era algo desconocido en la actualidad. El *Itinerario*, independientemente de si el ateneísta hizo o no una visita oficial a la ciudad de México, había sido indudablemente una proeza: Castillo Ledón, como responsable de su trabajo y del material fotográfico finalmente, había logrado que el *Itinerario* avanzara en promedio alrededor de 50 Km por día y en los 225 días asignados al recorrido —exactamente siete meses y medio— visitaron, en promedio, 1.5 lugares por día: esto implica que se destinaron 75 días a los traslados. De las aportaciones de aquellos viajes, hallamos una destacada por *El Herald*, el día 17 de mayo, que señaló la superación de las rutas consignadas anteriormente por Lucas Alamán y Carlos Bustamante.

Si bien no fue posible determinar con exactitud el regreso de los comisionados, sí pude corroborar el tiempo asignado por el *ex-savio* al recorrido. Es probable que para el 28 de junio, y para la exposición indicada por *El Imparcial*, ya estuvieran de regreso, pues Castillo Ledón para esa fecha no sólo debió estar reincorporado a sus actividades del MNAHE, sino que el día 30 de junio ya lo estaba a las del Ateneo de la Juventud. *El Imparcial* mismo dio la noticia el día dos de julio: *Sesión Artística del Ateneo Juvenil*, realizada “anteayer”, y comentó la intención de dicho Ateneo de fomentar su vida literaria y artística¹²².

Bien pudo ser entonces cuando el número de socios comenzó a incrementarse. Se anunció también la celebración de una sesión extraordinaria en la que cinco de sus miembros leerían sus trabajos, entre ellos Castillo Ledón, quien, indudablemente, ya estaba de regreso y dispuesto a colaborar. Como antes, ahí estaban los amigos: Fabela había sido nombrado Secretario de Actas y los otros ponentes eran Caso, Colín, González Peña y Manuel de la Parra. Se ignoran los temas tratados.

¹²² Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

Desde luego, el historiógrafo y alumno debió retornar de inmediato a sus clases de Historia, a las que muy poco tiempo les quedaba, si consideramos que éstas concluirían el 21 de julio de 1910. Todo indica que, pese a no haber asistido normalmente, ya que estaba desempeñándose en los viajes del *Itinerario*, entregaría su trabajo anual, al igual que sus demás condiscípulos y, como novedad, pude advertir que su trabajo también estaba relacionado con los festejos del Centenario, de acuerdo con lo publicado en *El Imparcial* el 17 de octubre de ese año:

Uno de los jóvenes de la intelectualidad mexicana, el señor don Luis Castillo Ledón, acaba de ofrecer su contribución para las fiestas del Centenario, en una obra sugestiva, interesantísima, según el decir de su maestro y sus compañeros. Se titula la obra “Historia de la Opera Mexicana”. Discípulo del señor licenciado don Genaro García, en la clase de Historia del Museo, quiso el señor Castillo Ledón desarrollar en su trabajo anual el tema de la historia de la ópera mexicana...¹²³.

La elección de un género musical como tema de investigación para su clase de Historia, confirma su intención de seguir relacionado con el arte, aunque también su interés por ligar ambos aspectos: el arte y la Historia; ésta, innegablemente, ya no se ocupaba tan sólo de asuntos políticos o militares. Sin duda, la ópera, tanto como la novela o la propia ciudad de México, fueron motivo de interés para Castillo Ledón, resultado de su práctica del periodismo cultural. Ninguno era tema nuevo para él y ello explica su elección después del *Itinerario*: la investigación era resultado de un largo tiempo de dedicación al tema, por lo que no fue difícil terminarlo en el poco tiempo disponible después de sus viajes por la República, e, incluso, es probable que los haya trabajado en paralelo.

El título concedido por el periódico no corresponde con el publicado en el MNAHE: *Los mexicanos autores de óperas*. Reproducido por de la Torre, y considerado como una mera narración, este último opinó sobre ella:

Revela la cultura musical de su autor, pues incursiona en el origen y desarrollo de ese género desde el viejo mundo, para terminar haciendo una

¹²³ *Idem.*

revisión de cómo los músicos mexicanos lo han cultivado. Ampliamente informado, erudito y realizado con buen gusto y sensibilidad, este trabajo, uno de los pocos que existen de la historia musical mexicana, es fundamental para el conocimiento de la sensibilidad de la sociedad mexicana. Hoy día en el que se muestra el interés por la historia de la ópera en México, esta narración es de gran valor¹²⁴.

Su actividad era constante a su regreso. Como poseedor de la información del *Itinerario* y de la propia Independencia, algunas veces se le solicitaba algún dato en particular, como ocurrió el 28 de julio, cuando Genaro García, le pidió: “Informar a esta Dirección a la mayor brevedad posible, cuál es el lugar preciso de la ciudad de Lagos en donde se encuentra sepultado el cráneo del héroe Pedro Moreno, y cuáles son los dueños actuales de la hacienda de Corralejo”¹²⁵. Tenía todavía una tarea específica por cumplir: la clasificación de las fotografías tomadas por Silva, la cual estaba por concluir el 5 de noviembre de 1910, según dio cuenta *El Imparcial*:

El señor don Luis Castillo Ledón, acaba de dar fin a una obra altamente interesante y que venía emprendiendo desde su llegada a esta capital... clasificar detenidamente las fotografías que se tomaron en dicho viaje y que se imprimen en estos momentos para formar la colosal colección de vistas estereoscópicas que han de ser donadas a todas las escuelas primarias del Distrito Federal y Territorios.

Estas que pudiéramos llamar ediciones de fotografías, fueron hechas por un grupo numeroso de fotógrafos comisionados por la Secretaría de Instrucción... /quien/ había pensado primero en entregar a los maestros de las escuelas las fotografías... pero parece que ahora se trata de formar una clase especial donde las colecciones sean mostradas a los alumnos para exaltar su patriotismo, para inculcar en ellos el santo amor a los héroes que nos dieron la independencia a costa de su sangre... El señor Castillo Ledón presentará la última de estas leyendas, que hace en forma de cédulas, en la semana próxima¹²⁶.

Según el mismo dato periodístico, se trataba de 300, 000 fotografías del camino de *Hidalgo al Patíbulo*, y así se tituló el artículo, lo que implicaría la realización de mil juegos. Como en el interior del artículo se refirieron a 396 mil, es posible que la colección haya alcanzado el número de 396 fotografías estereoscópicas. Independientemente de que la referencia no fuera exacta, el ateneísta debió hacer una selección del total de imágenes.

¹²⁴ Luis Castillo Ledón, *Narraciones...*, pp. 23 y 193-239.

¹²⁵ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. I, h. 12.

¹²⁶ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

El Herald del 17 de mayo aseguró que se habían tomado otras fotografías, además de las del Itinerario: “Al paso por los diversos sitios históricos que no están ligados con el *Itinerario de Hidalgo*, se tomaron algunas vistas fotográficas para los Álbumes del Museo, las cuales, como todos los objetos, serán catalogadas y clasificadas con sus respectivas cédulas”. Esto pudiera haber aumentado el trabajo de clasificación.¹²⁷ En el domicilio de Beatriz Castillo Ledón pude hallar y ordenar de la número uno a la 320, más una sin numerar, de las cuales faltaron 43, de acuerdo con la numeración. Por tanto, puedo afirmar que en el archivo ALCL se conservó el 87 % de las 321, lo que indica un buen porcentaje de la colección. Las imágenes fueron capturadas en un disco compacto para su conservación¹²⁸ y se cuenta con la identificación dejada de puño y letra de Castillo Ledón en un alto porcentaje de ellas.¹²⁹

Además, debe tenerse presente que, del 1º de julio de 1910 al 30 de junio de 1911, siguió comisionado. Esta vez “para completar y ordenar los datos correspondientes al *Itinerario de Hidalgo* y trazar la *Ruta de la Independencia*”¹³⁰. Mas podemos pensar que no sólo se concretaba al trazo de esa Ruta, sino que otro oficio, éste del AGN, ofrece constancia de una actividad más productiva. El propio Genaro García firmó el documento e indicó que, de diciembre de 1910 a abril siguiente, Castillo Ledón ya había preparado un plan de trabajo para escribir una *Vida de Miguel Hidalgo y Costilla*, y, al menos para el 11 de mayo de 1911, aseguró García, el *ex-savio* llevaba escrito un Preámbulo, una introducción titulada *La Nueva España* y seis capítulos; se manifestó también que Castillo

¹²⁷ Antes de finalizar el mes de julio del 2008, Talía Montes, miembro del seminario INAH, Tiempo y Nación (ITYN) pudo identificar en los álbumes de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH algunas de las vistas estereoscópicas, las cuales pudimos confirmar gracias al material hallado en el ALCL, lo cual ratifica el trabajo indicado por *El Herald*.

¹²⁸ Avila Hernández, Julieta, CD Archivo Luis Castillo Ledón, Ruta de Hidalgo. *Proyecto Luis Castillo Ledón y el antiguo Museo Nacional*. Fuente ALCL, propiedad de Beatriz Castillo Ledón. Digitalización de imagen: Marcela Mendoza Sánchez, México, Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural, 2000.

¹²⁹ En la actualidad estas vistas han sido donadas por Beatriz Castillo a la Fototeca del INAH, en Pachuca. El INAH, mediante su Museo Nacional de Historia, conserva, además una colección de distintas series correspondientes al *Itinerario*, la que hasta hoy ha sido datada de manera moderna y útil a la práctica de su acervo, por quienes están a cargo de su custodia. Pude ver esta colección como miembro del ITYN.

¹³⁰ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. I, h. 23.

Ledón contaba con cuarenta expedientes tomados de colecciones de documentos y bibliografía, sin incluir los datos recogidos durante el *Itinerario*¹³¹.

IV.5. Entre el entusiasmo por la Historia, las festividades del Centenario de la Independencia y el rechazo al gobierno del *orden y el progreso*. El historiógrafo y su participación en tales festejos.

Mientras clasificaba las fotografías del *Itinerario*, Castillo Ledón no dejó de ocuparse del Padre de la Patria y esto puede afirmarse de nuevo gracias a *El Imparcial*, ya que, el 13 de noviembre, informó sobre una conferencia en el tradicionalmente llamado Museo Nacional, en relación con un libro de Francisco Bulnes, quien, según mencionó el periódico, promovió algunas discusiones entre los adeptos a la Historia: “En el Museo Nacional, el lunes próximo tendrá lugar una interesante conferencia sobre el libro del señor ingeniero don Francisco Bulnes, que ha promovido algunas discusiones entre los afectos a la historia patria. La conferencia la darán dos alumnos del Museo Nacional, los señores Luis Castillo Ledón que hablará sobre Hidalgo y Alfredo Cristerna, sobre Iturbide”¹³².

Posiblemente el citado periódico hacía referencia a su obra *La Guerra de Independencia*. Es interesante subrayar que el reconocido polemista haya considerado a los historiógrafos preparados por el Museo, lo cual muestra no sólo que estaban activos, sino que pertenecían al medio de quienes ejercían la disciplina de la Historia, antes de que estallaran los acontecimientos de la Revolución.

Las labores del literato, dedicado ahora a la Historia, estaban a la orden del día antes de terminar el año 1910. Según afirmaba *El Imparcial* el 15 de noviembre, Genaro García nombró una comisión para dictaminar la autenticidad de un retrato de Hidalgo, conservado por un “rico propietario del estado de Coahuila”, quien lo había hecho llegar a

¹³¹ AGN, Ramo de Instrucción Pública, Sección de Educación Preparatoria y Profesional, of. 759 del Museo Nacional, remitido al Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, lo que corrobora lo indicado en el archivo ALCL.

¹³² Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

la ciudad. Dicha comisión estudiaría la pintura que, según se decía, retrataba fielmente la fisonomía del héroe de 1810. Castillo Ledón, formó parte de ella y, considerado ya por el diario como una persona de renombre, volvería a trabajar con sus experimentados compañeros para dictaminar sobre la autenticidad de este cuadro:¹³³ “El señor director del Museo, licenciado don Genaro García, puso en manos de una comisión compuesta por reputados historiadores para que indague y hagan todas las gestiones necesarias a fin de dictaminar sobre el particular. Forman la comisión los señores canónigo don Vicente de P. Andrade, don Luis Castillo Ledón y don Elías Amador”.

El Imparcial siguió de cerca aquella dictaminación del MNAHE. Finalmente, el 23 de diciembre dio cuenta del resultado ofrecido por la comisión, con el artículo *No es auténtico el retrato llamado de Hidalgo*. De entrada se informó: “No tiene mérito artístico ni histórico” y se explicaba que, al contrario de lo que se creía, la litografía (ya publicada anteriormente por Manuel Payno y Lucas Alamán), era la que parecía haber sido tomada del retrato y que algunos de sus elementos no correspondían a la época de Hidalgo, por lo que la pintura no podía declararse contemporánea del héroe:

Pudiera deducirse de esto que el retrato era el que había servido para hacer la litografía que señalan los historiadores de la época, como la que presenta más semejanza con el rostro del señor Hidalgo, pero hay un pequeño detalle que muestra que el susodicho retrato fue hecho después que aquella: el alzacuello y la banda azul que tiene la pintura en cuestión, no se usaban en la época en que vivió el Cura de Dolores. Creen los miembros de la comisión dictaminadora, que el retrato fue hecho en Guadalajara, por algún pintor posterior a Hidalgo, y mandado después a Coahuila, donde lo obtuvo el actual propietario de la pintura. En consecuencia, el debatido asunto de la existencia de un verdadero retrato del Padre de la Patria, queda aún por resolverse.

Todas estas labores del MNAHE parecían desarrollarse comúnmente. Sin embargo, los maderistas sabían que el ambiente político era bastante difícil. Para fines de 1910, Madero ya había convenido, desde mediados de septiembre, en lanzarse a la insurrección, pues la vía electoral había sido cerrada. El 5 de octubre había quedado redactado *El Plan de*

¹³³ Según el archivo ALCL, Correspondencia General, vol. I, h 273, Juan Robles, era el propietario y fue quien lo propuso para su venta al Museo.

San Luis, en el que se declaraban ilegítimas las elecciones; pese a todo, no parecía que aquellos intentos hubiesen significado ningún peligro para el gobierno de Díaz. Por su parte, Francisco Cosío Robelo y Alfredo Robles Domínguez, quienes conspiraban en la capital, habían sido capturados. En Puebla, Aquiles Serdán y dieciocho combatientes más habían sido aniquilados por el gobierno federal, sin que la solidaridad popular, en la que tanto confiaba Madero, llegara a manifestarse. El propio Madero fue presa del desencanto ante la precaria respuesta a su llamamiento: viajó a Nueva Orleans, al parecer con la intención de embarcarse para Argentina¹³⁴.

Llegado el año de 1911, *Los mexicanos autores de óperas* siguió ocupando algunos espacios en los periódicos; habían escrito sobre él dos ateneístas: Carlos González Peña y José Escofet, y vale la pena señalar que fue en el medio de la música donde naturalmente tuvo mejor acogida. *Teatros y música* hizo una nota bibliográfica, pero también hubo otra en la *Gaceta Musical*. A esta última me referiré, ya que fue escrita por Gustavo E. Campa, quien no sólo fue director del Conservatorio Nacional, sino que actualmente es considerado un crítico de prestigio en el ámbito musical¹³⁵.

El 1º de febrero, Campa hacía notar como novedoso e importante el interés mostrado por Castillo Ledón hacia la ópera y, por ello, señaló la decisión de la *Gaceta* de difundir el trabajo, reproduciéndolo en sus páginas; señaló también el lugar que debía ocupar la historia de las Bellas Artes en la historia general de un pueblo, para dejar testimonio de los esfuerzos realizados y de los progresos logrados. Veamos algunos extractos del texto de Campa:

La *Gaceta Musical* ha comenzado a reproducir en sus columnas el interesante folleto... publicado en los Anales del Museo... Con tal reproducción, al considerarse honrada la *Gaceta*... ha querido propagar y facilitar la lectura del trabajo...merece ser conocido porque en él, por vez primera, se condensa un curioso capítulo de nuestra historia musical, oscura, casi desconocida, y aún por emprenderse... La historia general de cada país resultaría incompleta si en

¹³⁴ “Madero, Francisco I.”, en *Enciclopedia de México*, t. 8, p. 190.

¹³⁵ “Campa, Gustavo E.”, en *Enciclopedia de México*, t. 2, p. 260.

ella no figurase la de las Bellas Artes que cada uno hubiese cultivado con mayor o menor personalidad, con carácter propio, con las peculiaridades de su temperamento o raza, con sentimiento especial predominante, formando escuela o afiliándose las extrañas, produciendo poco o mucho, con éxitos o sin ellos, en suma delineándose la vida de arte y cuantos esfuerzos la hubieren provocado...

Más adelante, Campa señaló el carácter de estudio pionero que significaba *Los Mexicanos Autores de Operas*; subrayó que hasta entonces nadie había consagrado algún estudio especial a una sola de las ramas de nuestra historia musical. Después de leer dicho trabajo, reconoció en el autor una paciencia a toda prueba para la obtención de datos frente a la carencia de ellos. Sus comentarios dan idea de la importancia concedida a la objetividad; consideró también que Castillo Ledón había juzgado el asunto serenamente, sin pasión, como buen historiador. Las palabras de Campa, tampoco negaron por completo la participación del sentimiento, pues señaló que, tras el narrador, estaba un vivo latir patriótico enamorado de lo propio. Este comentario lleva a entrever nuevamente el espíritu romántico en estos *ex-savios* y ahora ateneístas. Es oportuno aludir a otro comentario, que deja claro cómo el autor infiltró al trabajo su propia visión, pues Campa consideró que supo dar más fe a su propia conciencia que a la ajena. Veamos algunos de los conceptos vertidos por el crítico musical:

...nadie hasta la fecha había consagrado estudio especial a una sola de las ramas de nuestra historia musical... esfuerzo tanto más meritorio, cuanto que, en vista de la carencia de datos y de la dificultad para obtenerlos, la producción de su folleto, pequeño, pero substancial, revela un carácter tenaz y una paciencia a toda prueba. Creo de justicia ponderar el espíritu de imparcialidad... que predomina en todo el folleto que demuestra una loable particularidad que lo justifica: el Sr. Castillo no es músico, o, por lo menos, no es profesionista, y de ahí que juzgue serenamente, sin pasión, colocándose como todo buen historiador dentro de las circunstancias de medio y época, y dando más fe a su propia conciencia que a la ajena. Tiene reserva al referirse a hechos que no pudo presenciar, señala los vacíos ocasionados por falta de datos, suele discutir ciertos puntos dudosos, y, al exagerar, quizás, las impresiones que ha experimentado en épocas contemporáneas, o al dar rienda suelta a sus entusiasmos con un ardor netamente juvenil, prueba que tras de la coraza dura y fría de simple narrador hay un corazón que late movido por vibrante patriotismo y amor a lo suyo y a los suyos.

Campa consideró que en el estudio de los primeros compositores mexicanos se

hallaba la parte substancial del trabajo de Castillo Ledón; esto confirma que el ateneísta pudo hacerlo gracias a sus continuas búsquedas entre los párrafos de crítica o de crónicas musicales, diseminados hasta entonces en publicaciones periódicas. Como impulsor del arte, seguramente leía con avidez esas noticias, pues la música había sido para él muy importante desde su adolescencia, por no decir desde su niñez. Dos comentarios más sobre este trabajo encontré en el archivo ALCL; el de un historiador y el de un poeta actualmente reconocidos: el Dr. Agustín Rivera y Amado Nervo¹³⁶.

Mientras Castillo Ledón se ocupaba ya de escribir una *Vida de Miguel Hidalgo y Costilla*, para 1911 las cuestiones políticas no eran nada sencillas. Los resultados de las elecciones para 1910-1916 habían sido publicados en bando y el Congreso había negado a los antireeleccionistas la instancia de nulidad; la represión se había exacerbado en todo el país. Esta vez no se había tratado únicamente de obstaculizar a la oposición, como se acostumbraba comúnmente, sino que el gobierno intentó garantizar el orden durante los festejos del primer centenario de Independencia. Todavía era joven el año de 1911, cuando encontramos a los socios del Ateneo de la Juventud conviviendo, como siempre, con personajes importantes de la sociedad porfirista, quienes los alentaban en sus trabajos literarios.

En el MNAHE, Alfonso Teja Zabre, su secretario, otro abogado inserto ya en el ateneísmo, de acuerdo con la noticia de *El Imparcial*, pasó el 20 de mayo, a ocupar el puesto de Defensor de Oficio del Ramo Penal; según esa noticia, ese mismo día, el propio Genaro García debió proponer a Castillo Ledón para ocupar la vacante, pues así se anunciaba. No expiraba todavía su nombramiento para concluir el *Itinerario de Hidalgo*, cuando fue nombrado oficialmente, a partir del 22 de mayo de 1911 y hasta el 14 de

¹³⁶ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol. II, hh. 361 y 420 respectivamente.

septiembre de 1912, nuevo Secretario del MNAHE¹³⁷, puesto cuyas ocupaciones indudablemente habrían de absorberlo. La carrera de Castillo Ledón se presentaba sumamente favorecida.

El momento, sin embargo, no lo era. Los acontecimientos políticos se precipitaron, de manera indeseada para unos, y anhelada por tanto tiempo para muchos otros. Antes de mediar el año, la situación estaba a favor de Madero; al día siguiente de recibir Castillo Ledón su nombramiento, Díaz se dirigió a la Cámara de Diputados a presentar su renuncia, ante la mirada atónita de sus familiares y partidarios. El 26, sería nombrado León de la Barra como Presidente Interino. Una semana más tarde, el director del MNAHE, Genaro García, renunció el 3 de junio de 1911, pero, todavía en su carácter de director, iría en comisión con Luis Castillo Ledón y Vicente P. Andrade a presentar sus respetos al nuevo Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes: Francisco Vázquez Gómez, el otrora ofensor de Gabino Barreda. “La comisión fue muy bien recibida”, diría *El Imparcial*. Las situaciones contradictorias formaban parte de la vida diaria de aquellos hombres cultos y políticos: quedaba claro que los católicos se oponían a los positivistas; las alianzas, no obstante, indicaron sólo ciertos acuerdos, y por tanto, al no haber pleno acuerdo, no siempre fueron definitivas.

Las actividades para los festejos del Centenario de la Independencia no terminaban aún, y fueron retomadas por el gobierno interino de León de la Barra. El propio Castillo Ledón seguiría colaborando para dichos festejos en el MNAHE; en octubre de 1910 había sido comisionado para formar parte del cuerpo de redacción de la *Crónica Oficial de las Fiestas del Centenario* por la Secretaría de Gobernación, concretamente para escribir el primer capítulo, intitulado “Representantes diplomáticos especiales”¹³⁸. Actualmente, se ve en este tipo de ediciones un subgénero historiográfico: “El uso de la historia para celebrar

¹³⁷ El nombramiento fue confirmado por el “nuevo gobierno”, según la carta de Enrique Torres del 6 de junio de 1911, quien aseguró haberse enterado, desde Orizaba, gracias a la prensa. Archivo ALCL, vol. II, h. 573.

¹³⁸ Archivo ALCL, Sección de Correspondencia General, vol I, h. 23 y 277.

acontecimientos que cumplen años “redondos” (centenarios, decenarios, etc) es una ocasión de lucimiento profesional para los historiadores, de acercamiento de la disciplina al gran público y de coartada para distintos tipos de justificaciones”¹³⁹; su colaboración en aquellos años nos revela el *status* alcanzado por el historiógrafo del MNAHE.

Nuevamente *El Imparcial* y *La Actualidad* dejaron constancia en el archivo ALCL, a mediados de 1911, tanto de la participación del ateneísta en la *Crónica Oficial de las Fiestas del Centenario*, como de la continuación de la obra en esos días. Esa participación ha quedado olvidada en nuestra época; sus contemporáneos no la citan: quizá las diferencias políticas ya se imponían. Quizá por costumbre, la prensa seguía refiriéndose a no a secretarías, sino a “ministerios” y al “Museo Nacional”. Véase lo publicado por estos periódicos: “Muy adelantados se hallan los trabajos de impresión de la Crónica Oficial de las Fiestas del Centenario, hecha en el Museo Nacional por acuerdo de la Secretaría de Gobernación. Actualmente trabajan con todo ahínco en ella, los señores Lic. D. Genaro García, D. Ignacio B. del Castillo y D. Luis Castillo Ledón”.¹⁴⁰ El ateneísta también anotó en sus documentos dicha colaboración, aunque en la publicación no aparecen más nombres que el de Genaro García.

Las ocupaciones de Castillo Ledón en el MNAHE seguían siendo constantes, pues el mismo 27 de junio de 1911, el segundo de los diarios citados anunció, en otra de sus secciones: *Jurados para un concurso*, y en ella dejó constancia de que el *ex-savio* había sido designado, por entonces, dictaminador de uno de los concursos promovidos por el ramo de Instrucción Pública: “El Ministerio de Instrucción Pública ha nombrado jurados a los señores Lic. Genaro García, Director del Museo; Lic. Néstor Rubio Alpuche y Luis Castillo Ledón para que integren el jurado que ha de dictaminar acerca de los trabajos presentados al concurso sobre la Abolición de la Esclavitud en México que abrió la propia

¹³⁹ Historiografía, en es.wikipedia.org/wiki/Historiografía -. [Consultado 5 de octubre de 2009].

¹⁴⁰ Archivo ALCL, Sección de Impresos. Carpeta de recortes de periódico, 1894-1918.

Secretaría, con motivo de la celebración del Centenario de la Independencia. El Presidente de esta comisión lo es el Sr. Lic. García”¹⁴¹.

No había transcurrido un mes, cuando el 1º de julio tomó posesión un nuevo director del MNAHE, el licenciado Cecilio A. Robelo, “literato respetabilísimo y notoriamente distinguido”. Castillo Ledón permaneció en su puesto de Secretario. El nombramiento de Robelo estaba previsto para dos años, en tanto que el de Castillo Ledón, para poco más de uno; estaba pendiente, entre otras cosas, la edición de las fiestas del centenario y Castillo Ledón era uno de los responsables. Sin embargo, la situación política del país aún no estaba definida, pues el nombramiento del presidente era transitorio; la expectativa de Madero era, indudablemente, grande. Los conflictos políticos estaban en puerta.

Seguramente las condiciones del país y su modo de pensar le exigían actuar. Su nombramiento en el MNAHE le ofrecía seguridad, pero sus convicciones le llevaron a ver el cambio político con esperanza; su espíritu imbuido de vientos romanticistas seguía motivando en él ansias de libertad y, por ello, estuvo dispuesto a colaborar para lograr un mejor país. Es muy posible que, como me comentó Beatriz Castillo Ledón, el literato y periodista no sólo se había ido inclinando, durante sus viajes del *Itinerario de Hidalgo* en forma definitiva hacia su vocación de historiador, sino que, al mismo tiempo, había advertido la inquietud social que vivía el país, e, inclusive que hubiese, en efecto, coincidido con Madero en algunas de sus visitas a distintas ciudades del país, durante algunos puntos del Itinerario.

El Itinerario de Hidalgo no habría de concretarse, pues los tiempos dejaron de ser propicios para esas tareas. El MNAHE quedaría a merced de vientos revolucionarios y cambios de administraciones, como él mismo comentaría más tarde: “Los cambios de personal y las transformaciones de la Secretaría hicieron que los sucesores en su gobierno

¹⁴¹ *Idem.*

no dieran importancia ya a este trabajo y que lo hecho quedara guardado en la Dirección del Museo, expuesto a dispersarse o perderse”¹⁴². No sólo la traza de la ruta, sino la misma biografía de Hidalgo tendría que esperar, ante un ambiente político en el que, como sugiere Nemesio García Naranjo en sus memorias, no había más: se era porfirista o antiporfirista.

¹⁴² Castillo Ledón, Luis, Hidalgo. *La vida del héroe*, p. vii.

V. Conclusiones.

El ejercicio historiográfico realizado para conocer la participación intelectual del ateneísta Luis Castillo Ledón (1879-1944), como parte de la historia cultural mexicana, ha tendido a esbozar particularmente su comprensión cabal como historiador. En este contexto, siguiendo el propósito de rescatar y conocer de cerca sus orígenes y su desarrollo, la realización práctica del proyecto de tesis me permitió referirme a Luis Castillo Ledón en su paso de ser un literato participante en *Savia Moderna* a ser un historiógrafo activo en una institución oficial. En esta tesis lo presento circunscrito a un lustro de su trayectoria, 1906-1911, el cual constituye un periodo capital en su desarrollo intelectual. Los datos hallados, tanto en el archivo personal ALCL como en el AHMNA, me han permitido mostrarlo no sólo como poseedor de un sitio privilegiado en las actividades literarias, sino totalmente dedicado a labores históricas.

Las distintas fuentes consultadas me proporcionaron los elementos para hacer una reinterpretación de los temas abordados, por lo que concibo a Luis Castillo Ledón de manera novedosa en los distintos momentos del lustro tratado: la proporción de sus tareas, actividades y obras escritas localizadas impide considerarlo únicamente como un simple cultivador de intereses artísticos, donde Clío no fuese la musa inspiradora. Toda esta inicial trayectoria se encuentra siempre entrelazada con la historia cultural mexicana y su rescate aspira a constituir parte importante del legado cultural ateneísta.

El acercamiento a estos años de la vida del *savio* me procuró material suficiente para elaborar una visión de conjunto, en la cual los actos más representativos identificados en las referencias aisladas y en sus semblanzas biográficas, tuviesen una coherencia en los vínculos de unos con otros, ahí donde antes se presentaban dispersos o inconexos. He buscado este acercamiento mediante un breve asomo a su trayectoria biográfica, conociendo de su ingreso al mundo de las letras y precisando cómo había

quedado ligado a él desde muy joven: siendo todavía un adolescente consolidó la factura de un álbum de poesía, *De Crisálidas*, y una experiencia periodística local importante, todo ello dentro mismo de su tierra natal.

En ese contexto, Luis Castillo apareció ante mí en su primer intento serio por salir de Santiago Ixcuintla: cada paso, cada indicio, me dejaron ver su interés por llegar a la capital, y no a Guadalajara como se había supuesto, y pude entonces explicarme ese su genuino espíritu ávido de conocimiento, que le movía a buscar un sitio idóneo y previamente elegido para desarrollarse. Si bien sus recursos no le fueron suficientes para permanecer en la ciudad de México la primera vez, sí logró reafirmar su ideal de dedicar su porvenir al mundo de las letras.

No regresó a su tierra, se acercó al ambiente tapatío letrado, y, casi de inmediato, se integró a él, poniendo a su alcance así una opción más, como joven que era; con esta experiencia, obtuvo una mejor posición en el campo de su interés, la cual le permitió cosechar algunos triunfos, y también advertir desacuerdos y ser partícipe de ellos, en la búsqueda de sus afanes literarios. Estos desacuerdos habrían de persistir a lo largo del lapso estudiado, y, sumados a la experiencia de su tierra natal, explican la formación de un criterio respecto al periodismo, confirmado y apreciado por él como un medio adecuado para la educación del pueblo.

Al regresar por segunda vez a la ciudad de México, en condiciones más favorables, ya era dueño de una trayectoria local respetable y de un bagaje cultural importante, el cual acrecentó aún más con su participación en la *Revista Moderna de México*, donde tuvo una apreciable y variada participación. Sobre todo, adquirió ahí una visión más amplia: tuvo acceso a una diversidad de autores y obras nacionales y extranjeras, y al pensamiento europeo y latinoamericano, entre ellos Mommsen y

Nietzsche; entre las publicaciones recibidas pudo leer con gran satisfacción los *Anales* del Museo Nacional, lo que indica cómo se perfilaba ya hacia un camino bien definido.

Su trayectoria y el bagaje cultural adquirido, como telón de fondo, resultaron de suma utilidad a la hora de explicarme, por vez primera, cómo pudo quedar al frente de una revista de semejante importancia, observada aquí bajo la perspectiva de Luis Castillo Ledón: es encontrada desde los primeros días del año de 1906, con el fin de conocer con mayor detalle su preparación, el acopio de materiales, sus dificultades para ver la luz puntualmente, la salida a destiempo de sus distintos números, la partida de Cravioto al viejo mundo en pleno inicio de la edición, la recepción del número dos en París, el intento de crear una *Savia Moderna* europea, una nueva visión de José María Sierra, Secretario de Redacción, como muchacho destacado en la literatura, la apertura a la filosofía, las reticencias al positivismo. En suma, *Savia Moderna* es vista como un soporte auxiliar en la creación de una cultura nacional.

En mi investigación, advertí también cómo la senda seguida por *Savia Moderna*, incluida la exposición de pintura, fue resultado de ideas llevadas a la práctica desde los primeros números y concebidas antes de la llegada de Pedro Henríquez Ureña, a quien retomo como uno más de los *savios* que llegó y se incorporó ya avanzada la revista. La información tradicional, aportada por Alfonso Reyes y Henríquez Ureña, más los datos hallados en el archivo ALCL proporcionaron una nueva visión de *Savia Moderna* y sus participantes. Así pues, concluyo que al llegar Pedro Henríquez Ureña a la ciudad de México no tenía ni una clara idea ni interés alguno en el grupo juvenil ahí reunido, y que sus experiencias y remembranzas responden no sólo a su carácter protagónico, sino a los distintos momentos vividos por el dominicano en nuestro país, donde él mismo modificó su concepción del mundo.

Por otro lado, logré profundizar en la identificación de los participantes reales y en algunos pormenores de su factura, y puedo asegurar que todos los socios fueron merecedores de un sitio en una revista dedicada al arte, y que se trataba de un proyecto capaz de superar los meros intereses personales. En este tenor, muestro cómo Alfonso Cravioto sólo participó en el primer número y emprendió su viaje a Europa; de qué manera José María Sierra enfrentó fuertes dificultades, tanto de salud como familiares, y sólo quedó activo Luis Castillo Ledón en la directiva de la revista, aunque en momentos de sumo grado difíciles; es, sin embargo, este último quien habría de continuar la publicación. A consecuencia de esta serie de ausencias, muy seguramente involuntarias, Castillo Ledón renueva la directiva de la revista.

Rescato entonces a Luis Castillo Ledón como director *de facto* de *Savia Moderna* y dispenso a Alfonso Cravioto de ser, en razón de su viaje por Europa, el único responsable del ocaso de la publicación. Una carta enviada por Cravioto revela que los directores de *Savia Moderna* habían acordado cerrar el primer tomo para fines de 1906, mas, ya bien entrado 1907, todavía se esperaba que continuara su curso. Aunque Cravioto fue, sin duda, mecenas de la revista, entiendo su presencia como resultado de haberse adherido a un proyecto de edición nacido en Guadalajara años antes, cuyos antecedentes pude rastrear desde 1903.

Mi recuento de los distintos textos publicados muestra, con toda claridad —también en contra de lo manifestado hasta hoy— que fue la prosa y no la poesía la actividad que iluminó los derroteros seguidos, en primera instancia, por los *savios* y, más adelante, por los ateneístas.

Al rescate de Luis Castillo Ledón como cabeza del grupo iniciador del Ateneo de la Juventud, añado ahora el haber podido identificarlo, de nuevo mediante el archivo ALCL, como redactor de la *Protesta Literaria*. En el mismo contexto biográfico,

presento a este *ex-savio* como consecuente seguidor y defensor del Duque de Job. De *Savia Moderna*, ya nadie volvió a ocuparse, dado el nuevo acontecimiento beligerante contra Manuel Caballero. Luis Castillo Ledón, y, junto con él José María Sierra y algunos más, solamente siguieron su propio camino, ya bien perfilado, en tierra tapatía: su posición iba en defensa de un arte cambiante, producto de hombres entregados a él, y en contra de quienes, con una aparente defensa de las “gayas flores” de la poesía, encubrían una posición conservadora, no interesada en la educación del pueblo. Desde Guadalajara, Luis Castillo Ledón y su grupo consideraban a algunos hombres dedicados al periodismo, como simples reporteros, indignos —se entiende— de ocupar un sitio en el mundo de las letras: este trato sufrió Caballero.

Luis Castillo Ledón redactó la *Protesta Literaria* con el propósito de asumirse y de asumir a su generación como heredera legítima de la tradición cultural iniciada por Gutiérrez Nájera; se negó, así, a aceptar a Manuel Caballero y a su versión de una *Revista Azul*, quien pretendía esgrimirse como “redentor y depurador del arte, continuador del Duque de Job y guía de la juventud”. La trayectoria seguida durante la estancia de Luis Castillo Ledón en el mundo tapatío de las letras manifestaba, ahora abiertamente, las diferencias surgidas desde Guadalajara en torno a los criterios definidos como “revolucionarios” por la prensa tapatía, en alusión a Luis Castillo, José María Sierra, Manuel Carpio y otros *hermanos* tapatíos; el interés más de índole comercial del proyecto de Caballero hacia su nueva empresa, impidió a este último ver que no todos le aceptarían como el hombre idóneo para proseguir la labor iniciada por el Duque de Job.

Una revisión de los firmantes de la *Protesta Literaria*, me reveló que la gran mayoría provenía precisamente de *Savia Moderna*: plasmaron su firma 26 *savios*, un futuro ateneísta cercano ya a ellos, Alfonso Teja Zabre, y seis simpatizantes más. Su

presencia revela los nuevos rumbos de la literatura, seguidos por los partidarios de aquella *Protesta*. El grupo seguía vivo y activo.

Respecto a la consideración hecha en torno a una escisión entre provincianos y metropolitanos dadas las contraprotestas, hago hincapié en que la mayor parte de *savios* y ateneístas procedían de los estados del país: sin duda, era aplastante su número. En este sentido; no todas las opiniones del interior del país fueron de contraprotesta; los acuerdos y desacuerdos se hacían notorios en todo momento, pues cada integrante del grupo o del ámbito literario seguía la vía que consideraba más pertinente.

Una vez consumado el duelo contra Caballero, los *ex-savios* continuaron su camino: el gusto por la prosa se consolidaba. El ensayo habría de definir la nueva ruta a seguir de aquellos hombres tan dados al trabajo colectivo. Las sociedades de conferencias y la orientación de Luis Castillo Ledón hacia la Historia, y al Museo Nacional —y no al MNAHE como se ha expresado hasta ahora— se engloban en esta posibilidad ofrecida por la literatura: la práctica del ensayo habría de llevarlos al cultivo de nuevos campos en la cultura mexicana. Además de la Historia y la Arqueología, hallé un interés hacia la valoración del patrimonio monumental colonial y la protección del patrimonio nacional. Hacia estos terrenos, que forman una parte fundamental de la historia cultural y se relacionan con el Museo Nacional, habrían de dirigirse algunos de los *savios*, situación no contemplada claramente hasta hoy.

Después de la *Protesta* ubiqué la última actividad de Luis Castillo Ledón como poeta, con el libro *Lo que miro y lo que siento*, terminado por entonces, aunque publicado hasta más tarde, en 1916. La dedicación de este *savio* a la Historia no excluye de su trayectoria la práctica poética, si bien fue cambiada por trabajos de “mayor seriedad y empuje”, realizados a partir de 1907 en el Museo Nacional. Contra lo que se piensa y se ha expresado en torno a la Historia y al Ateneo, los datos hallados

me dan testimonio de que Luis Castillo Ledón recibió nombramiento en un Museo considerado institución científica, donde todavía compartían espacio la Historia y la ciencia natural, para laborar ahí con el reconocimiento logrado hasta entonces en el mundo de las letras.

He presentado a Luis Castillo Ledón en su llegada al Museo Nacional, donde la información revisada me permite asegurar que Castillo Ledón realizó formalmente trabajos relacionados con la Historia, a partir de 1907. Estuvo integrado por completo a las tareas documentales emprendidas en el siglo anterior por personajes de la talla de Joaquín García Icazbalceta, y como colega de Vicente A. Andrade, alumno y seguidor del propio García Icazbalceta. No sólo emprendió el trabajo relacionado con la Historia, antigua o colonial, sino que se apegó a la labor emprendida por otros eruditos, como Juan E. Hernández y Dávalos, quien se ocupó de reunir documentos de su propio siglo: el de la Independencia. El *ex-savio* quedó incorporado al trabajo durante una nueva etapa histórica de interés para los hombres de letras de un Museo que vivía una reorganización de funciones y espacio.

A las tareas cotidianas, se sumaron otras más notorias. Un ejemplo claro de su labor en el campo de la Historia, fue su desempeño, entre 1909 y 1910, en el *Itinerario* o *Ruta de Hidalgo*. Además, se desconocía —al parecer por completo—, la relación entre el viajero del *Itinerario* y el autor del libro *Hidalgo. La vida del héroe*: el realizador de ambos fue el mismísimo Castillo Ledón. Aunado a lo anterior, hoy puedo afirmar que, tanto el *Itinerario* como su historia de género musical *Los mexicanos autores de ópera* fueron parte de la contribución del tepiqueño a la conmemoración del primer Centenario de la Independencia, de la cual se benefició el Museo, transformado por entonces en Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.

Luis Castillo Ledón fue un historiógrafo ateneísta, en plena actividad, pues a los datos del *Itinerario* sumé los del Ateneo, y, entonces, por inverosímil que parezca, el mismo día en que se convirtió en ateneísta el 28 de octubre de 1909, partió, por la noche, a los viajes de su comisión. Hoy puedo sostener que el *Itinerario* y su historia titulada *Los mexicanos autores de ópera* fueron labores que lo acreditaron desde entonces como historiógrafo.

He mostrado, además, cómo los empeños de Luis Castillo Ledón no se quedaron supeditados —como pudiera pensarse— al esquema positivista. Puesto que le tocó participar en la práctica de las llamadas ciencias auxiliares de la Historia, puedo asegurar, siguiendo lo planteado por Álvaro Matute, que formó parte de la búsqueda de una vía de científicidad alterna y que se desarrolló, más bien, dentro del terreno de la historia diplomática. Así, trabajó con documentos y libros tanto en la ciudad de México como en provincia, y no sólo practicó la Paleografía, sino que, en pocos años, se convirtió en uno de los pocos poseedores de ese conocimiento en su tiempo, y su vocación parecía quedar satisfecha con aquel nuevo empleo. Mis datos prueban que, aun sin contar con un reconocimiento explícito como historiador, Castillo Ledón poseía las herramientas y técnicas adecuadas para la investigación, inclusive desde antes de crearse el Ateneo de la Juventud, pues aquellos hombres del Museo no estaban tan alejados —como se piensa— de las operaciones críticas, cuyo empleo se reconoce hoy en eruditos como García Icazbalceta y Orozco y Berra.

Con este trabajo tengo la esperanza de haber contribuido a esbozar una nueva idea de Luis Castillo Ledón, y a dibujar, al menos parcialmente, una vida plena en su entrega a la cultura de nuestro país, la vida de un ateneísta insospechado hasta hoy, en cuanto hace a su relación con la Historia. El vínculo con el Museo Nacional fue, sin duda, clave para entender su desarrollo en una disciplina donde, una vez involucrado, las nuevas

circunstancias de orden político habrían de trastornar su vida de hombre intelectual. No se sabía la suerte que habrían de correr las distintas posturas políticas, y aquellos hombres cultos interesados, como buenos ateneístas, en todos los ámbitos de la *polis*, no podían dejar de manifestar sus propias ideas.

VI. Fuentes.

a) Archivos:

Archivo personal de Luis Castillo Ledón (ALCL).
Archivo histórico del Museo Nacional de Antropología (AHMNA).
Archivo de Concentración, INAH.
Archivo General de la Nación (AGN).
Hemeroteca Nacional.

b) Bibliografía general:

Aurrecoechea, Juan Manuel y Armando Bartra, *Puros cuentos. La historia de la historieta en México, 1874-1934*, México, Grijalbo, Museo Nacional de Culturas Populares, 1988.

Ávila, Julieta y María Hernández, *Un acercamiento a la vida y obra de Luis Castillo Ledón. La ruta de Hidalgo*, presentado en el Seminario impartido por Fernando Curiel en la Facultad de Filosofía, de la UNAM.

Ávila Hernández, Julieta, CD Archivo Luis Castillo Ledón, Ruta de Hidalgo. *Proyecto Luis Castillo Ledón y el antiguo Museo Nacional*. Fuente ALCL, propiedad de Beatriz Castillo Ledón. Editado en la Coordinación Nacional de Restauración del Patrimonio Cultural, digitalización de imagen: Marcela Mendoza Sánchez, México, 2000.

---"Presencia y Testimonios. Donación del Archivo Luis Castillo Ledón", en *Boletín 1 del Registro Nacional de Archivos*, vol. 1, año 1, enero-junio, México, AGN, 2002.

---"Savia Moderna. Frontera entre siglos", en *La República de las Letras, Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico*, México, UNAM, 2005.

---*Luis Castillo Ledón, su paso por la poesía*. Trabajo expuesto en la CNCPC, INAH, 19 de agosto de 2005.

--- "Carta de Alfonso Cravioto a Luis Castillo Ledón. *Savia Moderna*. Los directores separados por el Atlántico", en *Mensual de Humanidades y ciencias sociales*, México, Coordinación de Humanidades de la UNAM, 2007, año III, núm. 19, p. 7-8.

---*El Itinerario de Hidalgo*, borrador entregado al Seminario ITYN, Dirección de Estudios Históricos. INAH, 2008.

Castillo Ledón, Luis, "Orígenes de la novela en México", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, MNAHE, 1922, 4ª época, t. I, pp. 199-206.

---*Hidalgo. La vida del héroe*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1948, t.1.

--- *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1825-1925. Reseña histórica escrita para la celebración de su primer centenario*. México, MNAHE, 1924.

--- *Narraciones históricas*. México, Seminario de Cultura Mexicana, 1994.

Catálogo del Archivo Histórico (1831-1936) del Museo Nacional de Antropología, México, INAH, CONACULTA, 1992.

Clark de Lara, Belem y Fernando Curiel, *Revista Moderna de México, 1903-1911*, I. Índices, México, UNAM, 2002.

- Corcuera, Sonia, *Voces y silencios en la historia*, México, FCE, 1997.
- Curiel, Fernando, *Tarda Necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, México, UNAM, 1996.
- La Revuelta, Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, UNAM, 1998.
- Curiel Defosse, Fernando, *Conferencias del Ateneo de la Juventud. Seguido de ANEJO DOCUMENTAL*. México, UNAM, 2000.
- *Ateneo de la Juventud (A_Z)*, México, UNAM, 2001.
- Diccionario Pequeño Larousse Ilustrado*, México, Larrios e Hijos Impresores, S.A., 1982,
- Diccionario Porrúa, Historia, Biografía y Geografía de México*, México, Porrúa, 1986.
- Enciclopedia de México*, México, Enciclopedia de México, 1977.
- Fernández, Justino, “El siglo romántico. El arte de México en el siglo XIX”, en *Cuarenta siglos de plástica mexicana. Arte moderno y contemporáneo*. México, Herrero, 1971.
- Florescano, Enrique, *El Patrimonio Nacional de México II*, México, CONACULTA y FCE, 1997.
- Galindo y Villa, Jesus, *Breve noticia histórica-descriptiva del Museo Nacional de México*, México, Imprenta del Museo Nacional, 1896.
- “Apertura de las clases de Historia y Arqueología”, *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. México, MNAHE, agosto de 1911.
- El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Breve reseña*. México, MNAHE, 1922.
- García, Genaro, *Documentos históricos mexicanos*, ed. facsimilar, México, INEHRM, 1985.
- González, Luis, *fuentes de la historia contemporánea de México*. Libros y folletos I. México, El Colegio de México, 1961.
- González, Osmar, “José Vasconcelos y los intelectuales peruanos. Cartas con José de la Riva Agüero”, *Boletín oficial*. México, INAH, 2000.
- González Peña, Carlos, “Luis Castillo Ledón”, en *Crónicas escogidas*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1974.
- Historia de la Literatura Mexicana. Desde sus orígenes hasta nuestros días*. Con un apéndice elaborado por el Centro de Estudios Literarios de la UNAM. México, Porrúa, Col. Sepan cuantos, 1990, núm. 44.
- Guerrero Crespo, Claudia, *Historia de la arqueología mexicana a partir de los documentos del Archivo General de la Nación (1876-1920)*. Tesis ENAH, México, 2003.
- Hernández Luna, Alfonso, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, UNAM, 1962.
- Lagarriga Attias, Isabel, *Espiritismo, contacto constante con el más allá*. México, INAH, Cuadernos del Museo Nacional de Antropología, 1982, p. 17.

Lemoine, Ernesto, "Itinerario geográfico y revolucionario del Padre de la Patria", en *Revista Artes de México*, 1969.

Lombardo de Ruiz, Sonia y Ruth Solís Vicarte, *Antecedentes de las leyes sobre Monumentos Históricos (1536-1910)*, México, INAH, t. II.

Mallas Casas, Jaime. *El Paje de los Reyes Magos*, Barcelona, España, Mateu, Col. Cadete, 1963.

Martínez, José Luis, "Introducción", en *Antropología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia*. T. I. Edición facsimilar. SEP. México, 1985.

Matute, Álvaro, "El Ateneo de la Juventud: Grupo, asociación civil, generación", en *La Revolución Mexicana, actores, escenarios y acciones*, México, INEHRM, 1993.

---- *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, UNAM-FCE, 1999.

Monsiváis, Carlos, Inciso III. El Ateneo de la Juventud, de "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en *Historia general de México*, México, COLMEX, 1976.

Moreno, Salvador, *El pintor Antonio Fabrés*, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1981.

Ortega Medina, Juan A. y Rosa Camelo, coordinadores, *Historiografía Mexicana*, México, UNAM, 1996, t. III y IV.

Paso y Troncoso, Francisco del, *Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892*. Catálogo de la Sección de México. Madrid, Tip. Sucesores de Rivadeneira, Impresores de la Real Casa, 1892, t. I.

Ramírez Rancaño, Mario, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*. México, UNAM-Porrúa, 2002.

Revista Moderna, Ed. Facsimilar, México, UNAM, 1987.

Revista Savia Moderna/Nosotros, México, FCE, 1980.

Rico Mansard, Luisa Fernanda, *Exhibir para educar. Objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*, México, Pomares, 2004.

Rio, Eduardo del, Rius, *Un siglo de caricatura en México*, México, Grijalbo, 1984.

Riva Palacio, Vicente y otros, *México a través de los siglos*, México, Publicaciones Herreras, S. A., sin fecha, t. 1.

Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989.

Rubio Mañé, Jorge Ignacio, *El Archivo General de la Nación, México, Distrito Federal, México, Cultural*, 1940.

Trabulse, Elías, *Historia de la ciencia en México: Apéndices e índices*, México, FCE, 1983.

Ulloa, Berta, "Isidro Fabela 1882-1964", en *Isidro Fabela. Pensador, Político y humanista*. México, Instituto Mexiquense de Cultura. El Colegio Mexiquense, A.C., 1996.

c) Internet:

Augustin Pyrame de Candolle, en www.culturaapicola.com.ar/.../Alphonse_de_Candolle - [Consultado el 6 de agosto de 2009].

“A propósito de la exposición organizada en la Junta Española de Covadonga, en *La crítica de arte en México: Estudios y documentos (1896-1913)*, en books.google.com.mx/books?isbn=9683666507... [Consultado el 6 de diciembre de 2009].

Bécquer, Gustavo Adolfo, en es.wikipedia.org/wiki/Gustavo_Adolfo_Bécquer [Consultado el 4 de noviembre de 2009].

Bolton Herbert, Eugene, *Guía de los Materiales para la Historia de los Estados Unidos en los principales archivos de México*. Washington: Carnegie Institution of Washington, 1913, en www.biografiasyvidas.com/biografia/b/bolton.htm [Consultado el 22 octubre de 2009].

Breve cronología de la fotografía, en www.criminalistica.com.mx...fotografia/280-breve-cronoldge-lafotograf-en-mco. [Consultado el 9 de junio de 2009].

Clubes liberales, en bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/.../sec_69.html - [Consultado el 7 de noviembre de 2009].

Dilthey, Wilhelm en es.wikipedia.org/wiki/Wilhelm_Dilthey - [Consultado 23 de octubre de 2009].

la euforia inédita del desfile bárbaro de Escritores y artistas en la década armada www.cronica.com.mx/nota.php?idc=92174 [Consultado el 24 de octubre de 2006].

Espiritismo, en es.wikipedia.org/wiki/Espiritismo [Consultado el 7 de mayo de 2008].

La exposición de García Núñez en San Carlos, en books.google.com.mx/books?isbn=9683666507... [Consultado el 6 de diciembre de 2009].

Enfoques teóricos en Antropología, en <http://www.antropos.galeon.com/html/teoriasantropo.htm> [Consultado 6 de diciembre de 2009].

Expresionismo, en es.wikipedia.org/wiki/Expresionismo - [Consultado el 21 de noviembre de 2009].

Fotógrafos de la revolución, en fotografosdelarevolucion.blogspot.com/.../los-fotografos-de-la-revolucion-y-el.html - [Consultado 26 de diciembre de 2009].

Historia de la Revolución mexicana- Diego Abad de Santillán, en www.kclibertaria.comyr.com/lhtml/1192.html [Consultado el 9 de septiembre de 2009].

Idilio bucólico y otros textos. FACTORIA EDICIONES en www.factoriaediciones.com/detalleditorial.asp?... [Consultado el 5 de noviembre de 2009].

Mauleón, Héctor de, Savia Moderna, en revistazularte.blogia.com/.../111501-revista-savia-moderna-hector-de-mauleon.php p. 10. [Consultado 11 de septiembre de 2009].

Meneses Morales, Ernesto y Liliana Bedoy Lazo, *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*, p. 100-102, en searchworks.stanford.edu/view/1666243 - [Consultado el 4 de enero de 2010].

Modernismo, en es.wikipedia.org/wiki/Modernismo -. [Consultado el 21 de noviembre de 2008].

Montoya Rivero, Patricia, “Joaquín García Icazbalceta”, en *Historiografía Mexicana*, México, UNAM, 1996, vol. IV.

Nayarit-Santiago Ixcuintla, en www.e-local.gob.mx/work/templates/.../18015a.htm - [Consultado el 10 de mayo de 2008].

Núñez y Domínguez, José de Jesús, Las clases del Museo Nacional (1831-1927), en *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, 1932. Segunda época.

Rubio Gutiérrez , David , *Mocorito la Atenas de Sinaloa*, en aip.sinaloa.gob.mx/.../CULTURA_MOCORITO_CUARTA_PARTE.htm – [Consultado el 4 de diciembre de 2009].

Seminario “Problemas epistemológicos de las ciencias humanas”, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa División de Ciencias Sociales y Humanidades Departamento de Humanidades. Cátedra “Rudolf Carnap”, en www.cua.uam.mx/files/Programa%20Seminario.pdf – [Consultado 5 de diciembre de 2009].